

EL ALFABETO DEL CRIMEN



SUE GRAFTON



Este bien pudiera ser el caso hasta ahora más peligroso y complicado de Kinsey Millhone. El nombre de la víctima era Parnell Perkins y hasta muy poco antes de medianoche había sido gestor de reclamaciones de la compañía de seguros La Fidelidad de California, para la que también trabaja a veces Kinsey. Luego, alguien le pegó un tiro y lo dejó tieso. Kinsey había ido alguna vez de copas con Parnell y no le había parecido un mal tipo. Aun así, si dependiera de ella, no se habría metido en los líos en los que una tal Bibianna Díaz, cuyo nombre figura en los archivos de Perkins y que teme por su vida porque nadie se cruza impunemente en el camino del maníaco Raymond Maldonado, parece empeñada en arrastrarla. Pero la vida nunca es tan simple y a Kinsey le molesta dejar sin más a un compañero en la cuneta y a un asesino suelto por el mundo.



Sue Grafton

# **H de homicidio**

**El alfabeto del crimen - 08**

**ePub r1.2**  
**Titivillus 25.01.15**

Título original: *"H" is for Homicide*  
Sue Grafton, 1991  
Traducción: Antonio-Prometeo Moya  
Diseño original de cubierta: LaNane  
Adaptación de cubierta: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



Para las integrantes de *Women's Group*: Florence Clark, Sylvia Stallings, Penelope Craven, Mary Lynn, Caroline Ahlstrand, Mary Slemons, Susan Dyne, Joyce Dobry, Margaret Warner, Georgina Morin y Barbara Knox, con quienes he compartido risas y lágrimas, ira y triunfos todos los lunes por la noche durante los últimos cinco años.

## **AGRADECIMIENTOS**

La autora desearía agradecer la valiosa ayuda que ha recibido de las siguientes personas: Steven Humphrey; Ron Warthen, director de investigaciones de la Fraud Division, California Department of Insurance; Robert Chambers, director regional, y Michael Fawcett, agente especial, del Insurance Crime Prevention Institute; teniente Tony Baker, teniente Terry Bristol, sargento Tom Nelson, y Carol Hesson, de Santa Barbara County Sheriffs Department; sargento DaveHybert, de Santa Barbara Police Department; patrullero Rick Crook, de California Highway Patrol; Lucy Thomas, de Reeves Medical Library y Tolde Shynk, enfermera titulada y enfermera jefe de la unidad de Patología Coronaria de Santa Barbara Cottage Hospital; Judianne Cooper; Joyce Mackewich; Irene Franotovich; Steven Stone, magistrado y presidente de Ventura County Courtof Appeals; Eric S.H. Ching; Austin Duncan, de Gold Coast Auto Salvage; y Carter Blackmar.

La autora también desearía dar las gracias de un modo particular a Adam Seligman y a Muriel Seligman, directora nacional de publicidad, de Tourette Syndrome Association.

Cuando me pongo a pensar en ello, me resulta difícil recordar si el espíritu depresivo que reinaba en La Fidelidad de California se debía a la muerte de uno de los gestores de reclamaciones o a la llegada de Gordon Titus, un «experto en eficacia» cedido por la sucursal de Palm Springs a fin de incrementar los beneficios. Los dos hechos contribuyeron a crear un clima de inquietud entre los empleados de la compañía de seguros, y los dos acabaron por afectarme mucho más de lo que había imaginado, teniendo en cuenta que mis relaciones con la empresa habían sido hasta entonces más bien relajadas. Paso las hojas de la agenda y veo escrita a lápiz una anotación sobre una cita concertada con Gordon Titus, que se presentó nada más morir Parnell. Tras aquel primer encuentro con Titus, garabateé: «¡h. d. p. mayúsculo!», frase que resumía toda mi relación con él.

Había estado fuera tres semanas, preparando un informe para una empresa de San Diego sobre un alto ejecutivo cuyo historial resultó distinto del presentado por el personaje en cuestión. Las investigaciones me habían hecho recorrer el estado entero y al concluir el trabajo, el viernes por la tarde, llevaba ya en el bolsillo un cheque por un buen puñado de dólares. Podría haberme quedado el fin de semana en San Diego, ya que la empresa se había ofrecido a costearme la estancia, pero hacia las tres de la madrugada me desperté vencida por una nostalgia inexplicable. Una luna del tamaño de un plato colgaba delante de la ventana de mi habitación y me bañaba la cara con una luz tan brillante que habría podido leer el periódico. Me quedé inmóvil, contemplando la oscilante sombra que las ramas de las palmeras proyectaban sobre la pared, y comprendí que lo que más deseaba en el mundo era echarme en mi propia cama. Estaba harta de dormir en hoteles y de comer en restaurantes de carretera. Harta de perder el tiempo con personas a quienes apenas conocía o no esperaba volver a ver. Me levanté, me vestí y metí en el petate todo lo que llevaba conmigo. Pagué la cuenta a las tres y media y, diez minutos después, corría por la 405 rumbo al norte, a Santa Teresa, con el Volkswagen Escarabajo que acababa de comprar, un modelo azul celeste de 1974, de segunda mano y sin más pegas que una abolladura en la parte izquierda del guardabarros trasero. Un cacharro de categoría.

A esa hora la red de autopistas de Los Angeles empezaba a animarse. Había poco tráfico, pero de todos los accesos salía por lo menos un par de vehículos hacia el norte, camino del trabajo. No había amanecido aún, la frescura del aire era deliciosa y en la cuneta, como un reguero de bocanadas de humo, serpenteaba la niebla. A mi derecha, las laderas de las montañas iniciaban el ascenso a las alturas y las casas empotradas en el paisaje no daban ninguna señal de vida. Las

farolas que flanqueaban la autopista arrojaban una luz fantasmal y lo que se veía de la lejana metrópoli aparecía majestuoso e imponente. Siempre he sentido cierta afinidad hacia las personas que viajan a esta hora, como si todos estuviéramos metidos en alguna actividad clandestina. Muchos conductores llevaban un gigantesco vaso de plástico con café. Algunos eran capaces incluso de devorar comida preparada sin soltar el volante. Como iba con la ventanilla abierta, los vehículos que cambiaban de carril para adelantarme me enviaban ráfagas de música a todo volumen que se desvanecían al instante. Miré por el espejo retrovisor y vi un descapotable conducido por una mujer que seguía el ritmo de la música gesticulando con vehemencia mientras el viento le sacudía el cabello. Experimenté un arrebató de júbilo. Fue una de esas ocasiones en que de súbito me daba cuenta de lo feliz que era. La vida era maravillosa. Era mujer, soltera, con dinero en el bolsillo y gasolina suficiente para llegar a casa. No había nadie a quien tuviera que dar explicaciones, ni vínculos de los que hablar. Estaba bien de salud, físicamente en forma y llena de energía. Puse la radio y sintonicé un fragmento coral de *Amazing Grace*; no me pareció lo más apropiado para la ocasión, pero no captaba otra emisora. Luego, un cura evangelista dio comienzo a su sermón matutino y cuando llegué a Ventura me sentía ya casi limpia de pecado. Como siempre, me había olvidado de que los brotes de entusiasmo caritativo suelen presagiar malas noticias.

El trayecto desde San Diego, que suele durar cinco horas, se quedó en cuatro y media, lo que hizo que llegara a Santa Teresa poco después de las ocho. Me sentía aún llena de vitalidad. Antes de dirigirme a casa decidí pasar por el despacho para dejar la máquina de escribir y el maletín lleno de notas. Por el camino me había detenido en un supermercado y había comprado lo suficiente para ir tirando durante un par de días. Una vez que hubiera metido el petate en casa, tenía intención de darme una ducha rápida, dormir a continuación diez horas seguidas y levantarme a tiempo de cenar en el bar de Rosie, que está en mi misma calle. No hay nada más decadente que pasar el día sola en la cama. Reduciría el volumen del timbre del teléfono, conectaría el contestador automático y pondría en la puerta un cartel que dijera: «NO MOLESTEN». Ardía de impaciencia por hacerlo.

Pensaba que el aparcamiento que había tras el edificio donde tenía el despacho estaría vacío. Era sábado y los comercios del centro no abrirían hasta las diez. Me llevé una sorpresa de órdago cuando vi que la zona estaba llena de gente, entre la que distinguí a varios agentes de policía. Lo primero que se me ocurrió fue que estaban rodando una película y que habían acordonado el aparcamiento para que las cámaras pudieran filmar sin interrupciones. Había mirones fuera de la zona acordonada y dominaba el ambiente esa sensación general de aburrimiento cronometrado que por lo visto reina durante las filmaciones. De pronto, vi la cinta que utiliza la policía para acordonar los lugares donde se ha cometido un delito y los sentidos se me pusieron en alerta roja. Puesto que no se podía entrar en el aparcamiento, tuve que dejar el coche junto a la acera. Saqué la pistola del bolso, la metí en el maletín que llevaba en el asiento trasero, cerré el coche con llave y avancé hacia el agente de uniforme que se encontraba junto a la caseta de la entrada del aparcamiento. Mientras me dirigía hacia él, me lanzó una mirada que trataba de calcular qué pintaba yo en aquello. Era un treintañero de aspecto simpático, de cara alargada y estrecha, ojos de color avellana, bigotito, y pelo muy corto y de tonalidad rojiza. Sonreía con educación y cuando abría la boca se le veía una pequeña mella en uno de los dientes delanteros. O se había peleado o había utilizado los incisivos sin hacer caso de las advertencias que le habría hecho su



madre durante la infancia.

—¿Desea usted algo?

Me quedé mirando el edificio blanco de tres plantas; en la planta baja abundaban los comercios al por menor, mientras que en las dos superiores sólo había oficinas. Me esforcé por parecer una ciudadana particularmente temerosa de la ley y no una investigadora independiente a quien le gustaba jugar con la verdad.

—Hola. ¿Qué ha ocurrido? Trabajo aquí enfrente y quería entrar.

—Terminaremos dentro de otros veinte minutos. ¿Trabaja usted en alguna oficina?

—Tengo un despacho en los locales de la compañía de seguros del primer piso. ¿Qué ha sido, un robo?

Los ojos de color avellana me inspeccionaron de arriba abajo y vi palpar en ellos la cautela. No estaba dispuesto a regalar información sin saber con quién hablaba.

—¿Puedo ver su documentación?

—Desde luego. Voy a sacar la cartera —dije. No quería que pensara que iba a empuñar un arma. Los polis que vigilan el escenario de un delito se ponen a veces muy suspicaces y no suelen agradecer los movimientos bruscos. Le enseñé la cartera abierta: en una de las fundas transparentes estaba mi carnet de conducir californiano, y en la otra una fotocopia de mi licencia de detective privada—. He estado fuera y quería dejar un par de cosas antes de irme a casa. — Aunque yo misma había trabajado en la policía en otra época, a veces se me escapaba información que no venía a cuento. No duró mucho el interrogatorio.

—No creo que la dejen pasar, pero inténtelo si quiere —dijo, señalando a un policía de paisano que llevaba una carpeta—. Hable con el sargento Hollingshead.

Como hasta el momento no me había dado el menor indicio de lo ocurrido, volví a preguntarle.

—¿Han robado en la joyería?

—Ha sido un homicidio.

—¿Homicidio? —Al inspeccionar el aparcamiento, vi a un grupo de agentes moviéndose en la zona donde probablemente se encontraba el cadáver. No se veía nada en absoluto a aquella distancia, pero la actividad se había concentrado en las proximidades—. ¿Quién lleva el caso? ¿El teniente Dolan, quizás?

—Exactamente. Si quiere hablar con él, vaya al vehículo del laboratorio. Lo vi dirigirse hacia allí hace apenas unos minutos.

—Gracias. —Entré en el aparcamiento con la mirada fija en los enfermeros, que se preparaban ya para marcharse. El fotógrafo de la policía y un individuo que hacía dibujos en un cuaderno de notas medían la distancia que había entre un pequeño arbusto de adorno y la víctima, a la que vi en el suelo y boca abajo en aquel instante. El cadáver estaba cubierto por una lona impermeable, pero se le veían las suelas de las zapatillas deportivas Nike, con las puntas unidas y los talones abiertos en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Ví que el teniente Dolan avanzaba hacia mí. Cuando se cruzaron nuestras respectivas trayectorias, nos dimos la mano de manera automática y cambiamos un par de frases de cortesía. Sabía que era absurdo hacerle las preguntas de rigor. Mucho o poco, me contaría lo que le dictara el humor del momento. La curiosidad ajena le vuelve tozudo y la insistencia provoca cortocircuitos en su arraigada irritabilidad. El teniente Dolan está a punto de cumplir los sesenta años y, por lo que me han dicho, le falta poco para jubilarse; está medio calvo, tiene la cara llena

de bolsas colgantes y viste siempre un traje gris arrugado. Es un hombre al que admiro, aunque en todos estos años no han faltado los momentos de antagonismo y crispación. No le gustan los detectives privados. Piensa que somos una casta inútil aunque tolerable, y, aun así, sólo mientras no le pisemos el terreno. Como policía, es listo, minucioso, tenaz y muy astuto. Cuando está rodeado de civiles suele comportarse con distancia, pero en las dependencias de Jefatura y en compañía de sus colegas le he visto dar muestras de esa simpatía y esa generosidad que cimentan la lealtad de los subordinados, si bien se trataba de cualidades que nunca había creído oportuno ejercer conmigo. La cordialidad de que hacía alarde aquella mañana era del todo normal, cosa que siempre es preocupante.

—¿Quién es el muerto? —pregunté por fin.

—No lo sé. Aún no lo hemos identificado. ¿Quieres echarle un vistazo? —Hizo un ademán con la cabeza para indicarme que le siguiese mientras se dirigía hacia el cadáver. El corazón me dio un brinco inesperado y la sangre se me subió a la cara. Por una de esas intuiciones inequívocas, supe de repente quién era el muerto. Puede que por las archiconocidas suelas del calzado deportivo, por el borde elástico del pantalón del chándal rosa, o por la piel oscura que se le entreveía a la altura del tobillo. Me concentré en la imagen con una extraña sensación de *déjà vu*.

—¿Cómo ha muerto?

—Le dispararon desde muy cerca, seguramente después de las doce de la noche. Un tipo que hacía *footing* descubrió el cadáver a las seis y cuarto, y nos avisó. Hasta ahora no tenemos el arma ni testigos. Le han robado la cartera, el reloj y las llaves.

Se agachó, levantó la lona y quedó al descubierto un joven negro enfundado en un chándal. En cuanto le vi la cara de costado, apreté un botón mental para desconectar las emociones de los demás procesos internos.

—Se llama Parnell Perkins. Desde hace tres meses, más o menos, era gestor de reclamaciones de La Fidelidad de California. Antes había sido representante de una compañía de seguros de Los Angeles. —El personal de reclamaciones cambia continuamente y nadie le da la menor importancia.

—¿Tiene familia en Santa Teresa?

—Que yo sepa, no. Su supervisora era Vera Lipton, la directora de reclamaciones. Ella tiene que tener su expediente.

—Y tú, ¿qué dices?

Me encogí de hombros.

—Bueno, lo conozco desde hace muy poco, pero lo tengo por un buen amigo. —Corregí el tiempo verbal con una punzada de dolor—. Era muy simpático... un hombre agradable y competente. Tan generoso que a veces parecía ingenuo. No hablaba mucho de su vida privada; yo tampoco, la verdad sea dicha. Un par de veces por semana íbamos a tomar una copa al salir del trabajo. Cuando no teníamos ningún compromiso, la «hora del aperitivo» se prolongaba y cenábamos juntos. No creo que tuviese tiempo de entablar relaciones sólidas. Era muy gracioso, en el buen sentido, claro. Sabía hacerme reír.

El teniente Dolan, mientras tanto, tomaba notas con el lápiz. Me hizo algunas preguntas, aparentemente inconexas, sobre el trabajo, la historia laboral, las aficiones y las amigas de Parnell. Aparte de unas cuantas observaciones superficiales, fue muy poco lo que pude decirle, cosa que se me antojó extraña, dada la angustia que sentía. No podía apartar los ojos del muerto.

Tenía el occipucio redondo y el pelo cortado casi al rape. La piel de su nuca parecía de goma. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija en el asfalto. ¿Qué misterio entraña la vida para desvanecerse de un modo tan radical en tan poco tiempo? Mientras le observaba, me sentí aturdida por aquella ausencia de animación, de calor, de energía. Todo había desaparecido como por ensalmo para no volver jamás. Su misión en la Tierra había concluido. Los supervivientes tendríamos que encargarnos ahora del trabajo burocrático que rodea todas las defunciones, de esos trámites impersonales que genera nuestra inmersión involuntaria en una fosa de dos metros de profundidad.

Fui a ver la plaza del aparcamiento donde Parnell solía dejar el coche.

—No veo su coche. Tuvo que cogerlo para venir desde Colgate, de modo que no tiene que estar muy lejos. Es un Chevrolet azul oscuro, del 80 o del 81, creo.

—Puede que lo hayan robado. Lo buscaremos. Supongo que no sabrás la matrícula de memoria.

—Pues sí. Es una matrícula especial, PARNELL, un regalo que se hizo a sí mismo cuando cumplió los treinta el mes pasado.

—¿Sabes dónde vivía?

Le di la dirección. Ignoraba el número exacto de la calle, pero le había llevado a casa en dos ocasiones, una en que le estaban reparando el vehículo y otra en que había bebido demasiado para conducir. Le di también el teléfono particular de Vera, y Dolan lo apuntó a continuación del nombre.

—Si quiere inspeccionar su escritorio, tengo llave de las oficinas —le dije.

—Adelante.

Durante una semana no se habló más que de aquel asesinato. Cuando la muerte golpea tan cerca, se produce algo profundamente turbador. La muerte de Parnell resultaba estremecedora precisamente porque nadie se explicaba el motivo. En su existencia no había habido ninguna señal que presagara que moriría asesinado. A juzgar por las apariencias, había sido una persona muy normal, como cualquiera de nosotros. Y, que nosotros supiéramos, ni en sus circunstancias, ni en su pasado, ni en su naturaleza, había habido nada que atrajera la violencia. Como hasta el momento no se había hecho la menor referencia a ningún sospechoso, acabamos por sentirnos desagradablemente indefensos, obsesionados por la idea de que a lo mejor sabíamos más de lo que creíamos. Y entretanto hablábamos sin parar de lo sucedido, tratando de alejar la nube de nerviosismo que se había levantado a raíz del crimen.

Yo no estaba más preparada que los demás. Es verdad que por mi profesión casi todas las semanas tropiezo con algún cadáver. Por lo general no reacciono de ningún modo, pero en el caso de Parnell, a causa de la amistad que nos había unido, mis habituales mecanismos de defensa —acción, rabia, cierto gusto por el humor negro— apenas pudieron defenderme de la aprensión que se había apoderado de todos los demás. Aunque muchas veces acabo investigando homicidios sin proponérmelo, no estoy predispuesta de antemano para esta clase de operaciones ni las acepto sin cobrar. Como nadie me había contratado para que investigara ese, me mantenía a distancia y me dedicaba a lo mío. El asunto era competencia exclusiva de la policía, y estaba claro que el departamento se bastaba a sí mismo y que no necesitaba ninguna «ayuda» del exterior. Que yo sea

investigadora privada, y oficialmente autorizada por la ley, no significa que tenga más privilegios que los demás ciudadanos, ni tampoco más derecho a entrometerme.

Lo que me intranquilizaba era el silencio de los medios de información. En su momento había aparecido la noticia en la prensa, pero desde entonces no había habido ninguna otra alusión al crimen. Los noticiarios de la televisión tampoco hablaban de las investigaciones al respecto. No había más remedio que pensar que no había ninguna pista y que nada nuevo se había sabido desde el suceso, cosa que, por lo demás, me parecía muy extraña. Y deprimente, por no decir algo peor. Cuando una persona que nos importa muere asesinada, queremos que los demás acusen el impacto. Queremos que la comunidad entera se ponga en pie y tome alguna medida. Faltos de combustible, los comentarios languidecieron y acabaron por morir, dejando en su lugar un halo de melancolía. Los agentes se presentaron y se llevaron todo lo que había en el escritorio de Pamell. Los casos en que este había estado trabajando se repartieron entre los demás empleados. Un pariente del muerto que vivía en la costa oriental se presentó para cerrar la casa y hacerse cargo de sus pertenencias. La vida siguió su curso habitual. Donde antes estaba Parnell Perkins, ahora sólo había un espacio vacío y ninguno de nosotros sabía cómo afrontar y asimilar lo sucedido. Aunque al final sabría cómo unir todas las piezas para que formaran un dibujo coherente, por entonces ni siquiera sospechaba que se trataba de un rompecabezas. Al cabo de unas semanas, el homicidio pasó a un segundo plano debido a la inenarrable presencia de Gordon Titus —a quien no tardamos en llamar Pitus—, el vicepresidente de Palm Springs, cuyo traslado a la sede central de la empresa estaba prevista para el 15 de noviembre. Según se comprobó, incluso Titus jugó un papel involuntario en el curso de los acontecimientos.

Sobre Gordon Titus se venía chismorreando en La Fidelidad de California desde que el informe trimestral presentado en junio había puesto de manifiesto una insólita actividad en el departamento de reclamaciones. En una compañía de seguros, cada vez que la tasa de pérdidas supera la tasa de beneficios en un diez por ciento, la directiva revisa todas las operaciones a fin de localizar el fallo. Que nuestras oficinas fueran la casa matriz de la compañía no nos libraba de las reprimendas, y teníamos la impresión de que iba a haber muchos cambios de personal. Se decía que la filial de Palm Springs había contratado a Gordon Titus para que revisara la gestión interna de las oficinas y encontrara el modo de aumentar el volumen total de pólizas contratadas. Aunque al parecer había hecho un trabajo admirable (desde el punto de vista de la directiva), había dejado tras de sí una estela de infelicidad. En un mundo gobernado por Agatha Christie, Gordon Titus habría acabado en el suelo de la sala de juntas con una aguja de hacer ganchillo clavada en el corazón. En el mundo real, estas cosas no tienen un final tan feliz. La directiva se limitó a trasladar a Gordon Titus a Santa Teresa para que siguiera generando desdicha.

En teoría, el asunto tenía poco o nada que ver conmigo. La Fidelidad de California me cede un despacho a cambio de tres o cuatro investigaciones rutinarias al mes: comprobar incendios provocados o falsas defunciones, y cosas por el estilo. Cada trimestre reúno toda la documentación disponible sobre reclamaciones sospechosas que se ha enviado al Instituto para la Prevención de los Delitos Contra las Compañías de Seguros. En aquellos momentos investigaba catorce reclamaciones de este tipo. Estafar a las compañías de seguros es un negocio lucrativo, y supone al año unas pérdidas de millones de dólares que recaen sobre los clientes honrados, en el caso de que los haya. En el ejercicio de mi profesión, he observado que hay un elevado número de ciudadanos que no puede resistir la tentación de estafar. Esta tentación no conoce distinciones de clase, condición y sexo, y une a grupos étnicos y raciales que, por lo demás, poco tienen en común. Los seguros se consideran una especie de lotería. Pagamos un par de recibos mensuales y ya queremos que nos toque la lotería. La gente está dispuesta a alterar el índice de probabilidades con tal de llevarse algún premio. He visto personas que, a la hora de declarar lo desaparecido en un robo, aumentan la lista de objetos perdidos con artículos que nunca han tenido. He visto edificios incendiados adrede, servicios médicos falsificados, lesiones voluntarias o reclamaciones laborales por falsa incapacidad. He visto declaraciones sobre daños contra la propiedad, emolumentos extraviados, accidentes y lesiones corporales que sólo han existido en la calenturienta imaginación de los reclamantes. Las compañías de seguros, por fortuna, han aprendido muy deprisa, y hoy cuentan con todo un aparato institucionalizado que detecta cualquier

intento de engaño. Parte de mi trabajo consiste en sentar las bases de las acciones judiciales que pueden emprenderse contra los reclamantes fraudulentos. Puesto que Gordon Titus iba a aparecer en cualquier momento, la cantidad de casos sospechosos que fluía en mi dirección había aumentado de manera alarmante y se me presionaba para que los solucionara lo más rápido posible.

Vera me pasó el último caso un domingo por la tarde, a finales de octubre. Yo había ido al despacho para recoger unos papeles relacionados con la declaración de Hacienda, que tenía que entregar sin falta a mi gestor el lunes por la mañana. Había estacionado el VW en el aparcamiento trasero, como de costumbre, y entré en el edificio por las escaleras de atrás. Pasé ante las oficinas vacías de La Fidelidad y, ya en mi despacho, comprobé si había mensajes en el contestador automático, revisé la correspondencia del sábado y guardé los impresos de Hacienda en el bolsillo exterior del bolso de cuero. Al salir y volver a pasar ante las oficinas de La Fidelidad, vi luz en el interior. Me detuve a mirar a través de las puertas de vidrio mientras me preguntaba si no sería algún ladrón que pensaba llevarse todo el material burocrático. En esto, apareció Vera con unos papeles en la mano, al parecer camino de la fotocopidora. Me vio, me saludó con la mano y avanzó hacia mí. Tiene treinta y ocho años, está soltera y, si hay alguien en el mundo a quien yo pueda considerar «mi mejor amiga», es ella. El manojito de llaves de las oficinas seguía en la cerradura y produjo un tintineo metálico cuando Vera abrió la puerta.

—Hola, chica. Te estuve buscando el viernes por la tarde, pero ya te habías ido. Salir a las dos tiene que ser fabuloso —dijo mientras me hacía pasar.

—¿De dónde sales? Hace un minuto pasé por aquí y estaba todo a oscuras.

Cerró la puerta y la seguí hasta la fotocopidora. Me hablaba por encima del hombro, con actitud desenvuelta.

—Sólo he entrado para hacer unas fotocopias. No se lo digas a nadie. Es cosa personal. La lista de invitados al cóctel. —Levantó la tapa de la máquina, puso el papel encima del vidrio y apretó los botones relativos al formato y número de copias. Luego apretó el botón de copiar y la máquina se puso en marcha. Llevaba un *body* negro, botas hasta la rodilla y una camiseta superancha que le llegaba justo por debajo de la ingle. Advirtió mi mirada—. Sí, ya sé que parece que me he olvidado de ponerme los pantalones. Voy a casa de Neil, pero mientras pueda, pienso aprovecharme. Y tú, ¿qué haces? ¿Por qué no te vienes a tomar una copa con nosotros?

—Gracias, pero ahora no me va bien. Tengo trabajo que hacer.

—¿Sabes? Te perdiste el gran acontecimiento. El legendario señor Titus se presentó el viernes por la tarde con tres de sus lugartenientes elegidos a dedo. Para hacerles sitio han despedido a dos representantes y un encargado de reclamaciones.

—¿Bromeas? ¿A quiénes?

—Tony Marsden, Jack Cantheas y Letty Bing.

—¿Letty? Seguro que acude a los tribunales.

—Deseo de todo corazón que lo haga.

—Creí que no tenía que venir hasta dentro de tres semanas.

—Sorpresa, sorpresa. Lo más probable es que la siguiente despedida sea yo.

—Vamos, mujer. Eres la piedra angular de la empresa.

—Claro. Por eso el departamento de reclamaciones ha informado de que las pérdidas se elevan a seiscientos mil dólares.

—La culpa de eso la tiene Andy Motycka, no tú.

—¿Y a quién le importa? Voy a casarme. Puedo buscar otro empleo. La verdad es que este trabajo nunca ha acabado de gustarme. ¿Y las compras? ¿Cómo van?

—¿Las compras? —dije sin comprender. No se me iban de la cabeza las barbaridades que estaban ocurriendo en La Fidelidad.

—Para la boda. El vestido.

—Aaaaaah. La boda. Sí, ya tengo vestido.

—Mentira podrida. Sólo tienes uno y es negro. Vas a ser la madrina, no la enterradora. —Vera y su novio iban a casarse al cabo de ocho días, durante la fiesta de Halloween. Todo el mundo le había dado el pésame por haber elegido aquella fecha, pero Vera no había dado su brazo a torcer, dando a entender que su natural cinismo estaba reñido con los sentimientos. Nunca había pensado en casarse. Según contaba ella misma, desde que tenía doce años hasta la fecha había salido con una cantidad incalculable de hombres. A pesar de que estaba loca perdida por su novio, tenía intención de retorcer la oreja a la tradición. En mi opinión, ir vestida de negro estaba a tono con una boda en Halloween. Cuando hubiese acabado el cóctel, iríamos las dos pidiendo dulces y regalos de puerta en puerta, como hacen los niños en Halloween, y al final nos repartiríamos las ganancias. Los bombones y las chokolatinas para mí—. Además, hace ya cinco años que tienes ese vestido de las narices —añadió.

—Seis.

—Y la última vez que te lo pusiste, decías que aún olía a ciénaga.

—¡Lo he lavado!

—Kinsey, no puedes llevar en mi boda un vestido negro de hace seis años y que huele a basura. Me juraste que te comprarías otro.

—Me lo compraré.

Me dirigió una mirada inexpresiva y llena de escepticismo.

—¿Dónde? ¿En un mercadillo de ocasión?

—Yo no iría a un lugar así. No sé cómo se te ocurre.

—¿Dónde, entonces?

La miré indecisa mientras me esforzaba por encontrar una respuesta que no la ofendiese. Yo sabía que mis titubeos no eran más que un truco para que ella tomara cartas en el asunto y me asesorase, porque la verdad es que no tenía ni la menor idea de qué vestido iba a comprarme. Jamás he sido madrina de boda e ignoro por completo qué se ponen estas individuales. Seguramente algo inútil, con volantes enormes por todas partes.

Vera tomó cartas en el asunto.

—Te ayudaré —dijo como si hablase con una retrasada mental.

—¿De verdad lo harás? ¡Estupendo!

Elevó los ojos al techo, pero estaba claro que le entusiasmaba la idea de gobernarme. A la gente le gusta ocuparse de mis asuntos privados. Por lo visto son muchas las personas que piensan que no sé hacer las cosas bien.

—El viernes —dijo—. Al salir del trabajo.

—Gracias. Después podemos cenar juntas. Yo invito.

—No soporto las hamburguesas con queso —advirtió.

La envié a la porra con un aspaviento y me dirigí hacia la salida.

—Nos veremos mañana por la mañana. ¿Me abres la puerta?

—Espera un minuto y me voy contigo. Por cierto, podrías coger el expediente que quería entregarte el viernes. Está en el archivador de mi antedespacho. Se trata de una mujer, Bibianna Díaz. Ganaríamos muchos puntos si demostraras que es una tramposa.

Me dirigí al despacho flanqueado de paredes de vidrio que Vera ocupaba ahora, en su cargo de directora de reclamaciones. El expediente de Díaz estaba encima mismo del archivador.

—Ya lo tengo —dije en voz alta.

—Cuando lo hayas examinado, habla con Mary Bellflower. Al principio el caso lo llevaba Parnell, pero fue ella quien le puso el membrete de sospechoso.

—Creí que la policía se había llevado todos los expedientes de Parnell.

—Pero ese no se encontraba en su escritorio. Se lo había entregado a Mary el mes anterior. La policía no tuvo ocasión de verlo. —Vera reapareció con las fotocopias entre los dientes mientras sacaba las llaves de su coche.

—Procuraré averiguar algo sobre la mujer antes de hablar con Mary. Así sabré qué terreno piso —dije.

—Haz como te parezca. —Apagó las luces, salimos de las oficinas y cerró la puerta con llave—. Si se te ocurre alguna pregunta, estaré en casa a eso de las diez.

Salimos del edificio por las escaleras de atrás mientras hablábamos de cosas intrascendentes. Los nuestros eran los únicos coches que había en el aparcamiento.

—Otra cosa —dijo mientras abría el suyo—. Titus dice que quiere verte mañana por la mañana.

La observé por encima de su coche.

—¿A mí? Pero si yo no trabajo para él...

—¿Quién sabe? Puede que te considere un «miembro importante del equipo». Es su manera de hablar. Esfuerzo, sacrificio y todos juntos venceremos. Qué asco. —Abrió la portezuela del vehículo, se puso al volante y bajó la ventanilla del lado opuesto—. Cuídate.

—Tú también.

Subí a mi vehículo con retortijones en el estómago. No tenía ningunas ganas de ver a Gordon Titus, y menos aún al día siguiente. Vaya forma de empezar la semana...

El aparcamiento estaba desierto y en el centro de la ciudad reinaba una calma absoluta. Arrancamos al mismo tiempo y giramos en sentido distinto. Todas las tiendas estaban cerradas, pero las luces de State Street y los desperdigados peatones creaban una ilusión de actividad en el barrio comercial, que por lo demás estaba vacío. Santa Teresa es una ciudad donde se puede pasear y mirar los escaparates cuando todo está cerrado sin —demasiado— temor a sufrir agresiones. Durante la temporada turística las calles están llenas de gente, pero, incluso en los meses en que todo está tranquilo, la seguridad es la nota dominante. Me entraron ganas de cenar en algún restaurante de la zona, pero pudo más el bocadillo de mantequilla de cacahuete con pepinillos en vinagre que me esperaba en casa.

Ya era noche cerrada cuando estacioné el coche y crucé la entrada del jardín de mi casa. Aunque la luz de la cocina de Henry estaba encendida, resistí la tentación de pasar a saludarle. Sin duda me invitaría a cenar, me agasajaría con un *chardonnay* decente y me pondría al corriente de los últimos chismes. Henry tiene ochenta y dos años, era panadero antes de jubilarse y en la actualidad se encarga de suministrar las pastas para el té a las ancianas del barrio. Además, a



modo de ocupación secundaria, confecciona esas pequeñas revistas de crucigramas que suelen venderse en los quioscos y en la caja de los supermercados, y que elabora a base de juegos de palabras, dichos graciosos y frases equívocas. En los ratos libres se dedica a censurar mis actividades, que no sólo estima peligrosas, sino también muy incivilizadas.

Entré en casa y encendí una lámpara de mesa. Dejé el bolso en la mesa, un banco de madera que separa la cocina del espacio destinado a sala de estar. La casa se había reconstruido después de que una bomba la hiciera saltar por los aires. Había vivido en el domicilio de Henry durante las obras y en mayo, el día de mi cumpleaños, me había trasladado a la nueva casa. Fue un regalo fantástico, igual que un barco pirata, mucha madera de teca, muchos apliques de bronce, un ojo de buey en la puerta y una escalera de caracol por la que se llegaba a un altillo donde podía dormir debajo de una claraboya salpicada de estrellas. La cama se alzaba sobre una estructura de cajones empotrados. En la planta baja había una cocina, un rincón para el lavavajillas, una sala de estar con un sofá que podía extenderse cuando tuviera invitados y un cuarto de baño pequeño para los huéspedes. Arriba había otro cuarto de baño con bañera, un montón de macetas en el alféizar de la ventana y una vista marítima por entre las copas de los árboles.

Toda la casa estaba llena de recodos y huecos para poner cosas, armaritos, estantes, ganchos para la ropa. Los planos los había dibujado el mismo Henry, que incluso se había dado el gustazo de diseñar los detalles. La moqueta era azul prusia y los muebles sencillos. Aunque habían transcurrido ya seis meses, seguía paseándome por la casa como una ciega, tocándolo todo y disfrutando con el tacto, con el aroma de la madera. Al morir mis padres, me había recogido una tía soltera que había entablado conmigo una relación con más teorías que sentimientos. Aunque nunca lo dijo de este modo, en todo momento me hizo creer que si yo estaba en su casa era con la condición de que a ella le gustase, igual que un electrodoméstico, y con derecho a devolverme si me encontraba algún defecto de fábrica. He de reconocer que sus ideas sobre la educación infantil, aunque excéntricas, eran firmes y útiles, y he sabido sacar provecho de lo que me enseñó en materia de verdades mundanas. A pesar de todo, durante casi toda mi vida me he sentido como una intrusa incapaz de echar raíces y que se limitaba a dejar pasar el tiempo hasta que le decían que se marchase. Pero mi mundo interior había sufrido una transformación radical. Ahora estaba en una casa que era mía. Y, aunque era alquilada, se trataba de un arriendo de por vida. Por todo esto, me dominaba una sensación extraña y aún no acababa de creérmelo.

Puse la tele portátil, en blanco y negro, para que el sonido me hiciera compañía mientras me preparaba la cena. Me senté en un taburete ante la mesa de madera y mientras me comía el bocadillo hojeé el expediente que me había dado Vera. Contenía la reclamación inicial —un accidente de tráfico con lesiones físicas—, facturas médicas, correspondencia y un informe que resumía los aspectos más destacados del asunto. La gestora, Mary Bellflower, había señalado la reclamación como sospechosa por varios motivos. Las heridas se habían producido en «tejidos blandos» y en consecuencia no podían comprobarse. Díaz se quejaba de dolores cervicales, jaquecas, náuseas, dolores lumbares y espasmos musculares, entre otras cosas. Los daños sufridos por el vehículo se habían estimado en 1.500 dólares, cantidad a la que había que sumar el importe de las facturas médicas (se trataba de fotocopias muy antiguas, en las que siempre se puede falsificar algo las cifras), que ascendían a 2.500 dólares. Díaz reclamaba además 1.200 dólares en concepto de estipendios perdidos. En total, 5.200 dólares. En relación con el accidente no había ningún informe directo de la policía, y la gestora no había pasado por alto el detalle de que el

choque se había producido muy poco después de que el coche de Díaz se registrara y se asegurase. Que la dirección de la reclamante fuera un apartado de Correos, y no un domicilio, también era sospechoso. Mary había conseguido localizar el domicilio de verdad y lo había incluido en sus notas. Advertí que había tenido la precaución de fotocopiar los sobres (en los que constaba la fecha del matasellos) empleados para devolver los impresos de la reclamación. Si al final se formulaba alguna acusación, constituirían una prueba de que se había utilizado el servicio de Correos, circunstancia que podría poner el caso en manos de las autoridades federales. Cuando se trata de una estafa, el reclamante suele contratar los servicios de un abogado, cuya misión consiste en apretar las clavijas al correspondiente gestor de reclamaciones, con objeto de llegar a un acuerdo lo antes posible. Díaz no había contratado —aún— los servicios de ningún abogado, pero respecto a la indemnización empezaba a ponerse pesada. Ignoraba por qué Parnell había pasado el caso a Mary Bellflower. Cuando la suma reclamada no es muy cuantiosa, se corre peligro de autorizar el pago inmediatamente para que no se acuse de «mala fe» a la compañía de seguros. Pero como en La Fidelidad de California se habían detectado recientemente pérdidas elevadísimas, Maclin Voorhies, el vicepresidente de la compañía, se lo pensaba dos y tres veces antes de dar el visto bueno a nada. En consecuencia, me habían pasado a mí el caso para que lo investigase. Con Titus en escena, podría resultar a la postre una ridiculez, y encima cuando ya no tenía remedio, pero así estaban las cosas.

Eran las diez cuando apagué las luces y me fui a la cama. Abrí una ventana y apoyé la cabeza en el marco para que el aire fresco me acariciara las mejillas. La luna brillaba en lo alto. El cielo nocturno estaba despejado y las estrellas pinchaban como si fueran alfileres. Se acercaba un ligero frente de perturbaciones y era muy probable que en el curso de cuarenta y ocho horas cayera algún chaparrón. Por el momento, no había el menor síntoma de lluvia. Hasta mis oídos llegaba el rumor sordo del oleaje que besaba la playa, que no estaba a más de una manzana de distancia. Me introduje bajo las sábanas, puse el radiodespertador y me quedé mirando la claraboya. Oí los acordes de una canción *country*: Willie Nelson recordaba, melancólico, una historia de sufrimiento y dolor. ¿Dónde estaría Robert Dietz en aquellos momentos? En mayo, mi nombre había aparecido junto con otros tres en la lista de víctimas de un asesino a sueldo, y yo no había titubeado en contratar a un detective privado. Necesitaba un guardaespaldas y el guardaespaldas había sido Dietz. Solucionado el asunto, se había quedado tres meses. Ya hacía dos que se había marchado a Alemania. No éramos muy dados a escribir cartas ni teníamos dinero suficiente para derrocharlo en conferencias intercontinentales. La separación había sido dolorosa, lo trivial y lo agrí dulce mezclados más o menos a partes iguales.

«No sirvo para las despedidas», le había dicho la noche antes de que se marchara.

«Yo no sirvo para otra cosa», me había respondido sin dejar de esbozar la sonrisa de astucia que le caracterizaba. Pensaba que su dolor era inferior al mío. Puede que me equivocara, naturalmente. Dietz no era de los que daban rienda suelta a la angustia o la aflicción, lo que no quiere decir que no tuviera sentimientos.

Lo malo del amor es el vacío que deja cuando se acaba... frase que resume todas las canciones *country* que se hayan compuesto en este mundo...

Cuando me di cuenta, ya eran las seis de la mañana y el despertador piaba como una alondra.

Me levanté, me puse el chándal, los calcetines gruesos de algodón y las Adidas. Me lavé los dientes y me lancé escaleras abajo, camino de la puerta de la calle. El sol no había salido aún, pero la oscuridad había dado paso a una claridad grisácea. El aire de la mañana era húmedo y olía a eucalipto. Me sujeté a la valla del jardín, hice un par de flexiones y, para entrar en calor, fui andando hasta Cabana Boulevard. A veces me pregunto por qué hago ejercicio con tanto empeño. Manía persecutoria, tal vez... el recuerdo de las ocasiones en que había salvado la vida por piernas.

Al llegar al carril de bicicletas apreté un poco y corrí a paso ligero. Tenía las piernas entumecidas y la respiración jadeante. El primer kilómetro siempre cuesta; lo que viene después, en comparación, es una bagatela. Traté de olvidarme de mis preocupaciones y me puse a contemplar el paisaje. A mi derecha se extendían la playa y un océano que gemía con un murmullo tan reposado como el crepitar de la lluvia. Las gaviotas chillaban mientras maniobraban por encima del oleaje. El océano tenía el color del acero fundido y las olas eran una masa espumeante de aluminio y cromo. Allí donde, el agua retrocedía, la arena era como un espejo que reflejaba la dulzura del cielo matutino. El horizonte adquirió un tinte salmón cuando el sol asomó de repente su corona de oro. Largos brazos de luz coralina se extendieron por la línea del horizonte, por donde comenzaba ya a organizarse el ejército núbico del anunciado frente lluvioso. El aire era frío y venía cargado con el denso aroma de las algas y la sal. Al cabo de unos minutos mis zancadas se hicieron más largas y un ritmo involuntario empezó a orquestar todos los músculos en movimiento. Lo cierto es que no tendría ocasión de volver a correr durante varias semanas. Si lo hubiera sabido, habría disfrutado más de aquella oportunidad.

Mucho antes de ponerle los ojos encima, intuí que mis relaciones con Gordon Titus no iban a ser causa de alegría para ninguno de los dos. Puesto que había sido él quien había sugerido el encuentro, saltaba a la vista cuáles eran las alternativas que tenía ante mí. O eludía el despacho y posponía aquel primer encuentro, o aceptaba la invitación e iba a verle sin más preámbulos. De las dos alternativas, la segunda se me antojaba más prudente. A fin de cuentas, el encuentro podía ser una simple formalidad. Yo no quería que mi falta de entusiasmo se malinterpretase. En mi opinión, era preferible aparentar que cooperaba. Como solía decir mi tía, «hay que estar siempre del lado de los ángeles». Sólo cuando murió empecé a comprender qué quería decir con eso.

Llegué a mi despacho a las nueve y, aunque La Fidelidad de California estaba al lado mismo, llamé por teléfono a Darcy Pascoe, la recepcionista de las oficinas.

—Hola, Darcy. Soy Kinsey. Me han dicho que Gordon Titus quiere verme. Por lo que Vera me ha contado, ese tío es un plomo.

—Buenos días, señorita Millhone. Encantada de volver a oírla —dijo con voz musical y agradable.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? ¿Es que está ahí?

—Exactamente.

—Pues qué faena. Bueno, pregúntale cuándo quiere que vaya a verle. Si le va bien ahora, dispongo de unos minutos.

—Un momento, por favor.

Me hizo esperar el tiempo necesario para transmitir la pregunta y obtener la respuesta. Volvió a ponerse al habla.

—Ahora le va bien.

—Ay, qué emoción.

Colgué. Esto, me dije, lo resuelvo yo en un abrir y cerrar de ojos. Todo el mundo tiene que pasar por el aro en algún momento. De vez en cuando hay que lamer algún culo, pero ¿y qué? Porque una de dos: o aceptas desde el principio este destino histórico, o te marginan y te quedas en el arroyo el resto de tu vida. Al encaminarme hacia la puerta, pasé ante el espejo que había en la pared y me detuve a contemplar mi aspecto. No estaba mal. Tejanos, jersey de cuello alto, nada de potingues en la cara, ningún pegote entre los dientes. Como nunca me maquillo, no tengo que preocuparme por los polvos y las cremas. Por lo general me corto el pelo yo misma, pero últimamente me lo había dejado crecer y lo llevaba hasta los hombros, aunque un poquitín desnivelado. Para que el corte pareciera simétrico, lo único que tenía que hacer era inclinar la

cabeza hacia un lado.

Así, con la cabeza inclinada, entré en el vítreo despacho que al parecer venía utilizando Gordon Titus para sostener aquellos breves encuentros con el personal. El despacho de Vera era contiguo al suyo, y cuando pasé por delante vi que me dirigía una penetrante mirada de soslayo. Vestía un traje de chaqueta gris con blusa blanca y llevaba el pelo recogido en un moño. El señor Titus se puso en pie para recibirme y nos dimos la mano por encima del escritorio.

—Señorita Millhone.

—Hola, qué tal. Encantada de conocerle —dije.

El apretón que imprimió a mi mano fue canónicamente viril, firme y sincero, pero no triturante, y el contacto duró lo necesario para darme a entender que sus intenciones eran honradas. Debo confesar que a primera vista resultó una sorpresa agradable. Me lo había imaginado distante y antipático, mediocre y estrictamente funcional. Era más joven de lo que había supuesto, cuarenta y dos años a lo sumo. Estaba recién afeitado, tenía los ojos azules, el cabello prematuramente grisáceo y cortado con buen gusto y ni rastro de arrugas en la cara. En vez de traje vestía un pantalón informal de algodón y camisa azul. Me dio la sensación de que verme no le despertaba ningún entusiasmo. A juzgar por su mirada, mi atuendo profesional le resultaba desagradable. A pesar de todo, no hizo el menor comentario, ya que sin duda suponía que me dedicaba a ayudar a la señora de la limpieza antes de comenzar la jornada laboral.

—Siéntese —dijo. Ni sonrisas, ni cumplidos, ni comentarios intrascendentes.

Me senté. Se sentó.

—Hemos repasado los informes que ha presentado usted en los últimos seis meses. Buen trabajo —dijo.

Yo intuía ya la inminencia del «pero» flotando en el aire que nos rodeaba. Recorrió con los ojos la hoja que tenía delante y pasó con rapidez las siguientes. Se trataba de un fajo de notas sujetas con un clip a una carpeta marrón de archivador. El detalle me dio a entender que los informes que tenía sobre mí se remontaban por lo menos hasta la primera vez que me habían expulsado del colegio. Tenía junto a sí un cuaderno de papel rayado en el que había escrito algo con pluma. Su caligrafía era clara, de letras angulares, con cierta tendencia a prolongarlas hacia abajo. Había puntos en que se notaba que la pluma había rasgado el papel. Imaginé sus pensamientos cabalgando por los renglones mientras la escritura corría detrás de ellos, abriendo socavones imperceptibles a causa de las prisas. Era de los que nunca olvidaban cómo se hacían los cuadros sinópticos y resúmenes. Los temas que había que tratar aparecían señalados con números romanos y los distintos aspectos de cada uno se habían consignado sangrando las líneas correspondientes. Puede que su cabeza funcionara también de ese modo: las cuestiones fundamentales en primer plano y debajo las respectivas subcategorías. Cerró la carpeta y la puso a un lado. Concentró en mí toda su atención.

Me dije que ya era hora de poner las cosas en su sitio.

—Ignoro si está usted al tanto de ello, pero en realidad no soy empleada de La Fidelidad de California —dije—. Yo me limito a cumplir encargos que la compañía me hace de vez en cuando.

Esbozó una ligerísima sonrisa.

—Lo sé. Pero hay una serie de asuntos de menor cuantía que no tenemos más remedio que aclarar en beneficio de la empresa. Convendrá usted conmigo en que es necesario hacerse una imagen de conjunto cuando se lleva a cabo una revisión de esta índole.

—Naturalmente.

Observó con atención las dos primeras hojas del cuaderno de papel rayado. Yo fingí que me ajustaba la cadena del reloj y eché un vistazo furtivo a la hora.

—¿Tiene prisa? —dijo sin levantar los ojos.

—Tengo que investigar una reclamación. Ya tendría que estar en camino.

Se quedó mirándome. Tenía la musculatura totalmente inmóvil. Sus ojos azules se clavaron en los míos sin parpadear. Era un hombre atractivo, pero imperturbable, tan carente de expresividad que me pregunté si no habría sufrido un ataque o un accidente que le hubiera cortado los nervios motores de la cara. Procuré adoptar una actitud tan impasible como la suya. También yo soy una persona práctica y me gusta ir directamente al grano.

Empuñó la pluma para comprobar el punto primero, línea primera de la lista.

—No sé con exactitud a quién informa usted. ¿Le importaría explicármelo?

Dios mío.

—Bueno, no siempre se hace del mismo modo —dije con amabilidad—. En teoría tengo que rendir cuentas ante Mac Voorhies, pero por lo general son los gestores de reclamaciones los que me pasan los casos. —Se puso a escribir nada más abrir yo la boca. Tengo cierta habilidad (dicho sea con la debida modestia) para leer al revés, pero el individuo escribía con una especie de código taquigráfico personal. Cerré la boca. Dejó de escribir. Seguí callada. Alzó los ojos.

—Perdone, pero no estoy al corriente. ¿Podría describirme el procedimiento? En su expediente parece que no consta.

—Lo normal es que me llamen por teléfono. A no ser que un gestor me haga un comentario directo sobre el caso. Paso por las oficinas dos o tres veces a la semana. —Se las apañaba para escribir a la misma velocidad que yo hablaba. Hice una pausa. Su pluma también.

—¿Al margen de las reuniones? —preguntó.

—¿Reuniones?

—Supongo que asistirá usted a las reuniones que la empresa organiza periódicamente. Presupuestos. Ventas...

—Nunca he asistido a ninguna.

Comprobó las notas y pasó un par de páginas. Frunció el ceño de repente, pero habría jurado que se trataba de una estratagema para impresionarme.

—No lo entiendo. No encuentro sus 206.

—Yo tampoco lo entiendo. Y estoy sorprendida —dije.

No tenía ni la más remota idea de lo que era un 206, pero me figuré que quedaba bajo su competencia, puesto que él lo había sacado a relucir.

Me tendió un formulario.

—Sólo es para refrescarle la memoria —dijo.

Estaba lleno de casillas en blanco. Fechas, horas, números empresariales, kilometrajes; un formulario completo en que por lo visto tenía que detallar yo todos los hipos y eructos que se emitían durante el trabajo. Le devolví la hoja sin decir nada. No tenía ganas de jugar a aquel juego. Por mí, podía metérselo donde le cupiera.

Se puso otra vez a tomar notas con la cabeza gacha.

—No tengo más remedio que pedirle una copia de sus informes. Va a ser la única forma de poner al día nuestros datos. Entréguele el material a la señorita Pascoe a mediodía, si no le viene

mal. Volveremos a reunirnos para revisar este asunto.

—¿Con qué objeto?

—Con objeto de documentar las horas que ha trabajado usted para la empresa; de ese modo podremos calcular lo que ha cobrado por término medio —dijo como si todo estuviera clarísimo.

—Se lo puedo decir yo personalmente. Treinta dólares la hora más los gastos.

Logró poner de manifiesto su asombro sin arquear siquiera una ceja.

—Menos el alquiler de su despacho, naturalmente —dijo.

—Incluido el alquiler del despacho.

Silencio absoluto.

—Eso es imposible —dijo por fin.

—Es el acuerdo que ha estado vigente desde el principio.

—Le repito que es imposible.

—Ha sido así durante seis años y nadie se ha quejado todavía.

Apartó la pluma del papel.

—Muy bien. Ya buscaremos el modo de arreglarlo.

—Pero ¿qué hay que arreglar? Fue el acuerdo que hicimos. A mí me interesa. Y a la casa también.

—Señorita Millhone; ¿tiene usted algún problema?

—No, ninguno. ¿Por qué lo dice?

—Es que no estoy seguro de comprender su postura —dijo.

—Pues más sencilla no puede ser. Y no sé por qué tengo que pasar este examen administrativo. No trabajo para usted. Soy independiente y trabajo por cuenta propia. Si no le gusta lo que hago, contrate a otra persona.

—Entiendo. —Puso el capuchón a la pluma. Empezó a recoger los papeles con movimientos crispados y bruscos—. Ya hablaremos en otra ocasión. Cuando esté usted más tranquila.

—Increíble. También usted debería tranquilizarse —dijo—. Además, tengo trabajo.

Salió delante de mí y se fue directamente al despacho de Mac. Todos los empleados visibles trabajaban con ahínco, totalmente concentrados en lo que hacían. Metí la conversación recién sostenida en la papelera mental y la vacié en la basura. La cosa iba a tener consecuencias desagradables, pero por el momento no me importaba.

La dirección de Bibianna Díaz que me habían dado resultó que era un solar. Me quedé en el coche contemplando extrañada la parcela llena de tierra, matojos, palmeras, pedruscos y botellas rotas que brillaban al sol. De una rama de palmera que se había desprendido colgaba un condón, aunque más bien parecía el pellejo de una culebra anémica que hubiera sufrido la muda habitual. Volví a comprobar la información que constaba en el expediente y repasé los números de los domicilios de ambos lados de la calle. No coincidían. Abrí la guantera y saqué un plano de la ciudad, lo extendí encima del volante y consulté el callejero ordenado alfabéticamente que había en el dorso del mapa. No había ninguna otra calle, avenida, paseo o callejón con el mismo nombre o alguno que se le pareciese. Me había dejado el expediente de Díaz en las oficinas de La Fidelidad antes de la reunión con Titus y no había llevado conmigo más que unas cuantas notas escritas a lápiz. Me dije que ya era hora de cambiar impresiones con Mary Bellflower; puede que

ella conociese otro medio de acceder a la reclamante. Puse en marcha el coche y me dirigí hacia la ciudad, dominada por una rara satisfacción. Que la dirección consignada no existiera era una prueba de que Díaz había mentido, perspectiva que excitaba los bajos instintos de la bribona en potencia que hay en mí. Según la jerga californiana, «vibro» en presencia de malhechores. Investigar a personas honradas resulta más bien aburrido.

Ví una cabina telefónica al otro lado de una gasolinera. Aparqué y pedí que me llenaran el depósito mientras llamaba a las oficinas de La Fidelidad para hablar con Mary y contarle lo que ocurría.

—¿No te dio más direcciones esta mujer? —dije.

—Ay, pobrecita Kinsey. Me han contado lo de tu entrevista con Gordon Titus. No acabo de creer que le sacaras de sus casillas. Empezó a gritarle a Mac tan fuerte que hasta yo le oí.

—No pude remediarlo —dije—. Yo quería comportarme con educación, pero se me escapó.

—Pobrecita.

—No creo que sea para tanto —dije—. ¿Tú sí?

—Yo no sé nada. Le vi salir con el vicepresidente y la verdad es que parecía muy furioso. Le dijo a Darcy que se ocupara de las llamadas que recibiera. En cuanto cruzó la puerta, la tensión de la casa bajó a la mitad.

—Pero ¿por qué le aguantáis? Es un cretino. ¿Has hablado ya con él?

—No. Pero escucha, Kinsey, no puedo permitirme el lujo de perder este empleo. Me conviene ser prudente. Creo que estoy embarazada y la mutua de Peter no cubre la maternidad.

—Pues yo no soporto que nadie se me ponga chulo —dije—. Me van a dejar en la calle, eso está claro, pero no me importa. Saldré adelante.

Se echó a reír.

—Si resolvieras este caso, a lo mejor lo tendrían en cuenta, y quién sabe...

—Ojalá. ¿Consta en el expediente alguna otra dirección?

—Creo que no, pero voy a comprobarlo. Espera un momento. —Oí la respiración de Mary por el auricular mientras hojeaba los documentos del expediente—. No, no veo ninguna —dijo de mala gana—. Ya sabes que no recibimos la copia del atestado de la policía. Puede que la policía tenga la dirección exacta.

—Bien pensado —dije—. Aprovechando que estoy en la calle, pasaré por Jefatura. ¿Y el teléfono? Podemos consultar la guía. —Tenía en el despacho la última edición del directorio municipal, que en una sección traía todas las calles y en la otra todos los teléfonos ordenados numéricamente. Si se contaba con información parcial, se podía localizar a cualquier persona cotejando las dos secciones.

—Nada —dijo—. No figura.

—Estupendo. Una sinvergüenza con un teléfono que no figura en la guía. Me encanta. ¿Y la matrícula del coche? En la Dirección de Tráfico tienen que saber algo.

—Bueno, la matrícula sí la tengo. —Buscó el número de matrícula del Mazda de Díaz y me lo dictó—. Una cosa, Kinsey. Si averiguas la dirección, dímela enseguida. Tengo que enviar a esta mujer varios formularios o a Mac le dará un ataque. No se puede enviar un sobre certificado a un apartado de Correos.

—De acuerdo —dije—. Por cierto, ¿por qué no se encargó Parnell del caso personalmente?

—Ni idea. Supongo que tendría otros entre manos.



—Sí, sería por eso —dije encogiéndome de hombros—. Bien, te llamaré en cuanto sepa algo. Pienso reaparecer por las oficinas con un montón de información actualizada.

—Suerte.

Colgué y anoté algunas cosas para no olvidarlas. Saqué un par de monedas y llamé al trabajo de Bibianna, una lavandería de Vaquero.

El sujeto que respondió se expresaba con impaciencia y muy pocas palabras; tal vez fuera así por temperamento. Se le notaba en la voz la acidez de estómago y me lo imaginé engullendo bicarbonato como quien se toma una infusión de poleo después de la cena. Cuando le pregunté por Bibianna Díaz, me dijo que estaba fuera. Punto.

Puesto que no decía nada más, procuré apremiarle.

—¿Cree que volverá pronto?

—No creo nada —me espetó—. Dijo que estaría fuera toda la semana. Problemas del pasado, dijo. Y yo no discuto con gente de pasado turbio. Cuando menos te lo esperas, recibes una citación de Magistratura, y yo no tengo ni cinco. Ni hablar. ¿Y usted quién es?

—Soy Ruth, su prima. Es que voy a Los Angeles, ¿sabe?, y como pasaba por aquí, pues la he llamado, tal como le prometí. ¿No sabrá usted por casualidad dónde vive? La semana pasada hablé con ella por teléfono y me dio la dirección, pero me he dejado la agenda en casa y no la sé de memoria.

—No. Lo siento. Ni hablar. ¿Y por qué me pregunta usted a mí? Porque yo a usted no la conozco. Usted podría ser cualquiera. No es nada personal, pero ¿cómo sé yo que no se dedica a destripar mujeres con un cuchillo de carnicero? Me comprende, ¿verdad? Si le doy la dirección de una empleada, soy responsable de todo lo que pase después. Robo, amenazas, violación. Nanay. Ni hablar del peluquín. Esa es mi política. —Parecía un sesentón acosado por las demandas judiciales.

Fui a decir algo, pero colgó de golpe. Hice una mueca al auricular, una forma madura y efectiva de canalizar la irritación. Aboné el importe de la gasolina, subí al VW y me dirigí a Jefatura, donde pagué 11 dólares por una copia del atestado. La dirección consignada era la misma calle inexistente que había buscado al principio. Como no conocía a la funcionaria que me atendió, no me atreví a pedirle que consultara los archivos.

Dejé el coche delante de Jefatura y fui andando hasta los juzgados, que estaban a media manzana de distancia, y me dediqué a buscar el nombre de Díaz en la lista de juicios pendientes. No figuraba. Mala suerte. Me habría animado mucho saber que tenía una deuda pendiente con la justicia. La verdad es que, sin conocerla siquiera, actuaba dando por sentado que sus intenciones eran delictivas. Buscaba su dirección y no acababa de creerme que no hubiera la menor pista en ninguna parte. Obtuve idénticos resultados negativos en el Registro Civil y en la oficina del Censo Electoral. Probé en la fiscalía del distrito, donde un amigo me confirmó que Bibianna no pasaba moneda falsa ni se había retrasado en el pago de los gastos de manutención de ningún hijo. Pues qué bien. Había agotado prácticamente todas las fuentes de información que se me ocurrían.

Volví al coche y tomé la autopista para dirigirme a la Comisaría del *Sheriff* del Condado. Aparqué delante del edificio, crucé las puertas de cristal y accedí a la pequeña sala de recepción, donde escribí mi nombre en el libro de visitas. Recorrí un corto pasillo y entré en un espacio administrativo señalado con el rótulo «Archivos y Licencias». La funcionaria de servicio no me pareció muy propensa a proporcionar información confidencial. Tendría treinta y tantos años, más

o menos como yo, le coronaba la cabeza una pirámide compacta y rizada de pelo rubio, y enseñaba demasiado las encías. Me sorprendió inspeccionando sus infortunios odontológicos y cerró la boca medio avergonzada. Le busqué el marbete del nombre, pero no llevaba ninguno.

—¿Podría consultar con el banco de datos y averiguar si esta mujer ha sido detenida alguna vez en Santa Teresa? —Cogí el cuaderno que había en el mostrador y garabateé el nombre de Bibianna y su fecha de nacimiento. Saqué la cartera y puse junto al cuaderno la fotocopia de mi carnet de detective.

Sus ojos claros se posaron en los míos y manifestaron el primer síntoma de reconocimiento humano.

—No estamos autorizados a divulgar esa clase de información. El Ministerio de Justicia tiene normas muy estrictas.

—Bien por el Ministerio —dije—. Pero le explicaré mi situación, por si sirve de algo. Investigo a Bibianna Díaz porque se sospecha que tiene intención de estafar a una compañía de seguros; la empresa para la que trabajo, La Fidelidad de California, necesita saber si esta señora está fichada.

La funcionaria asimiló lo que acababa de decirle y contemplé la gestación de la respuesta. La rapidez mental no era su fuerte. Trabajaba con esa flema de la burocracia que garantiza la desesperación del ciudadano honrado (y de las personas como yo).

—Si ha sido procesada y condenada, encontrará los datos en el juzgado. Es información pública.

—Ya lo sé. Vengo de allí. Lo que yo pregunto es si se la ha detenido o fichado alguna vez sin que la acusaran formalmente de nada.

—Si no la han acusado ni condenado nunca, que la hayan detenido no debería tener trascendencia. El ciudadano tiene derecho a la intimidad.

—Valoro lo que usted dice y lo comprendo —dije—. Pero suponga que la han detenido por robo o infracción y que la fiscalía del distrito no tiene pruebas suficientes.

—Si nunca la han acusado oficialmente de un delito... entonces no es asunto suyo.

—Ya sé adónde quiere ir a parar. —Es absurdo discutir con los pobres de espíritu. Les encanta poner pegas a todo. Guardé silencio durante unos instantes y me esforcé por guardar la compostura. Las situaciones como esta despiertan en mí un deseo primigenio de morder al prójimo. Imaginé la medialuna de mi dentellada en la carne de su antebrazo, que se hincharía y se volvería de todos los colores del arco iris. Y, como un perro, tendría que ponerse inyecciones contra el tétanos y la rabia. También cabía la posibilidad de que su dueño optase por darle el pasaporte. Sonreí con educación—. Escuche. ¿Por qué no nos simplificamos un poco la vida? Lo único que en realidad necesito es una dirección actualizada. ¿Puede buscármela?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo proporcionarle esa información.

—¿Y la Ley de Libertad de Información? —dije.

—Usted sabrá.

—¿Hay alguna otra persona con quien pueda hablar?

No le gustaba mi insistencia. No le gustaba mi tono de voz. No le gustaba nada de mí y el sentimiento era recíproco. Ella y Gordon Titus. ¡Señor, Señor! Hay días en que mejor sería no

levantarse de la cama. Abandonó el mostrador sin decir palabra y volvió poco después con una agente que se mostró muy amable, pero igual de inflexible. Reanudé el tira y afloja desde el comienzo sin ningún resultado.

—Bueno, muchísimas gracias. Me lo he pasado divinamente —dije.

Me senté ante el volante y me puse a pensar qué haría a continuación. Aquello me pasaba por decir la verdad. No me extraña que me vea obligada a mentir, a robar y a engañar. La honradez no conduce a nada, en particular cuando hay que tratar con las fuerzas de la ley y el orden. Me quedé mirando el atestado policial que había dejado en el asiento del copiloto. Esperé a que se me pasaran los efectos de la frustración y lo cogí.

Según la versión de los hechos que había dado al policía que se había personado en el lugar del accidente, Bibianna Díaz se dirigía al sur a 50 por hora cuando, al pasar por Valdesto, tuvo que pisar a fondo el freno para no atropellar a un gato que se le había puesto delante. El coche había patinado de costado y había ido a estrellarse contra un vehículo estacionado. No hubo testigos. Habían llamado a una ambulancia, los enfermeros habían curado las contusiones y rozaduras superficiales de Díaz y a continuación la trasladaron a la sala de Urgencias del St. Terry para examinarla con rayos, dado que se quejaba de dolores en el cuello y en la espalda. ¿Y si en las oficinas de administración del hospital tenían la dirección auténtica? Seguramente había por medio otra compañía de seguros en representación del propietario del vehículo con el que Díaz había chocado, y siempre cabía la posibilidad de que el otro gestor de reclamaciones tuviese algo entre sus papeles. Bibianna tenía que vivir en algún sitio y yo estaba resuelta a dar con ella. Volví al despacho e hice las llamadas telefónicas de rigor, que no produjeron ningún resultado. Entré en las oficinas de La Fidelidad y estuve un par de minutos con Mary Bellflower para explicarle que seguía trabajando en el caso.

A las dos y cuarto, y con la moral por los suelos, me olvidé del asunto e invertí el resto del día en poner en orden otros trabajos. Sabía que no podía permitirme el lujo de que Bibianna Díaz se convirtiera en una obsesión. Puesto que Gordon Titus no iba a dejar de acosarme, tenía que ganar puntos donde fuese. Trabajé como una leona, pero incluso concentrada en otros casos y a punto ya de terminar con el inevitable papeleo, no dejaba de sentir el influjo. Había algo que me molestaba. Traspasar un expediente a otro gestor no es nada del otro jueves, pero Parnell había muerto y en este hecho parecía radicar toda la diferencia.

A la mañana siguiente me di una ducha y me puse un uniforme que tengo y que no pertenece a ninguna entidad en concreto. Me lo había confeccionado hacía años un expresidiario que había aprendido a coser trabajando en los talleres de cierta penitenciaría. Los pantalones eran de color azul grisáceo, me quedaban fatal, y tenían una franja clara a lo largo de la costura. La camisa era azul claro y en la manga llevaba un círculo de tejido adhesivo en el que solía pegar un parche que decía «Servicios California Sur». Los zapatos, reliquias de la época en que yo había trabajado en las fuerzas del orden, eran de color negro; con ellos puestos, daba la sensación de que me costaba horrores mover los pies. Con una carpeta y un llavero imponente, podía hacerme pasar por cualquier cosa. Por lo general finjo que voy a leer el contador del agua, o a comprobar si hay escapes de gas, o a desempeñar cualquier otra actividad que me permita colarme en las casas ajenas y verificar sus sistemas de seguridad. Aquel día me pegué un parche que ponía «FTD», me dirigí a la floristería más cercana y compré un ramo colosal que me costó 36 dólares. Adquirí una tarjeta cursilísima, garabateé un nombre ilegible y llamé a la lavandería donde trabajaba Bibianna. Esta vez respondió una voz femenina.

—Ah, hola —dije—. ¿Podría hablar con el dueño, por favor?

—Esto es la tienda. Acaba de salir hacia el otro edificio —dijo la mujer—. ¿Quiere el teléfono de allí?

—Sí, por favor.

Me lo dio pronunciando las cifras con claridad y lo repetí como si estuviese tomando nota. ¿Qué podía saber ella? No veía si yo lo apuntaba o no.

—Muchas gracias —dije. Colgué, subí al coche y arranqué con las flores en el asiento contigo. Puse rumbo a la tienda. Enfrente había una bonita zona verde donde se podía aparcar gratis durante quince minutos. Cerré el coche con llave y entré en el establecimiento. Me acerqué al mostrador y esperé a que apareciese alguien. El sitio olía a detergente, a algodón mojado, a productos químicos, a vapor. El espacio que había al otro lado del mostrador era una selva de ropa enfundada en bolsas de plástico transparente. A mi izquierda, un complicado aparato electrónico arrastraba prendas colgadas por un raíl serpenteante que daba vueltas y más vueltas hasta acabar en el punto de partida; servía para trasladar una prenda determinada apretando el botón correspondiente.

A mi derecha, en el techo, había un laberinto de tubos con prendas sometidas a compresión. Desde donde me encontraba, veía a diez mujeres, casi todas hispanoamericanas, manipulando aparatos acerca de cuya misión lo único que el profano podía hacer era especular. Una radio

encendida y en la que se había sintonizado una emisora en español emitía a todo volumen fragmentos sincronizados de un disco de Linda Ronstadt. Dos mujeres cantaban mientras manipulaban con destreza camisas en las máquinas que tenían ante sí. Entre el ritmo sincopado de las planchas, las máquinas de las camisas y las nubes serpenteantes de vapor, el lugar parecía el plató de un videoclip musical.

Una de las dos mujeres que cantaban acabó reparando en mí. Se apartó de la máquina y se acercó al mostrador donde yo me encontraba. Era baja y maciza, de cara redonda, ojos de color chocolate y con el pelo estropajoso y negro sujeto con una cinta. Vestía una blusa holgada de raso dorado y salpicada de lentejuelas. Se quedó mirando el ramo de flores.

—¿Son para mí?

Miré la tarjeta de la floristería.

—¿Es usted Bibianna Díaz?

—No. Tiene libre esta semana.

—Entonces, ¿va a volver?

Negó con la cabeza.

—Se lastimó la espalda en un accidente que sufrió hace... vamos a ver... unos dos meses; las molestias todavía le duran. Dice que el dolor le vuelve de pronto y que es tan fuerte que apenas puede andar. El jefe le dijo: «No te preocupes, no vengas a trabajar». No quiere líos con Magistratura. ¿Es que le ha salido un novio?

Di la vuelta a la tarjeta y la levanté para que le diera la luz.

—No sé, parece que alguien le manda recuerdos. Bueno. ¿Y qué hago yo ahora?

—Lléveselas a su casa —dijo la mujer.

—Imposible. El tipo sólo nos dio esta dirección. ¿Sabe usted acaso dónde vive?

—No, nunca he estado allí. —La mujer se volvió a una compañera—. Oye, Lupe, ¿sabes dónde vive Bibianna?

La aludida negó con la cabeza, pero en aquel punto terció otra empleada.

—En Castaño Street. El número no lo sé, pero está en la parte trasera de un edificio grande de color marrón. Es una casa de una sola planta, pequeña y muy bonita. Entre Huerto y Arroyo.

La del mostrador se volvió hacia mí.

—¿Sabe dónde es?

—Ya lo encontraré —dije—. Gracias. Ha sido usted muy amable.

—Me llamo Graciela. Dígale a su novio que se fije en mí cuando se canse de ella. Dígale que el material es el mismo, pero repartido de otro modo.

Sonreí.

—De acuerdo, se lo diré.

El domicilio de Bibianna era una casita parda y de aspecto húmedo que se encontraba en la parte posterior de un edificio pardo y de aspecto húmedo, situado en una barriada del centro de la ciudad donde todo parecía a punto de venirse abajo. Vi la casa al pasar con el coche, di la vuelta a la manzana y aparqué al otro lado de la calle. Antes de bajar inspeccioné los alrededores. El solar tenía forma alargada y estrecha y estaba medio oculto por las ramas colgantes de las magnolias, los enebros y los pinos. No había ni una sola brizna de hierba por ninguna parte y la

vegetación visible necesitaba una poda urgente. Un camino de cemento resquebrajado cruzaba la propiedad hacia la derecha. En las ventanas del edificio de la parte delantera no había visillos, sino grandes sábanas con flores estampadas y sujetas con clavos.

No había ningún vehículo en el camino. Según el formulario de la reclamación, el Mazda modelo 1978 se encontraba todavía en el garaje, ya que tenían que cambiarle todo el costado derecho, entre otras cosas. Aguardé veinte minutos, pero no vi el menor asomo de actividad. Me di la vuelta y cogí el maletín que llevaba en el asiento trasero y donde guardo varias documentaciones falsas para casos como este. Abrí un archivador de acordeón y saqué una serie de documentos extendidos a nombre de «Hannah Moore»: carnet de conducir californiano con mis datos y mi foto, cartilla de la Seguridad Social, una Visa y una tarjeta de crédito Chevron para gasolina. «Hannah Moore» era una persona instruida y tenía incluso una tarjeta de lectora de la Biblioteca Municipal. Escondí el bolso de mano bajo el asiento delantero y me guardé la documentación en el bolsillo de los pantalones. Bajé del coche, lo cerré con llave, crucé la calle y eché a andar por el camino de entrada.

Los altos árboles que rodeaban la propiedad arrojaban una sombra desagradable y fría, y lamenté no haber llevado conmigo una cazadora de nailon o una camisa de paño grueso. La casita de Bibianna, que era del año de Maricastaña, estaba revestida exteriormente por abombados listones de madera que sin duda estaban infestados de carcoma. Ascendí dos peldaños de madera crujiente y accedí a una ventana cubierta por un paño de algodón rojo. Quise escrutar el interior, pero la verdad es que no se veía gran cosa. Las luces estaban apagadas y todo parecía tranquilo. Llamé a la puerta con los nudillos y aproveché la circunstancia para inspeccionar todo lo que tenía al alcance de la vista. Al lado de la puerta había un buzón metálico sujeto con un clavo, y en la ranura inferior, siete sobres con la dirección puesta y el sello correspondiente, en espera de que los recogiese el cartero. Hasta el momento nadie había respondido a mi llamada. Daba la sensación de que la casa estaba deshabitada, incluso me pareció que percibía el olorillo ligeramente rancio que generan ciertos domicilios cuando se abandonan durante un tiempo. Volví a llamar, esperé durante cuatro o cinco interminables minutos y llegué a la conclusión de que no había nadie en la casa. Por hacer algo, me volví para observar el edificio grande, pero tampoco allí había el menor indicio de vida, ni una sola cara acusadora espiándome por las ventanas. Alargué la mano e introduje la punta de los dedos en la ranura inferior del buzón. Como no se disparó ninguna alarma, cogí todos los sobres y me puse a fisgar lo que tenían. Cuatro contenían dinero. Díaz pagaba el teléfono, el gas, la electricidad y a unos grandes almacenes. Había dos sobres de tamaño comercial, uno dirigido a Seguros Aetna y otro a Allstate, y los dos con el nombre «Lola Flores» en el remite. Oh, ¿de qué se tratará?, canturreé para mí. Los estafadores no descansan nunca. Por lo visto, La Fidelidad de California sólo era una víctima entre las muchas que contemplaba la operación. El séptimo sobre contenía una carta privada dirigida a una persona que vivía en Los Angeles. Lo doblé y me lo metí por dentro del pantalón, entre la carne y el elástico de las bragas. Qué vergüenza. Era un delito de competencia federal; el robo, no las bragas. Dejé los demás sobres en el buzón. Haciendo un esfuerzo por no echar a correr, bajé pausadamente del porche, anduve a paso tranquilo por el camino de entrada, crucé la calle y llegué al coche.

Abrí la portezuela del copiloto, arrojé sobre el asiento la carpeta, que a punto estuvo de aplastar el ramo de flores, y volví a cerrar. Había una tienda en el cruce de Huerto y Arroyo, a

unas diez casas de distancia a la derecha. Eché a andar hacia allí con la esperanza de encontrar una cabina telefónica. La tienda era un autoservicio atendido por «papá» y «mamá» y tenía el escaparate lleno de papeles escritos a mano que anunciaban cerveza, tabaco y comida para perros. La iluminación interior era escasa y había una pátina de serrín, en el suelo de madera desnivelado, que probablemente estaba allí desde la época en que se había construido el edificio. Las estanterías estaban llenas de latas dispuestas sin ningún orden determinado. Con una serie de estanterías aisladas habían hecho un par de pasillos estrechos donde había de todo, desde caramelos y leche descremada hasta productos para el cuidado del césped. Cerca de la puerta había un armario refrigerador con refrescos y un frigorífico antiguo, de los que parecen sarcófagos, lleno de verduras congeladas, zumos de frutas y helados. «Mamá» estaba tras el mostrador principal, enfundada en un delantal blanco y con un cigarrillo consumido a medias entre los dedos. Le eché unos sesenta y cinco años, tenía un estropajo rubio en lo alto de la cabeza y un ancho bigote reseco donde las arrugas habían acabado por descamarle la piel del labio superior. Se había estirado la piel de las mejillas y se la había recogido detrás de las orejas, y los ojos tenían una expresión inmutable de sorpresa, como si se los hubieran cosido.

—¿Tienen teléfono público?

—Al fondo, junto al almacén —dijo, indicándome la dirección con el cigarrillo. De la punta de este se desprendieron dos centímetros de ceniza que fueron rebotando delantal abajo.

Introduje cuatro monedas en la ranura, llamé a Mary Bellflower y le di la dirección de Bibianna Díaz que tanto me había costado averiguar.

—Gracias. Ha sido un buen trabajo —dijo—. Tengo aquí una tonelada de impresos y voy a enviárselos inmediatamente. ¿Vas a pasar por las oficinas?

—Sí, dentro de un rato. Pensaba esperar un poco, por si aparecía Bibianna.

—Bueno, ya discutiremos qué puede hacerse cuando vuelvas.

—¿Ha regresado Gordon Titus?

—No. Aún no. Puede que haya huido para no volver.

—No creo que tengamos esa suerte —dije.

Al colgar, la máquina me devolvió una moneda. Por lo visto era mi día de suerte. A mi izquierda había un típico mostrador de carnicería, con la parte inferior protegida por un vidrio en bisel. Del techo colgaba un rótulo con una especie de menú: judías con chile, ensalada de col y bocadillo de «trespuntas», que costaba 2,39 dólares. El olor era divino. Según parece, el «trespuntas» es un fenómeno puramente local, una sección de vacuno que no se conoce en ninguna otra parte. De vez en cuando, un periodista de la región trata de averiguar el origen de la palabra y escribe un artículo que se publica junto con el dibujo de una vaca vista de perfil y con las distintas secciones punteadas. El «trespuntas» está en el extremo más delgado de la pata de la vaca, entre el corvejón y la pezuña. Se prepara a la brasa, se trocea y se sirve con salsa en un panecillo o bien en una torta de maíz, sazonado con cilantro.

«Papá» salió de la cámara frigorífica envuelto en brisas polares. Era un sesentón fornido, de cara bondadosa y ojos dulces.

—¿Deseaba algo?

—Un «trespuntas» para llevar.

Se me quedó mirando, esbozó una ligera sonrisa y me lo preparó sin hacer el menor comentario.

Con el bocadillo en la mano, cogí una Pepsi-Light del refrigerador y aboné el importe en la caja de la entrada. Volví al coche y comí como una reina, procurando que la salsa no me chorreara encima del uniforme. Las flores, que ya estaban mustias, perfumaban el interior del coche igual que en una funeraria. Estuve vigilando la casa de Bibianna durante dos horas de autodomínio Zen. Muchas agencias de detectives cobran un precio especial por los trabajos de vigilancia, ya que es lo más aburrido de este mundo. No vi el menor signo de actividad, ni visitas ni luces que se encendieran. Pensé entonces que, si había que seguir vigilando la casa, lo mejor era ponerse en contacto con los policías que estuvieran de servicio en la zona y explicarles lo que ocurría. Tampoco sería mala idea conseguir otro vehículo e incluso inventar algún pretexto para merodear por el barrio. El cartero se presentó a pie, cogió las cartas del buzón de Bibianna y dejó un puñado de correspondencia. Habría dado cualquier cosa por averiguar quién le escribía, pero no quise tentar a la suerte. ¿Dónde estaría aquella mujer? Si la espalda le dolía tanto, ¿cómo es que se pasaba todo el día fuera de casa? Puede que hubiese ido a ver a un quiromasajista para que le enderezase la columna o le cambiara los huesos del cráneo. A las tres puse el motor en marcha y volví a la ciudad.

Entré en las oficinas de La Fidelidad de California y regalé el ramo de flores a Darcy. Tuvo la delicadeza de no mencionar mi escena con Titus. Su mirada se posó en mi uniforme.

—¿Te has alistado en la Aviación?

—Me gusta vestir así.

—¿Y esos zapatos? Serían mortales en una competición de patadas —subrayó—. Si buscas a Mary, está con unos clientes, pero si quieres pasar y esperarla, ya sabes el camino.

La Fidelidad de California había contratado a Mary en calidad de encargada de reclamaciones para reemplazar a Jewel Cavaletto, que se había jubilado en mayo. Le habían dado el escritorio que había sido de Vera antes de que ascendiesen a esta última y pasara a ocupar un despacho en la sección de los directivos. Mary tenía veinticuatro años, era inteligente, aunque le faltaba experiencia, y tenía la típica cara que suele acabar de finalista en los concursos regionales de belleza. Haberse dado cuenta de que había algo raro en la reclamación de Díaz no era un mérito pequeño. Tenía buen ojo y, si duraba lo suficiente en la empresa, llegaría a ser uno de sus valores más firmes. Se había casado hacía tres meses con un agente de ventas del concesionario local de Nissan y sentía un vivo interés por los planes matrimoniales de Vera. Incluso había puesto en su escritorio, debidamente enmarcada en bronce, una de las invitaciones de su propia boda (un paisaje campestre de fondo rosa y margaritas en primer plano). Si Vera guardaba el último número de *Cosmopolitan* debajo de los pliegos de reclamaciones pendientes, Mary hacía lo propio con la revista *Novias*, cuyo ámbito de preocupaciones se extendía desde el momento del compromiso hasta el primer año de matrimonio. Mary me había pedido consejo en cierta ocasión acerca de la mejor forma de preparar el pato a la naranja y Vera tuvo que llamarla al orden. En la actualidad, tendía a tratarme con la típica lástima que las recién casadas sienten hacia las que estamos resueltas a permanecer solteras.

Charlé con Darcy unos minutos y eché a andar hacia el despacho de Mary, deteniéndome para saludar por el camino a un par de encargados de reclamaciones. Al parecer, mi pelea con Titus había corrido de boca en boca y me había elevado al rango de celebridad del momento, fama que supuse iba a durar hasta que me echasen a la calle, es decir, veinticuatro horas a lo sumo. Los clientes de Mary, un hombre y una mujer, se marchaban cuando llegué al despacho. La mujer



tendría treinta y tantos años y ostentaba una cabellera teñida con agua oxigenada y llena de suciedad, dentro del mejor estilo *punk*. Se había pintado los ojos con toscas pinceladas de rímel negro y llevaba pestañas postizas. Las medias negras de malla y los zapatos abiertos de tacón alto contrastaban con el austero corte de su traje de chaqueta. Se percató de mi presencia muchísimo menos que yo de la suya, y apenas si me miró al avanzar por el estrecho pasillo que había entre los despachos de paredes vítreas. El hombre la seguía a paso tranquilo, manifestando una arrogancia que se notaba incluso en su forma de andar. Iba con las manos en los bolsillos, como si no tuviese nada que hacer en todo el día, pero habría jurado que aquel hombre era todo autocontrol. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. Tenía las cejas pobladas, los ojos grandes y negros, los pómulos altos y un bigote que parecía empeñado en trazar el perímetro de la boca. Medía más de uno ochenta y las hombreras de la chaqueta deportiva de cuadros que llevaba aumentaban la anchura de sus hombros. Parecía el siniestro compinche del malo de una teleserie nocturna. Al cruzarse conmigo, trató de ponerse de lado, pero no pudo evitar golpearme. Me cogió por el brazo a modo de disculpa y murmuró: «Lo siento, chica», y siguió su camino. Percibí el olor de la gomina que se había puesto para mantener inmóvil el peinado. Volví la cabeza para observarle sin dejar de avanzar hacia el despacho de Mary.

No estaba sentada ante el escritorio, aunque reapareció medio segundo después con los ojos fijos en un vaso de plástico lleno de agua hasta el borde. Llevaba un jersey rojo de cachemir con las mangas subidas. Tenía la cara despejada y lustrosa y un color de piel que reflejaba salud. Se había maquillado de tal modo que parecía un anuncio de revista.

—Bueno, ya estamos de vuelta —dijo, levantó los ojos y me miró ligeramente sorprendida—. ¿Y los dos que estaban aquí? ¿Se han ido?

—Salieron por la puerta hace medio segundo.

Eché un vistazo al pasillo, pero ya no había ni rastro de la pareja.

—Qué raro. Ella dijo que no se sentía bien y fui a buscarle un poco de agua.

—A mí me pareció que estaba perfectamente.

Frunció la boca con desconcierto y dejó el vaso en la mesa.

—Preferiría que se hubieran quedado. Así habrías podido hablar con ellos.

—¿De qué?

—Son investigadores del Instituto para la Prevención de los Delitos Contra las Compañías de Seguros —dijo cabeceando—. Bueno, ella. Él es un agente especial de la Cámara Californiana de Contratación de Seguros. —Me tendió la tarjeta de la mujer.

—¿Ese? ¿Estás segura?

—Requirieron sus servicios el mes pasado. Ella es la encargada de ponerle al tanto de los detalles.

—Pero si parece un gángster...

Se echó a reír con nerviosismo, como si fuese responsable del aspecto de aquel hombre.

—¿Verdad que sí? Es por esa chaqueta tan anticuada. Yo a mi Peter no le dejaría aparecer así en público. Siéntate. ¿Has hablado con Bibianna Díaz? Pero ¿dónde habré puesto su expediente? —Tomó asiento y se puso a repasar las gruesas carpetas marrones que tenía encima de la mesa.

—No. Sigue sin dar señales de vida. La próxima vez que vaya a su casa me llevaré una máquina de fotos. A lo mejor la sorprendo haciendo cabriolas en el jardín. —Le conté lo de «Lola Flores» y lo de las otras dos compañías de seguros—. Lo más probable es que esté preparando

otra operación con el nombre de Lola Flores, pero las reclamaciones que quizás esté cursando en estos momentos podrían ser infinitas.

Mary se mostró debidamente indignada.

—Santo Dios. Esto es increíble. Voy a ocuparme del asunto inmediatamente y a comunicarles lo que pasa.

—Tú límitate a decirles que empiecen a recoger toda la información que tengan sobre ella. Y cuando remitamos nuestros datos al Instituto de Prevención, que ellos nos remitan los suyos. Así ganaremos en eficacia.

No podía dejar de pensar en la pareja que acababa de marcharse. Miré la tarjeta de la mujer. El logotipo del Instituto de Prevención era auténtico, una especie de plato encima de un salvamanteles y flanqueado por los cubiertos. Según la tarjeta, se llamaba Karen Hedgepath y trabajaba en una oficina de Los Angeles. El problema era que no se parecía en nada a los investigadores del Instituto que yo conocía. Casi todos se disfrazaban de ciudadanos anónimos: corbata, camisa blanca y traje tradicional oscuro. Pero aquella mujer parecía una rockera de paisano. No me cabía en la cabeza que el director provincial tolerase el peinado *punk* y no digamos los zapatos de tacón alto.

—Ya lo tengo —dijo Mary, sacando una carpeta del centro del montón. En la cubierta había escrito el apellido «Díaz» y se había prendido con un clip un pedazo de papel donde constaba la última dirección. Cogió una minuta grapada al sobre en que había llegado—. He recibido más facturas. Sospecho que ha ido a ver a un quiromasajista.

—Seguramente a un reflexoterapeuta —dije para utilizar el único término de quiromasaje que había oído en mi vida.

Perforó la minuta y la insertó en las varillas metálicas de la carpeta.

—Lo cierto es que han venido por el asunto de Bibianna. Por eso quería que hablaran contigo. Parece que en el Instituto se han enterado de que se ha trasladado a esta zona. Perpetró un par de operaciones en Santa Monica el año pasado y estaban deseosos de dar con su paradero.

—Eso parece interesante. ¿Operaciones relacionadas con los seguros?

—No lo dijeron, pero es lo más probable, ¿no te parece?

Calibré rápidamente la situación y me pregunté por qué una funcionaria del Instituto de Prevención tenía que «poner al tanto de los detalles» a alguien que trabajaba en otro organismo. No es que el Instituto y la Cámara de Contratación de Seguros no cooperen, pero el primero carece de autoridad jurídica. ¿Y por qué habían ido personalmente los investigadores a La Fidelidad? ¿Por qué no habían llamado por teléfono para ahorrarse un trayecto automovilístico de hora y media? Parecía absurdo. A menos que hubiesen mentido.

—¿Les has dado esta dirección? —pregunté, señalando la nota escrita a lápiz.

—Yo no les he dado nada. Por eso no supe qué pensar cuando dijiste que se habían ido. Lo único que hice fue confirmarles que estábamos comprobando una reclamación. ¿Por qué lo preguntas?

—Puede que la vieran mientras tú ibas en busca del agua. Les habría bastado con fisgar en el montón de expedientes que tienes en la mesa.

—Oh, vamos. No creerás que han hecho eso, ¿verdad?

—Quién sabe. Esperemos que no sean impostores.

Se llevó la mano al pecho como si fuera a recitar el juramento de lealtad a la Constitución.

—Dios mío. ¿Qué quieres decir?

—Ya sabes cómo son estas cosas. En cualquier parte se puede conseguir una tarjeta llena de cosas que no dicen nada. Yo misma lo he hecho.

Pareció ofenderse de súbito y de la congoja pasó a la acción práctica.

—Dame eso. —Me quitó de las manos la tarjeta de la mujer y la puso de golpe encima de la mesa. Vi que descolgaba el auricular y que marcaba el número de la tarjeta, anteponiéndole el prefijo 213.

—Si no es quien ha dicho, me mato. —Aguardó unos instantes y le cambió la cara de pronto. Me alargó el auricular y oí un ruido parecido al que produciría un ganso vivo en un triturador de basuras.

—Puede que hayas marcado mal —dije para animarla.

—Es increíble que me hayan tomado el pelo de una manera tan tonta. En ningún momento se me ocurrió dudar de su identidad. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

—Vamos, no te echas la culpa. Yo llevo años en el oficio y también me la pegan de vez en cuando. Confiar es humano, sobre todo cuando se es buena persona. No es que yo lo sea mucho, pero ya sabes a qué me refiero.

—¿Qué crees que buscaban?

—Vete a saber —dije—. Es evidente que conocían a Bibianna y estaban al tanto de su debilidad por las estafas. La cuestión es saber por qué se han dirigido precisamente a nosotros. En Santa Teresa tiene que haber un centenar de compañías de seguros. ¿Por qué entonces esta?

—Es horrible y me siento fatal. ¿Qué querrán de ella? —Las mejillas de Mary habían adquirido ahora una saludable tonalidad rosa.

—Supongo que nada bueno, de lo contrario habrían jugado limpio.

—¿Y qué hacemos nosotras?

—Nada mientras no sepamos qué ocurre. Localiza el número auténtico del Instituto y pregunta si andan tras ella. —Cogí la nota—. Voy a ver si yo puedo dar al fin con Bibianna. Tirando del hilo, desharemos la madeja.

Fui a casa para quitarme el uniforme. Saqué la documentación falsa del pantalón y me la guardé en el bolsillo de los tejanos azules, que conjunté con un jersey azul marino de cuello alto. Me puse unos calcetines gruesos de algodón y unas zapatillas de deporte, y volví al domicilio de Díaz.

Esperaba que la ingenuidad de Mary no hubiera puesto en peligro la salud de Bibianna. No había ningún coche en el camino de entrada; tampoco el menor rastro de la pareja que había visto en las oficinas de La Fidelidad. ¿Habían localizado ya la dirección y estaban en camino? Me llevaban una ventaja de treinta minutos, de modo que cabía la posibilidad de que estuviesen dentro de la casa o de que se hubieran presentado y se hubiesen ido ya. Eso en el caso de que hubiesen localizado la calle enseguida. Pasaron dos o tres vehículos, pero ninguna cara que me sonase. Salí del coche, lo cerré con llave, crucé la calzada y avancé por el camino que conducía a la casa de Bibianna por segunda vez en lo que llevaba de día. Eran ya las cuatro y media y había luz en el interior de la casa. Mientras me acercaba empecé a oler el apetitoso aroma que producen las cebollas y el ajo cuando se sofríen en aceite de oliva. Subí los anchos peldaños de madera. Oí el animado tema musical de una teleserie, seguramente una reposición que emitía alguna cadena de televisión por cable.

Llamé a la puerta y al cabo de unos momentos abrió una hispanoamericana de unos veinticinco años. Iba descalza y debajo de una bata corta de raso rojo llevaba un pantaloncito del mismo color e idéntico tejido. Era delgada —más bien bajita—, con una piel impecable de color cetrino y un par de ojazos negros en una cara con forma de corazón. Llevaba dos horquillas de pelo entre los dientes, como si la hubiera sorprendido mientras se arreglaba. Le caía por la espalda una mata de pelo negro que parecía un chal y un par de mechassedosas le cabalgaban sobre el hombro derecho. Se cogió la cabellera con ambas manos, hizo una especie de nudo y se lo sujetó con las horquillas.

—Usted dirá.

Me había puesto casi de puntillas para ver el paisaje que se abría detrás de la mujer y, desde donde me encontraba, distinguí una sala grande dividida en zonas mediante bastidores de tela de colores llamativos, que se agitaban a causa del aire que entraba por la puerta. Entre la sala de estar y la cocina había un bastidor verde semáforo y, detrás de otro de color azul eléctrico, se adivinaba la presencia de una cama metálica. La ventana se había adornado con una tela de algodón morada que pendía de varios ganchitos de bronce. Había visto la misma idea en una revista femenina que había hojeado en el consultorio de un dentista, pero hasta entonces no la había encontrado aplicada de aquel modo. El mobiliario era una colección desigual de artículos

de mimbre y material de octava mano cuyos puntos raídos se habían cubierto con retales de algodón morado y azul marino que casaban con el espíritu general de la casa. El efecto era muy chocante y evidenciaba seguridad y osadía.

Me di cuenta entonces de que no había preparado ninguna excusa. Por suerte soy una veterana en improvisar mentiras e inmediatamente se me ocurrió una.

—Perdone si la molesto —dije—, pero es que... busco piso por aquí y me dijeron que usted podía informarme.

Tenía la cautela pintada en la cara y respondió con voz decidida.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Ya no me acuerdo, supongo que fue algún vecino. Hace días que busco.

—¿Y por qué quiere vivir en este barrio? Es deprimente.

—Está cerca de donde trabajo —dije mientras rogaba al cielo que no me preguntase dónde trabajaba. Tenía intención de decir que era camarera, pero no recordaba ni un maldito restaurante de la zona.

Se me quedó mirando.

—Bueno, la verdad es que pienso trasladarme dentro de un par de semanas —dijo—. Hay cierta cantidad de dinero que espero recibir muy pronto.

—Eso es magnífico. ¿Le importa si la llamo un día de estos?

Hizo un mohín de indiferencia.

—Bueno. Le enseñaría la casa, pero está todo patas arriba. No hay más que una habitación, pero si es para usted sola será suficiente. ¿Tiene muebles?

—Algunos.

—El dueño es muy permisivo y no se mete en estas cosas. Cuando me traslade me llevaré casi todo lo que hay aquí. Tendrá que buscarse una cama.

—Ya tengo una —dije—. ¿Me presta un bolígrafo para apuntar el teléfono? Prometo no molestarla hasta dentro de quince días.

—Espere un poco —dijo. Cerró la puerta y volvió poco después con un papel y un bolígrafo. La miré en actitud de quien espera.

Inclinó la cabeza para ver lo que apuntaba.

—Me llamo Bibianna Díaz. Bibianna es con dos enes.

—Gracias.

Me fui a casa, donde por fin tuve ocasión de leer la carta que había cogido del buzón de la joven. Tomé nota del nombre y dirección de la destinataria, una tal Gina Díaz que vivía en Culter City, California. La madre o la hermana, supuse. Saqué de un cajón de la mesa un atomizador que contenía cierto producto químico que vuelve transparente el papel opaco durante casi un minuto. Se rocía el sobre y se lee el contenido sin necesidad de abrirlo con el viejo truco del vapor. En el frasco, como estaba mandado, venía una advertencia que recordaba que utilizar el producto para hacer un uso indebido de la correspondencia confiada a la Dirección General de Correos de Estados Unidos se castigaba con penas de prisión de hasta cinco años «y/o con una multa de 2.000 dólares». Dios mío. Tendría que ir pensando en abrir una cuenta bancaria por si algún día me pillaban haciendo aquellas cosas.

Apreté el botón, humedecí el sobre con una fina capa de líquido y lo miré a contraluz. La carta era muy breve y decía: «Hola, mamá. Estoy bien. Recibiré el dinero muy pronto. Por favor, no le

digas a Raymond que te he escrito. Besos, B.».

Ví que el sobre recuperaba la opacidad sin que quedasen manchas ni olores. Salí a la calle y eché la carta en el primer buzón que encontré. Volví a casa y llamé por teléfono a Mary Bellflower. Fue una llamada muy oportuna, porque ya estaba a punto de marcharse.

—¿Has sabido algo del Instituto de Prevención?

—No. Aún espero su llamada.

—Tenme informada —dije.

—De acuerdo.

Preparé una cafetera y subí al altillo. Volví a cambiarme de ropa y esta vez me puse una camiseta negra de tirantes, un pantalón negro y ajustado, unos calcetines blancos muy cortos, ribeteados de puntilla, y unos zapatos planos. Me hinché el pelo con un postizo que sujeté con una cinta elástica. Me puse (sin arte ni gracia, todo hay que decirlo) rímel, crema facial, colorete y un lápiz de labios rojo chillón, y me colgué de los lóbulos unos pendientes enormes con muchas piedras rojas que nadie en su sano juicio confundiría jamás con rubíes. A continuación me rocié el tórax con perfume barato. Me contemplé en el espejo del cuarto de baño. Me puse de costado y volví a mirarme; levanté un hombro y fruncí la boca. ¡Vaya vampiresa! La verdad es que siempre me sorprendo a mí misma.

Bajé a la cocina, preparé un bocadillo de queso picante con sabor a aceitunas y lo metí en una fiambarrera metálica; busqué una manzana, varias galletas crujientes, un termo lleno de café y una novela de Dick Francis. Cogí la cazadora negra de cuero y las llaves del coche, y me metí los papeles falsos de «Hannah Moore» en el bolsillo del pantalón. Volví al barrio de Bibianna y aparqué a unas cuantas casas de distancia. Bajé del vehículo y fui andando hasta el autoservicio de «papá» y «mamá» para llamar por teléfono. El mostrador de la carne estaba cerrado y «papá» estaba reponiendo artículos vendidos. No vi a «mamá» por ninguna parte.

Introduje dos monedas y marqué el número de Bibianna. Descolgó al segundo timbrado, me apreté la nariz y pregunté por Mame. Me salió la misma voz que a los acatarrados de los anuncios de televisión.

—¿Quién dice?

—Mame.

—Se equivoca.

—Perdone —dije. Volví al coche y me acomodé ante el volante.

Desde allí veía el primer tramo del camino de entrada, buena parte del edificio grande de color pardo y una parte del patio, pero nada de la casa de Bibianna, que se alzaba en la parte trasera. Pensaba que si abandonaba su domicilio, aparecería por la entrada principal y yo podría seguirla con el coche o a pie, según lo que más me conviniera. Ignoraba si tenía intención de salir y adónde iría en caso de que saliese, pero me había parecido una mujer nerviosa y confiaba en que encontrase un pretexto para mover las piernas, aunque sólo fuese comprar una caja de cervezas en la tienda de la esquina. Puse la radio del coche para oír las noticias de las cinco y media. La amenaza de lluvia comenzaba a ser algo más que un simple tema de conversación cotidiana. Asomé la cabeza por la ventanilla y miré al cielo. La capa de nubes negras que lo cubría creaba la ilusión de que la noche estaba al caer. Se había levantado el viento y arrastraba por la calzada una rama seca de palmera. En el fondo deseaba volver a mi casa y no pasarme la noche espiando a Bibianna Díaz. Moví el dial de la radio en busca de otras emisoras y escuché una selección de

canciones modernas que me parecieron todas iguales. Con un ojo observaba el camino de acceso a la casa y con el otro leía la novela, pero oscureció tan rápidamente que apenas pude leer un par de páginas. Se encendieron las farolas públicas y advertí que las hojas de los árboles habían adquirido un brillo parecido al del charol, un verde intenso y reluciente que parecía titilar en la oscuridad. El barrio se animó a la hora de la cena, la gente volvía del trabajo y las luces domésticas se encendían.

Vigilar con un solo vehículo es, por consenso general, la técnica más infructuosa del repertorio de estratagemas de que dispone el investigador privado. Para no caer en indiscreciones, entre el sujeto que vigila y el objeto vigilado ha de haber tanta distancia como permita la capacidad visual del primero. Por otra parte, si de pronto recogían a Bibianna con un coche, mis posibilidades de no perderle la pista no superaban el 55 por ciento; si fallaban mis cálculos, todo se iba a pique. Un giro de ciento ochenta grados en un barrio de las afueras es un movimiento llamativo y si se hace es casi seguro que alertará al conductor del vehículo que se sigue. Cuando se vigila con dos coches, siempre se puede cambiar de posición y disminuyen las probabilidades de que la persona vigilada sospeche. Por desgracia, no me habían autorizado a contratar ayudantes en aquel caso. Además, estaba convencida de que Gordon Titus me había despedido *in absentia*. No era el momento más indicado para pedir un anticipo. Trabajaba, pues, ahorrando al máximo los gastos, con la intención de entablar una relación con la mujer para averiguar qué sucedía. Un expediente bien documentado es fundamental para presentar una demanda por «robo con engaño» que tenga posibilidades de éxito. Lo lógico era que, antes de pasar el material al Instituto para la Prevención de los Delitos contra las Compañías de Seguros, La Fidelidad de California quisiera presentar pruebas de que se habían falsificado los hechos, pruebas de que había habido voluntad fraudulenta, pruebas de que el gestor de reclamaciones había confiado en la buena fe de la reclamante y aceptado en primera instancia su versión de lo ocurrido, y pruebas de que se había pagado la indemnización. Si Bibianna pensaba estafar a Aetna y a Allstate, además de a La Fidelidad, puede que hubiera que contratar a un experto en caligrafía para que relacionara los tres casos, aunque siempre cabía la posibilidad de que bastase con analizar las huellas dactilares que hubiese en los formularios enviados por Díaz. En los casos de estafa, como en casi todos los delitos, el trabajo del delincuente es muchísimo más sencillo que el nuestro.

Para matar el aburrimiento, a las siete y veinticinco me comí el bocadillo y dos galletas crujientes. Aún no era noche cerrada y una llovizna finísima empapaba el aire, un calabobos tan intangible que apenas humedecía el asfalto. Puse el motor en marcha en dos ocasiones y en ambas lo dejé funcionando un rato para que el vehículo se calentase. Una camioneta de reparto de una pizzeria se dirigió a un complejo de apartamentos que se alzaba muy cerca de allí. El aroma del chorizo y de la *mozzarella* derretida casi me hizo llorar. Pasó una anciana enfundada en una bata y un chal, con un perro sujeto por una correa. Los vehículos iban y venían en ambas direcciones, pero ninguno redujo la velocidad y seguía sin haber el menor rastro de Bibianna. A eso de las nueve me hundí en el asiento y apoyé las rodillas en el volante para no quedarme dormida. La pareja de «investigadores» que había visto en las oficinas tampoco había hecho acto de presencia y me tentaba ya la posibilidad de tacharlos de la lista. O no sabían dónde vivía Bibianna actualmente, o su interés por ella era relativo. No acababa de entender por qué se habían tomado la molestia de seguirle el rastro si no tenían intención de llegar hasta el final. Puede que se

hubieran asustado. Puestos a especular, me pregunté si no estarían vigilando igual que yo en un coche estacionado en los alrededores.

A las diez menos cuarto, y cuando menos me lo esperaba, apareció Bibianna por el camino. Llevaba un vestido rojo ceñido que le llegaba hasta medio muslo. Medias negras y zapatos rojos de tacón alto. Pese a ser tan pequeña, tenía unas piernas increíblemente largas y bien torneadas que la hacían parecer alta, aunque probablemente no mediría más de metro cincuenta y cinco. Iba con una mano metida en el bolsillo de una cuarteada cazadora de aviador, que llevaba abierta. Con la otra mano sujetaba un periódico con el que se protegía el pelo de la llovizna. Había girado la cara en mi dirección para escrutar la calle, pero no dio ninguna muestra de advertir que la vigilaban. Al cabo de cinco minutos llegó un taxi de la compañía Yellow Cab y se detuvo ante ella. Bibianna subió al vehículo. Puse en marcha el motor mientras la mujer cerraba la portezuela del taxi y se acomodaba en el asiento trasero. En cuanto el taxi se hubo alejado unos metros, abandoné el bordillo de la acera y encendí las luces con la esperanza de que mi aparición se interpretara como un movimiento más de los muchos que componían el tráfico habitual de la zona.

Recorrimos a velocidad normal varias calles periféricas, rumbo a Cabana Boulevard, la ancha avenida que discurre en sentido paralelo a la playa. Era mi terreno y no tuve más remedio que suponer que Bibianna se dirigía al gran restaurante del puerto o a cualquiera de los bares de mala nota que había en el tramo más deplorable de State Street. Se trataba de lo segundo. El taxi redujo la velocidad y se detuvo ante un local de mala reputación que se llamaba El Matadero. El Ministerio de Sanidad había cerrado el local dos veces por servir alcohol a menores, y el anterior propietario, que, como es lógico, se había quedado sin licencia para expender bebidas alcohólicas, había vendido el bar. Pasé de largo. Por el espejo retrovisor observé que Bibianna bajaba del taxi, pagaba al conductor y se dirigía hacia la puerta. Giré a la izquierda, di la vuelta a la manzana y estacioné el VW pegándolo a la pared en un punto de legalidad dudosa. Mientras cerraba el coche, con la cabeza encogida para protegerme del agua que caía, noté que el suelo vibraba a causa de la música del antro. Tragué la última bocanada de aire puro y entré en el local.

Nada más cruzar la puerta, me hicieron pagar cinco dólares por la entrada y me estamparon en el dorso de la mano el cuño que el Ministerio de Agricultura y Ganadería utiliza para marcar los productos cárnicos «de primera calidad». El Matadero parecía haberse construido con fines industriales y haberse reformado para darle un uso comercial, pero sin hacer demasiadas concesiones al prurito estético. Era muy grande, estaba sucio, tenía el suelo de cemento y de las insondables alturas del techo asomaban algunas vigas metálicas. Paralela a la pared de la derecha, discurría una barra de seis metros de longitud por uno de ancho, donde se amontonaba un ejército de individuos cuyas caras parecían haberse escapado de los carteles que cuelgan en las comisarias. El local olía a cerveza, a tabaco y a tortas de maíz fritas con tocino; al repertorio venía a sumarse ocasionalmente un tufillo marihuano que procedía del callejón al que daba la puerta de servicio. Todos los focos eran azules. Al fondo actuaba en vivo un grupo musical compuesto por cinco sujetos con pinta de gamberros de instituto, que tocaban como si siguieran ensayando en el garaje de algún amigo. La música era una combinación impresentable de chirridos de sintetizador, estampidos perpetrados con la guitarra baja, acordes repetidos hasta la saciedad y unas letras que daban náuseas cuando conseguían descifrarse por encima de los ensordecedores aullidos electrónicos. La pista de baile era una tarima móvil de unos siete metros de lado y estaba abarrotada de cuerpos que se convulsionaban con la cara bañada en sudor.



Aquello era un verdadero antro. Allí no había *yuppies*, ni niños bien, ni ejecutivos, ni universitarios, ni nada que oliese a clase media. Era un lugar de contactos sucios para buscavidas y putas de hamburguesería que se abrían de piernas ante cualquiera a cambio de un bocadillo. Las peleas y los navajazos se consideraban normales y los policías de servicio entraban tan a menudo que pasaban por clientes habituales. El ruido era insoportable y estaba contrapunteado por explosiones secas e intermitentes y estallidos de carcajadas que rompían los tímpanos. El bar era célebre por servir un combinado que llamaban «coscorrón», tequila con tónica en un vaso de los antiguos. Al servir la bebida, se ponía una servilleta en la boca del vaso y se golpeaba con esta una tabla de madera que la camarera llevaba con el combinado. El golpe producía una reacción química en la bebida, que había que beberse de un solo trago. El límite normal era de dos coscorrones por cliente. Cuando las mujeres tomaban dos, casi siempre había que llevarlas al coche a rastras. Cuando los hombres tomaban tres, sentían la necesidad de romper sillas y de atravesar ventanas con los puños.

Avancé por entre el gentío murmurando «Perdona», «Disculpa» y «Lo siento» y notando de vez en cuando que una mano anónima se me pegaba al trasero. Vi un punto vacío y me quedé allí de momento, apoyando la espalda contra la pared, como hacía todo el mundo. Pedí una cerveza a una camarera que pasaba y que iba vestida con un maillot de gimnasia de color naranja fosforescente, con un escote trasero que le llegaba hasta la fisura de las nalgas. Las susodichas le colgaban como globos llenos de líquido. Como no había ningún asiento libre, me quedé donde estaba, medio empotrada contra una viga, mientras observaba a la muchedumbre.

Vi a Bibianna en la pista de baile, contoneándose con energía y gracia al ritmo de una musiquilla erotómana. Ojos masculinos vigilaban todos sus quiebros y caderazos. La luz de los focos azules se mezclaba con el tono cetrino de su piel y creaba una luminosidad sobrenatural que realzaba el óvalo perfecto de la cara y, más abajo, los pechos, muy ceñidos por el vestido corto. Este parecía más morado que rojo, y su tirantez no hacía sino subrayar la verticalidad del vientre y las caderas y la perfección de los muslos. Al terminar la música, se echó atrás el pelo con brusquedad y se alejó de la pista de baile sin volver la cabeza. Su pareja, visiblemente agotada, la contempló con admiración.

Bibianna comenzó la ronda de rigor. Por lo visto la conocían bastante en el lugar, y mientras avanzaba se detenía unos segundos para hablar con algún que otro individuo y cambiar comentarios que acababan en carcajadas. Me puse en movimiento y, haciéndome la despistada, me dirigí al punto en que, según mis cálculos, mi trayectoria se cruzaría con la suya. Chasco. Antes de llegar a mi altura, cambió de dirección y se introdujo por el abarrotado y corto pasillo que conducía a los lavabos. Fui tras ella, abriéndome paso a codazos y exponiéndome a réplicas poco consideradas.

Cuando entré en los lavabos, Bibianna se había metido ya en uno de los retretes. Me puse ante un espejo y me estuve toqueteando el peinado hasta que oí la cisterna y vi salir a Bibianna. Se acercó a la pila contigua a la mía y me miró con indiferencia por el espejo. Me di cuenta de que me reconocía, pero fue más una intuición que la constatación de un hecho.

—Eh—dijo.

La miré con cara inexpresiva.

—¿No has estado esta tarde en mi casa diciendo que buscabas piso?

La miré con atención y dilaté los ojos con sorpresa.

—¡Hola! No te había reconocido, chica. Pues sí que es casualidad. ¿Qué tal va todo?

—Estupendamente. ¿Cómo te fue la búsqueda? ¿Encontraste algo?

Hice una mueca.

—Nada. Fui a ver un piso a una manzana de donde tú vives, pero estaba hecho un asco. Tu casa sí que es bonita.

Sacó el lápiz de labios, se dibujó un arco rojo en el labio inferior y se lo frotó con el superior hasta que el color se extendió con uniformidad. Me puse a imitarla, dándome retoques y haciéndome carantoñas en el espejo.

Puso el capuchón a la barra de labios.

—¿Sueles venir por aquí?

Me encogí de hombros.

—Había estado un par de veces. Cuando lo llevaba el antiguo dueño. Yo lo encuentro deprimente, ¿tú no? No me gusta que me soben cada vez que me muevo.

Me observó con atención.

—Eso es porque aún no te has acostumbrado. A mí no me molesta. —Dejó de mirarme por el espejo, se concentró en la imagen que le devolvía el suyo y se inclinó hacia adelante para arreglarse las mechas que le enmarcaban la cara. Se inspeccionó el maquillaje y se dirigió una mirada muy seria antes de reanudar la charla conmigo.

—No te ofendas por lo que voy a decirte, pero el peinado y el vestido que llevas te sientan fatal.

—¿Tú crees? —Me observé con un creciente sentimiento de impotencia. ¿Por qué me dirán siempre lo mismo? Yo me creo una investigadora más dura que el acero y los demás me ven como una huérfana que necesita cuidados maternos.

—¿Te puedo sugerir algo? —preguntó.

—Bueno —dije.

Antes de que me diera cuenta me quitó la cinta elástica del pelo. Echó mano del bolso, cogió un poco de brillantina, se frotó las manos y se puso a restregármelas por la cabeza. Me sentí como una perra a la que quitan las pulgas, pero me gustaron los resultados. Las mechas parecían húmedas y ligeramente rizadas. Observamos a través del espejo el efecto que producían.

Bibianna frunció la boca con sentido común.

—Así está mejor —dijo—. ¿Llevas encima algún pañuelo?

Negué con la cabeza.

—Vamos a ver qué tengo por aquí —añadió. Se puso a rebuscar en el bolso y sacó un porro durante la operación—. ¿Te apetece fumar? —preguntó con indiferencia.

Negué con la cabeza.

—Ya me fumé uno en el coche, antes de entrar.

Guardó el porro sin más comentarios y prosiguió la búsqueda por los distintos compartimentos del bolso de gran tamaño.

—Esto podría servir. ¿Qué te parece? —Sacó una tela cuadrada de seda verde lima, pero por lo visto se arrepintió en el acto e hizo una mueca—. No, el color no te sienta bien. Quitate los pendientes. Estarás mejor.

¿Cómo saben las mujeres estas cosas? Mejor dicho: ¿por qué no las sé yo? Me quité aquellas lámparas chillonas que me colgaban de las orejas y me froté los lóbulos con alivio.

Bibianna, mientras tanto, había sacado otro pañuelo, de color rosa subido. Lo extendió junto a mi cara y observó el efecto con aire crítico. Pensé que iba a soltar un salivazo para limpiarme la cara con él, pero se limitó a doblarlo con maña y a anudármelo en el cuello. Mi aspecto pareció mejorar de manera automática.

—Me sienta muy bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Ven conmigo. Te protegeré de esa gentuza.

Fui tras ella por entre la muchedumbre como un soldado novato cuando entra en combate. Ojos masculinos nos revisaban de pies a cabeza, calificándonos según el tamaño de los pechos, el volumen y posición del trasero y nuestra presunta disponibilidad. Bibianna despertaba muchos comentarios en forma de ruidos bucales, algún que otro gesto con la mano y proposiciones desagradables que al parecer encontraba divertidas, aunque a veces replicaba de manera ofensiva a los más audaces. Era muy desenvuelta y amable y tenía una risa pronta y contagiosa.

Volvió a comenzar la música y se puso a bailar chascando los dedos mientras se abría paso entre la multitud con quiebros y caderazos que sensibilizaron más de una ingle. Se fijaba mucho en las caras y me pregunté si buscaría a alguien. No tardé mucho en averiguarlo. Su animación sufrió de repente un ligero titubeo, igual que esas oscilaciones de la electricidad que se producen segundos antes de un apagón. Su cuerpo pareció subir de temperatura de un modo visible.

—Espérame aquí —dijo—. Vuelvo enseguida.

Un tipo rubio se apartó de la manada de sementales que había en la barra. De pelo rizado, llevaba gafas de fina montura metálica, lucía bigote, tenía el mentón fuerte y esbozaba una ligera sonrisa. Me di cuenta de que me fijaba en sus detalles físicos igual que un patrullero de servicio cuando ve a un sospechoso. Yo conocía a aquel tipo. Era de estatura media, ancho de espaldas, estrecho de caderas, llevaba tejanos y un jersey negro y ajustado en cuyas cortas mangas apenas le cabían los abultados bíceps. ¡Tate! ¡El loco de Jimmy Tate! Hacía un montón de años que no lo veía. Contemplaba a Bibianna con afán posesivo, con los pulgares colgando de las trabillas del pantalón de modo que parecía abarcar con las manos el paquete que le sobresalía en la parte baja del vientre. Sus modales parecían matizados por el sarcasmo, por una mezcla irresistible de hilaridad y lucidez a un tiempo. Ví que avanzaba hacia ella y que la hacía participar a distancia en una especie de calentamiento tácito. Al parecer nadie más reparaba en ellos. Accedieron a la pista de baile desde puntos adyacentes y coincidieron en la zona central como si todos sus movimientos estuvieran cronometrados. Aquello era ligar.

Se despejó una mesa, me hice con una de las sillas vacías y puse la cazadora sobre el respaldo de la contigua para alejar a los moscones. Cuando volví a posar los ojos en la pista de baile, no vi a Bibianna, aunque percibí un vislumbre de su vestido rojo en medio de la vibrante masa del personal que bailaba, y dos o tres veces entreví la cara de su pareja. Yo había conocido a aquel sujeto en un contexto totalmente diferente y no acababa de asimilar la contradicción que había entre las imágenes que recordaba de él y el medio en que lo veía ahora. Aunque en el pasado llevaba el pelo más corto y no tenía bigote, la pinta era la misma. Jimmy Tate era policía, o por lo

menos lo había sido, si eran ciertos los rumores que corrían sobre él. La primera vez que se habían cruzado nuestros caminos había sido en primera enseñanza, en quinto curso, donde durante seis meses fuimos hermanos espirituales unidos por un pacto que sellamos lengua contra lengua. Todo muy solemne. Jimmy adolecía a la sazón del exhibicionismo propio del niño con problemas. No sé qué le había pasado a sus padres, pero desde siempre había vivido con familias adoptivas que acababan echándole a patadas. A los ocho años ya le habían puesto la etiqueta de «incorregible», porque era rebelde e inclinado a las peleas violentas. Solía hacer novillos y, como en aquella época yo también era una novillero de cuidado, formamos una hermandad muy singular. Yo era tímida para muchas cosas, pero tenía arranques de furia alimentados por el dolor de haber perdido a mis padres cuando tenía cinco años. Mi rebeldía se traducían en miedo, la de Jimmy en violencia, pero el resultado era el mismo. Sabía que por debajo de su arrogancia había mucho dolor y no poca dulzura. Puede que incluso estuviera enamorada de él a mi inocente e impúber manera. Cuando le conocí, yo tenía once años y él doce, y era un chico salvaje que desconocía el autodomínio. Más de una vez salió en mi defensa y se lio a tortazos con los bravucones de quinto curso que no me dejaban en paz. Aún recordaba el júbilo que sentía cada vez que nos escapábamos corriendo por el patio de recreo, deseosos de libertad, sabiendo lo poco que iba a durar nuestra independencia. Él me introdujo en el tabaco, me enseñó a colocarme con aspirinas y Coca-Cola, me enseñó la diferencia que hay entre los chicos y las chicas. Aún recuerdo la risa y compasión que sentí cuando me di cuenta de que todos los chicos tenían un pequeño rabo, un dedo perdido que se les había empotrado entre las piernas. Al final, la madre adoptiva de Jimmy lo denunció por ingobernable y lo envió al lugar donde en aquella época mandaban a los niños que nadie quería. A algún reformatorio, imagino.

Estuve ocho años sin saber de él y me quedé de piedra cuando, el primer día que pasé en la academia de policía, lo vi aparecer. Su terquedad había adquirido ya un ribete de irritabilidad patológica. Se había vuelto un poco chulo, bebía demasiado y estaba por ahí a todas horas. Ignoro por qué lo admitieron en la policía del municipio. Los candidatos han de pasar un examen psicológico muy riguroso y las personas inestables e inadaptadas se eliminan en el acto. O había sabido esquivar las arteras preguntas de los examinadores, o era uno de esos tipos raros cuyos defectos de personalidad no aparecen en las pruebas. Las notas que sacaba solían ser las mínimas que se permitían, pero nunca faltaba a clase y su naturaleza competitiva le instaba a participar en el juego. Tenía cabeza suficiente para bajarla cuando había que hacerlo, pero la sensatez le duraba poco. Aprobó el examen final, como todos nosotros, pero siempre, de una manera u otra, estuvo al borde del desastre. Yo estaba entonces demasiado absorta en aquella nueva profesión para arriesgarme a que su reputación me perjudicase y, en consecuencia, había guardado las distancias.

Jimmy había solicitado un puesto en el Departamento de Policía de Santa Teresa al mismo tiempo que yo, pero no se lo habían concedido. Le perdí la pista y al cabo de un tiempo me enteré de que había entrado a trabajar en la Comisaría del *Sheriff* del Condado de Los Angeles. A nuestros oídos llegaban comentarios sobre sus hazañas. En los bares que abrían de madrugada, los agentes se contaban anécdotas sobre las cosas increíbles que había hecho Jimmy Tate. Era un ídolo, el compañero ideal para afrontar cualquier clase de problemas. En las situaciones conflictivas no conocía el miedo y parecía despreciar el peligro. En los tiroteos con los «malos», siempre era el primero en dar la cara. Su espíritu de iniciativa parecía rodearle de un campo de fuerza, de un escudo protector. Algunos compañeros me habían dicho que había que verle en

acción para comprender que, a su manera, era tan peligroso como «ellos», los atracadores de bancos, los traficantes de drogas, los pandilleros, los francotiradores, todos los chiflados que la tenían tomada con las fuerzas de seguridad. Su ímpetu, por desgracia, le había hecho pasarse de la raya en más de una ocasión. Sospeché que hacía cosas de las que no se hablaba después, cosas que había que fingir que no se habían visto porque no se puede comprometer a un compañero que nos ha salvado la vida. Al final lo trasladaron a una unidad especial que se había creado para vigilar las actividades de ciertos delincuentes conocidos. Seis meses más tarde se dismanteló la unidad a consecuencia de una serie de escaramuzas polémicas. Se suspendió de empleo a doce agentes y Jimmy Tate estaba entre ellos. Volvió a dárseles de alta tras la investigación que llevaron a cabo las autoridades, pero todo el mundo sabía que no tardaría en estallar algo gordo; sólo era cuestión de tiempo.

Hacía dos años había visto su nombre por casualidad en las páginas del *Los Angeles Times*. Habían vuelto a destinarlo a la Brigada de Estupefacientes, y en compañía de otros seis agentes tenía que comparecer ante el gran jurado para ver si se le procesaba por un caso de corrupción que había hecho temblar al departamento entero. Los detalles se hicieron públicos a medida que se llevaban a cabo los interrogatorios preliminares. Cinco fueron acusados oficialmente y el sexto se pegó un tiro en la cabeza. Me enteré por los periódicos de la marcha del proceso, pero no llegué a saber el resultado. No me habría extrañado que lo hubieran declarado culpable. Era temerario y con instintos autodestructivos, pero por extraño que parezca, si hubiese tenido un hermano, habría querido que fuese como Jimmy Tate, no a causa de su conducta ni por su dudosa conciencia ciudadana, sino por su sentido de la lealtad y por su abnegada entrega a la aventura de sobrevivir. Vivimos en una sociedad puritanamente preocupada por los derechos de los delincuentes, mientras estos se dedican a desprestigiar la vida ajena sin ninguna consideración hacia el dolor y el sufrimiento que causan. Con Jimmy Tate en el cuerpo, se hacía justicia. Que no se respetaran los tecnicismos legales era otra historia.

Jimmy y Bibianna abandonaron la pista de baile. El grupo musical se tomó un descanso y el nivel del ruido descendió tan deprisa que sentí como si de pronto me hubiera quedado sorda. Me fijé en la cara de Jimmy, sabiendo que me vería en cualquier momento y que se le notaría en la mirada que me reconocía. Se sentaron a la mesa. Bibianna se alzó la cabellera y se abanicó el cuello con la mano libre. Jadeaba, reía, tenía las mejillas encendidas y el pelo húmedo en las sienes, lugar donde las mechas se le habían ramificado en haces pequeños.

—Esta es la que vino a ver mi casa —dijo a Jimmy, señalándome con un ademán—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Jimmy sonreía con educación; sus ojos abandonaron la cara de Bibianna y se posaron en la mía. Le tendí la mano.

—¿Qué tal, Jimmy? Soy Hannah Moore —dije—. ¿Te acuerdas de mí?

Por supuesto que se acordaba, y por la cara que puso tampoco se había olvidado de mi nombre verdadero. Fuera cual fuese su situación actual, el entrenamiento recibido durante su estancia en la policía pesaba demasiado para desmascararme. Esbozó una sonrisa y mientras me estrechaba la mano me transmitió la misma descarga erótica con que había bombardeado a Bibianna. Se llevó mi mano a los labios y me besó los nudillos con afecto.

—Caray, pequeña. ¿Cómo estás? Han pasado muchos años —dijo.

—¿Os conocíais? —preguntó Bibianna.

Jimmy me soltó la mano a regañadientes.

—Fuimos juntos a la escuela —dijo Jimmy sin pensárselo dos veces. Me sentí llena de satisfacción porque, en relación con él, era el único período que me importaba. La academia de policía y lo sucedido después pertenecía a nuestra vida adulta. Lo otro poseía una cualidad mágica que siempre tendría preferencia en mis recuerdos.

Sacó del bolsillo del pantalón un billete arrugado y dirigió una mirada rápida a Bibianna antes de concentrarse otra vez en mí.

—Me apetece fumar, muñeca. ¿Te importaría comprarme un paquete de tabaco?

Bibianna se demoró lo necesario para hacerle comprender que se trataba de un favor y no de un servicio. Sonreía con ironía y la mirada que me echó no fue precisamente de inocencia. Se metió el billete entre los pechos y se alejó sin decir nada. La mirada de Jimmy trazó una línea elocuente que recorrió las piernas de Bibianna y se detuvo en las caderas. La mujer avanzaba con el deliberado contoneo de las modelos y las aspirantes a actriz de cine, consciente del efecto que causaba. Se volvió para sonreír a Jimmy e hizo un gesto con la boca, mitad puchero infantil, mitad promesa.

Yo no podía contener la risa.

—Encontrarte aquí es lo más increíble que me ha ocurrido en la vida —dije—. ¿De qué conoces a Bibianna?

Sonrió.

—La conocí hace un año en Los Angeles, en una fiesta de Halloween. Volví a verla en un par de ocasiones y luego coincidí con ella por casualidad aquí, en Santa Teresa.

—No sabía que hubieras vuelto. ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—Poca cosa —dijo. Me recorrió las facciones con ojos críticos—. ¿Y tú? Lo último que supe de ti fue que habías dejado el departamento y que trabajabas para no sé qué agencia.

—Así es. Saqué la licencia y ahora trabajo por cuenta propia. ¿Sigues trabajando en la Comisaría del *Sheriff* de Los Angeles?

—No exactamente.

—¿A qué te dedicas «exactamente»? Lo último que supe de ti fue que te habían procesado por robo —dije.

—Está buena Bibianna, ¿verdad? —dijo, eludiendo la pregunta.

—¿Por qué no me lo cuentas, Jimmy?

Apoyó la barbilla en la mano y me contempló con ojos risueños.

—Me he retirado. Los demandé y pedí una indemnización de diez millones.

—¿Que tú demandaste a la policía? —dije—. Pero ¿no te llevaron a juicio?

Mi forma de reaccionar pareció hacerle gracia. Vi que se encogía de hombros.

—Salí absuelto. Así funciona el sistema. Unas veces te coge el toro, otras le coges tú a él. Me habían dado de baja por incapacidad a causa de la tensión acumulada en el cumplimiento de mis obligaciones. Antes de saber siquiera lo que pasaba, se acusó a un grupo de compañeros de conspiración, blanqueo de dinero, evasión de impuestos y Dios sabe qué más. Nos hicieron pasar un infierno y, cuando me pusieron en libertad, me habían suspendido de empleo y sueldo y encima querían que dimitiese. No vale la pena entrar en detalles. Busqué un abogado y presenté una demanda.

—¿Después de que te absolvieran?

—Pues claro. No quería que se salieran con la suya. Según ellos, me había librado por una cuestión técnica. Fui el único absuelto, pero me senté en el banquillo igual que los demás, ¿por qué tenían que castigarme dos veces? El jurado dijo que era inocente.

—¿Lo eras?

—Naturalmente que no, pero eso es secundario —dijo—. El fiscal quiso empapelarme, no lo consiguió y me soltaron. No importa si lo hice o no. El tribunal dijo que era inocente y soy inocente. Así es la ley.

—¿Te expulsaron entonces?

—Sí. Se lanzaron como locos sobre la baja por incapacidad. Al parecer yo era un problema y querían que me largara, por eso me suspendieron de empleo y sueldo. Alegaron que había estado fingiendo. Pero conmigo no se juega, así que presenté una demanda. La semana pasada llegamos a un acuerdo sobre la indemnización. Setecientos cincuenta mil. Como es lógico, el abogado se quedará con un buen pellizco cuando llegue el dinero, pero con los trescientos sesenta y cinco mil que me corresponden tengo para vivir sin dar golpe. No es mal negocio, ¿verdad?

—Sí, de fábula.

—Mientras espero no tengo ni cinco, pero ¿qué le vamos a hacer?

—¿Y Bibianna? ¿Sabe que eres policía?

—¿Sabe que tú eres detective?

Incliné la cabeza hacia un lado y la sonrisa le desapareció al ver que mi expresión cambiaba.

—¿No vas tras ella? —añadió.

No dije nada, lo cual ya fue decir demasiado.

—¿Por qué motivo? —insistió.

Pensé que no perdía nada contándole la verdad. De todos modos, Jimmy acabaría encontrando la manera de sacármela.

—Estafa a una compañía de seguros —dije y le observé para ver qué cara ponía. Si había esperado cogerle por sorpresa, no era mi día de suerte.

—¿Para quién trabajas?

—Para La Fidelidad de California.

—¿Tienes pruebas suficientes?

—Creo que sí. En cualquier caso, cuando termine, será definitivo —dije.

Apartó los ojos de mí y los dirigió hacia la máquina de discos. Seguí su mirada y vi a Bibianna al fondo, con la cara inmersa en un mar de luces tornasoladas. Había algo en ella —belleza salvaje, perfección física— que tenía que resultar irresistible, a juzgar por el modo en que Jimmy la miraba. Vi que Bibianna echaba la cabeza hacia atrás y que rompía a reír, aunque no alcancé a oír la carcajada. Estaba coqueteando con el batería y apoyaba la mano en el brazo del joven con una indiferencia que no descartaba la intimación. El batería era alto y delgado, con cara de perro pastor, y los ojos le bizqueaban y brillaban debido a esas sustancias químicas que el cuerpo humano no fabrica de manera natural. Observaba con fijeza los pechos femeninos, probablemente emitiendo esos gemidos agudos y esperanzados que lanzan los perros cuando se les enseña un hueso. Bibianna no nos miraba, pero cada frase que articulaba con el lenguaje corporal evidenciaba que Jimmy era uno de sus destinatarios. Ojo por ojo, como suele decirse. Se acercó a la máquina de discos, introdujo unas monedas y pulsó los botones sin mirar lo que ponía. Al cabo de unos momentos comenzó el martilleo, una canción moderna resumible en guitarra baja y



percusión. La mujer se dirigió a la pista de baile tirando del batería. El pobre estaba tan excitado porque Bibianna se hubiera fijado en él que no iba a tardar en mojarse encima.

—Nunca me ha gustado engañar a la gente —dijo Jimmy, alzando la voz para que le oyera. Seguía con los ojos fijos en Bibianna, que se había puesto a bailar al ritmo de la música y trazaba circunferencias con la pelvis como si hiciese ejercicios de aeróbic para fortalecer los glúteos.

Tomé un sorbo de cerveza, y evité hacer el menor comentario. La verdad es que yo nunca había engañado a nadie mientras trabajaba, pero ya había oído suficiente y nada bueno.

Volvió a posar los ojos en los míos.

—Dile qué quieres —dijo.

—¿Y echarlo todo a perder? A ti te falta un tornillo. No pienso hacerlo. Y será mejor que tengas la boca cerrada. Este es mi territorio.

—Ya me doy cuenta.

—¿Por qué dudas entonces, Jimmy? Conozco esa expresión.

—Estoy loco por esa tía y no quiero que le hagan daño. Hace meses que le digo que acabarán cogiéndola. Si sabe que vas tras ellas, reparará lo que haya hecho.

—Eso no es de mi incumbencia. Ha presentado una reclamación falsa en La Fidelidad y posiblemente un centenar más en otras compañías. Voy a cargármela.

—Dejará de dedicarse a estas cosas.

—Puedes apostar a que sí.

—Te lo digo en serio. Esa reclamación la preparó hace meses, pero la convencí de que desistiera. Tiene intención de enmendarse, te lo juro.

—Sigue soñando, Tate. Si quiere dejarlo, ¿por qué no renuncia a la indemnización?

—Lo ha hecho.

—Y un rábano. Nos ha enviado el último apremio hace muy poco. Lo he visto con mis propios ojos. No hace más que insistir y presionarnos para que la transacción se haga cuanto antes. Por eso me encargaron el caso.

—No te creo.

—Pregúntaselo a ella.

La sonrisa de Jimmy se había convertido en un rictus de dolor.

—Mal podría hacerlo sin explicarle lo que ocurre.

—Entonces será mejor que te inventes algo antes de que concluya la investigación.

—Esto no es lo que parece.

—Las cosas nunca son lo que parecen. Por dentro suelen estar podridas —respondí.

La afligida mirada de Jimmy corrió en busca de Bibianna. La contempló absorto mientras se pasaba el pulgar por el labio inferior. No quería creerme. La muchacha (porque eso es lo que era, una muchacha) le había sorbido el seso y al parecer le había deformado la percepción de la realidad. Después de tratar con sinvergüenzas durante años, el muy iluso creía que aquella tunanta iba a cambiar sus honorables costumbres porque sí, porque tenía ese capricho. Había olvidado que el delito crea adicción, y muy fuerte. La motivación de los reincidentes no es tanto la necesidad como el síndrome de abstinencia.

Nunca le había visto tan loco por alguien. Las relaciones que había tenido en el pasado habían sido fáciles y sencillas, aventuras alegres y exentas de compromisos sentimentales. Un poco de diversión, un poco de sexualidad expeditiva y un par de semanas de compañía. No sé cómo serían

estos ligues desde el punto de vista de las mujeres implicadas. Estas solían ser de mente despierta, pero de las que se engañan a sí mismas, de las que anuncian a bombo y platillo que sólo buscan diversión y entretenimiento cuando en realidad se enganchan a la primera insinuación y terminan por caer en la trampa de los sentimientos. La inversión de los términos se notaba en la forma de mirarle, en la voluntad de no ser posesivas, sino comprensivas, complacientes y consideradas. En diez meses había visto pasar por su vida ocho o diez mujeres así. Todas esbeltas, atractivas, brillantes y competentes, profesionales que trabajaban en publicidad, ventas, diseño, producción de programas de televisión. Todas se rendían, se enganchaban a causa de la misma accesibilidad de Jimmy, de su encanto desenvuelto, del clima de sexualidad que lo envolvía. Y se volvían serviciales, le preparaban la comida, le planchaban la ropa, todo ello para darle a entender de manera indirecta que le convenía la vida hogareña. Y empezaban a hacerle preguntas sobre sus relaciones anteriores para averiguar en qué había fallado la última novia, para eliminar de su propia conducta los elementos que hubiesen conducido a la ruptura con la inmediata antecesora. Esta fase duraba poco, porque el comportamiento de Jimmy no variaba ni un ápice. A cambio de sus sacrificios, estas mujeres no obtenían nada salvo, quizás, una inflamación en las rodillas. Jimmy no les hacía caso, era tan promiscuo como siempre, aunque se esforzaba por ser amable y educado. Nunca se jactaba de acostarse con otras mujeres, pero tampoco lo mantenía en secreto, dado que la premisa que regía sus relaciones era la independencia. Las mujeres se encolerizaban justamente porque, a cambio de su sometimiento, no obtenían ninguna recompensa. Se sentían estafadas y Jimmy se transformaba automáticamente en víctima de su odio. Situación que para Jimmy se convertía en motivo de ruptura. Tras un mes de relaciones, o de un período que nunca rebasaba los tres meses, la mujer le manifestaba alguna exigencia, o bien una queja, en la que nunca faltaban los reproches ni las expresiones de desilusión. En cuanto esto ocurría, Jimmy cruzaba la puerta sin despedirse siquiera. Nunca le había visto mirar a ninguna de aquellas mujeres como miraba a Bibianna Díaz.

Esta regresó a la mesa y para provocar a Jimmy se sentó a horcajadas en sus piernas, con la falda subida hasta la ingle y con los pechos tan pegados a la cara del hombre que pensé que este iba a comérselos como si fueran sendas copas de helado. Me pasé media hora soportando la sordera que me producía la música, mientras Jimmy Tate y Bibianna Díaz cambiaban miraditas ardientes y hacían (más o menos) el amor en posición sentada, chamuscando las fibras de la ropa de tanto frotarse. El aire olía a deseo y parecía el perfume denso de la hierba después de la lluvia. O una meada de gato, no sé.

El grupo musical terminó una canción y comenzó otra, la única lenta que oía en toda la noche. Bibianna se fue a bailar con otro. A Jimmy no pareció importarle. Que otros hombres de la barra buscasen su compañía aumentaba por lo visto la categoría de Jimmy. La circunstancia me permitió dedicar algún tiempo a adivinar los pensamientos de Jimmy y a calcular si representaba una ayuda o un obstáculo en mi intento de intimar con Bibianna. De pronto me alargó la mano.

—Vamos a bailar —dijo.

Le di la mano y dejé que me guiara. Era de esos hombres que hacen que te sientas como Ginger Rogers en una pista de baile y que saben transmitirte con la mano en la cintura un montón de indicaciones y sugerencias. Se movía de manera automática mientras escrutaba el local con ojos inquietos. Conocía aquella forma de comportarse. No existen los «expolicías», ni los policías «fuera de servicio» o que han dejado el trabajo. Una vez aprendida la lección, una vez que el oficio y la práctica han enseñado todo lo que hay que saber, un policía siempre está alerta y juzga la realidad según la legalidad o ilegalidad de lo que ocurre en ella. Al margen de sus defectos como agente, y el cohecho era el primero que me venía a la cabeza, no podía imaginármelo desempeñando otras actividades. Me costaba creer que hubiera saboteado su propia vida de aquel modo, que hubiera cortado de manera definitiva las amarras que le unían al único trabajo que le había importado. Era propio de él hacer cosas así, pero había sido un paso muy imprudente. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Adónde pensaba retirarse?

Intuyó mis preocupaciones y me prestó atención.

—¿Por qué estás tan callada?

—Pensaba en el juicio y me preguntaba por qué te habrías metido en un lío así.

—Todo empezó en el reformatorio —me recordó.

—Entonces tenías doce años y no tenías nada que perder. Sé que has tenido problemas, pero nunca creí que fueras un policía corrupto.

—Ya salió. Y no sé lo que quieres decir. No estoy más corrompido que los demás. Vamos, Kinsey, tú sabes cómo es esto. Me quedaba con dinero a veces. Joder, todo el mundo lo hace. El primer día que trabajé en la policía vi que más de un compañero se quedaba con dinero confiscado. El truco no lo patenté yo, funcionaba de manera espontánea. No me dedicaba a dejar a las ancianitas sin la pensión que les pagaba la Seguridad Social. Se trataba de traficantes de drogas, escoria humana. Lo peor. El dinero ni siquiera era legal, pero ahí estaba. ¿Sabes lo que es pescar un paquete así? Puedes encontrarte perfectamente con doscientos mil dólares, qué digo, con medio millón, encima de una mesa, en fajos perfectos, todos sujetos con una goma. Ni siquiera parece de verdad. Da la sensación de que es como el dinero de las películas. ¿Quién va a abrir la boca si desaparece un fajo? ¿Los traficantes? Sé realista. Esos tipos quieren desembarazarse del dinero en el acto porque constituye una prueba del delito. Cuando llega el momento de dar parte, han desaparecido veinte mil. ¿Quién sabe dónde estarán? ¿Y a quién le importa?

—Por lo que dijo la prensa, te quedaste con más de veinte mil. ¿No se te ocurrió pensar que os estaban utilizando?

—El sargento Renkes se quedaba con el cuádruple que nosotros. ¿Por qué iba a pensar que nos estaba utilizando? Si lo contemplamos objetivamente, él arriesgaba mucho más que nosotros.

—¿Y por qué os pusisteis a gastar el dinero de una manera tan ostentosa? —dije—. La prensa hablaba de yates, de pisos en propiedad, de coches de lujo. ¿Con el salario de un poli? ¿No pensaste que se notaría?

Se echó a reír.

—Nadie dice que fuéramos inteligentes. Yo quería disfrutarlo. Todos queríamos disfrutarlo. ¿Por qué no? Luego resultó que era una trampa. Puede que hubiéramos tenido que sospecharlo. Por eso Bosco se pegó un tiro. Porque nos habían utilizado y no veía otra forma de escapar. Renkes era el jefe de nuestro grupo... él lo preparó todo, nos invitó a participar y luego nos delató. Era una operación destinada a limpiar el departamento y Renkes era quien guardaba las escobas.

—¿Sabías que iban a deteneros?

—En cierto modo, sí. Corrían rumores desde hacía meses. En el fondo, nadie quería creerlo. Yo estaba de baja entonces, y cuando se produjo la detención no estaba presente. Me había llevado mi parte, como es lógico, y Renkes lo sabía. Nada más enterarme me puse a hacer preguntas. Todos me contestaron lo mismo. «Búscate una coartada cuanto antes», «Contrata a un asesor financiero», «Consigue un abogado antes de que el huracán llegue a la costa». Contraté al cabrón más listo del Colegio de Abogados. Tuve que empeñar todo lo que tenía para darle un anticipo, pero valió la pena. Wilfred Brentnell. ¿Has oído hablar de él?

—¿Y quién no? Tengo entendido que el único juicio que ha perdido en su vida se celebró aquí. Nikki Fife, ¿te acuerdas de ella? Por lo visto, su habilidad no le sirvió de mucho ante los jueces de Santa Teresa.

—Es el precio que hay que pagar cuando se vive en provincias. Es un pico de oro. De primera clase. Le llaman «Dedo Derecho» porque sufrió un accidente y se le torció un dedo.

—¿Y Renkes? ¿No le guardas rencor?

—No tengo nada contra él. Quiero decir que comprendo sus razones. Yo no habría obrado igual, pero también es verdad que no fui el primero en caer, mientras que él sí. A mí no me acosó el fiscal del distrito, ni me obligó a hacer ningún trato.

—¿Un trato?

—Sí, joder. Lo tenían cogido por otra historia. Ya lo sabías, ¿no?

Negué con la cabeza:

—Me enteré de lo ocurrido fragmentariamente —añadí.

—Ya. Pues lo pusieron entre la espada y la pared. Pero lo malo de Renkes es que es capaz de traicionarte por cualquier cosa. Y le entró pánico. Habría tenido que aguantar lo que fuese en vez de tendernos una trampa. Pero así es la vida.

Acabó la música. Nos dirigimos hacia la mesa y por el camino alcanzamos a Bibianna. Jimmy emitió un gruñido ronco y la cogió por la nuca. Bibianna se volvió sonriendo, Jimmy la atrajo hacia así y la abrazó de costado, sin duda para afirmar sus derechos de propiedad. Bibianna le dio un empujón, pero sin violencia y riéndose. Jimmy le pasó el brazo por los hombros como para hacerle una llave de judo en broma. Se besaron. Elevé los ojos al cielo. Tomamos asiento y pedimos más cerveza.

Cada vez había más ruido y probablemente por culpa del alcohol, que potenciaba las carcajadas histéricas y conversaciones en voz alta, no siempre cordiales. La atmósfera se había

vuelto gris a causa del humo del tabaco y los vibrantes estampidos de los «coscorriones» se sucedían en series regulares, como si en algún rincón hubiese tres carpinteros con los correspondientes martillos. La música volvió a comenzar, esta vez con efectos de luces y ataque de epilepsia garantizado. Un borracho salió reculando de la pista de baile y aterrizó en una mesa. Se oyó un alarido, se rompió una silla y los vasos saltaron formando un diluvio de tequila y fragmentos de vidrio. Jimmy y Bibianna no parecieron darse cuenta. Interpretaban una versión sentada de la lambada, imitando esas impresionantes escenas cinematográficas en que las parejas se dan la lengua y se mordisquean los labios en primer plano. Estar con una pareja que se achucha puede ser un martirio para las personas célibes como yo. Hasta el aire estaba electrificado, y cada vez que se tocaban parecían saltar chispas de un arco voltaico no del todo imperceptible. Cuando se miraban con fijeza, notaba cómo se humedecía su ropa interior.

Consulté la hora: las once y cuarto. Ya tenía bastante. Me levanté de la silla.

—Bueno, jóvenes —dije—. Tengo que irme. Buenas noches. Ha sido fabuloso. —Tardaron un rato en prestarme atención. Jimmy emergió de un beso que parecía más de taladro que de tornillo. Me miró con sorpresa por entre los párpados entornados y con la respiración todavía jadeante—. Lamento interrumpiros —añadí.

La lujuria paralizaba las reacciones de Jimmy y vi que hacía un esfuerzo por articular la voz.

—No te vayas —dijo—. Quédate. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

Bibianna tuvo que echarse hacia adelante para que la oyese, aunque en comparación con Jimmy parecía una barra de hielo.

—Aquí hay demasiado ruido. Pensábamos ir aquí al lado, a comer un poco. Podrías venir.

Confieso que no me sentía a gusto. Había pasado todo el día tratando de localizar a Bibianna y sabía que me convenía consolidar la relación. Por otra parte, cabía la posibilidad de que Jimmy Tate revelase mi identidad, pero pensaba que podía confiar en que mantuviera la boca cerrada. Por el momento parecía más preocupado por acabar en la cama. No hacían más que manosearse, posponiendo lo inevitable, mientras yo contaba los minutos. Maldita sea, me dije, si de todos modos voy a dormir sola esta noche, ¿qué prisa tengo? Me subí la cremallera de la cazadora mientras esperaba a que desenredaran las extremidades. Cuando avanzábamos hacia la salida recibí un par de ofertas, pero no me las tomé en serio. Las dos fueron más o menos igual: «Eh, tú... sí, tú...», acompañadas de posturitas de ostentación. Uno de los tipos parecía tener dieciséis años. Al otro le relucía un enorme diente de oro.

Al salir del bar comprobamos que continuaba la llovizna. Jimmy cogió a Bibianna de la mano y los dos echaron a correr. Fui al trote tras ellos y los alcancé en el momento en que entraban en otro bar que había un poco más abajo. Después del alboroto que reinaba en el local anterior, en el que ahora entrábamos parecía tan silencioso como una iglesia. El bar Bourbon Street era pequeño, y básicamente consistía en una sala larga y estrecha que parecía imitar una calleja de Nueva Orleans. Las paredes eran de ladrillo interrumpido por puertas y ventanas falsas, iluminadas por detrás para crear la ilusión de que tras ellas se abrían cálidos interiores. A la altura del primer piso sobresalía una galería con barandilla que parapetaba una serie de puertas separadas por lámparas de pared cuyas alargadas bombillas parpadeaban como si fuesen velas azotadas por el viento. La pared estaba cubierta por una enredadera falsa de aspecto tan auténtico que habría jurado que podía percibir el aroma de la brisa que parecía agitar las hojas.

La cocina estaba tras una esquina, donde la pared trazaba un ángulo de noventa grados. El olor a gambas al vapor y a corvina frita flotaba en el ambiente del mismo modo que cuando percibimos el aroma de la cena dominical de los vecinos. En total había diecisiete mesas, casi todas vacías y todas con papel blanco a modo de mantel y con lamparitas que proporcionaban una luz que permitía ver lo que se comía sin turbar la intimidad de los clientes.

Jimmy pidió un plato grande de «palomitas de maíz de Nueva Escocia», es decir, pulpos a la romana, y arroz frito con gambas y verduras para los tres. Bibianna quería tomar ostras primero. Observé con pasividad sus alegres discusiones gastronómicas. Luego, como ella quería vino y él cerveza, pidieron las dos cosas. Estaban de muy buen humor, pero yo me sentía distante. Pellizqué un panecillo de maíz mientras pensaba en Dietz. ¿Cuántas horas de ventaja nos llevaba Alemania? ¿Ocho? Me entretuve fantaseando con escenas pecaminosas relacionadas con Dietz mientras observaba a Bibianna y a Jimmy con indiferencia, como si estuviese detrás de un espejo transparente. Saltaba a la vista que aquello era algo más que un lígüe pasajero. Jimmy Tate era un hombre apuesto, con todo el atractivo de los bronceados surfistas californianos, y las gafas que llevaba añadían un toque especial a unas facciones tal vez demasiado hermosas para resultar interesantes. Los hombres guapos no me han atraído nunca, pero Jimmy era una excepción, tal vez porque habíamos compartido el paso de la niñez a la adolescencia. Había apostado fuerte en la vida —alcohol, drogas, correrías nocturnas, peleas de bar— y a los treinta y cuatro se le notaba ya el exceso de rodaje. Tenía patas de gallo en el raballo de los ojos y arrugas alrededor de la boca. La juventud y morena belleza latina de Bibianna constituían el contrapunto perfecto del rubio atractivo de aquel mozo de ojos azules. Parecían hechos el uno para el otro, el poli corrupto y la artista del timo, los dos dispuestos a reducir al máximo los costes, dispuestos a aprovecharse de las convenciones establecidas a fin de conseguir dinero fácil. No lo hacían con mala intención, pero sin duda habían percibido la ilegalidad de la naturaleza del otro. Me pregunté qué habrían visto el uno en el otro para atraerse, si habrían intuido el vínculo común de la rebeldía y la inclinación delictiva. Las semejanzas no se veían en la superficie, pero creo que los amantes tienen un instinto inequívoco para percibir las cualidades que les atraen al mismo tiempo que las desaprueban.

Cuando llegó la comida, se lanzaron sobre ella con la misma voracidad con que se devoraban entre sí, y en un abrir y cerrar de ojos dieron cuenta de una botella de vino tinto. Yo no tenía más ganas de beber. Me concentré en el plato que tenía delante con un apetito que sólo se habría podido interpretar como sublimación de la sexualidad reprimida. Después de haber tomado varias cervezas, tenía que despejarme si quería volver a casa con el coche. El bar empezaba a llenarse de trasnochadores rezagados. El ruido iba en aumento, pero no podía ni compararse con la algarabía del local en que habíamos estado antes. Tenía la puerta a mis espaldas y de vez en cuando notaba que se abría para dar paso a gente que quería tomar un café o una ración de pastel de carne. La naturaleza volvió a reaccionar ante la cerveza que había consumido.

—¿Dónde está el lavabo?

Bibianna me hizo una seña hacia el fondo. Los dos estaban ya medio derretidos y me pregunté si no sería mejor que los llevase a casa de Bibianna por mor de seguridad.

—Ahora vuelvo —añadí.

Avancé entre las mesas y vi el rótulo que indicaba dónde se encontraban los servicios y los teléfonos públicos. Crucé la puerta de batiente y accedí a un pasillo corto, iluminado también por

bombillas parpadeantes. Al fondo había dos teléfonos de monedas flanqueando una puerta con un rótulo encima que decía NO CERRAR EN HORAS DE ATENCIÓN AL PÚBLICO. A mi derecha había dos puertas, una con una C, la otra con una S. Empujé la que ostentaba la S. La luz allí era normal. A la izquierda había una pila doble con un espejo en la parte superior, una papelera metálica debajo de una caja de papel continuo para secar las manos, y dos retretes, uno ocupado. Entré en el otro. Por debajo del tabique de separación vi los pies de la otra persona, que, a juzgar por lo que llegaba a mis oídos, más que orinar parecía estar derramando una botella de gaseosa desde un metro de altura. Calzaba medias negras de malla y zapatos abiertos de tacón alto. Parpadeé y adelanté la cabeza. Aquellos zapatos u otros parecidos eran los que calzaba la rubia que había visto en las oficinas de La Fidelidad. Oí la cisterna. Precipité las últimas etapas de mis operaciones mientras la otra mujer se lavaba las manos y arrancaba un pedazo del papel continuo. Oí crujir el papel. Tiré de la cadena y me demoré un poco. No quería arriesgarme a salir antes de que se hubiera ido, por si en una de aquellas me reconocía. Oí el taconeo que producía al avanzar por el suelo de baldosas. En cuanto oí que cerraba, salí del retrete y corrí hacia la puerta. Me asomé al pasillo. La vi ante uno de los teléfonos, justo cuando metía un reguero de monedas en la ranura. Era la mujer que se hacía llamar Karen Hedgepath: delgada, pelo rubio al estilo *punk* y traje de chaqueta muy serio. Estaba de perfil y con la derecha se tapaba el oído para impedir que interfiriesen los ruidos procedentes del bar. Por el gesto que hizo, deduje que habían contestado a su llamada. Se puso a hablar con rapidez mientras agitaba la mano libre. Avancé en dirección opuesta y regresé al bar mientras ella seguía hablando. No tardé en descubrir al individuo alto de la chaqueta deportiva de cuadros. Estaba de espaldas a mí, en un reservado para dos que había pegado a la pared, pero lo reconocí por la chaqueta y las hombreras. Fumaba un cigarrillo y había una botella de vino tinto en la mesa que tenía ante sí.

Al llegar a nuestra mesa, moví la silla para tener la puerta de los lavabos delante y la puerta principal a mis espaldas; Bibianna estaba a mi derecha y Jimmy enfrente. Hablé en voz baja sin perder de vista los lavabos, por si reaparecía la rubia. Bibianna se me quedó mirando con curiosidad y pareció intuir el peligro. Cogí la carta y murmuré:

—Me gustaría que vigilaras la puerta de los lavabos sin que se notara. Dentro de un momento aparecerá una rubia. Puede que la conozcas, pero que no se dé cuenta de que la miras. ¿Has comprendido?

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —dijo Bibianna.

—Estaba hablando por teléfono y mencionó tu nombre.

—¿Mi nombre?

Jimmy adelantó la cabeza.

—¿Qué es todo esto?

La rubia cruzó en aquel momento las puertas batientes. Su mirada resbaló por nuestra mesa sin detenerse.

—No te vuelvas —murmuré.

Bibianna la miró de reojo. Su reacción fue apenas perceptible, pero advertí que se le paralizaban las facciones.

—Ostras, yo me voy —dijo.

Le pasé la carta abierta y le señalé el primer postre de la lista, tarta de lima. Le dije en tono coloquial:

—Coge el bolso y ve al lavabo. Sal por la puerta que hay al fondo del pasillo y espera al final del callejón. Uno de nosotros te recogerá. Deja la cazadora en la silla para que no parezca que te vas a ninguna parte, ¿de acuerdo? La mirada de Jimmy iba de una a otra.

—Pero ¿qué pasa aquí?

Bibianna se puso en pie y cogió el bolso sin mirarlo siquiera. Demasiado tarde. La pareja estaba ya encima de nosotros. La rubia me puso una mano de hierro en el hombro que me dejó clavada a la silla. El hombre pegó a la espalda de Bibianna una Browning del 45 como un ortopédico que buscara una vértebra desviada. Vi que Jimmy hacía ademán de empuñar su 38, pero se detuvo al ver que el otro movía la cabeza en sentido negativo.

—Si me creas problemas, la reviento. Tú eliges.

Jimmy puso las manos abiertas encima de la mesa.

Bibianna cogió la cazadora y el bolso. Jimmy y yo vimos con impotencia que los tres se dirigían hacia la puerta de atrás. Los reflejos de Jimmy estaban mejor preparados que los míos para afrontar aquellas situaciones. En cuanto se perdieron de vista, salió como una flecha hacia la puerta principal, llamando la atención de todos los clientes a quienes rozaba o golpeaba al pasar. No se molestó en pedir disculpas. Un segundo después ya estaba en la calle. Dejé unos billetes encima de la mesa y corrí tras él.

Cuando llegué al exterior, vi que corría hacia la esquina con la pistola en la mano. Las calles estaban mojadas y lloviznaba todavía. Fui detrás de él sin preocuparme por el charco que anegaba la acera. Oí un gemido de neumáticos en el callejón donde la pareja había dejado sin duda un vehículo. Llegué al cruce unos segundos después que Jimmy. Un Ford cerrado apareció como una exhalación por la bocacalle que había a unos diez metros de distancia. Jimmy se puso en posición de tiro como si se moviese a cámara lenta y abrió fuego. La ventanilla trasera del coche saltó hecha pedazos. Volvió a disparar. Le dio a la rueda derecha de atrás, el Ford se desvió bruscamente y se lanzó contra un camión aparcado junto a la acera. Se oyó el impacto desgarrador que producen dos cuerpos metálicos cuando chocan. El parachoques delantero del Ford chirrió al resbalar por el asfalto y una lluvia de astillas de vidrio cayó sobre la zona con delicado tintineo. Los escasos peatones que deambulaban por la calle corrieron en busca de un lugar donde esconderse, oí el grito ahogado de una mujer. Las portezuelas delanteras del Ford parecieron abrirse a la vez. La rubia apareció por el lado del copiloto, el tipo alto salió por el lado del conductor, se parapetó tras la portezuela sin perder un instante y apuntó con el arma. Me eché a tierra y me oculté tras una columna de cubos de basura. Los disparos que se sucedieron a continuación sonaron igual que el maíz cuando se fríe en una sartén cubierta para hacer palomitas. Agaché la cabeza y me sumergí en el olor de la basura y del asfalto mojado. Sonaron otros tres disparos seguidos y un proyectil golpeó en la acera, a pocos centímetros de mi cabeza. Tenía miedo por Jimmy, y también por Bibianna. Alguien echó a correr. Alguien por lo menos seguía vivo, aunque no sabía quién. Oí alejarse los pasos y segundos después se hizo el silencio. Me puse a gatas, avancé hacia un coche aparcado y asomé la cabeza. Jimmy estaba de pie al otro lado de la calle. Se sentó de súbito en la acera y apoyó la cabeza en las rodillas. De la rubia no había ni rastro. Bibianna, ilesa al parecer, estaba cogida al guardabarros trasero del Ford y sollozaba como una histérica. Me puse en pie, intrigada por el repentino silencio. Me acerqué con precaución, preguntándome dónde estaría el tipo de la chaqueta de cuadros.

Oí una respiración jadeante, un gimoteo fatigoso que indicaba dolor y gran esfuerzo. Lo vi en



la otra punta del Ford, arrastrándose por la acera. Tenía entre los omóplatos una húmeda mancha de sangre reluciente. Por la mejilla izquierda le corría un reguero de sangre procedente de una herida en la cabeza. Parecía concentrado exclusivamente en la huida y se movía con la misma torpeza de un niño que aún no sabe andar, ayudándose ocasionalmente con las extremidades. Se echó a llorar de impotencia a causa de la inutilidad de sus esfuerzos. Sin duda era un hombre que había confiado siempre en su fortaleza física para salir airoso, que había contado con una innegable supremacía relativa en virtud de su tamaño. Pero su volumen se había convertido ahora en obstáculo, en una carga que no le obedecía. Bajó la cabeza para descansar durante unos instantes y avanzó otro centímetro. La zona se había llenado de curiosos que miraban lo sucedido como si se encontrasen en el último tramo de una maratón. Nadie vitoreaba. Todos tenían en la cara una expresión de respeto, inseguridad y confusión. Una mujer avanzó hacia el herido, se arrodilló junto a él y le alargó las manos. Nada más tocarle, el hombre lanzó un aullido prolongado, ronco y lleno de dolor. No hay sonido más horrible que el que emite el hombre acongojado por su propia muerte. La mujer miró desconcertada a los curiosos más cercanos.

—Por favor —dijo con voz ronca. La mujer ni siquiera podía gritar—. Ayuden a este hombre, por favor. ¿Es que no van a hacer nada?

Nadie se movió.

Se oyó a lo lejos el ulular de una sirena. Jimmy Tate levantó la cabeza.

Me acerqué al Ford. La portezuela trasera de la izquierda se encontraba abierta y Bibianna estaba sentada de lado en el asiento, con los codos en las rodillas. Temblaba tanto que ni siquiera podía apoyar los pies en el suelo. Parecía ejecutar un ligero zapateado con los tacones mientras mantenía las manos escondidas entre los muslos. Me pareció que canturreaba, pero eran gemidos lo que trataba de contener con los dientes apretados con fuerza. Tenía la cara pálida como la cera. Me agaché junto a ella y le puse la mano en la helada piel del brazo.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza, con un ademán impotente de miedo y resignación.

—Ván a matarme y no tengo escapatoria. Pero la culpa la tengo yo. Todo se paga en esta vida. —Desvió la mirada hacia la esquina, donde se había concentrado el gentío. Le brotaron lágrimas de los ojos, pero más de desesperación que de tristeza.

Le sacudí el brazo.

—¿Quién es ese?

—Se llama Chago. Es hermano del tipo con el que vivía antes de venir aquí. Me dijo que Raymond le había enviado para hacerme volver.

—¿Y tú te lo creíste? No iban a llevarte a ningún sitio. Querían matarte.

—Ojalá lo hubieran hecho. Raymond me matará de todos modos si le pasa algo a Chago. No habrá nada que le detenga. Es como una deuda de sangre. Mi vida ya no vale un céntimo.

—Me pareció que era Jimmy quien le disparaba. ¿Por qué dices que ha sido culpa tuya?

—¿Crees que eso tiene importancia? A Raymond le trae sin cuidado. Lo abandoné y la culpa la tuve yo. Ha tenido que enviar aquí a su hermano y yo soy la responsable. El coche se ha estrellado y la culpa sigue siendo mía. Así ve él las cosas.

—Supongo que la rubia es la novia de Chago —dije.

—Su mujer. Se llama Dawna. Mierda, me matará ella si Raymond no se le anticipa.

Jimmy Tate se nos acercó y puso la mano en la nuca de Bibianna.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

Bibianna le cogió la mano y se la apretó contra la mejilla.

—Dios mío... tenía miedo por ti.

Jimmy la puso en pie, la rodeó con los brazos, la estrechó y le murmuró algo con la boca hundida en el pelo femenino.

—¿Qué voy a hacer ahora? —gimoteó Bibianna.

Por la esquina apareció una ambulancia envuelta en destellos anaranjados en el instante mismo

en que se interrumpía el aullido de la sirena. Bajaron dos enfermeros, uno con un botiquín de primeros auxilios. Me puse en pie y vi por encima del Ford que se acercaban a toda velocidad al individuo tendido boca abajo en la acera. No había podido llegar reptando hasta la esquina. Había dejado tras de sí un reguero de sangre, como si fuera un caracol. Una mujer, la que se había arrodillado junto a él, lloraba con desconsuelo. Imaginé que no se conocían y que su única relación con el caído era la casualidad que le había hecho estar allí en aquel preciso momento. Las dos personas que le acompañaban querían llevársela, pero ella se negaba a separarse del hombre.

Un enfermero se arrodilló y acercó la yema de los dedos a la arteria carótida del individuo para comprobarle el pulso. Se volvió al otro y los dos cambiaron una de esas miradas que suelen sustituir en las teleseries a los diálogos de seis líneas. En aquel punto llegaron dos coches patrulla con los neumáticos echando chispas y se detuvieron detrás de la ambulancia. Del primero bajó un patrullero de uniforme y Jimmy Tate salió a su encuentro. Del segundo bajó una mujer, alta, de complexión recia, con el pelo rubio echado hacia atrás y sujeto en la nuca. Iba con la cabeza descubierta y vestía el uniforme negro que ostentaba en las mangas de la cazadora los distintivos del Departamento de Policía de Santa Teresa. Se acercó a los enfermeros y cambiaron unas palabras. Advertí que estos no se apresuraban a llevar a cabo ninguna intervención de urgencia, lo que indicaba que el individuo de la chaqueta deportiva ya no estaba en este mundo. La agente de servicio volvió a su vehículo, dio el parte por la radio y solicitó que avisaran al juzgado de guardia y que enviaran un equipo de investigación y refuerzos en clave 2, es decir, sin la sirena puesta. Necesitaba ayuda para despejar y acordonar el lugar de los hechos. Volvía a llover y el aire nocturno pareció apaciguarse. La muchedumbre estaba tranquila y no hacía amago de molestar, pero alguien tendría que interrogar a los testigos y apuntar nombres y direcciones antes de que los presentes se pusieran nerviosos y abandonaran la zona.

Bibianna volvió a desplomarse en el asiento trasero del coche. Transcurrieron unos minutos interminables. Bibianna se había sumido en un mutismo absoluto, pero cuando apareció el primer grupo de refuerzo, dirigió una mirada sombría hacia los dos agentes que bajaron del coche Z.

—No quiero hablar con la policía —dijo—. Odio a la policía. No quiero hablar con esa gente.

—Bibianna, no vas a tener más remedio que hacerlo. Han querido matarte. Y hay un cadáver en la acera...

En sus facciones relampagueó la cólera.

—¡Déjame en paz! —me gritó.

Varias personas se volvieron para mirarnos, entre ellas la agente de servicio, que echó a andar hacia nosotras. Apoyó la mano en la cadera izquierda y rozó la empuñadura de la porra como si fuera un talismán. Mientras se acercaba vi el nombre que ostentaba en la chapa de la camisa. Agente D. Janofsky. Diana o Deborah seguramente. No tenía pinta de llamarse Dorothy. Cuando llegó hasta nosotras advertí que tendría alrededor de veintiocho años y sin duda era nueva en el departamento. Yo conocía a casi todos los agentes que trabajaban en la zona, pero a ella nunca la había visto. Se movía con precaución y tenía la cautela dibujada en las facciones. Al igual que muchos policías, había aprendido a poner los sentimientos bajo llave.

—¿Tienen algún problema?

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras cuando apareció el cuarto coche patrulla por la

esquina. Las tres nos volvimos mientras el vehículo se detenía a unos metros de distancia. Los martes por la noche suelen ser muy tranquilos en Santa Teresa, de modo que, al margen del evidente deseo de ayudar a una compañera, el agente que había acudido tenía que estar deseoso de presenciar un poco de acción. Era mucho más divertido que alejar de las vías del tren a los vagabundos. Janofsky se quedó mirando a Bibianna, cuya expresión se había ensombrecido. Yo no dejaba de vigilar a Tate por el rabillo del ojo y advertí, al igual que Bibianna, que lo habían detenido.

—Que no se me acerque —me dijo Bibianna.

—Estamos perfectamente —dije a Janofsky, confiando en que podría solucionar la situación.

Janofsky no me hizo el menor caso y siguió escrutando a Bibianna con ojos analíticos.

—¿Me enseña su carnet de conducir? —Empuñó la linterna como si quisiera inspeccionar el carnet en cuanto Bibianna se lo hubiera enseñado. Yo sabía por experiencia que una linterna de aquel tamaño podía servir para defenderse. La miré con aprensión.

—¿Para qué? —dijo Bibianna.

—Haga el favor de identificarse, señora.

—Anda y vete a la mierda —dijo Bibianna. Se las arregló para infundir a la frase el máximo de indiferencia y desprecio. Yo no comprendía por qué se mostraba tan hostil. La agente estaba a punto de estallar e incluso a mí me sulfuró aquella actitud. El horno no estaba para bollos. Por lo visto, Janofsky creía que había sido Bibianna quien había matado al hombre.

—Se apellida Díaz —intervine—. El tiroteo la ha afectado mucho. ¿Podría responder yo por ella? Me llamo Hannah Moore. —Lo dije con vocecita cursi, con la esperanza de relajar la tensión que se notaba en el ambiente. El coche patrulla en que habían metido a Jimmy se puso en movimiento y se abrió paso entre la muchedumbre de curiosos que infestaba la zona.

—Tú no te metas —me dijo Bibianna—. ¿Dónde se llevan a Tate?

—A la comisaría, seguramente —le contesté—. No le pasará nada. No te preocupes. Y tranquilízate. Ya tienes bastantes problemas.

—¿Le importaría bajar del coche? —dijo la agente. Retrocedió un paso y afirmó los pies en el suelo.

—Maldita sea, Bibianna —dije—. ¿Por qué no haces lo que te dicen? Vas a meterte en un lío. ¿Es que no te das cuenta?

Bibianna saltó del coche de repente y me dio un empujón que casi me tiró de espaldas. Tuve que sujetarme a la manilla de la portezuela del vehículo para no caerme. Bibianna se echó sobre la agente Janofsky, que lanzó una exclamación, sorprendida por aquella agresión inesperada. Bibianna le propinó un puñetazo en la cara, giró en redondo y me atizó a mí también, alcanzándome en la sien con un puño que por el tamaño y la forma parecía una piedra. La niña sabía hacer daño. Para lo pequeña que era, daba unos mamporros de cuidado.

La agente Janofsky se puso en actitud de combate. Antes de que los otros dos agentes comprendieran lo que ocurría, acogotó a Bibianna contra el coche mientras le retorció una muñeca. Los policías saben dónde están los puntos del cuerpo humano que más duelen, y con un golpe y una llave te ponen de rodillas en el acto. Vi que Bibianna se tensaba y que la cara se le crispaba de dolor mientras la agente le castigaba el nervio oportuno más allá de lo tolerable. A continuación, tiró de los brazos de la joven hacia atrás y le puso las esposas. El corazón me dio un vuelco. Iban a ponerla entre rejas para toda la vida. Comprendí que si quería mantener el contacto

con ella, sólo podía hacer una cosa. Cogí a la agente por el brazo.

—Déjela en paz, oiga. ¡Así no se trata a la gente!

Janofsky me hizo retroceder con la mirada. Temblaba de ira y no estaba de humor para aguantar a los entrometidos.

—¡Apártese! —exclamó. Vi por el rabillo del ojo que se acercaban otros dos policías por la derecha. Ahora viene el capítulo «Agresión a un agente de la ley», me dije. Tomé impulso y estampé a Janofsky un puñetazo en la cara. Antes de que me diera cuenta, yo estaba ya boca abajo en el suelo, con la mejilla derecha pegada al asfalto y con las manos esposadas por detrás. Un agente me clavaba la rodilla en mitad de la espalda. Apenas podía respirar y durante unos instantes tuve miedo de que el policía me rompiera la caja torácica. Dolía de un modo insoportable, pero ni siquiera podía articular un «agh» para quejarme. No era precisamente el sufrimiento lo que me inmovilizaba, aunque era insufrible. Tras conseguir lo que quería, el policía se incorporó. Me quedé donde estaba, temerosa de que me abriesen la cabeza con la porra. Para empeorar mi situación, la lluvia arreció de pronto. Se me escapó un gruñido sin querer. Oí chillar a Bibianna, pero fue más un grito de protesta que de dolor. Alcé la cabeza en el momento en que propinaba a Janofsky un puntapié en la rótula. El termómetro de adrenalina de la agente ya no daba más de sí, y tuve miedo de que se le escapara la mano y atizase a Bibianna con la linterna. Lo que hizo fue echarle las manos al cuello para estrangularla. Uno de los compañeros de Janofsky, por fortuna, intervino en aquel punto. Volví a pegar la mejilla contra el asfalto, con la esperanza de que el melodrama se resolviera por sí solo. La lluvia que caía sobre el bordillo de la acera me rebotaba en la cara. Me quedé mirando los guijarros empotrados en el hormigón y me serví del oído para hacerme una idea gráfica de lo que ocurría a mi alrededor. Fue como oír un partido de fútbol por la radio. Quiero decir que me aburrí de tanto esfuerzo por visualizar el desarrollo de la acción. Por la cara empezaron a resbalarme gotas de lluvia que iban a parar al suelo, donde formaban ya un pequeño charco. Me sentía como una de esas manifestantes que se ven a veces en los telediarios. Alcé la cabeza para mirar a ambos lados y apoyé la barbilla en el suelo.

—¡Por favor! —dije—. ¡Oiga! —Las cervicales no soportaban aquella postura y volví a poner la cabeza de lado. En mi línea visual apareció una serie de zapatos reglamentarios de la policía. Confiaba en que ninguno perteneciese al teniente Dolan. Oí que alguien daba una orden. De súbito me rodearon dos agentes. Me pusieron de pie sujetándome por las axilas y durante unos segundos fue como flotar en una cámara de vacío. Tras un cacheo rápido me empujaron hacia un coche patrulla y me metieron en el asiento trasero. La portezuela se cerró de golpe.

Un coche civil venía por la calle en sentido opuesto y al frenar patinó unos centímetros sobre el asfalto mojado. Bill Blair, el funcionario del juzgado, bajó del lado del conductor y se entretuvo unos segundos en envolverse con el impermeable. Con la cabeza agachada para protegerse de la lluvia, se acercó al cadáver sin mirar hacia donde yo estaba. Comenzaban a llegar los distintos funcionarios que entran en acción cada vez que se comete un delito en la calle: dos individuos de Obras Públicas que acordonaron la zona con cinta y unos cuantos caballetes, el equipo de investigación y un secretario municipal. Al igual que en los primeros momentos de una obra de teatro, los actores iban apareciendo en escena, cada cual con sus instrumentos caracterizadores y todos con una misión concreta que cumplir. Poco a poco se reconstruía el drama policíaco.

Me incliné un poco hacia adelante para escrutar mejor por entre la reja metálica que separaba

la sección trasera de la delantera del coche patrulla. Era la una y cuarto de la madrugada y la cabeza empezaba a dolerme. La lluvia era ya una cortina blanquecina que parecía golpear las farolas, produciendo nubecillas de vapor. Era un ruido desagradable, como si cayeran puñados de arroz crudo sobre una lámina de papel de estaño. Minutos después, la lluvia había arreciado y se había convertido en un tamborileo uniforme sobre el techo del coche Z. Por lo general me gusta estar dentro de un coche aparcado cuando llueve a cántaros. Es cómodo y seguro, y da una sorprendente sensación de intimidad, aunque depende de las circunstancias, como es lógico. La muchedumbre seguía contemplando impertérrita lo que sucedía, aunque evitaba mirarme, como si yo estuviera leprosa. Una persona sentada en la parte posterior de un coche patrulla tiene que ser culpable de algo. La ambulancia se había hecho a un lado para que el funcionario del juzgado pudiera acceder al cadáver. Habían cubierto a Chago con un plástico amarillo para protegerlo de la lluvia. La sangre se había secado en la acera y parecía una mancha de aceite de coche. Aún tenía el olor de la pólvora dentro de las fosas nasales. La radio de la policía graznaba cosas incomprensibles. Hubo una época —cuando vestía el uniforme— en que era capaz de entender todo lo que decía. Aquella noche no. Había perdido la costumbre y era como un idioma extranjero que yo ya no utilizaba.

El inspector encargado del caso, y que había aparecido en algún momento, interrogaba a Bibianna en aquellos instantes. Estaba empapada por la lluvia y el vestido rojo se le pegaba al cuerpo como una gran mancha de sangre. Parecía quejarse, aunque yo no alcanzaba a oír nada de lo que decía. A juzgar por la cara del inspector y por los movimientos que hacía Bibianna con los hombros, había acabado por someterse, pero no quería cooperar. El inspector agitó la mano con impaciencia ante la cara de la mujer. El agente que me había metido en el coche patrulla condujo a Bibianna hacia donde se encontraba el vehículo. La cachearon por si llevaba armas ocultas, una formalidad más bien ridícula, dadas las circunstancias. ¿Qué armas iba a esconder bajo aquel vestido tan ceñido y tan corto? Se abrió la portezuela trasera del coche patrulla, el agente le bajó la cabeza y la empujó contra el asiento trasero. Pareció recuperar entonces parte de la energía y se volvió para amenazar al agente enseñándole la dentadura, igual que una perra rabiosa.

—¡Quítame las jodidas zarpas de encima, so maricón! —le dijo.

Se notaba que la chica había estudiado en un colegio de pago. Pero cuando te detienen, te obligan a pensar que eres realmente así. A causa de las esposas, Bibianna tenía los brazos inmovilizados en la espalda y en una postura tan incómoda que aterrizó en mis rodillas. Antes de que el agente cerrase la portezuela, Bibianna estiró la pierna para golpearle con el puntiagudo tacón del zapato. El policía tuvo suerte de que fallara. Si le hubiera alcanzado, el tacón le habría desgarrado un buen pedazo de carne del muslo. El agente reaccionó con un respeto pasmoso —tal vez porque a Bibianna se le veía todo por debajo de la falda—, pero se apresuró a cerrar la portezuela antes de que hubiera más puntapiés. Bibianna estaba hecha una furia y no tenía ningún miedo. Durante unos segundos creí que la iba a emprender a patadas con las ventanillas. Murmuró algo para sí y se sentó en el asiento.

Sacudió la cabeza para apartarse un mechón de la cara. El gesto me echó encima unas cuantas gotas de lluvia.

—¿Lo has visto? ¿Han podido matarme! ¡Esos cabrones querían matarme! —Se refería a los policías, no a Chago y a la rubia.

—Los polis no han querido matarte —le dije con irritación—. ¿Qué esperabas? Si le das un

trompazo a un policía, ¿qué te crees, que va a quedarse quieto?

—Mira quién fue a hablar. Tú le diste el doble de fuerte que yo al putón barato ese. —Se me quedó mirando con fijeza y vi que en los ojos le despuntaba un centelleo de admiración por mi habilidad pugilística. Se volvió y se puso a desafiar con la mirada a uno de los agentes que estaban junto al vehículo—. No soporto a los polis —observó.

—Tampoco parece que ellos sientan mucho entusiasmo por ti —dije.

—¡Mejor! Pondré una denuncia por malos tratos.

—¿En qué lío estás metida?

—Olvidalo. No es asunto tuyo.

Se quedó mirando por la ventanilla y seguí la dirección de su mirada. Había dos agentes hablando; sin duda se preparaban para llevarnos a la comisaría. Deseé que lo hicieran cuanto antes. Tenía frío. La camiseta se me había empañado y tenía los pantalones chorreando y totalmente pegados a las piernas. Ignoraba adónde habría ido a parar mi cazadora de cuero. Si me la había dejado en el bar, puede que la hubieran robado. Tenía los zapatos y los calcetines blancos hechos una sopa y cada vez que movía los pies parecía que croaban las ranas. El pelo todavía me olía al enhollinado perfume que se coge en los ambientes cargados de humo de tabaco. Y las esposas se me clavaban en la carne magullada de las muñecas.

El humor de Bibianna sufrió una transformación. Su actitud se volvió totalmente pragmática, como si los tiros, la muerte y las detenciones fuesen episodios cotidianos. Alzó una pierna y se miró los zapatos.

—Han quedado hechos un asco —comentó—. Es lo malo del ante. Lluve una noche y es como si llevaras papel. Me apetece fumar. ¿Crees que me darían el bolso?

—Más vale que no te hagas ilusiones. ¿No llevabas un porro dentro?

Lanzó una semicarcajada.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Ya ves la suerte que tengo. No vale la pena querer reformarse, al final todo acaba yéndose a la mierda. —Se puso a mirar a los agentes que iban de un lado para otro—. ¡Eh! A ver si os dais prisa, caras de sapo. ¿A qué esperamos? —Pero era ridículo gritar con las ventanillas subidas. Un agente se volvió y se quedó mirándola, aunque no era probable que hubiese oído una sola palabra—. Cerdo —le dijo con satisfacción—. ¡Sí, a ti te lo digo, imbécil! ¿No has visto nunca una tía buena? —Levantó una pierna y la sostuvo en alto. El agente apartó la mirada y Bibianna se echó a reír.

A pesar de que las luces chillonas del exterior le daban en plena cara, la piel delicada y morena de Bibianna parecía casi transparente. Pestañas pobladas, ojos negros, una boca grande aún brillante por el lápiz rojo de labios. ¿Cómo se las arreglaba para tener aquel aspecto? Yo también me pintaba los labios de vez en cuando, pero la pintura se quedaba siempre en el borde del primer vaso que me llevaba a la boca. Sus labios tenían un aspecto natural y jugoso y sabían iluminarle la cara. A pesar de las palabrotas que decía, tenía un brillo juguetón en la mirada.

—No puedo creer que paguen a estos tíos por estar de brazos cruzados —dijo y se volvió para mirarme—. ¿Cómo te encuentras?

—He tenido momentos mejores. ¿Tienes idea de adónde ha podido ir Dawna?

—A avisar a Raymond, seguramente. Tía, menudo ataque le va a dar a ella cuando se entere de la muerte de Chago.

—Pero ¿con qué gente te juntas?

—No preguntes.

—¿Qué has hecho para que estén tan cabreados contigo?

—Mejor pregunta qué es lo que no he hecho.

—¿Les debes dinero?

—No, querida, ellos me lo deben a mí. Lo que no acabo de entender es cómo me han encontrado. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Durante unos segundos fui incapaz de recordar qué documentación falsa llevaba encima.

—Hannah Moore.

Se produjo un silencio deliberado.

—¿Y qué más?

—No entiendo.

—¿No tienes segundo nombre?

—Claro, claro —dije—. Lee.

—No te creo —dijo de manera terminante.

El corazón me dio un vuelco, pero me limité a emitir un murmullo ambiguo.

—Jamás he conocido a nadie en cuyo nombre hubiera tres grupos de letras dobles. Hannah tiene dos enes. Lee tiene dos ees. Y Moore tiene dos oes. Además, Hannah es capicúa, suena igual tanto si lo pronuncias de izquierda a derecha como si lo dices de derecha a izquierda. ¿Has ido alguna vez a que te analicen los números?

—¿En plan astrológico y todo eso?



Asintió.

—Es mi hobby. Te puedo hacer luego una carta, si quieres... sólo tienes que decirme en qué día naciste; aunque tu número espiritual ya lo sé, es el seis. ¿A que te gusta la paz del hogar? Las personas como tú están hechas para difundir los grandes preceptos religiosos.

Tuve que hacer un esfuerzo para reír.

—¿Es verdad! ¿Cómo lo has adivinado?

Un policía de uniforme que llevaba en la mano el bolso de Bibianna se acercó al vehículo, subió y me echó un vistazo por el espejo retrovisor mientras cerraba la portezuela. Al parecer era el encargado de conducirnos a los calabozos. Puso el bolso en alto.

—¿De quién es esto?

—Mío —dijo Bibianna mirándome de reojo. Era imposible saber si iban a encontrar o no el porro. Si lo encontraban, Bibianna tendría problemas.

El agente dejó caer el bolso en el asiento contiguo.

—¿Estáis bien? —Tendría veintiocho o veintinueve años, iba recién afeitado y llevaba el pelo negro muy corto. Parecía muy indefenso el fragmento de nuca que se le veía por encima del cuello del uniforme.

Bibianna no perdía detalle.

—Estamos fenomenales, muchacho. ¿Y tú?

—Genial —dijo el agente.

—¿Tienes nombre?

—Kip Brainard —dijo el agente—. Tú eres Díaz, ¿verdad?

—Verdad.

Me pareció que el agente sonreía para sí. Puso en marcha el vehículo, se alejó de la acera y comunicó por radio que nos habíamos puesto en camino. No hubo más charla. Más que llover agua, daba la sensación de que caían clavos del cielo y el monótono vaivén de los limpiaparabrisas no parecía surtir efecto alguno. Los avisos radiofónicos contrapunteaban el silencio. Llegamos a la autopista y nos dirigimos hacia el norte. Las ventanillas se habían empañado por completo. Entre el calor del vehículo y el ronroneo del motor, estuve a punto de dormirme.

Tomamos la salida de Espada, giramos a la izquierda y accedimos a la carretera de la costa, por la que recorrimos alrededor de un kilómetro. Por último, giramos a la derecha y entramos en una carretera que conducía directamente a la parte de atrás de la Prevención del Condado de Santa Teresa, más conocida como la cárcel para los que están a punto de ser encerrados. En el extremo más alejado del complejo de edificios se encontraba el aparcamiento, que también era el de la Comisaría del *Sheriff* de Santa Teresa. Nos detuvimos ante la verja. Kip apretó un botón y se puso al habla con el puesto de guardia; respondió una voz femenina envuelta en ruidos estáticos.

—Un agente y dos detenidas —dijo Kip.

Se abrió la verja y pasamos al interior. Nada más cruzar la entrada, Kip hizo sonar el claxon y la verja volvió a cerrarse. Aparcamos en una zona asfaltada y rodeada por una valla de tela metálica. Todo estaba lleno de proyectores y la lluvia formaba un halo de niebla alrededor de los haces luminosos. Delante de nosotros acababa de detenerse un vehículo de la comisaría y esperamos en silencio a que dejaran pasar al agente y a su detenido, un vagabundo borracho que necesitaba ayuda.

En cuanto se perdieron de vista, Kip apagó el motor y bajó del coche. Abrió mi portezuela y me ayudó a salir, cosa que hice con muy poca elegancia, dado que tenía las manos esposadas por detrás.

—¿Vas a armar jaleo? —preguntó.

—Tranquilo. Estoy bien.

Pero al parecer no se fiaba de mí, porque no me soltó el brazo y me obligó a dar la vuelta al vehículo. Abrió la otra portezuela, hizo salir a Bibianna y nos condujo hacia la puerta. Una funcionaria de prisiones salió para echarle una mano. La lluvia caía sin cesar de un modo muy molesto y sentí un escalofrío que vino a sumarse a los temblores producidos por la tensión acumulada. Jamás había deseado tanto darme un baño caliente, ponerme ropa seca y tumbarme en mi propia cama. Bibianna tenía el pelo pegado a la cabeza y dividido en mechones goteantes, pero por lo visto no le importaba. Toda la agresividad de que hiciera gala había desaparecido para dar paso a una extraña satisfacción.

Al área de admisión de la cárcel del condado se llega por un pasillo externo, flanqueado de vallas de tela metálica, que recuerda mucho a un canódromo. Cruzamos varias puertas de cierre electrónico y coronadas por cámaras de televisión. Kip iba en retaguardia. El suelo era de cemento y la lluvia nos salpicaba por todas partes.

—¿Sabéis ya lo que es esto? —preguntó Kip.

—Sí, macho, sí. En todas partes es igual —dijo Bibianna.

—Prefiero que me llames agente. ¿O es pedir demasiado? —replicó Kip con sequedad.

—Tienes derecho a ello... agente Macho —dijo Bibianna.

Kip optó por no hacerle caso. Yo mantenía la boca cerrada. Conocía el procedimiento por experiencia personal. Pero cuando era policía no sentía lo mismo que ahora, cuando me llevaban presa.

Llegamos ante una puerta metálica. Kip apretó un botón y repitió que llevaba a dos detenidas. Aguardamos mientras las cámaras nos inspeccionaban. Yo había visto ya en una ocasión anterior la gran consola donde se encuentra el funcionario a cargo de la seguridad del complejo, rodeado de monitores en blanco y negro en los que se ve algo así como una docena de aburridísimas películas de Andy Warhol, proyectadas a la vez. El funcionario pulsó un botón y nos dejó pasar. Anduvimos en silencio por un pasillo, accedimos a otro a continuación y al final desembocamos en el área de admisión en que se ficha a los hombres. Esperaba ver a Tate, pero al parecer lo habían metido ya en una celda. El vagabundo, que apenas se tenía en pie, vaciaba los bolsillos de su raída chaqueta. Lo conocía de vista, ya que era uno de los personajes típicos de la ciudad. Podía vérselo casi todas las tardes por los alrededores del juzgado, discutiendo acaloradamente con un compañero invisible. Al parecer, este colega invisible ni siquiera le dejaba en paz en aquellos momentos. El funcionario que fichaba a los detenidos aguardaba con paciencia admirable. También le conocía a él, aunque no me acordaba de su nombre. Foley o algo así. Estaba demasiado lejos para leer su nombre en la chapa de identificación, y si me hubiera acercado para mirarle el pecho con los ojos entornados, se habría notado mucho.

Aparté la cabeza para impedir que me viese los ojos. Habían transcurrido diez años desde la última vez que lo había visto, pero no quería arriesgarme a que me reconociese y sacase a relucir mi verdadera identidad. Pero seguramente exagero. Mi aspecto era tan respetable como el del borracho al que fichaban. Me pasó por la cabeza la fantástica idea de que a lo mejor yo no olía tan

mal, pero no habría puesto la mano en el fuego. He comprobado que solemos distinguir muchísimo mejor los olores ajenos que los nuestros. Es como si nuestro olfato nos los suprimiera en defensa propia.

Kip volvió a apretar un botón en otra puerta cerrada y tras esperar unos segundos vimos salir de la sección femenina a una funcionaria de prisiones. Nos hicieron varias fotos en una cabina parecida a los fotomatonés de los almacenes Woolworth's y momentos después aparecieron por una ranura las dos tristes tiras de papel con las distintas posturas que nos habían hecho adoptar. Yo había salido con cara de corruptora de menores, de las que se dedican a engatusar a jovencitas destinadas al circuito porno prometiéndoles un trabajo de actriz o de modelo. Entramos en la zona de admisión de mujeres y nos llevaron ante una serie de celdas. Entré en la primera y Bibianna en la segunda. La funcionaria que había entrado conmigo me cacheó con rapidez y me quitó las esposas.

—Contra la pared —dijo. No hablaba con hostilidad, pero tampoco había la menor cordialidad en su tono. ¿Por qué iba a ser yo una excepción en su vida? Por lo que ella sabía, yo sólo era una de las incontables tunantas que aterrizaban en aquel lugar.

Me puse de cara a la pared y me apoyé en ella con los brazos estirados y las piernas separadas. Volvió a cachearme, esta vez más a conciencia, y comprobó que no llevaba en el pelo ningún objeto peligroso. Me dejó sentarme en un banco junto a la pared mientras en el mostrador de la derecha se procedía al papeleo de rigor. Cuando la funcionaria acabó, me vacié los bolsillos y por la ranura de la ventanilla introduje el carnet de conducir falso, las llaves, el reloj de pulsera, el cinturón y los zapatos. Había algo patético en mis objetos personales, que no sólo eran pocos, sino además baratos. Abordamos el interrogatorio típico de la situación. Datos personales. Datos médicos. Profesión. Dije que estaba en paro, pero que solía trabajar de camarera. A continuación pasamos a los puntos propiamente penales. Se me acusaba de agresión, ofensas y desobediencia a la autoridad, lo cual era un delito menor que comportaba una fianza de 5.000 dólares. Supuse que a Bibianna la acusarían de lo mismo. Se me ofreció la posibilidad de depositar la fianza, pero la rechacé, partiendo de la base de que Bibianna haría otro tanto. Lo que yo quería era que me encerraran hasta que Bibianna saliese. Esperaba que la funcionaria no se diese cuenta de que el carnet de conducir era falso, pero no hubo ningún problema. Mis objetos personales se consignaron por escrito y se metieron en una bolsa de plástico transparente parecida a la de las comidas instantáneas. Los trámites duraron alrededor de quince minutos y al terminar tenía una extraña sensación de desasosiego. Lo curioso es que me sentía más incomprendida que humillada. Sentía deseos de reivindicarme, de decirles que yo no era lo que parecía, que en el fondo era una ciudadana honrada y respetuosa de la ley... que era *de los suyos*, vamos.

La funcionaria terminó las gestiones.

—Si quiere hacer alguna llamada, hay un teléfono público en la celda de al lado.

—No tengo a nadie a quien llamar —dije, ridículamente emocionada por la amabilidad con que se conducía todo el mundo. ¿Qué había esperado? ¿Violencia e insultos?

Con los pies enfundados en los calcetines húmedos, recorrí el pasillo que conducía a la oficina de identificación para que me tomaran las huellas. Me hicieron más fotos, esta vez de frente y de perfil. Si la cosa seguía así, para el día de la Madre tendría un álbum completo. Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando me llevaron a una celda que tendría unos cinco metros de lado. Al fondo había una mujer delgada como un palillo durmiendo en un colchón. La celda

carecía de ventanas. La puerta estaba enmarcada en una reja que abarcaba todo lo que habría tenido que ser la pared frontal. En un recodo de la derecha había una taza de retrete sin tapa. He visto celdas donde ni siquiera hay taza. Deduje que confiaban en nosotras lo bastante como para esperar que no nos ahorcásemos con aquello. El suelo era de baldosas beige de material sintético y las paredes eran de piedra artificial pintada. Había un banco de hormigón tan largo como la anchura de la celda y encima varios colchones de unos dos centímetros de grosor, enrollados y apoyados peligrosamente en la pared. Cogí uno y lo extendí en el suelo.

Bibianna apareció poco después con otras dos detenidas, una negra, adulta, y una jovencita blanca que lloraba a moco tendido.

—Qué hay, Hannah —dijo Bibianna—. A pasar una semanita en el hogar, ¿eh? Mira, esta es Nettie. —Se volvió a la otra—. ¿Cómo te llamas tú, criatura?

—Heather.

—Heather —dijo Bibianna—, te presento a Hannah.

—Mucho gusto en conocerte —murmuró la joven con educación. La mujer que dormía se removió con intranquilidad.

Bibianna cogió un colchón del banco y lo arrastró hacia mí.

—Nettie y yo coincidimos en la prisión del condado hace cosa de un mes, ¿verdad?

No hubo respuesta.

Nettie, la negra, parecía tener casi cuarenta años. Era alta, ancha de espaldas y con unos pechos del tamaño de las sandías. El pelo le abultaba tanto como los pechos, y lo llevaba peinado hacia la derecha, punto donde, lejos de obedecer la ley de la gravedad, seguía la dirección indicada como si se lo hubiera moldeado un huracán. Aunque era negro, tenía reflejos grises alrededor de las puntas. Vestía tejanos azules y una camiseta estampada de la talla extragrande, y calzaba calcetines blancos de deporte. Bibianna extendió su colchón junto al mío, se sentó y se quedó mirando a Nettie con respeto.

—Le acusaron de «querer infligir daños corporales» y de «agresión con arma mortal». Y todo porque cogió una palmera caída y atacó a un borrachín. Supongo que sería una palmera pequeña. ¿Tú te crees que hay derecho?

La otra reclusa, la jovencita blanca, no tendría más de veinte años. Llevaba un vestido de rayón hasta los tobillos, con uno de los puños adornado con un floripondio. Lloraba con tanto entusiasmo que era imposible adivinar qué le había ocurrido. Se había quedado en un rincón y se cubría la cara con las manos. Tanto ella como Nettie apestaban a alcohol. La negra no hacía más que dar vueltas con nerviosismo y mirar a Heather, que a su vez no hacía más que limpiarse la nariz con el dobladillo del vestido. Nettie dejó por fin de pasearse y le dio con el pie.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloriqueas así? Calla un rato y dime lo que te ocurre.

La muchacha alzó una cara arrasada de lágrimas y roja de vergüenza. Tenía la nariz sonrosada, el maquillaje se le había corrido y el pelo rubio, que parecía habérselo sujetado en lo alto de la cabeza de un modo tan complejo como profesional, se le había soltado casi por completo. Entre las mechas se le habían prendido fragmentos de hierba o de paja. Se lamió una lágrima que le corría hacia la barbilla y a continuación nos contó entre sollozos una historia: al parecer, su novio se había peleado con ella y la había abandonado en medio de la carretera, sin un céntimo y tan borracha que ni siquiera se podía tener en pie; hasta que había aparecido un coche patrulla del Servicio de Vigilancia de Carreteras del Estado de California y se la había llevado detenida.

Aquel día cumplía precisamente veintiún años y lo iba a celebrar en la cárcel. Había vomitado encima del vestido, que había comprado en Lerner's después de estar ahorrando durante seis meses. Su padre era concejal del Ayuntamiento y ella no se atrevía a llamar a casa. Al llegar a este punto, rompió a llorar otra vez.

La flaca tumbada en el colchón hizo un comentario en sordina.

—M. M. Menuda Mierda.

Nettie se sintió ofendida, se acercó a la mujer, a quien por lo visto conocía, y la fulminó con la mirada.

—Métete en tus asuntos, estúpida. —Palmeó a Heather con torpeza; era evidente que no estaba acostumbrada a cuidar de nadie, pero se identificaba con sus desdichas—. Pobrecita. Tranquilízate. No pasa nada. Todo saldrá bien. No te lo tomes a la tremenda.

Me tendí de costado con la cabeza apoyada en la mano. Bibianna se había recostado en la pared y tenía los brazos cruzados para entrar en calor.

—Es una injusticia. Los de fuera matándose entre sí y tienen que detener a esta criatura. No lo entiendo. Avisad a su padre para que se la lleve. De todos modos dará parte a la policía cuando comprenda que se ha fugado.

—¿Por qué odias tanto a la policía? —pregunté.

Bibianna se pasó la mano por el pelo e imprimió una sacudida a la cabeza.

—Mataron a mi padre. Mi madre es anglosajona. Mi padre era hispano. Se conocieron en el instituto y ella se volvió loca por él. Se quedó preñada y se casaron, pero eran felices.

—¿Por qué mató la poli a tu padre?

—Por una tontería. Fue a un autoservicio y arrambló un par de cosas, una bandeja de carne y unos cuantos chicles. El dueño le vio y se enzarzaron en una pelea. Un poli que estaba fuera de servicio sacó la pistola y le disparó. Todo por una bandeja de carne picada y unos chicles para mí. El peor delito del mundo. Mi madre no pudo superarlo. Daba pena verla. Seis meses después se casó con un auténtico hijo de puta que no hacía más que pegarle. Pero estaba escrito en el libro del destino; también a él lo mató la policía. Mi madre lo echaba de casa, él se iba y reaparecía al cabo de un tiempo, totalmente arrepentido. Se quedaba otra vez, le quitaba el dinero y nos hacía la vida imposible a las dos. Casi siempre estaba borracho, aunque se entrometía todo lo que podía. Cuando no sobaba a mi madre, quería sobarme a mí. Una vez le rajé la cara y casi le saqué un ojo. Una noche lo cogieron robando en un piso del barrio, se atrincheró con una escopeta del calibre 12 y todo se llenó de policías y de cámaras de televisión; se presentaron incluso los de antidisturbios. Lo frieron a tiros. Yo tenía ocho años entonces. No sé cuántas veces se repitió la misma historia.

—Parece que en aquella ocasión te hicieron un buen servicio —dije. Sonrió con amargura, pero no dijo nada—. ¿Vive tu madre?

—En Los Angeles —respondió—. ¿Y tú? ¿Tienes familia?

—No. Hace años que estoy sola. ¿No ibas a echarme los números? —dije.

—Es verdad. ¿Cuándo naciste?

La fecha que figuraba en mi documentación falsa coincidía con la auténtica.

—El 5 de mayo —dije y añadí el año.

—Y yo sin boli. Nettie, ¿tienes algo para escribir?

Nettie negó con la cabeza.

—Como no quieras un Tampax usado...

Bibianna se encogió de hombros.

—Ahora verás. —Se metió el dedo en la boca y con la saliva trazó en el suelo un cuadro grande de jugar a tres en raya. Escribió un cinco en el centro y lo elevó al cubo. Había muy poca luz en la celda, pero el suelo estaba tan sucio que las rayas de saliva se veían con toda claridad—. Es increíble. ¿Ves esto? El cinco es el número del cambio y el movimiento. Tú tienes tres cincos. Hay emoción en tu vida. Ya sabes, viajes y esas cosas. Evolución. Las personas como tú han de sentirse libres para moverse y hacer cosas. Este cero significa que no tienes límites. Puedes hacer lo que sea. Hagas lo que hagas, estarás capacitada para ello, ¿lo entiendes? Pero tu espíritu puede dispersarse. Sobre todo por culpa de estos cincos. Hacen que te resulte difícil centrarte en lo que buscas. Has de dedicarte a algo que nunca sea lo mismo. ¿Sabes a qué me refiero? Necesitas estar rodeada de acción...

Se me quedó mirando para ver si yo confirmaba lo que había dicho.

—Qué extraño —dije. Fue lo único que se me ocurrió.

Nettie nos traspasó con la mirada. Rodeaba con un brazo a Heather, que se había recostado en ella en busca de calor.

—Queremos dormir. ¿No podéis hablar en voz baja?

—Perdona —dijo Bibianna.

Dejó de interpretar los números, se tendió en el colchón y buscó la postura más cómoda. El cuadro que había trazado parecía brillar en la penumbra. La bombilla seguía encendida, pero no molestaba mucho. Oí ruido de actividad en los pasillos exteriores: un teléfono que sonaba, pasos, murmullo de voces, una puerta que se cerraba con resonar metálico. De vez en cuando percibía un ligero olor a tabaco. En la planta inferior estaban las galerías donde solía haber entre cincuenta y sesenta mujeres en prisión preventiva. Noté que me vencía el sueño y mi cabeza se puso a divagar. Por lo menos estábamos a salvo de la lluvia y de los malos de la película. A no ser que alguien de la banda estuviera en la celda con nosotras. Algo me vino a la cabeza y se fue.

—No todo ha salido mal —murmuró Bibianna con voz pastosa.

—¿Qué?

—No han visto el porro...

—Qué suerte tienes.

A partir de entonces reinó un silencio absoluto, sólo interrumpido por los ocasionales movimientos que hacíamos para cambiar de postura. La mujer delgada se puso a roncar. Empezaba a cogerle afecto a Bibianna. Sabía que en lo sucesivo la recordaría como la primera persona con quien había estado en una celda carcelaria, forma de amistad que no se suele admitir en el caso de las mujeres. Me habría sentido infinitamente mejor si Jimmy Tate se hubiera presentado para sacarnos, pero en el fondo ignoraba el alcance de sus posibilidades. Lo más probable es que en aquellos momentos estuviese en una celda de la sección masculina, pensando más o menos lo mismo. El loco de Jimmy Tate y Bibianna Díaz. Vaya pareja.

Me despertó un tintineo de llaves. Entreabrí los ojos. Una funcionaria de prisiones trasteaba con la cerradura. Era baja y tan fornida que daba la sensación de que pasaba muchas horas en el gimnasio. Las otras cuatro detenidas seguían durmiendo. La funcionaria me señaló con el dedo. Me incorporé apoyándome en el codo y la miré con ojos soñolientos. Me toqué el pecho con la punta del índice: ¿me buscaba a mí? Me hizo una seña impaciente para atraerme hacia la puerta. Erguí el tórax y procuré levantarme con el menor ruido posible. No había manera de calcular la hora ni de saber cuánto tiempo había dormido. Me sentía aturdida y desorientada. Me abrió la puerta sin decir palabra y la crucé. Fui tras ella por el pasillo con unas ganas locas de cepillarme los dientes.

En una ocasión salí con un policía que se jactaba de haberse hecho una mesa de tres metros por cinco, alegando que tenía la misma superficie que las celdas bimembres del presidio de Folsom. El cuarto en que me introdujeron tendría más o menos aquellas dimensiones y estaba amueblado con una mesa de madera y tres sillas, también de madera, de respaldo recto; del techo colgaba una lámpara redonda de color lechoso. Habría apostado cualquier cantidad en metálico a que había un magnetófono en algún sitio. Miré debajo de la mesa. No vi ningún cable. Tomé asiento mientras me preguntaba qué conducta me convenía adoptar. Sabía que tenía un aspecto asqueroso. Me notaba el pelo grasiento y tieso en más de un lugar. El maquillaje y el rímel se me habrían corrido, y seguramente tendría ese *look* de mapache que tanto gusta a algunas mujeres. La indumentaria que yo misma había escogido para seguir a Bibianna estaba no sólo arrugada sino también húmeda todavía. Bueno. Si la policía me daba una paliza y me hacía sangrar, no me importaría que se manchase.

Se abrió la puerta y entraron el teniente Dolan y un (presunto) policía de paisano. Sentí una punzada de miedo, la primera desde que comenzara aquella fantástica aventura. Dolan era precisamente el hombre que menos quería que me viese en aquella situación. Noté que el rubor me subía por el cuello y me inundaba las mejillas. El compañero de Dolan era un sesentón con una espesa mata de pelo plateado peinada hacia atrás, cara cuadrada, ojos hundidos y una boca cuyas comisuras se curvaban hacia abajo. Era más alto que Dolan y estaba en mejor forma física, era fornido y ancho de espaldas y tenía unos muslos que parecían troncos de árbol. Vestía traje con chaleco de cuadros pequeños, camisa azul de algodón, y corbata ancha y marrón con un estampado de flores que parecía sacado de una funda de sofá. Lucía un anillo de oro en la derecha y un reloj de gruesa cadena dorada en la izquierda. No manifestó el menor indicio de cortesía. Opinara lo que opinase de mí, no lo reflejaba en la cara. Los dos hombres llenaban la habitación casi por

completo.

Dolan se asomó al pasillo y dijo no sé qué a otra persona, cerró la puerta, cogió una silla y se sentó a horcajadas en ella. El otro se sentó al mismo tiempo y cruzó las piernas a la altura de las rodillas, tras ajustarse ligeramente el pantalón. Apoyó las manazas en los muslos y evitó mirarme a los ojos.

En comparación con él, Dolan parecía el rey de la desenvoltura.

—He pedido café. Te vendrá bien tomar algo caliente.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—Te reconoció un agente cuando te ficharon y me avisó —dijo Dolan.

—¿Y este? —pregunté señalando al otro con la mirada. No iba a dejar que se aprovechara del anonimato. Estaba claro que sabía quién era yo y por lo visto disponía de información suficiente para jugar a la indiferencia.

—Es el teniente Santos —dijo Dolan. Santos no movió ni un músculo. Yo no estaba de suerte. Era la semana en que me tocaba conocer hombres desagradables. Me incorporé y le tendí la mano por encima de la mesa—. Kinsey Millhone. Mucho gusto. —Reaccionó con lentitud y me pregunté cuánto desprecio habría calculado dedicarme. Nos dimos la mano y nos miramos a los ojos el tiempo suficiente para que yo advirtiera en los suyos una imparcialidad a prueba de bomba. Había pensado al principio que me despreciaba, pero no tuve más remedio que rectificar el juicio. No se había formado ninguna opinión sobre mí. Yo podía serle útil, pero el hombre no había llegado aún a ninguna conclusión.

Llamaron a la puerta. Dolan se levantó para abrir. Un agente le entregó una bandeja con tres vasos de plástico llenos de café, leche en envase de cartón y unos sobrecitos de azúcar. Dolan le dio las gracias y volvió a cerrar la puerta. Dejó la bandeja en la mesa y me tendió un vaso de café. Santos se hizo con otro. Eché en el vaso una nube de leche y me serví doble ración de azúcar mientras me preparaba para encajar el interrogatorio. El café estaba tibio, pero sabía de maravilla, tan dulce y suave como el caramelo líquido.

—¿Qué ha sido de Jimmy Tate? —pregunté.

—En estos instantes se enfrenta a una acusación de asesinato en segundo grado. Un buen abogado podría rebajarlo a homicidio sin premeditación, pero no las tengo todas conmigo, dado su historial —dijo Dolan—. ¿Quieres contarnos cómo fue el tiroteo?

—Desde luego —dije con precipitación, consciente de que tendría que hacer unas cuantas concesiones a la verdad—. La Fidelidad de California me encargó que investigara a Bibianna Díaz porque se sospechaba que había presentado una reclamación fraudulenta. Procuré trabar relación con ella para obtener pruebas concretas, pero hasta ahora sólo he conseguido sonsacarle detalles ambiguos. El muerto se llama Chago. Es hermano de Raymond no sé qué más, un antiguo amor de Bibianna. Por lo que tengo entendido, Raymond envió aquí a Chago y a su mujer, una tal Dawna, para secuestrar a Bibianna por motivos que desconozco. No he conseguido que Bibianna me cuente la historia, pero está claro que la tienen entre ojos...

Santos intervino en aquel punto.

—Al parecer, iba a casarse con Raymond Maldonado. Ella lo abandonó y él no sabe aceptar estas cosas de buen grado.

—Le creo —dije—. Al parecer, ordenó a Chago que la liquidara si ella se resistía.

Santos se removió en la silla.



—Es un farol —dijo de modo terminante—. Raymond quiere que vuelva con él.  
Me quedé mirando a los dos.

—Si ya lo saben todo, ¿por qué me preguntan?

No me hicieron caso. Pero me di cuenta de que tampoco tenía sentido ponerse exigente. Dolan consultó una pequeña libreta y pasó una hoja.

—¿Qué hay de Jimmy Tate? ¿Qué pinta en todo esto?

—No lo sé con exactitud —dije—. Creo que desde hace dos meses tiene una relación muy intensa con Bibianna. Parece que la cosa va en serio, por lo menos en la actualidad. —Les conté lo que había hecho durante la víspera y les di todos los detalles que sabía acerca del muerto, que eran muy pocos, y acerca de Jimmy Tate, que eran muchos. Aunque yo sentía cariño hacia Jimmy, no me pareció justo ocultar a la policía su participación en el tiroteo. Había más testigos presenciales y, que yo supiera, Dolan ya había hablado con ellos. Cuando terminé, se produjo el silencio. Me miré las manos y vi que sin darme cuenta había roto el vaso de plástico mientras hablaba. Dejé los fragmentos encima de la mesa.

—O sea que fue Tate quien efectuó los disparos —dijo Dolan por fin.

—Bueno, la verdad es que no lo vi directamente, pero cabe suponerlo. Disparó dos veces al coche y, cuando me eché a tierra, oí más disparos. No creo que Bibianna llevase ningún arma encima.

—¿Y la otra mujer, Dawna? ¿Iba armada?

—Yo no le vi ninguna arma, al menos mientras estábamos en el bar. Puede que tuviese una, escondida en el coche. ¿No la han localizado? —Sabía que Dolan no iba a responderme, pero me gustaba fingir que éramos iguales. Dos defensores de la ley que charlaban amistosamente en la prisión del condado. Sin embargo, me llevé una sorpresa.

—Resultó herida. Nada serio. Al parecer, una bala rebotó y le pasó rozando la clavícula. La encontramos en una cabina telefónica, no muy lejos de allí. Seguramente llamaba a Raymond, pero no ha querido admitirlo.

—¿Está en el hospital?

—Temporalmente. Pensamos hacerle una visita para ver qué tiene que contarnos.

—¿Sobre qué?

Dolan miró de reojo a Santos con la misma actitud que si jugase al póquer descubierto y levantara el borde de la carta que le habían dado. Me dio la sensación de que Santos estaba a punto de tomar una decisión. Las facciones no se le inmutaron, aunque estoy segura de que entre los dos hombres se estableció una comunicación tácita.

—Será mejor que esté usted al tanto de lo que ocurre —dijo. Tenía la voz retumbante y se expresaba de modo ordenado—. Sin darse cuenta, se ha metido en una situación difícil.

—Desde luego, pero explíquemela.

Santos se echó atrás para apoyar la silla en la pared y entrelazó las manos en la nuca.

—Dirijo una operación en la que participan varios organismos gubernamentales para poner al descubierto lo que, según todos los indicios, es una de las estafas más ambiciosas y mejor organizadas que se hayan concebido contra los seguros automovilísticos de la California meridional. Usted trabaja desde hace tiempo en este campo y sabe a qué me refiero. Los Angeles es, de todas las ciudades del país, la capital de las estafas contra los seguros automovilísticos. El negocio se está extendiendo actualmente a los condados de Ventura y Santa Teresa. Le hablo de

una red concreta que no es más que una de las varias docenas que al cabo del año se embolsan en total entre quinientos y mil millones de dólares en concepto de reclamaciones amañadas. En nuestro caso andamos tras quince abogados, veinticinco médicos y media docena de quiromasajistas. Además hay un consorcio de unas cincuenta o sesenta personas que se turnan para poner en escena los accidentes que motivan las reclamaciones. —Se apartó de la pared para ponerse derecho y las patas de la silla alcanzaron el suelo con un ligero chirrido—. ¿Me sigue hasta aquí?

—Sí, hasta aquí sí —dije.

Se adelantó y apoyó un brazo en la mesa. Me di cuenta de que empezaba a simpatizar conmigo. Era un hombre que encontraba estímulos en el trabajo. Yo no tenía ni idea de adónde quería ir a parar con aquellas explicaciones, pero estaba claro que no había venido de Los Angeles en plena noche para informarme sobre sus preocupaciones profesionales.

—Hemos investigado el caso poco a poco, pieza por pieza, en el curso de los dos últimos años y aún no estamos en situación de echarles el guante.

—Lo que no entiendo —dije— es qué tiene que ver esto con Bibianna. No formará parte de la red, ¿verdad?

—Pues sí. Raymond empezó trabajando de «captador». En la actualidad pensamos que es uno de los grandes jefes, pero no lo podemos demostrar. ¿Sabe usted cómo trabajan estas redes?

—La verdad es que no —dije—. Yo suelo enfrentarme con aficionados, no con redes organizadas.

—Bueno, hay métodos comunes a unos y otros —dijo—. En la actualidad, los profesionales procuran evitar las operaciones de bulto y se concentran en reclamaciones menores e insignificantes que en conjunto comportan cantidades de dinero muy elevadas. Por lo general, se trata de indemnizaciones por lesiones difíciles de comprobar, por ejemplo en las cervicales, en la región lumbar, etcétera, etcétera. El trabajo del captador consiste en reclutar propietarios de vehículos, por lo general desempleados que necesitan dinero con urgencia. Por mediación del agente de la red suscriben una póliza de seguros contra unos riesgos concretos. El captador les proporciona el nombre de pasajeros totalmente imaginarios que en teoría viajan con ellos. Además se encarga de proporcionar el nombre de personas que supuestamente van en otro coche. Por cada accidente se piden unas seis o siete indemnizaciones. Hay una variante, que no sé quién denominó «machos y hembras», en la que los dos vehículos forman parte de la estafa. El «macho», es decir, el coche asegurado, atropella a la «hembra», el coche no asegurado que va lleno de personas que sufren lesiones completamente imaginarias. El coche asegurado suele ser una cafetera que no ha pasado revisión antes de contratar la póliza.

—Yo he investigado reclamaciones en que todo era mentira, en que ni siquiera había habido accidente —dije.

—También tenemos casos así en nuestros archivos. En el caso de Maldonado, hay accidentes que no existen y accidentes que se simulan. Empezamos a pensar que existía una red organizada porque siempre aparecía una serie de nombres idénticos en relación con reclamaciones independientes. Un agente de seguros, un abogado... Los investigadores introdujeron los nombres en el ordenador y se comprobó que estaban vinculados con veinticinco casos. Casi todos eran falsos. Por ejemplo, la dirección de un reclamante era los yacimientos de alquitrán de La Brea, la de otro una estación de autobuses en desuso...

—¿Qué sistema utilizan? —pregunté.

—El truco se llama «intercepción y atropello», y se necesitan dos coches. Lo ponen en práctica en cualquier carretera de segundo orden, unas cinco o seis veces por semana.

—¿Y por qué no en las autopistas? —pregunté.

Santos negó con la cabeza.

—Demasiado peligroso. Esta gente no quiere acabar con los sesos esparcidos por el asfalto. Primero eligen una «víctima», por lo general un coche caro o un camión de cualquier empresa, un vehículo con aspecto de estar asegurado. El coche del «atropello» se pone delante de la víctima. Son conductores que suelen ir a velocidades límite y pensando en sus asuntos. A una señal, el otro coche, el «interceptor», se cruza con el del atropello, que pisa el freno bruscamente y obliga a la víctima a darle un golpe por detrás. El interceptor se larga pitando. El atropellado y la víctima se detienen en la cuneta como buenos ciudadanos e intercambian los datos de sus documentaciones respectivas. La víctima suele estar muy nerviosa. Ha golpeado por detrás a otro vehículo y sabe que tiene las de perder. El conductor del coche contra el que ha chocado se muestra la mar de simpático y tranquiliza al otro diciéndole lo que el otro quiere oír: que no ha tenido la culpa.

—Pero su compañía de seguros acaba aflojando el dinero —dije.

—No tiene más remedio. Según la ley de este estado, si un vehículo choca con otro por detrás, es culpable. Inmediatamente después, el atropellado sufre las «naturales» consecuencias del accidente. Consulta con un abogado, que le dice que vea a un médico. O a un quiromasajista.

—Todos compinchados.

—Todos compinchados —dijo el teniente Santos.

—¿Y Bibianna entró en la organización por mediación de Raymond?

—Así parece. Por lo que sabemos, Raymond la reclutó hace dos años, aunque la conocía de mucho antes. Hace un año, más o menos, lo tenían todo preparado para casarse, pero ella se echó atrás por motivos que desconocemos. Se esfumó en marzo y poco después reapareció en Santa Teresa. A juzgar por las apariencias, pensamos que quiere abandonar estas actividades, aunque parece que no le resulta fácil encontrar empleo. Acabó trabajando en una lavandería, pero como le pagan una miseria supongo que no ha podido resistir la tentación de poner en práctica un par de operaciones por cuenta propia.

Por fin empezaba a comprenderlo todo.

—Y mi investigación ha entorpecido la de ustedes.

—Aún no, pero podría acabar por estropearla. No podemos consentir que se meta usted en esto sin saber qué terreno pisa; y no es el único problema que tenemos. Pensamos que hay filtraciones en alguna parte, que alguien pasa a Raymond información confidencial. Por lo menos ha sido así en tres ocasiones. Preparamos dos redadas, la última contra un taller de reparaciones que tiene en El Segundo. Conseguimos las órdenes de registro y detención pertinentes. Pero cuando llegamos, todo había desaparecido, absolutamente todo; no quedaba más que una palanqueta para quitar neumáticos y una lata de Pepsi.

—No acabo de entenderlo. ¿Qué es lo que buscan en realidad?

El teniente Santos hizo una pausa que aprovechó para carraspear.

—Archivos, ficheros, libros. Toda la documentación, todos los informes convergen en Raymond. Pero cuando llega el momento de detenerlo, o bien han trasladado todas las pruebas o bien las han destruido. El fiscal del distrito, en consecuencia, no puede formular ninguna

acusación.

—Entonces, ¿no sirvió de nada la redada que me ha contado?

—No totalmente. Cogimos al mandamás y a media docena de personajes, un par de abogados, un médico y dos quiromasajistas. Raymond se limitó a darle la vuelta a la tortilla y amplió su radio de competencia. Se aprovechó de las detenciones para instalarse en la cumbre que nosotros mismos habíamos limpiado. Andamos otra vez tras él, como es lógico, pero o descubrimos antes dónde se producen las filtraciones o todo volverá a repetirse desde el principio. Se nos ha ocurrido algo que quizá podría funcionar... sin embargo, como no sabemos quién informa, tampoco sabemos de quién podemos fiarnos.

Dolan se removió con nerviosismo y abrió la boca por primera vez desde que Santos empezara a informarme.

—Me revienta admitirlo, pero parece que la filtración se produce precisamente en Santa Teresa. Creemos que por eso Raymond supo que Bibianna estaba aquí. Hace un mes la detuvieron en el condado y alguien dio el soplo.

De repente me vino algo a la memoria.

—Sí. Ahora recuerdo que lo mencionó. Tiene mucho miedo de que Raymond la encuentre.

—No le faltan motivos. Ese individuo tiene problemas muy serios —observó Santos—. He visto el resultado de algunas habilidades suyas.

—Lo que no acabo de comprender es por qué me cuentan todo esto.

Se produjo un breve silencio.

—Si te introducimos en la organización —dijo Dolan—, puede que se presente otra oportunidad de acabar con ella.

Le miré estupefacta.

—Vamos, no hablará usted en serio, ¿verdad? —Miré a uno y luego al otro, pero ninguno quiso abrir la boca—. ¿Y cómo piensan hacerlo?

Dolan esbozó una sonrisa exenta de alegría.

—Tú ya has hecho lo más difícil. Has trabado amistad con Bibianna, cosa que nosotros no podemos hacer.

—¿Y de qué me sirve? Antes me dijo que había roto toda relación con Raymond.

Dolan se encogió de hombros.

—Pero Raymond no ha roto con ella. Si Dawna ha conseguido comunicarse con él, seguro que ya está en camino. No te separes de Bibianna, en particular si él se la quiere llevar a Los Angeles. Te queremos dentro de la organización.

—Un momento, un momento. Me crucé con Dawna en las oficinas de la Fidelidad. ¿Y si me reconoce?

—No te preocupes por Dawna. La pondremos fuera de circulación.

Me pasé la mano por el pelo. Me había echado tanta gomina que parecía una peluca.

—Dios mío. Ustedes no están bien de la cabeza —dije—. Yo no sé hacer de espía.

—No te pedimos que te introduzcas hasta el fondo.

—No sabe qué peso me quita de encima.

Pasó por alto la observación.

—Estaríamos siempre al tanto de tus movimientos. Tendrías apoyo, alguien que en todo momento sabría dónde estás.

Mis ojos iban de un teniente a otro y no acababa de fiarme de ninguno de los dos. La intuición me decía que allí faltaba algo, algo que me ocultaban.

—Sospecho que ya lo han intentado.

—Pero sin suerte —dijo Santos—. Creemos que en este caso una mujer puede ser más eficaz que un hombre. Esos tipos no atribuyen mucha inteligencia a las mujeres. Aunque no es usted hispana, podría ponerse algo en la cara para camuflarse. ¿Qué dice?

—Que no.

Dolan se llevó la mano a la oreja como si no hubiera oído bien.

—No pienso hacerlo, teniente Dolan. Han pasado diez años desde que estuve en la policía y ni siquiera entonces hice trabajos de espionaje. Olvídelo. No estoy preparada y es demasiado peligroso.

—A veces no queda más remedio —dijo Santos.

—A ustedes, no a mí.

Santos apartó la mirada.

—Le puede caer un año de cárcel por lo que ha hecho. Agredir a la autoridad es un delito. Le podemos quitar la licencia.

Lo miré con fijeza.

—¿Me está amenazando? Esto es increíble. Me encanta. ¿Saben una cosa? No voy a hacerles el trabajo sucio. Raymond Maldonado me importa una mierda. —Notaba que la sangre se me encendía a toda velocidad—. No soporto que me intimiden y no me gusta que, por haberme portado mal, me pongan de cara a la pared. Ustedes quieren que yo interprete un papel y la respuesta es que busquen en otra parte.

Santos quiso insistir, pero Dolan le interrumpió con un ademán de impaciencia.

—¿Por qué no lo negociamos?

—He dicho que no.

Los dos hombres volvieron a cambiar una mirada que no supe interpretar. Estaba claro que abordaban el asunto desde todos los puntos de vista que habían preparado. Desde el mío era ridículo, porque no pensaba ceder. Dolan se adelantó y bajó la voz.

—Hay algo que te convendría saber. Después puedes hacer lo que te parezca. Tu amigo Parnell Perkins trabajaba para Raymond. Pensamos que este lo mató, pero no tenemos pruebas.

—No me lo creo.

—Perkins se llamaba en realidad Darryl Weaver. Trabajó para una compañía de seguros de Crompton. Raymond tramitaba todas sus reclamaciones a través de Weaver hasta que se pelearon. Weaver se fue de Los Angeles, se trasladó a Santa Teresa, cambió de nombre y entró a trabajar en La Fidelidad de California.

De pronto comprendí por qué había pasado a Mary Bellflower el expediente de Bibianna. Había supuesto sin duda que Raymond y Bibianna habían hecho las paces y que el primero daría con él si no tomaba la delantera. Debió de sufrir un ataque al corazón al ver el nombre de Bibianna. Santos pareció resucitar y continuó lo empezado por Dolan.

—Acudió a nosotros hace un mes y se ofreció a colaborar. Cuando lo mataron, la policía de Santa Teresa le tomó las huellas y nos las envió. Por eso estoy aquí.

—Y por eso no investigaron ustedes el homicidio —dije—, para proteger la otra investigación.

—Exacto —dijo Dolan—. No podíamos consentir que Raymond supiera lo que habíamos averiguado. Tampoco es que abandonáramos las pesquisas, simplemente las continuamos con la máxima discreción.

Se produjo un silencio repentino que los dos hombres no hicieron nada por interrumpir. Me tomé el tiempo que estimé necesario para considerar todo lo que suponía aquello. Una vocecita interior canturreaba: «No aceptes, no aceptes».

—¿Cuánto tiempo tengo? —dije a modo de tanteo. Había picado el anzuelo y lo sabían.

Dolan miró a Santos.

—Poco. Medio día a lo sumo.

—¿Qué es lo que quieren que haga exactamente?

—Tres cosas. Localiza la filtración. Averigua dónde tienen los papeles. Y encuentra pruebas de que Raymond mató a tu amigo.

Santos volvió a intervenir. Me acosaban como perros pastores.

—Pida cualquier cosa que le haga falta. Le proporcionaremos todo lo que quiera.

—El objetivo es que te hagan una oferta. Empieza a actuar a partir de ese momento, con o sin la cooperación de Bibianna.

Medité rápidamente lo que me decían, sin dejar de preguntarme hasta qué punto era acertada mi actitud. Notaba que mis procesos mentales se aceleraban, a pesar de los recelos demoradores.

—Si se trata de accidentes simulados, tal vez me convenga tener una póliza falsa a nombre de Hannah Moore.

—¿Puedes arreglarlo con La Fidelidad? —preguntó Dolan.

—Podría, pero sería mejor que lo hicieran ustedes. Tendrán que hablar con Mac Voorhies, y aun así es probable que tenga que pasar por ciertos conductos reglamentarios.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor; además, hemos de trabajar rápido —dijo Dolan.

—¿Puede haber dificultades en ese sentido? —preguntó Santos.

—Yo creo que La Fidelidad de California querrá cooperar —dije.

—Conviene que lleve usted un micrófono oculto —dijo Santos—. A las nueve vendrá un técnico para ponérselo.

—¿No me registrarán Raymond y sus compinches?

—No creo —dijo Santos—, pero si lo hacen, estaremos muy cerca, no lo olvide.

Dolan pareció darse cuenta de la inquietud que me dominaba.

—Si llevas el micrófono, siempre habrá un coche lleno de agentes a media manzana de donde estés. Contarás con toda la protección posible. Puede que esta sea nuestra mejor oportunidad para atrapar a esos granujas, y no queremos echarla a perder. ¿Alguna pregunta?

—Ya se me ocurrirá alguna.

—Nos encontraremos más adelante para darle más instrucciones. Ahora volverá a la celda con Bibianna. Por la mañana saldrán las dos bajo fianza. Tendrá que fingir que ha sido cosa suya. Conviene que la mujer esté en deuda con usted. Retrasaremos su puesta en libertad hasta que llegue el técnico.

—¿No sospechará si ve que no salgo con ella?

—Ya se te ocurrirá alguna excusa —dijo Dolan con sequedad—. Queda con ella para veros mañana mismo, pero más tarde.

—¿Y si, entretanto, aparece Raymond?

—Ya se nos ocurrirá algo. Ah, mientras la operación esté en marcha... —Dolan apuntó un teléfono donde podría localizarle a cualquier hora. Me guardé el papel en el calcetín. Consultó la hora y se puso en pie como si fuese la señal para terminar la sesión.

Me levanté de la silla. Santos me estrechó la mano.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las cuatro y dos minutos.

—Soy demasiado mayor para andar levantada a estas horas —dije. Y dirigiéndome a Dolan —: ¿Podría hacerme un favor? Me dejé olvidada una cazadora de cuero negro en el segundo bar donde estuvimos. Y aún tengo el VW aparcado delante de El Matadero. Lo más probable es que no pueda volver por allí hasta la tarde. ¿Podría preguntar por la cazadora y avisar a los de tráfico? No quiero que me pongan una multa ni que la grúa se me lleve el coche.

—Tranquila. Yo me encargo de todo —dijo Dolan. Esbozó una sonrisa y me tendió la mano—. Gracias.

—Aún no he hecho nada.

La funcionaria de prisiones me condujo de vuelta a la celda. Estaba tan cansada que me sentía medio enferma. El cerebro me pitaba a causa del café y el cuerpo me pesaba una tonelada. Me dirigí al colchón, me tendí en él con un suspiro y me encogí con la cara vuelta hacia las otras. Bibianna estaba despierta y me miraba con recelo.

—¿Dónde estabas?

—Un inspector de Homicidios quería interrogarme acerca del tiroteo.

—¿Han cogido a Dawna?

—Resultó herida y la tienen en el hospital. Tate está en la sección masculina. Parece que quieren acusarle de asesinato, pero no me lo creo. Lo más probable es que le acusen de homicidio sin premeditación.

—Hijos de puta.

—Sobrevivirá.

—Sí, por supuesto.

Bibianna parecía a punto de quedarse dormida. Titubeé durante unos segundos, me tapé la nariz y me lancé de cabeza.

—Por cierto, he llamado al tipo que me avala y le he dicho que pague mi fianza y la tuya. Estará aquí a eso de las ocho.

Los ojos se le dilataron como platos.

—¿Vas a pagar la mía? ¿Por qué? Yo no tengo tanto dinero y son cinco mil dólares.

—Ya me los devolverás. No te preocupes.

Parecía desconcertada.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no pagaste la fianza al llegar?

—Porque no me acordaba de que tenía dinero en una libreta. Tengo el coche en el taller y lo guardaba para pagar la reparación. Pero me da igual. Aquí dentro no me sirve de nada.

Bibianna no acababa de tragarse el cuento.

—No puedo creer que hayas hecho una cosa así.

La mujer delgada tomó cartas en el asunto con voz ofendida y sin moverse del colchón.

—No seas idiota. Acepta el dinero y cállate de una vez.

Bibianna la miró de reojo y sonrió a pesar suyo. Me observó durante unos instantes y me dio las gracias con un murmullo. Volvió a cerrar los ojos. Se puso boca abajo con los brazos encogidos para darse calor. Al cabo de unos minutos ya estaba dormida.

El aire de la celda olía a cuerpos dormidos: calcetines mojados, halitosis, pelo sucio. Ya había pensado que podían despertarse las reclusas a mi regreso, pero nadie más se movía. La luz del pasillo emitía un resplandor muy débil. El silencio era total. Vi en el suelo el cuadro numerológico que había dibujado Bibianna con saliva. Movimiento y cambio. ¿Acaso no era verdad?



La culpa de lo que sucedió después la tuvo un error administrativo del que nadie quiso responsabilizarse. Los papeles de la fianza llegaron a las seis, y nos pusieron en libertad. Fue así de sencillo. Ni la menor noticia de Dolan ni de Santos, ni el menor rastro del técnico que al parecer tenía que colocarme el micrófono. Esperaba que la funcionaria de prisiones me llamase y me llevara aparte con cualquier pretexto para que yo recibiera las últimas instrucciones, pero fue en vano. ¿Qué pasaba? ¿Había habido algún cambio en los planes? Y la verdad es que no se me ocurría nada para posponer la salida. Tendría que afrontar la situación tal como se presentaba. Llevaba en la mano la bolsa de plástico transparente con mis objetos personales. Nos habían devuelto los zapatos, el cinturón y todos los demás enseres que en potencia se podían utilizar como armas mortales, por ejemplo las compresas. Aunque me sentía humillada, recuperé el ánimo hasta cierto punto al tragar la primera bocanada de aire fresco. Sólo había estado cuatro horas entre rejas, pero la libertad se había convertido para mí en una bendición.

Hacía frío, había niebla y el suelo estaba aún empapado a causa de la lluvia caída durante la noche. Las sucias colinas que rodeaban la cárcel parecían tranquilas. Los pajarillos cantaban. El rumor del tráfico que circulaba por la autopista iba y venía, produciendo un ruido de fondo rítmico y tranquilizador, semejante al del océano cuando sube la marea. Me moría de ganas de darme una ducha, de desayunar, de estar sola. Tendría que inventar una excusa para separarme de Bibianna, llamar a Dolan y averiguar qué pasaba. Mientras tanto, tendría que pegarme a ella como una lapa.

Lo primero, lógicamente, era encontrar el modo de volver a casa. Miré lo que había en la bolsa, sintiéndome como una enferma mental que acabara de salir del psiquiátrico. Tenía diez dólares, suficiente para un taxi. No suelo coger taxis porque siempre estoy sin blanca, pero la ocasión lo merecía. Anduvimos por el largo paseo por el que se salía de la cárcel. Había que verme con la camiseta de tirantes, los pantalones arrugados y unos calcetines blancos que se habían vuelto negros donde los habían rozado los zapatos húmedos. Tampoco Bibianna tenía ahora un aspecto tan excitante. El vestido rojo le sentaba como un tiro a la luz del día y no le pegaba con los zapatos de tacón, que se le habían deformado con la lluvia. Sin dejar de andar, había abierto la caja de maquillaje y se pintaba los labios mientras se miraba en el espejito. Se había quitado las medias, que después del trajín de la noche anterior se le habían llenado de carreras. Parecía tener las piernas pálidas y muy delgadas a la luz del día, y la parte inferior del vestido le había quedado más arrugada que un acordeón. En fin. Supongo que hay ocasiones en que para gozar de la vida basta con encontrarse otra vez en movimiento. A nuestras espaldas habían quedado las vallas de

tela metálica, los focos omnipresentes, las cerraduras, las ventanas con barrotes. A pesar de que estábamos libres, no sabía qué decirle a Bibianna. «Gracias... ha sido estupendo... no estaría mal que repitiéramos la experiencia». Las sencillas normas de la urbanidad cotidiana no parecían servir para la ocasión.

Bibianna se guardó en el bolso la cajita del maquillaje con movimientos nerviosos.

—¿Te han interrogado por lo del tiroteo? —le pregunté.

—Aún no. Parece que los de Homicidios pasarán hoy por mi casa.

—¿Qué les dirás?

—¿Y eso qué importa? Lo que me interesa es levantar el vuelo antes de que aparezca Raymond.

Me sentía un poco intranquila. ¿Qué pasaba? ¿Dónde estaba Dolan? ¿Qué tenía que hacer yo mientras tanto? Bibianna me cogió el brazo de pronto y me hundió las uñas en la carne.

—Lo que nos faltaba... —murmuró con la vista fija en el frente.

Seguí la dirección de su mirada y me di cuenta de que lo que había llamado su atención era un Ford verde oscuro estacionado a cierta distancia y con la parte trasera tan hundida que los guardabarros casi arañaban el suelo. El miedo de Bibianna era tan tangible que se me erizó el pelo de la nuca.

—¿Qué ocurre?

—Raymond. No, Dios mío, no. —La voz se le quebró, los ojos se le llenaron de lágrimas y de la garganta le brotó un gemido agudo y característico. Valoré la situación a toda velocidad, sin saber muy bien qué hacer. Aquello sí que era tener mala suerte, y mucha. Dawna, por lo visto, había conseguido ponerse en contacto con él.

Estaba sentado en el guardabarros delantero, contemplando los coches que pasaban por la carretera de la costa. Cuando nos divisó, echó a andar hacia nosotras.

—Tranquilízate, Bibianna. No va a pasar nada. Volvamos a la cárcel.

Negó con la cabeza.

—Aunque la policía nos llevara a casa, al final me encontraría. No me abandones. Júrame que no me abandonarás. Pase lo que pase, no te pongas nerviosa. No le lleves la contraria o destrozarás todo lo que se le ponga por delante, tú incluida.

—De acuerdo, de acuerdo. Andando pues. Y no te preocupes, que no me voy.

—Prométeme que no me abandonarás.

—Te lo prometo —dije.

Al principio no me di cuenta. De lejos parecía un tipo como cualquier otro. Era alto y muy delgado, ancho de espaldas y de cintura estrecha. Vestía igual que los modelos de una revista de modas: chaqueta deportiva de cuero, pantalón ancho y con presillas en la cintura, zapatos negros de charol con puntera de plata, y gafas oscuras de espejo. Tenía el pelo negro, la piel cetrina, y parecía hispanoamericano o italiano. Le eché treinta y tantos años. Llevaba las manos en los bolsillos y avanzaba con aire despreocupado.

Los dedos de Bibianna estaban fríos como el hielo. Me cogió la mano tal como lo haría una amiga, en medio de una película de miedo, un segundo antes de que apareciese bruscamente el tipo del cuchillo de carnicero. Pero en el aspecto de aquel hombre no vi nada que justificase la reacción de Bibianna.

Cuando llegué a nuestra altura, se quitó las gafas. Tenía las pestañas negras y pobladas, la boca

carnosa y un hoyuelo en la barbilla. De cerca advertí que le pasaba algo raro. Las pupilas se le habían incrustado en la parte superior del ojo, con lo que se le había ensanchado el blanco por encima del párpado inferior. Y la cara y el resto del cuerpo sufrieron una serie de convulsiones; se puso a parpadear, la comisura de la boca le tembló de manera involuntaria, se le abrió la boca por completo y echó la cabeza hacia atrás dos veces. Producía un efecto extraño; se trataba de una serie de tics sistemáticos que culminaba en un sonido que era mitad grito y mitad tos. Agitó el brazo derecho como si quisiera eliminar la tensión agilizando la articulación del hombro. Oí sonar un timbre en el fondo de la memoria y recordé que había una enfermedad caracterizada por aquellos tics y convulsiones. El hombre no hizo el menor comentario, ni tampoco Bibianna, que al parecer estaba más preocupada por la forma en que reaccionaría Raymond ante la muerte de Chago.

—Yo no fui. Te lo juro por Dios. Yo no lo maté. Estoy muy apenada. Fue un accidente. Por favor, Raymond. No tuve nada que ver...

La expresión de Raymond se había suavizado y se volvió casi melancólica en el momento en que la cogió por el hombro, la atrajo hacia sí y empezó a frotarle los brazos con las manos.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

Vi que Bibianna se ponía en tensión y que procuraba mantenerse a cierta distancia de él, aunque cabía la posibilidad de que él sufriera un arrebato de cólera. Raymond se puso a acariciarle el pelo.

—Querida. Mi ángel. Corazoncito —murmuraba—. Me alegro mucho de verte. Qué momento más hermoso. ¿Sabes que te he echado de menos? —Se apartó de ella y le sujetó la mandíbula con la mano para obligarla a mirarle a los ojos—. Oye, no seas así. No pasa nada. No te preocupes. —Se volvió a mirarme—. ¿Quién es esta? —Sacudió la cabeza dos veces.

—Hannah Moore —dije.

Bibianna le dirigió una mirada rápida.

—Hannah, él es Raymond Maldonado.

Me tendió la mano.

—Encantado de conocerte. Perdona por esto que has visto. Anoche mataron a mi hermano.

Nos dimos la mano. La tenía blanda y cálida, y apretó la mía con firmeza.

—Siento lo de tu hermano. Ha sido una desgracia. —Aquella situación parecía irreal.

—¿Estás lista? —preguntó a Bibianna.

—No voy a ir contigo, Raymond. Te lo digo en serio. He terminado con todo aquello. No quiero volver a Los Angeles. Ya te lo he dicho. No tuve nada que ver con... —Raymond la cogió por el brazo y echó a andar hacia el coche. Vi que la boca de Bibianna se torcía en una mueca de dolor y que Raymond le clavaba los dedos en el codo. Bibianna siguió balbuceando. Raymond alzó la mano como para ordenarle que se callase y contener el chorro de palabras. Bibianna se tapó la boca con la mano. Raymond volvió la cabeza a un lado. Encogió un hombro, giró el cuello y aspiró una profunda bocanada de aire con las pupilas metidas en la parte superior de los ojos. Su cara sufrió una sacudida hacia la derecha, una vez, dos veces. Abrió los ojos y pude ver cómo los tenía: eran grandes, de color castaño oscuro y despejados. Siguió andando hacia el coche.

Fui tras ellos, aunque nadie me había invitado, mientras hacía trabajar al cerebro. Allí estaba mi presa, Raymond Maldonado en persona. Sabía que era la oportunidad perfecta, aunque no había tenido tiempo de prepararme. Si seguía adelante sin conocer las últimas instrucciones, podía

desmantelar toda la operación. No podía ponerme a jugar a los espías sin más ni más, pero no tenía otra alternativa. Raymond caminaba tan deprisa que tuve que acelerar el paso para no quedarme rezagada.

Bibianna oponía una resistencia pasiva y se dejaba arrastrar.

—Escucha, Raymond, podríamos dejarlo para otra ocasión, ¿de acuerdo? Hannah pensaba acompañarme a casa —dijo— y hemos hecho planes...

Raymond se volvió y me dedicó una sonrisa.

—Vamos a casarnos.

—¿Hoy?

Negó con la cabeza.

—Hoy no, pero muy pronto. Lo teníamos todo arreglado, pero ella dijo que aún no estaba preparada. Y, antes de que me dé cuenta, desaparece. Se largó así, por las buenas. Sin dejarme ni siquiera una nota. Desperté una mañana y se había esfumado...

Bibianna estaba pálida y ojerosa.

—Perdóname. No quería hacerte daño, pero no tuve más remedio. Quise explicártelo, pero ¿qué podía decirte?

Raymond se llevó el dedo a los labios y acto seguido apuntó a Bibianna con él.

—No voy a consentir que me dejes plantado, Bibianna. —Se volvió hacia mí y agitó la mano con la palma hacia arriba, en actitud de quien da explicaciones—. Estoy enamorado de esta mujer desde hace... ¿cuánto tiempo? ¿Seis años? ¿Ocho? ¿Qué voy a hacer con ella? ¿Quiere alguien decírmelo?

Bibianna guardó silencio. Tenía el terror pintado en los ojos. Me resultaba imposible creer que hubiera sufrido una transformación tan radical. Había desaparecido toda su seguridad, su vitalidad, su aureola erótica. La boca empezaba a secárseme y sentí en los riñones un cosquilleo de temor.

Llegamos al vehículo, del que bajó otro sujeto, un hispanoamericano cubierto hasta las orejas por un gorro de punto negro. Sus ojos eran de este mismo color, y tan apagados e inexpresivos como dos goterones de pintura vieja. Tenía las mejillas salpicadas de granos infectados y un bigote de catorce pelos, algunos de los cuales parecían pintados a mano. Era de estatura mediana. Vestía unos pantalones caqui con la cintura llena de frunces y una camiseta de un blanco immaculado. Se le veían algunos pelos del sobaco, negros y tiesos. Tenía los brazos musculosos y cubiertos de tatuajes hasta las muñecas, el Pato Donald en el derecho y el Pato Lucas en el izquierdo.

—Eso es vulnerar los derechos de autor —dije con una frivolidad que hundía sus raíces en el nerviosismo.

—Este es Luis —dijo Raymond.

Empuñaba una pistola. Tenía abierta la puerta trasera del coche, como un chófer bien educado. Bibianna se detuvo en seco y se abrazó al coche.

—No quiero ir a ninguna parte sin Hannah.

Raymond pareció desconcertado.

—Lo que tú digas.

—Es amiga mía y quiero estar con ella —dijo Bibianna.

—Pero si ni siquiera la conozco... —dijo Raymond.

Los ojos de Bibianna echaron chispas.

—Así eres tú, maldita sea. Dices que me quieres. Dices que harías cualquier cosa. Y en cuanto te pido algo, te pones a discutir. ¡Estoy harta!

—Está bien, está bien. Que venga, si quieres. Lo que tú digas.

Bibianna se volvió a mí y me suplicó con la mirada.

—Por favor. Serán sólo unos días.

Me encogí de hombros.

—Bueno —dije—. No tengo nada mejor que hacer.

Primero subió Bibianna y se sentó al fondo del asiento trasero. Raymond se instaló a su lado. Yo titubeé unos segundos, preguntándome hasta qué punto era prudente lo que iba a hacer.

Luis movió la pistola, que quedó apuntándome al pecho. Mis dudas se despejaron inmediatamente.

Me acomodé en el asiento de atrás. La consola de mandos estaba cubierta por un paño, parecido al de las toallas, que ostentaba una inscripción, *Raymond y Bibianna*, bordada con hilo verde. Del espejo retrovisor colgaba un rosario junto con un sangrante Sagrado Corazón de Jesús. Todo el interior del vehículo estaba tapizado con muletón sintético blanco, el mismo que se emplea para fabricar los ositos de peluche. En el asiento delantero había un radioteléfono portátil. Para mi gusto, faltaban unos cuantos muñequitos de cabeza bamboleante en la ventanilla trasera y una Virgen María de diez centímetros y con la base imantada. En cuanto estuve dentro del coche supe que había cometido una equivocación.

Luis puso en marcha el motor sin hacer el menor comentario. El tubo de escape petardeó cuando accedimos a la calzada. Conducía con los brazos totalmente estirados y con el tórax y la cabeza echados hacia atrás. Dio una vuelta de ciento ochenta grados y salimos disparados hacia la autopista. Raymond sufría sus espasmos cada tres minutos aproximadamente, a veces con mayor frecuencia. Al principio me sentí deprimida, sobre todo porque nadie me daba ninguna explicación. Luis y Bibianna parecían considerarlo del todo normal. Al principio me sobresaltaba cada vez que le daba el espasmo, pero acabé por acostumbrarme. Me maravillaba que una persona pudiera vivir con aquello. ¿Acaso no tenía curación?

Bibianna parecía dispuesta a discutir, tal vez para atajar cualquier aproximación amorosa.

—¿Cómo te enteraste de lo de anoche?

—Me llamó Dawna y me lo contó por encima antes de que la poli la cogiera. ¿Quién es el tipo?

—¿Qué tipo?

—El que mató a Chago.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Pues uno que estaba en el bar y que tenía pistola.

—Dawna me dijo que estabas con él.

—Yo estaba sola.

—No es eso lo que ella dice.

—Pues si te ha dicho eso, es mentira. ¿Qué aspecto tenía? ¿Te lo dijo también?

—No pudo. Colgó en cuanto se le echó encima un coche patrulla. Dijo que también estabas con una tía.

—Pues te ha tomado el pelo, la muy puta. Yo estaba sola y de pronto apareció Chago con una pistola. El tipo sería un policía fuera de servicio o un ciudadano normal que llevaba un arma.

La cara de Raymond se ensombreció.

—¿Veis? Eso es lo que me cabrea. No sé qué le pasa a la gente, pero todo el mundo va armado. —Se volvió a mirarme—. Todos los días se comenta algún asesinato en la prensa. Da miedo abrir el periódico. ¿Conocéis ese eslogan —alzó la mano y trazó en el aire dos paralelas invisibles con el índice y el pulgar— que dice «No matan las armas, sino las personas»? Es increíble.

—Luis tiene una pistola —dije con amabilidad.

—No es lo mismo: Es un lugarteniente, una especie de guardaespaldas. No me cabe en la cabeza que mi hermano entre en un bar y un panoli se líe a tiros con él porque le da la gana.

Aquel hombre debía de tener una ferretería. Era imposible que le faltaran tantos tornillos. Me quedé mirando al frente y mantuve la boca cerrada; recordaba lo que Bibianna me había dicho acerca de su carácter.

Raymond arrinconó a Bibianna y empezó a besarla mientras la manoseaba con tanta ligereza que me sentí incómoda. Ella se dejaba hacer, aunque en cierto momento me miró con resignación por encima del hombro de Raymond. Me puse a mirar por la ventanilla.

Me adelanté y llamé la atención de Luis tocándole en el hombro.

—¿Habla usted inglés<sup>[1]</sup>?

—Vete a la mierda, tía. ¿Qué te crees, que soy retrasado mental?

La verdad es que no se le notaba ningún acento hispano y no tuve más remedio que preguntarme si aquella ropa de pandillero que llevaba no sería un disfraz.

—Muy bien. ¿Te importaría parar en la próxima esquina? Quisiera llamar por teléfono.

La petición no surtió el efecto deseado.

Sin perder el tono coloquial, me acerqué a Raymond y le hablé al oído.

—Perdona, Raymond, pero ¿no podrías decirle a este tipo que me deje bajar?

Raymond había metido la mano entre las piernas de Bibianna, le había subido la falda y le pasaba el dedo por debajo del borde de las bragas. El movimiento no tenía absolutamente nada de erótico. Raymond se limitaba a reclamar sus derechos de propiedad. Oí que Bibianna murmuraba: «Es fabuloso... cariño, qué bien», lo que fuese para aplacar la perentoriedad del hombre. El conductor me miró por el retrovisor y me hizo un guiño de complicidad. Puso la radio para camuflar el creciente volumen de los suspiros. El vehículo se llenó de música salsa. Aquello era repugnante.

Estaba dispuesta a saltar del vehículo en marcha, aun a costa de acabar con contusiones y varios huesos rotos, con tal de huir de aquel prostíbulo de falsa peletería y parafernalia religiosa. Esperé a que el coche aminorase la velocidad en la vía de acceso a la autopista. Introduje la mano por debajo de la manija de la portezuela y di un tirón. No ocurrió nada. También habían quitado las manivelas de las ventanillas de la parte trasera. Apoyé la frente en el vidrio oscuro y me puse a contemplar el paisaje. Oí que Raymond se desabrochaba la hebilla del cinturón y que se bajaba la cremallera de los pantalones. Aquello era peor que un vídeo porno. Me volví y me quedé mirándoles.

—¡Bibianna, por el amor de Dios! —exclamé—. ¡No seas tan grosera! ¿Crees que me gusta estar aquí sentada mientras tú echas un polvo? ¿Por qué no os estáis quietos de una vez?

Raymond se giró para mirarme con la cara inflamada por el deseo y con los ojos atontados. Parecía tener la boca llena, el carmín de Bibianna le había manchado la barbilla y tenía todos los

pelos de punta. El coche entero olía a ropa interior, a hormonas, a lubricante vaginal. Luis, totalmente confuso, trataba de ver por el retrovisor lo que ocurría en el asiento trasero.

Me dirigí a él hecha una furia.

—¿Y tú qué miras? —Y a Raymond—: Lo siento, Raymond, ya sé que no tienes la culpa de que esta gente se comporte como se comporta.

Bibianna se enderezó e hizo lo que pudo por estirarse la falda.

—Perdona, chica —murmuró. Raymond le había dado un chupetón en el cuello y le había dejado una moradura.

Raymond parecía realmente confuso mientras se remetía la camisa por debajo del pantalón. En este instante le dio otro espasmo y se puso a dar cabezazos y a torcer el cuello. Seguí representando mi papel.

—Ya le conté a Bibianna que tengo a mi hombre en la cárcel —dije a Raymond—. Y sólo me falta ver cómo os revolcáis. Esta mujer no sabe lo que es tener clase. —Me eché hacia atrás y me limpié la broza imaginaria que tenía en los pantalones.

Raymond sacó un pañuelo y se limpió el carmín que le manchaba la barbilla. Sonrió con mansedumbre.

—Tómatalo con calma —dijo—. Tampoco es culpa suya. Es que no puede evitarlo.

—Y yo estoy harta de sus fanfarronerías. Que si mi Raymond por aquí, que si mi Raymond por allá. Ya va siendo hora de que se calle.

—¿De verdad habla así de mí?

—No —dije—, te lo cuento porque me gusta el sonido de mi voz. ¿Y si comemos algo? No creo que vaya a ofenderse nadie. No hemos desayunado y me muero de hambre.

Raymond propinó a Luis un golpe en la cabeza.

—¿Y a ti qué te pasa? Venga, para el coche. ¿No has oído a la señora?

Raymond me observó con interés y se volvió a medias hacia Bibianna.

—Me gusta tu amiga, muñeca. Tiene narices.

—No es cuestión de narices, sino de cabreo —dije. Bibianna me miraba con inquietud, pero a mí ya no había quien me detuviera. Aunque me limitaba a representar el papel de Hannah, era como una liberación. Hannah tenía malas pulgas, era sarcástica y no tenía pelos en la lengua. Acabaría por acostumbrarme. Licencia para portarse mal. Raymond me dedicó una sonrisa.

—¿Va bien aquí, jefe? —Luis, el de los brazos perfectamente tatuados, redujo la velocidad ante un McDonald's que había en State Street.

—¿Te gusta este sitio? —me preguntó Raymond. Parecía preocuparle sinceramente si el lugar recibía o no mi visto bueno.

—Me encanta, Raymond. Al ataque.

Me comí tres hamburguesas con huevo. Si hubiesen sido las diez de la noche, me habría tomado dos Súper con queso. Bibianna no tenía estómago para ingerir nada sólido. Picoteó una tarta de manzana mientras Luis y Raymond engullían torrijas con patatas fritas alargadas. Me había fijado en el teléfono que había en el estrecho pasillo que conducía al lavabo de señoras, pero el aparato se veía perfectamente desde nuestra mesa. Raymond tenía a Bibianna cogida por los hombros y le sobaba el brazo con movimientos que querían ser eróticos. Los hombres aprenden estas cosas en el instituto y es francamente irritante. Bibianna se mostraba pasiva, sumisa y dócil. Me habría gustado verla replicar como Dios manda, ver cómo ponía a Raymond en su sitio. De

nada iba a servirle comportarse como una perra apaleada. Ya era hora de que recuperase la dignidad. Si se comportaba como una víctima, él seguiría tratándola como tal. Me puse en pie.

—Me voy al lavabo. Acompáñame, Bibianna. Me ayudarás a arreglarme estos pelos.

—Yo ya estoy peinada.

—Pero yo no. ¿Nos disculpas, Raymond? Son cosas de mujeres.

—Cómo no —dijo.

Me besé la punta del dedo y le rocé la punta de la nariz.

—Eres un sol.

Se levantó y salió del reservado para que Bibianna pudiera pasar.



Ya en el lavabo de señoras, Bibianna abrió el grifo y se remojó los ojos con agua fría. Cogió una toalla de papel y se la alargó. Hundió la mitad inferior de la cara en el papel y se miró en el espejo que había encima de la pila. Se secó las manos y tiró el papel.

—Gracias por lo que hiciste en el coche. Es insoportable. No tengo palabras para expresar el odio que siento por él.

—Pues está totalmente colado por ti —dije.

Entró en un retrete y trató de abrir la ventana que había encima de la taza.

—Mierda. Está cerrada a cal y canto. ¿Crees que habrá otra salida?

—No lo sé. Voy a comprobarlo —dije. Me sentía en un compromiso en relación con Bibianna. Por una parte quería ayudarla, pero por la otra me interesaba estar cerca de Raymond Maldonado. Me dirigí a la puerta y la entreabré para hacer como que buscaba una salida trasera. Lo único que vi fue a Raymond en plena apoteosis espasmódica. El teléfono público de la pared estaba tentadoramente cerca, pero Luis me vería si lo utilizaba. Cerré la puerta—. ¿Qué le pasa a Raymond?

—Ha empeorado —dijo de mal humor—. Nunca lo había visto así.

—Sí, pero ¿por qué hace esas cosas?

—Se llama síndrome de Tourette, pero no sé qué significa. Creo que es cosa de los nervios. Lo único que sé es que lo hace continuamente y que a veces le dan unos ataques que no puede controlar. Le recetaron unas pastillas, pero no se las toma porque no soporta los efectos secundarios.

—¿Lo tiene de nacimiento?

—Creo que sí. Pero nunca habla de ello.

—¿Y no hace nada por remediarlo?

—Dice que cuando fuma hierba se pone mejor, y a veces también se inyecta.

—¿Le dejaste por eso, por el síndrome de Tourette?

—Le dejé porque es un cretino. Lo otro podía soportarse, pero se ha vuelto un hombre ruin. No tiene nada que ver con su enfermedad —dijo—. Maldita sea, hay que buscar la manera de salir de aquí. —Entró en el otro retrete y probó a abrir la ventana. Estaba cerrada también—. A la mierda. Tendremos que buscar otra salida. Me gustaría que Tate estuviera aquí.

—Y a mí también, muchacha —dije—. ¿Crees que Raymond sabe que estás liada con él?

—Espero que no. Es tan celoso que es incapaz de razonar.

—¿Cómo conociste a Tate?

—Se coló en un baile de disfraces durante la fiesta de Halloween del año pasado. Se presentó disfrazado de policía. Todos creyeron que era realmente un disfraz. Menos yo. Huelo a un poli a un kilómetro de distancia. —Sacó un peine del bolso y se lo pasó por el pelo—. Lo de Jimmy es muy distinto.

—Se nota —dije—. ¿Estás enamorada de él?

Esbozó una rápida sonrisa, la primera que le veía desde que habíamos salido de la cárcel.

—Más me vale. Nos casamos hace dos semanas. Por eso mi casa se quedará libre. Voy a trasladarme a la suya.

La puerta se abrió de golpe. Me asusté tanto que di un salto de treinta centímetros. Era Luis, con su 45 y su ridículo bigotito.

—Venga, tías. Es hora de irse. Y daos prisa. Dice Raymond que ya lleváis mucho tiempo aquí.

Hice un aspaviento desdeñoso.

—Déjanos en paz, Luis. ¿Se puede saber qué te pasa? Siempre te pones en evidencia. Yo aún tengo que hacer pis, y ella también.

Vi que se ruborizaba un poco.

—Pues daos prisa.

—Está bien —dije, dirigiéndome al primer retrete. Vi por el rabillo del ojo que se metía la pistola por debajo del cinturón y que salía de los lavabos.

Diez minutos más tarde estábamos otra vez en la carretera.

Y así fue como acabé por encontrarme en la Nacional 101 durante la tranquila mañana del miércoles 26 de octubre. Vera se casaba el lunes siguiente y estaba claro como el agua que no iba a poder asistir a su boda. Si Raymond mataba a Bibianna, tendría que matarme a mí también. Dentro de cinco días, cuando llegase Halloween, estaría ya en el aparcamiento del Aeropuerto Internacional de Los Angeles, empotrada en el portamaletas del coche de cualquier desconocido. Aun a pleno sol, a veces se tarda varios días en percibir el olor a carne descompuesta.

Luis conducía mientras Raymond, sentado en el asiento delantero, jugueteaba con la radio. Los ataques espasmódicos le daban a intervalos irregulares. Cuando hablaba con Luis, las contracciones parecían menos violentas, pero en cuanto cerraba la boca proseguían con furia redoblada. Bibianna se había encogido para dormir en el asiento de atrás y parecía sufrir pesadillas. Por lo menos no debía ya preocuparse por la posibilidad de que la interrogase la policía de Santa Teresa. Yo tenía los nervios de punta. En el curso de las dos últimas horas había pasado del cansancio al agotamiento y de ahí al extremo contrario. Dios sabe que por culpa de la profesión tropiezo a veces con personajes impresentables, pero en el fondo no me gusta la violencia, ni el riesgo, ni poner en peligro la salud. El detalle más masoquista que me permito es ir al dentista cada seis meses. Y sin embargo, allí estaba yo, en compañía de aquellos matones y preguntándome cómo conseguiría llamar al teléfono que me había dado Dolan. Me había quedado sin bolso, sin cazadora y sin pistola, tres cosas a las que les tengo mucho apego. Al mismo tiempo, lo confieso, me sentía más dinámica que nunca. Puede que en el fondo estuviese viviendo uno de esos momentos culminantes de la existencia que preceden al descalabro total.

Dejamos la autovía en Oxnard y proseguimos en dirección sur por la Autopista 1, tras cruzar el sector suroriental de la ciudad. Dejamos atrás el Centro de Construcción Naval de Port

Hueneme —pronúnciese «Uainimi»— y la carretera continuó en sentido paralelo al océano de color verdiazul intenso, que quedaba muy a la derecha. Las playas, salvo algunos pescadores de caña, estaban totalmente vacías. La arena se veía apelmazada y ennegrecida a causa de la lluvia, aunque el cielo se había ya despejado y era de un azul transparente. El sol matutino había espantado la niebla y el horizonte se distinguía con claridad. Por la izquierda veía rampas y pendientes arenosas que descendían hacia la autopista desde montañas rojizas y accidentadas por la erosión, desde colinas que buscaban la horizontal cubriéndose de matojos grisáceos y engalanándose de vegetación.

Al dejar atrás Point Dume, divisamos las primeras construcciones de la franja —de anchura creciente— que se extendía entre la carretera y el mar, y que iban multiplicándose a medida que ganábamos kilómetros. En el arcén que daba a la playa, había una hilera inacabable de remolques y furgonetas. La gente, en pantalón corto o traje de baño, descargaba tablas y velas de *windsurf*. En Malibú, los apartamentos, chalets y comunidades de propietarios estaban llenos de bote en bote; la arquitectura abarcaba todos los estilos y había desde palacios hasta chabolas, pasando por villas italianas, mansiones estilo Tudor, cabañas de madera con chimenea y tejado a dos aguas, y edificios de hormigón. Los ricos con buen gusto debían de estar de vacaciones el día en que la comisión de urbanismo había aprobado los planos de la zona. (¿Pero qué planos? ¿Qué comisión de urbanismo?) En consecuencia, la carretera estaba prietamente flanqueada de comercios y rótulos que anunciaban Texaco, Chapas y Tableros Malibú, Ediciones Crown, Zapatos, Gafas al Instante, Cajas Sorpresa, Motel, Pensión Malibú, Licores, Coches al Alcance de Todos los Bolsillos, Quiromancia y Cartomancia, Shell, Apartamentos en Alquiler, Relojes Baratos, Viajes Malibú, Motel, Licores, Pizzería, Apartamentos en Alquiler, Cerrajero, Zapatero Remendón, Pescadería Malibú... un auténtico caos de anuncios de neón, de madera y con lucecitas parpadeantes. El tráfico estaba medio colapsado y por todas partes había Mercedes, BMWs y Jaguars.

Llegamos al semáforo en que Sunset Boulevard desemboca en la Autopista de la Costa. La mujer que conducía el deportivo que se detuvo a nuestro lado se quedó mirando con nerviosismo el gorro de punto de Luis y los tatuajes que le decoraban los brazos. Luis le hizo un ademán obsceno. Raymond propinó a Luis un sopapo de reproche. Tal vez por eso llevara el gorro de punto, para minimizar las posibles lesiones cerebrales.

Luis se frotó la cabeza con irritación.

—Joder, tío, vigílate las manos.

—Vigílatelas tú.

Raymond se volvió para pedirme disculpas con los ojos. Estaba claro que quería hacerme creer que era el más educado de la banda.

Cuando el semáforo se puso verde, Luis arrancó con una serie de movimientos bruscos que dejaron la suspensión trasera para el arrastre. Al cabo de unos minutos abandonábamos la abundancia y nos sumíamos en la penuria.

Nos dirigíamos a una población costera situada a unos kilómetros al sur del aeropuerto, que se alzaba en una zona cuya característica más notable era la estrechez económica. Al este, las comunidades marginales de Compton, South Gate y Lynnwood estaban rígidamente divididas en cotos monopolizados por bandas donde los fines de semana solía haber entre quince y veinte homicidios. Allí no había más que deslucidos bloques de viviendas decorados con declaraciones

de intenciones territoriales que los artistas de las bandas immortalizaban con atomizadores de pintura negra. Y allí se estarían hasta que los arqueólogos del futuro las desenterraran. Incluso los autobuses municipales que pasaban estaban pintarrajeados, convertidos en portadores de los insultos que una banda transmitía a otra. Las calles estaban alfombradas de basura y neumáticos rotos. Los borrachines habían cogido ya todas las latas, botellas y cuanto pudiera reciclarse, para conseguir las monedas que se necesitaban para comprar una botella de vino barato. Junto al bordillo de la acera había un sofá destripado que parecía esperar el autobús. Unos cuantos pandilleros con cara de padecer angustia vital haraganeaban en un cruce donde había un mercadillo ambulante. En el lado continental de la avenida de cuatro carriles, de cada tres escaparates, uno estaba cubierto de tablas. Los comercios que seguían abiertos habían protegido los suyos con barrotes de acero tras los que se veían los carteles que anunciaban las ofertas del día.

Vi un Burger King, un *drugstore*, una tienda de discos con un rótulo enorme que decía CERRADO, y una estafeta de Correos con la bandera nacional colgando del asta. En el lado marítimo de la arteria se alzaba una mezcla desordenada de casas de madera pequeñas y bloques geométricos de viviendas. Los jardines privados eran más bien cuadrados de tierra rodeados por vallas de tela metálica. Los barrios pobres de todas las ciudades que conozco tienen en común los siguientes elementos: porches que se vienen abajo, paredes desconchadas, hierba que no hay manera de arrancar cuando se tiene la suerte de que crezca, solares llenos de escombros, grandes anuncios de Pepsi-Cola, niños sin nada que hacer, coches con neumáticos deshinchados que están todo el día junto a la acera, casas abandonadas, hombres aletargados que giran la cabeza y miran con ojos inexpresivos cuando pasa alguien. La violencia es una modalidad artística que sólo los desposeídos pueden permitirse. La entrada cuesta poco. El programa consiste en una continua variación argumental sobre la vida y la muerte, las drogas, los atracos, los enfrentamientos a tiros, las venganzas, el miedo de las madres que miran con impotencia desde las puertas y ventanas. Y más de una bala perdida acaba incrustándose en el pecho de un espectador neutral.

Giramos a la izquierda y pasamos ante seis edificios en construcción. Yo me sentía cada vez más nerviosa. Cuando llegamos a la guarida de Raymond, ya no sabía en qué parte de Los Angeles nos encontrábamos. Estacionamos el Ford delante de un edificio de dos plantas, enfrente de un garaje que se alzaba al otro lado de la calle. El edificio debía de tener unas cuarenta viviendas, dispuestas en semicírculo alrededor de un patio de hormigón. A primera vista no parecía destartado. Y el barrio no parecía tan pobre como los que habíamos dejado atrás.

Era media mañana y casi todas las puertas y ventanas estaban abiertas a pesar de que hacía fresco. Los interiores que vislumbré eran sombríos y estaban atestados de muebles. Todos los televisores parecían emitir seriales norteamericanos, mientras que las radios que había encima de los aparatos transmitían música sudamericana, que contrastaba de manera curiosa con las imágenes de las teles. Por todas partes había adornos para la fiesta de Halloween, pero se habían preparado con tanta antelación que algunas calabazas se habían podrido y muchos esqueletos de papel de seda estaban cubiertos de polvo.

Subimos por una escalera trasera y, al llegar a la primera planta, doblamos a la izquierda y entramos en un piso que daba a la calle.

—¿Es éste nuestro punto de destino? —pregunté a Raymond, que caminaba delante con Bibianna. Luis cerraba la retaguardia por si se me ocurría salir corriendo.

—Es donde viviremos cuando nos casemos —dijo Raymond mirando con timidez a Bibianna. Se metió la mano en el bolsillo como si hubiese recordado algo de pronto. Sacó una llave sujeta a una anilla metálica de la que colgaba una M grande de plástico, de Maldonado, sin duda. Se la entregó a Bibianna. Creo que quería dar un toque ceremonial al momento, pero Bibianna se limitó a guardársela en el bolso sin dedicarle siquiera una mirada. Su expresión era glacial y Raymond parecía turbado por el hecho de que ella no manifestase el menor entusiasmo por las cosas que, claramente, le obsesionaban a él.

Lo malo de la realidad es que no tiene música de fondo. En las películas, se sabe que el bueno está en peligro porque se oye un acorde estremecedor que subraya la escena, un tema disonante para advertirnos que se acerca el tiburón o que el asesino está detrás de la puerta. La realidad es silenciosa, lo que quiere decir que nunca se sabe dónde ni cuándo van a aparecer los problemas. Una posible excepción es entrar en una casa desconocida y verla llena de individuos tocados con redecillas para el pelo. Personalmente, nunca he entendido por qué estas redecillas han acabado por simbolizar lo peor de la escoria callejera. Eran cinco, los cinco hispanoamericanos, los cinco de una edad que oscilaba alrededor de los veinte años, y los cinco con camisas de algodón abotonadas hasta la nuez. Tres estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, uno con la novia sentada en el regazo. Había otra chica sentada con las piernas estiradas y con la falda subida hasta medio muslo. Fumaba un cigarrillo y jugaba a hacer círculos de humo que le brotaban por entre unos labios pintados de rojo chillón. Dos jóvenes apoyados contra la pared se pusieron derechos cuando Raymond cruzó la puerta. En la pared podían verse las siglas R. I. P. encima de dos manos orantes y una cruz, y debajo de todo el nombre de Chago en mayúsculas; todo se había dibujado a mano. Alrededor había varias fotos de Chago clavadas con chinchetas y lo que sin duda era una especie de ofrenda. Entre los montones de periódicos de la mesa había un fajo de recordatorios, hechos igualmente a mano y con la misma habilidad caligráfica. Por lo sombrío de las caras y la cantidad de cervezas visibles, supuse que eran compañeros de Chago y que habíamos interrumpido un velatorio improvisado. Miré a Raymond para comprobar sus reacciones, pero no vi ninguna. ¿No le apenaba la muerte de su hermano?

Adopté un aire de indiferencia. ¿Por qué iba a tener miedo? A fin de cuentas, no era prisionera de nadie, sino la invitada de Raymond. Obtendría la información que quería el teniente Dolan y volvería a casa. Lo admito, no suelo meterme en el terreno de los mafiosos, pero procuro ser imparcial. Hay diferencias culturales que no podría ni imaginar, y no digamos definir. Pero esas diferencias no califican el comportamiento de nadie. ¿Por qué tenía que esperar entonces lo peor? «*Porque no tienes ni idea de lo que haces*», me dijo una vocecita interior.

El ambiente estaba cargado de humo, procedente en parte de la marihuana, producto que no he probado desde que iba al instituto (descontada la época en que viví con Daniel Wade). La decoración, a simple vista, se reducía a una estropajosa moqueta de color azul marino y a esos muebles que venden en las carreteras del otro lado de la frontera mexicana (y en Euclide, condado de Orange, al sur de la Autovía de Garden Grove). Daba la sensación de que Raymond se había esforzado por dignificar la vivienda, cubriendo toda la ancha pared que tenía a mi izquierda con baldosas doradas. Por desgracia, las baldosas se habían roto hacía poco con una silla de cocina, que yacía en un rincón y con las patas metálicas en alto. Habían barrido los añicos, pero había rastros de sangre en la pared desnuda que había detrás. No se trataba de pintura roja ni de ninguna gotera, sino una prueba clarísima de que en aquel piso había ocurrido algo espantoso no hacía

mucho. Nadie aludió para nada a aquel destrozo. Raymond no manifestó la menor curiosidad al verlo, lo que acentuaba la sospecha de que él había sido el responsable. Bibianna lo notó, pero no dijo nada. Probablemente sabía que era mejor no hacer comentarios. Aparté la mirada.

A la derecha podía verse la L de una cocina con todas las superficies llenas de platos de cartón sucios, botellas de cerveza, ceniceros con colillas, latas vacías de conservas Rosarito. El aire olía a cilantro, a tortas de maíz, a tocino frito. Cinco bolsas de supermercado rebosaban de basura y la grasa había empapado el papel en distintos puntos. En una bolsa vi moverse algo que desapareció a la velocidad del rayo.

Uno de los que estaban sentados a la mesa de la cocina se afanaba por rellenar un formulario con un lápiz. La contrariedad le ensombrecía las facciones. Tenía la pistola encima de un montón de impresos rellenos, como si fuera un pisapapeles. Me pregunté si no sería un inmigrante ilegal que rellenaba impresos falsificados para obtener algún documento. La luz del día entraba a raudales por un gran ventanal que tenía a sus espaldas y contra el cual se recortaba su perfil. En caso de tiroteo, lo alcanzarían como a un muñeco en una feria. Oí que Raymond le llamaba Tomás, pero no capté el resto de la conversación.

Uno de los que estaban apoyados en la pared llevaba un *walkman* Sony y una pistola metida por debajo del cinturón. El otro se entretenía soplando en la boca de una botella vacía de cerveza Dos Equis. Los dos se parecían lejanamente a Raymond, y me pregunté si serían parientes, hermanos o primos suyos. Todos al parecer conocían a Bibianna, pero ninguno la miraba a los ojos. Las dos chicas parecían intranquilas desde su llegada y cambiaron una mirada de alerta.

Nadie me presentó, pero mi aparición había despertado un interés furtivo. Me miraban de arriba abajo y uno hizo un comentario que hizo reír a los que lo oyeron. En esto, llegó Luis con una botella de Dos Equis en la mano. Se puso en cuclillas, se apoyó en la pared con el tórax adelantado, echó atrás la cabeza y me observó con los ojos a la altura de la nariz. Había cierta arrogancia en su porte que evocaba la típica fanfarronería sexual de los marginados y los fuera de la ley. Fueran cuales fuesen sus intenciones, el resultado era el mismo: imponer sus derechos sobre mí. Los otros ensayaban distintas poses, pero de momento todo se reducía a eso.

En la mesa estalló una discusión entre los tres que hablaban mezclando la jerga mexicana con un inglés macarrónico. Yo no entendía una palabra, pero el tono dominante era de pendencia. Raymond vociferó no sé qué y me alegré de no poder traducirlo. El del lápiz volvió a sus formularios con una cara de pocos amigos que no presagiaba nada bueno.

Bibianna, sin hacer caso a nadie, dejó el bolso en una silla y se quitó los zapatos.

—Voy a ducharme —dijo, y salió de la habitación.

Raymond se dirigió al teléfono y marcó un número dándome a medias la espalda.

—¿Alfredo? Soy yo... —Bajó la voz hasta un punto en que ya no pude oírla. Mientras hablaba le vi sufrir otra serie de convulsiones como si ejecutase una pantomima o jugase mímicamente a adivinar palabras.

Procuré hacerme invisible mientras meditaba el plan de ataque. Miré a mi alrededor en busca de una silla, pero cambié de idea en el acto. Detrás de la puerta, a un metro de distancia, había un perro mastín. Ignoro cómo lo había pasado por alto, pero el caso es que allí estaba. Tenía el pecho y las patas blancas, la cabeza ancha y robusta, y las orejas le sobresalían igual que a un murciélago. Llevaba un collar de fuerza, de cuero erizado de púas metálicas. ¿Tendría algo que ver con el perro la sangre de la pared? Una cadena de aproximadamente un metro unía el collar a

la pata del sofá azul marino. El animal se me quedó mirando el cuello y emitió un gruñido ronroneante. La verdad es que ni siquiera en las circunstancias más favorables me llevo bien con los perros. Y difícilmente podría simpatizar con una fiera que parecía dispuesta a desgarrarme la yugular de un bocado.

Uno de los presentes le dio una orden en español, pero el animal, por lo visto, entendía este idioma tanto como yo. El individuo me señaló bruscamente con la cabeza y el nudo de la redecilla se le puso en mitad de la frente igual que una araña en su tela.

—No hagas movimientos bruscos ni le toques la cabeza, o te arrancará el brazo.

—Gracias por avisar. ¿Cómo se llama? —pregunté, rogando al cielo que no se llamara Cujo.

—*Perro* —dijo. Y añadió con una sonrisa—: Significa en español lo mismo que *dog* en inglés.

—¿Y eso lo has aprendido tú solo?

Todos se echaron a reír. ¡Caramba!, me dije. Si hablan mi idioma y todo. La sonrisa del individuo se transformó en mueca.

—Le caen mal las gringas.

Observé al perro y me apoyé en la otra pierna, con ánimo de alejarme. ¿Cómo podía saber el perro mi nacionalidad? Agachó las orejas y me enseñó la dentadura. Tensó tanto el belfo superior que le vi el interior de la nariz.

—Hola, *Perro* —canturreé—. Perrito. Chuchín. —Poco a poco fui apartando la mirada, convencida de que mirarle a los ojos era demasiado violento para la sensibilidad del animalito. Mal hecho. El perro se lanzó al ataque con un furioso ladrido que le sacudió el cuerpo entero. Lancé un chillido involuntario que los presentes creyeron que era de broma. Con la embestida arrastró el sofá unos diez centímetros en mi dirección, poniéndome casi al alcance de la bestia. De hecho sentía en la pierna el aliento que le brotaba con los ladridos y que me llegaba como una sucesión de ráfagas de aire caliente—. ¡Raymond!

Raymond, que seguía al teléfono, levantó una mano, molesto por la interrupción.

—¡Sujetad al perro, por favor! —repetí. Lo había dicho antes, pero en voz tan baja que ni siquiera yo lo había oído.

Raymond chasqueó los dedos y el perro se echó en el suelo. El tipo del *walkman* sonrió con superioridad al ver mi cara de alivio. Raymond tapó el auricular con la mano y llamó la atención del otro con la cabeza.

—Juan. Saca de aquí al perro. —Y volviéndose hacia mí—: ¿Te apetece una cerveza? Sírvela tú misma. En cuanto termine Bibianna, dúchate tú también, si quieres. —Volví a concentrarse en la conversación telefónica. No me moví.

Juan se sacó la pistola del cinturón y la dejó en la mesa a regañadientes. Cogió una correa del brazo del sofá y la sujetó al collar de fuerza de *Perro*. El chuchó hizo amago de darle una dentellada. Juan levantó el puño y estuvieron mirándose a los ojos durante un minuto. Juan tenía que ser de los que sacaban un diez en chulería, porque *Perro* se amilanó, corroborando mi sospecha de que los perros no son tan listos como dicen. Una gota de sudor me resbaló por la espalda, a la altura de los riñones.

En cuanto se llevaron al perro, me serví una cerveza y tomé asiento en un sillón tapizado que había al fondo de la habitación. Me senté con las piernas encogidas bajo el trasero porque no estaba segura de que el suelo estuviese libre de bichos. Nada podía hacer por el momento, salvo tomarme la cerveza. Apoyé la cabeza en el respaldo. La falsa explosión de vitalidad que había

experimentado en el coche había desaparecido y en su lugar no había más que cansancio. Me sentía pesada a causa del agotamiento, como si hubiese engordado de pronto por culpa de la tensión.



Creo que me quedé dormida, porque abrí los ojos y vi que me habían quitado la cerveza de la mano y me sacudían el brazo con suavidad. Me sobresalté y me quedé mirando con fijeza a la mujer que tenía al lado, tratando de orientarme. Ah, sí. Bibianna. Me sentía afectada todavía por el recuerdo del tiroteo entre Chago y Jimmy Tate. Luis y Raymond seguían en el piso, pero los demás se habían marchado.

Bibianna tenía mejor aspecto y parecía haber recuperado parte de la confianza que viera en ella al principio. Se había puesto un grueso albornoz blanco y se había envuelto el pelo en una toalla. Olía a jabón. Se había lavado la cara a conciencia y sus mejillas irradiaban ese aspecto saludable que es propio de los jóvenes. Se dirigió a la cocina y cogió una cerveza. Raymond, que seguía hablando por teléfono, la siguió con la mirada. Sentí un brote de compasión. Era un hombre apuesto, pero el no saber ocultar sus deseos le hacía parecer repugnante. Y ahora que el orgullo de Bibianna había vuelto a salir a la superficie, también lo había hecho la inseguridad de Raymond. Parecía necesitado e indeciso, cualidades que casi ninguna mujer encuentra atractivas. Al fanfarrón que había conocido hacía unas horas se le habían bajado mucho los humos. Sin duda se había dado cuenta de que a ella le importaba un bledo. El cetro del poder había cambiado de manos y, si antes lo empuñaba él, ahora lo empuñaba ella.

—Ven. Te prestaré algo de ropa —dijo.

—O me hago con un cepillo de dientes o reviento —murmuré mientras nos dirigíamos al dormitorio.

Bibianna se detuvo para mirar a Luis, que se había sentado en el banco de la cocina.

—Corre al Seven-Eleven y trae un par de cepillos de dientes.

No movió un músculo hasta que Raymond, impaciente, chasqueó con los dedos. Luis bajó de un salto de donde estaba sentado y se acercó a Raymond, que le entregó unos billetes arrugados. En cuanto se hubo ido, Raymond se volvió a Bibianna.

—Oye, no le hables de ese modo. Trabaja para mí, no para ti. Trátale con un poco de respeto.

Bibianna elevó los ojos al cielo y me hizo entrar en el dormitorio, cuyo mobiliario revelaba el mismo gusto decorativo que la otra estancia. La cama era de matrimonio, y encima de las sábanas de raso rojo había un edredón abultado. Las mesitas de noche y la cómoda parecían de conglomerado cubierto de chapa y ostentaban un «estilo español» resuelto a base de multitud de tiradores y bisagras de hierro forjado. Bibianna abrió la puerta del ropero.

—Cogió toda la ropa que tenía en la otra casa y la trajo aquí sin pedirme permiso siquiera —dijo—. Fíjate. Cree que me puede comprar, como si me exhibieran en un escaparate.

La barra de colgar las perchas estaba llena de vestidos y en el estante de la parte superior había tantos jerséis, zapatos y bolsos de mano que apenas cabían. Fue a la cómoda y se puso a abrir los cajones, que estaban llenos de ropa interior, casi toda nueva. Me pasó una braga roja de puntillas que ostentaba aún la etiqueta de la tienda donde la había comprado. Me alargó un sostén, pero le dije que no. No tenía sentido meter manzanas en un saco previsto para albergar melones. Además de ropa interior, me proveyó igualmente de zapatos, de una minifalda roja con cinturón rojo de cuero y de un blusón blanco de algodón, de mangas muy anchas y de escote redondo con cordoncillo.

—Escapa a la mínima oportunidad —me murmuró mientras me pasaba las prendas.

—¿Y Raymond?

—No te preocupes por eso. Sé manejarle.

—¿Va todo bien?

Raymond estaba en el umbral de la puerta. Se había quitado la chaqueta y los hombros parecían habersele encogido. Bibianna se encaró con él.

—¿Te importa mucho? Por si te interesa, estamos hablando de cosas privadas.

Raymond me miró confuso.

—Voy a ducharme —dije.

Me tendió una bolsa.

—El cepillo.

—Gracias.

Cogí la bolsa y crucé la puerta por delante de él, deseando huir de allí. No hay nada peor en este mundo que ver cómo una pareja se dispone a pelear. Los dos hacían intenciones disimuladas de ganarse mi simpatía y la tácita gestión de reclutamiento me producía retortijones en el estómago.

Entré en el lavabo de los huéspedes y eché el pestillo. Colgué la camiseta en el pomo para desanimar a cualquier mirón que quisiera espiar por el ojo de la cerradura. Los dedos de los pies se me encogieron al ver el estado del cuarto de baño, que tenía todo el encanto de las letrinas de un cuartel. Nunca me ha gustado andar descalza en los vestuarios públicos; allí el suelo parece estar siempre alfombrado de pelos, de horquillas oxidadas y Kleenex húmedos hechos bolas y en trance de descomposición. No describiré la pila. La mampara de vidrio de la ducha estaba resquebrajada y habían tratado de repararla con esparadrapo; el raíl por el que se deslizaba estaba cubierto de pegotes jabonosos. Entre el gancho de la ducha y la parte superior de la media bañera se extendía una mancha de forma oval. En el rincón había una botella de champú sin marca. La cogí con la boca fruncida por el asco.

Cubrí con papel higiénico los bordes de la taza y la utilicé para lo que servía. Entretanto, saqué del calcetín derecho el papel donde estaba apuntado el teléfono de Dolan. Me lo aprendí de memoria, rompí el papel en pedacitos diminutos, los eché a la taza y tiré de la cadena. La cañería no tragó el agua. Los trocitos de papel, semejantes al confeti, se pusieron a dar vueltas con mareante monotonía mientras subía el nivel del agua y se acercaba peligrosamente al borde. Fabuloso. La taza estaba a punto de desbordarse. Agité las manos mientras murmuraba: «Baja... baja». El agua se fue por fin, pero no me atreví a tirar otra vez de la cadena mientras la cisterna no se rellenase. Me llevé la mano a la oreja, pero no oí el menor indicio de que aquello ocurriese. Si Raymond entrara en aquel momento, ¿cogería los pedazos de papel para pegarlos con adhesivo transparente? No era probable.

Abrí la cisterna. Las paredes interiores estaban llenas de bolsas de plástico pegadas con cinta adhesiva... cocaína o heroína sin duda. La idea era digna de un genio. Si la policía registraba alguna vez el piso, *seguro* que aquello engañaría a los agentes. Una de las bolsas estaba empotrada bajo el mecanismo. La hice a un lado y bajé la palanca. La cisterna empezó a llenarse. El agua volvió a caer en la taza con ímpetu arrollador: habían triunfado el ingenio y el arte de la fontanería. Mi secreto corría camino del mar.

El agua de la ducha salió tibia al principio, pero me las apañé para asearme con una pastilla de jabón con la inscripción de un hotel «Ramada Inn». Me enjaboné el pelo y, cuando iba a aclarármelo, se acabó el agua caliente. Terminé a toda velocidad. La única toalla que había en el cuarto de baño era fina como el papel y estaba rígida y llena de mugre. Me sequé con la camiseta de tirantes y me vestí.

Cuando salí con la ropa sucia en la mano, el piso estaba en silencio. Miré en la sala de estar. Al parecer, Luis se había ido a su casa. Raymond y Bibianna no estaban en ningún lugar visible. La puerta del dormitorio principal estaba cerrada y distinguí voces que subían de tono. Acerqué el oído, pero como hablaban en español no entendí ni media palabra. Volví a la sala de estar. *Perro* estaba otra vez atado a la pata del sofá y mordisqueaba con entusiasmo la correa que limitaba sus movimientos. Nada más verme se incorporó y el pelo del lomo se le erizó. Bajó la cabeza y comenzó a emitir un ronroneo que le retumbaba en todo el pecho. Para llegar a la puerta de la calle no tenía más remedio que pasar a unos centímetros de sus mandíbulas. Me dije que no valía la pena.

El teléfono, que era de los de teclas musicales, lo había visto antes en la mesita del café, pero había desaparecido. Inspeccioné la sala sin el menor resultado. Al parecer, Raymond lo había desenchufado y se lo había llevado al dormitorio. Cuánta desconfianza. Me dirigí hacia el fondo, doblé a la izquierda y accedí a un corto pasillo. En el otro dormitorio sólo había un sofá destrozado y un colchón desnudo con un par de almohadas sin funda.

Fui a la ventana que daba a la calle. Quité el cierre, empujé la ventana de corredera enmarcada en aluminio y conseguí abrirla sin que chirriara demasiado. No buscaba una salida. Sencillamente, me gusta saber dónde estoy y qué puede hacerse en caso de emergencia. Me asomé con discreción y cambié de perspectiva para abarcar todas las direcciones posibles.

Por la derecha, la mugrienta fachada del edificio caía en vertical hasta la acera, que discurría a unos siete metros de distancia. No había balcones, ni terrazas, ni cornisas, ni árboles al alcance de la mano. Por lo que podía ver, era un barrio de freidurías y tugurios, talleres automovilísticos y billares, y tan desierto y en ruinas como un país en guerra. Al mirar hacia la izquierda, el corazón se me llenó de esperanza al ver una zigzagueante escalera metálica. En caso de necesidad, ya sabía por dónde volver al mundo.

Inspeccioné el dormitorio. Estaba tan cansada que apenas me tenía en pie. Opté por el sofá reventado, pero o yo era demasiado alta, o el mueble era demasiado pequeño. Los cojines olían a polvo y a tabaco rancio. Encogí las piernas y crucé los brazos para consolarme. La situación me traía sin cuidado. Yo sólo quería dormir.

Cuando desperté, por la luz que entraba en la habitación deduje que faltaba poco para las cuatro. Los días comenzaban ya a ser más cortos y la oscuridad anticipada anunciaba la proximidad del invierno. Por estas fechas empiezan a encenderse las estufas y las chimeneas. Se compra la leña y se almacena en los patios. Es la temporada en que los californianos, de común

acuerdo, sacan las prendas de lana y empiezan a quejarse del frío, cuando en realidad estamos sólo a 15 grados y muy probablemente nunca bajamos de ahí.

El piso seguía en silencio. Me levanté y fui de puntillas a la sala. *Perro* roncaba, pero pensé que no era más que una estratagema. Sin duda, él esperaba que yo tratara de fugarme deslizándome ante su hocico para saltar sobre mí y destrozarme el trasero a dentelladas. Me dirigí hacia la izquierda y entré en la zona habilitada como comedor, que estaba en línea con la cocina de estilo marinero. Había estado allí antes, para coger la cerveza, pero no me había detenido a comprobar si había alguna salida. Fue inútil. La pared del fondo estaba flanqueada por otras dos paredes y no había ninguna manera de salir por allí.

Eché un vistazo a la mesa de la cocina, todavía llena de papeles. Cogí un puñado y los hojeé. ¡Cielos! Bueno, por lo menos ya sabía qué había estado haciendo el sujeto cariacontecido. Aquellos tarados humedecían con la lengua la punta del lápiz y se dedicaban a rellenar impresos de seguros donde informaban acerca de accidentes falsos con un sentido de la gramática y de la ortografía que daba pena. «Lisión cerbical», «mogulladuras», «una parális mu fuerte en las paletillas». Uno había escrito: «íbamos pal norte y el vículo nos pego por endetras y nos tiró contra un poste de los telefonos. Yo me di con la cabeza en el para brisas y me ice mogulladuras. Endaqueel acídente tengo lisiones cerbicales y una parális en el cuello. También gaquecas mu fuertes, bision doble y dolores despalda».

El médico que figuraba en casi todos los impresos era un tal doctor A. Vázquez; le seguía en popularidad un quiromasajista llamado Frederick Howard. Al mirar los papeles con mayor detenimiento, advertí que todos los «accidentados» habían descrito su respectivo «accidente» con las mismas palabras. Tomás se había limitado a copiar y a repetir el informe en todos los impresos. Con información de última hora o sin ella, mi instinto detectivesco comenzó a desperezarse. Mi emoción crecía por momentos. Aquello era parte de lo que Dolan y Santos buscaban, la preparación de un golpe importante, con el nombre de los participantes escrito despacio y con buena letra. Hasta el momento no había visto ningún archivador, pero estaba claro que Raymond tenía que tener todos los papeles en algún sitio. Elegí al azar un formulario relleno, lo doblé con rapidez y me lo metí por el escote de la blusa. Dejé los restantes como los había encontrado y volví al dormitorio de los huéspedes, no sin hacer un poco de ruido. Cuando llegué a la puerta, vi a Raymond de pie junto a la ventana, curioseando en la bolsa de efectos personales con que había salido de la cárcel.

—Coge lo que quieras. Sólo me quedan diez dólares —le dije desde la puerta.

Si se sintió azorado porque le hubiera cogido por sorpresa, no lo manifestó de ningún modo. Se produjo una pausa mientras sufría una serie de espasmos que los dos pasamos por alto.

—¿Quién es Hannah Moore?

—¿Perdona?

—Tú no te llamas Hannah Moore.

—¿No? Pues vaya noticia. —Procuraba adoptar un tono que quería estar entre el desenfado y la confusión.

—El carnet de conducir es falso. —Tiró el documento al suelo y se concentró en los restantes artículos de la bolsa.

—Por si te interesa, me retiraron el carnet hace un mes —le dije en actitud cortante—. Un amigo que me aprecia me preparó el que has tirado. ¿Te molesta tal vez? —Me puse en

movimiento, recogí el carnet y le arrebaté la bolsa de un manotazo.

—No, no me molesta —dijo. Al parecer le había hecho gracia mi alarde de mal genio—. ¿Por qué te retiraron el carnet?

—Por conducir en estado de embriaguez. Me han cogido dos veces desde junio.

Ví que digería la información, pero me di cuenta de que aún dudaba sobre si debía creerme o no.

—¿Y si te para un policía y ve que es una falsificación?

—Pues volveré a la cárcel. ¿Te importa?

—¿Cómo te llamas, entonces?

—¿Y tú?

—¿Dónde tienes el coche?

—Fuera de servicio. Hay que arreglarle la transmisión y no tengo dinero.

Nos miramos a los ojos. Los suyos eran grandes y castaños, los más negros que había visto en mi vida. Necesitaba afeitarse, la barba de un día le ennegrecía el mentón. Se había puesto un pantalón informal y una camisa de seda de manga corta y de un azul verdoso cuya frialdad hacía que sus ojos parecieran cálidos. Su gusto indumentario era muy superior al que le asistía a la hora de decorar casas. Si lo que Santos me había contado era verdad, Raymond tenía que tener mucho dinero. Estiró el cuello de repente, giró la cabeza y gritó algo con la mano sobre la boca, como si estuviera tosiendo.

Oí que se abría la puerta del dormitorio principal. Un instante después entraba Bibianna en la habitación. Iba descalza y llevaba una combinación muy corta de seda, tan blanca que su piel parecía oscura. Se quedó en el umbral mientras encendía un cigarrillo y me observaba con curiosidad y ojos impenetrables. Se había recogido el pelo en un moño feísimo que le coronaba la cabeza. Desvió la mirada hacia Raymond.

—¿Dónde está el teléfono?

—Está estropeado.

—No está estropeado. Te vi utilizarlo hace un rato.

—Pues se ha estropeado. Además, no te hace falta.

—Quiero llamar a mi madre.

—En otra ocasión —dijo Raymond.

Ella se apartó con brusquedad de la puerta, giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo en dirección a la sala de estar. Raymond la siguió con los ojos. Un tic apenas perceptible había empezado a sacudirle los alrededores de la boca. Giró el cuello y agitó el brazo a la altura del hombro para aligerar la tensión. Aquel hombre tenía que acabar hecho polvo al final de cada jornada. Cabeceó en sentido negativo.

—No lo entiendo. Lo he hecho todo por ella. Le he comprado ropa. La he llevado a los mejores sitios, tiene todo lo que quiere. Y sin mover un dedo. Ni siquiera tiene que trabajar. ¿Te ha contado que hicimos un crucero en un barco de lujo? —Negué con la cabeza—. Pregúntale. Que te lo cuente. Había comida hasta para regalar. Había una fuente, un cisne de hielo que medía dos metros y que echaba *champagne* por el pico. Le he comprado esta casa. ¿Sabes qué dice ella? Que es una porquería. Odia este piso. ¿Qué le pasa? —Había agresividad en su desconcierto—. Dime qué he hecho mal, dime qué más quiere esta mujer.

—No sé mucho de problemas de pareja.

—¿Sabes dónde está el fallo? Soy demasiado amable. Esa es la verdad. Soy demasiado bueno con ella, pero no puedo evitarlo. Yo soy así. Lo teníamos todo preparado para la boda. ¿Te lo ha contado?

—Tú lo mencionaste de pasada, según creo.

—Me destrozó el corazón y aún no acabo de comprender por qué lo hizo...

—Tengo novedades para ti, Raymond. Si una persona no quiere una cosa, no le insistas.

—¿Se trata de eso? —Se quedó mirándome con tanta fijeza que durante un instante pensé que podía convencerle de que la dejase en paz. Se metió las manos en los bolsillos y adoptó un aire meditabundo en la penumbra del anochecer.

—¿Raymond? —exclamó Bibianna desde la sala de estar—. ¿Qué es esto?

—¿El qué?

Bibianna apareció en la puerta al cabo de unos segundos. Llevaba un objeto en la mano, una estrecha navaja automática con empuñadura de hueso. La hoja estaba manchada de sangre seca.

Raymond se quedó mirando la navaja.

—¿De dónde la has cogido?

—Estaba en el mármol de la cocina. Es tuya. La reconozco.

Raymond alargó la mano y eludió la primera pregunta. Pensé en las baldosas rotas, en la silla metálica, en las manchas de sangre de la pared. Bibianna titubeó y puso cara de preocupación, pero acabó por entregarle la navaja. El poder había vuelto a cambiar de manos. Raymond oprimió un botón del mango y la hoja se introdujo en la empuñadura. Se guardó el arma en el bolsillo del pantalón. Empezó a parpadear. Sacudió la cabeza hacia un lado y abrió la boca de par en par. Bibianna le observó con cautela.

—¿De dónde ha salido la sangre?

—Vístete. Salimos a cenar fuera. Ya le traeremos cualquier cosa a tu amiga.

Sentí el cosquilleo de la emoción que me producía la perspectiva de estar un rato sin que me vigilara nadie.

—¿Y por qué no viene Hannah? Tiene que estar muerta de hambre.

—Pues que se tome un plato de carne con chiles. Hay una cazuela en el horno.

—Déjalo, Bibianna —dije con indiferencia—, no es tan grave. Haré compañía al perro. — Como si el chucho y yo fuéramos amigos de toda la vida. Estaba rabiando por estar sola, deseosa de ponerme en contacto con Dolan mientras pudiese.

Se enzarzaron en una discusión interminable: adónde iban, qué se ponían, si esperaban a Luis o no para formar una especie de cuarteto. El estómago me saltaba de nerviosismo, pero no quería que se notara que estaba impaciente porque se marchasen. Raymond era partidario de esperar a Luis, pero Bibianna dijo que no quería cenar con el guardaespaldas y Raymond no insistió. Yo ya no podía más.

Se marcharon poco antes de las siete, tras un sinfín de discusiones y titubeos. *Perro* seguía junto a la puerta, como de costumbre, masticando la cadena. Tenía una de esas dentaduras que pueden verse en los esqueletos de dinosaurio que se exhiben en los museos paleontológicos, ideal para descuartizar cocodrilos y mamíferos de tamaño medio. En cuanto cerraron la puerta a sus espaldas, me dirigí al dormitorio de los huéspedes, me saqué de la pechera el formulario robado y lo puse debajo de uno de los cojines del sofá. Me dediqué a buscar entonces el teléfono desaparecido. Empecé por el dormitorio principal e inspeccioné todos los cajones. Como no podía creer que lo hubiera escondido entre las cosas de Bibianna, no miré en su cómoda y me dediqué a registrar la de Raymond, consciente de que la misma Bibianna había mirado ya en esos mismos rincones, aunque sin éxito.

El cajón superior de la izquierda estaba lleno de calcetines desparejados y de pañuelos doblados con torpeza. El cajón de la derecha contenía la típica colección de tonterías que la gente se resiste a tirar: cajas de cerillas, gemelos de camisa, agujas de corbata, unas pinzas para fumar colillas de porro, monedas, una cartera llena de compartimentos plastificados pero sin ninguna tarjeta de crédito. Vi una libreta de ahorros de color marrón con un saldo de 43.000 dólares. En el cajón inferior había camisas dobladas y debajo estaban los jerseys. En una caja, al fondo, vi dos pistolas. Una era una Mauser semiautomática del calibre 30 y culata de madera noble; estaba dentro de un estuche de compartimentos vaciados en los que había además un cargador de recambio, un cepillo de limpieza, una diana y una caja de cartuchos con forma de gollete de botella. Acerqué la cabeza y olisqueé el cañón sin tocarlo. No habían limpiado el arma, pero tampoco la habían utilizado últimamente. La otra pistola, una SIG-Sauer P-220, del calibre 38 súper, probablemente valía 350 dólares. ¿Y si me quedaba con una? No; en aquella situación, imposible. No era prudente. Debajo de la caja había una serie de carnets californianos de conducir con un surtido de nombres diferentes. Anoté mentalmente que me los llevaría en cuanto se presentara la ocasión. Volví a poner la caja de las pistolas encima de los documentos.

Miré el ropero de arriba abajo y registré todos los montones de ropa donde podría esconderse un teléfono. Miré debajo de la cama, inspeccioné los cajones de las mesitas de noche. Entré en el cuarto de baño principal, que era mayor que el otro pero no más limpio. El botiquín era demasiado pequeño para guardar nada. Metí la mano en la cesta de la ropa sucia. Al fondo estaba el teléfono. Lancé un gritito y lo saqué de debajo de un amasijo de ropa interior sucia. Sabía que había un enchufe en la sala de estar, pero estaba demasiado nerviosa para conectarlo allí. Luis volvería en cualquier momento. No quería que me encontrara con el auricular en la mano.

Miré los zócalos del dormitorio, por si había otro enchufe de teléfono. No vi ninguno cerca. Me puse a gatas y recorrí el perímetro de la habitación, arrastrando conmigo el aparato mientras escrutaba debajo de la cómoda y de la mesita de noche. Por fin localicé uno en el fragmento de pared que quedaba detrás de la cama de matrimonio, aproximadamente en el centro. Me puse boca abajo, estiré el brazo por entre los ovillos de polvo y conseguí introducir la pequeña clavija en el enchufe de la pared. Me encontraba tendida en el suelo entre la cama y la cómoda cuando el perro se puso a ladrar. Luis. ¡Mierda! Desenchufé el cable y lo saqué de debajo de la cama. *Perro* ladraba tan fuerte que no sabía si Luis había entrado ya o no. Me dirigí corriendo al cuarto de baño y nada más entrar enrollé el cable en el aparato.

—¡Eh! ¿Dónde están todos? —Había entrado.

—¿Luis? ¿Eres tú? Estoy en el lavabo —exclamé.

Metí el teléfono en el fondo de la cesta y lo cubrí como pude con ropa sucia. Me miré en el espejo y me quité un pelo canino del labio. Acababa de envolverme la cabeza con una toalla, igual que un turbante, cuando apareció Luis en la puerta. Se había puesto una camisa de franela. Las mangas largas le ocultaban los bonitos tatuajes de los brazos, pero aun así distinguí dos pares de patas de palmípedo a la altura de las muñecas. Inspeccionó el cuarto de baño. Se volvió a mirarme con suspicacia.

—¿Dónde está Raymond?

—Se ha ido con Bibianna.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Bibianna me dijo que podía utilizar su secador —dije, rogando al cielo que Bibianna tuviese secador. Miré de reojo hacia la cesta de la ropa. Un fragmento del cordón telefónico sobresalía por la parte superior. Me apoyé en la otra pierna para que Luis no lo viese—. Estaré lista en un segundo.

Se quedó mirándome. Tenía la cara ovalada, los pómulos altos y la mandíbula ligeramente puntiaguda. La dentadura parecía sana, pero la delgadez de los labios le daba aire de mala persona, impresión que el patético bigote no hacía sino acentuar. El pelo, negro y liso, lo llevaba peinado hacia atrás, rematado en una coleta que no había visto antes a causa del gorro de punto. No creo que hubiera cumplido los treinta.

—¿Te dijeron a qué hora volverían?

—¿Te importa que hablemos después? Quiero secarme la cabeza —dije. Fui a cerrar la puerta y el movimiento le obligó a quitar el pie que lo impedía. Cerré con gestos exagerados, aguardé medio segundo y abrí de golpe. Se enderezó avergonzado. Colgó los pulgares de las presillas del pantalón y se alejó con indiferencia hacia la sala de estar.

—Eres muy atento —le dije, y cerré de un portazo para subrayar mis palabras. Encontré el secador y lo puse en marcha, lo dejé en la tapa de la taza, enrollé el cordón del teléfono y puse el aparato en el fondo de la cesta, donde lo había encontrado. Volví a poner encima la ropa sucia. Una vez cerrada la cesta, me miré el pelo en el espejo. Cogí el zumbante secador y me doblé por la cintura hasta quedar cabeza abajo. Me eché un chorro de aire caliente en la nuca. Al enderezarme, el pelo no había mejorado, pero tenía un aspecto diferente, como un espino sin hojas. Apagué el secador y me dirigí a la sala de estar.

La primera parte de la noche transcurrió apaciblemente. Como a Luis no le atormentaban ni la curiosidad ni los problemas intelectuales, hablamos muy poco. Él se encontraba en el extremo del



sofá opuesto al perro y yo en el sillón. Puso la televisión. El ámbito de su atención era reducido y no tenía paciencia para lo complicado. De vez en cuando, hacía algo que ponía de manifiesto que era consciente de mi presencia; no era nada directo, pero sí perceptible. Su sexualidad era tan opresiva como el perfume del azahar en una noche de verano con bochorno. Veía varios programas a la vez, cambiando continuamente de canal con el mando a distancia. El perro me miraba con fijeza entre las persecuciones automovilísticas y las risas grabadas, y cada vez que, por casualidad, lo miraba yo a él, parecía fruncir el entrecejo.

A las diez y veinte llegaron Raymond y Bibianna con un paquete de comida de un Kentucky Fried Chicken. Tenía tanta hambre que me zampé cinco trozos de pollo, una ración de puré de patatas sazonado con un polvillo marrón, una cajita cuadrada llena de repollo troceado, tres tostadas deformes y una especie de Donut relleno de aire. Luis comió al tiempo que yo y apuré al final todo lo que quedaba. A eso de las doce, Bibianna me dio una manta y un pijama. Me encaminé hacia lo que yo consideraba ya mi dormitorio. Cerré la puerta, me desnudé, me puse el pijama y me acomodé en el sofá lleno de protuberancias.

Desperté sobresaltada. Al principio no supe dónde estaba ni qué ocurría. Todo estaba oscuro y en silencio. Medio amnésica a causa del sopor, me esforcé por escrutar las tinieblas e inspeccioné la habitación en que me encontraba. La claridad que entraba de la calle producía un débil resplandor amarillo en el techo. En el aire flotaba un olorcillo a tortas de maíz fritas con tocino. Me acordé de Raymond. ¿Me había despertado algún ruido? Fuera lo que fuese, sin duda lo había incorporado al mundo de los sueños, y se había desvanecido al despertar. No quedaba más que la impresión de pesadez e intranquilidad que me había dejado el sueño. Intuía la presencia de alguien en la habitación. Mis ojos se adaptaban a la oscuridad a ritmo creciente. Dividí el campo visual en sectores que escruté uno por uno. El corazón me dio un vuelco. La puerta de la habitación pareció entreabrirse de pronto ¿Luis? Me esforcé por distinguir los perfiles contra el débil resplandor del pasillo. La puerta se abrió del todo como un agujero de crecientes dimensiones que llenara la oscuridad.

—¿Qué quieres? —murmuré.

Silencio.

Oí una especie de tictac sordo y un objeto metálico que se arrastraba por el suelo. Sentí una punzada de miedo. Era el perro. Recordé que le había visto masticar la correa yuxtapuesta a la cadena que lo sujetaba. Sólo Dios sabía cuánto tiempo llevaba en libertad y recorriendo el piso. Ví la sombra de su cabeza cerca del suelo y el brillo de sus ojos oscuros. No tenía ningún arma al alcance de la mano, nada con que defenderme. Parecía olisquear el aire en busca de olor humano. Si me quedaba totalmente inmóvil, puede que perdiera el interés y se alejara hacia la habitación donde dormían Bibianna y Raymond. Contuve la respiración. El mastín avanzó hacia el sofá, donde estaba yo, más tiesa que una escoba, y al andar producía una sucesión de golpecitos rítmicos en el suelo de madera. Me encontraba echada sobre el costado derecho y mi cara estaba casi a la altura de su cabeza. Tenía el brazo derecho encogido, pero el izquierdo, falto de punto de apoyo, colgaba del borde del sofá. El perro alargó el hocico hasta que me rozó con la nariz correosa los dedos de la mano izquierda. Sentí los bigotes de su morro en la muñeca. Esperé sin moverme. Empecé a apartar la mano con escrúpulo milimétrico. Oí un gruñido sordo y prolongado. Interrumpí todo movimiento, temerosa incluso de encoger los dedos. Se acercó un poco más hasta apoyar la papada en el borde del sofá, con las fauces a la altura de mi boca.

Emitió una especie de gemido. El cerebro se me vació por completo. Al cabo de unos segundos se encaramó junto a mí en el sofá y me puso las huesudas patas delanteras encima. Alargué la mano y le acaricié entre las orejas. Me lamió la palma de la mano.

—Creí que no soportabas que te tocaran la cabeza —dije con indignación. Estaba claro que era mentira. Me puse a frotarle detrás de la oreja. El animal jadeó de contento. Su calor no tardó en envolverme desde el pecho hasta las rodillas. No me atreví a quejarme, aunque echaba una peste que se las traía. Era la primera vez que estaba con un compañero de cama que olía a perrito caliente. Cuando volví a despertar, el perro se había ido.

Es sorprendente la rapidez con que nos adaptamos a los entornos desconocidos y a las circunstancias anormales. Por la mañana la casa me pareció un lugar familiar, aunque en cierto sentido «cucarachesco». Bibianna me prestó una camiseta estampada y limpia, que conjunté con la minifalda roja. Luis preparó un desayuno a base de frijoles y tortitas de queso, que acompañamos con Pepsi-Cola. Minutos más tarde, el ramalazo de impertinencia higiénica que caracteriza mi modo de ser resplandecía en toda su gloria. Busqué una esponja y detergente líquido y atacé las superficies del cuarto de baño, fregué el suelo, la pila, la taza, la bañera y las mugrientas baldosas que rodeaban la ducha. Ordené a Bibianna que sacara las bolsas de basura de la cocina y limpié el fregadero, la bandeja de los quemadores y los mármoles. El mastín estaba otra vez de guardia junto a la puerta. Al igual que los amores de una sola noche, el muy ingrato me hacía el mismo caso que le habría hecho a una farola y gruñía amenazadoramente cada vez que le miraba a los ojos. No es que yo esperase una lealtad incondicional, pero un sencillo gesto de reconocimiento habría aliviado mi vanidad herida.

Raymond se marchó a las nueve en punto sin una palabra de explicación. Bibianna volvió a la cama. ¿Se habría enclaustrado en sí misma con drogas o con somníferos para no tener que responder a las demandas sexuales de Raymond?

Me sorprendió ver que Luis se encargaba de la cocina. Al parecer, había llegado a la conclusión de que ya era hora de utilizarla. Puede que se hubiese inspirado al verme restregar la costra que cubría la bandeja de los quemadores y rascar con un cuchillo la grasienta porquería que llenaba los intersticios de las baldosas. Ningún bípedo de aquella casa parecía conocer la existencia de los platos de verdad. Al limpiar la cocina, había tirado a la basura montañas de platos de cartón y doce juegos de cubiertos de plástico. La vajilla restante —vasos de plástico, útiles de cocina con pegotes secos de marisco— la había dejado en remojo en un fregadero lleno de agua que había calentado previamente. Luis puso manos a la obra poco después de concluir yo mi faena. ¿Se desplazaría él también de puntillas por el cuarto de baño cuando nadie le veía, para no pisar con los pies descalzos la capa de suciedad que cubría el suelo? Como no tenía nada mejor que hacer, me acerqué al mármol de la cocina y me quedé observándole.

La ocasión puso de manifiesto ciertos aspectos ocultos de su naturaleza. Afrontó el trabajo dividiéndolo en operaciones breves, concretas y precisas. Peló una cebolla. Aplastó varios dientes de ajo con la hoja plana de un cuchillo tras quitarles la crujiente envoltura. Asó chiles, les quitó las pepitas, los peló y los troceó. El olor se metía hasta la pituitaria, pero despertaba el apetito. Estaba totalmente enfrascado en lo que hacía, tan absorto como una mujer al maquillarse. Siempre me han fascinado las operaciones que se ejecutan con pericia. Abrió una lata grande de tomate triturado y la vació en la sartén que yo había fregado antes. Añadió las cebollas, el ajo y los chiles. Trabajaba con método y con fastidioso sentido del orden. Se trataba, evidentemente, de

un comportamiento aprendido, pero ¿quién se lo había enseñado? El ambiente empezó a llenarse de un aroma maravilloso.

—¿Qué es?

—Salsa de enchiladas.

—Huele muy bien. —Me apoyé en el mármol de la cocina sin saber cómo articular la pregunta que iba a formularle a continuación—. ¿Qué pasará con Chago? ¿Se le podrá enterrar decentemente?

Luis se concentró en la sartén para no mirarme a los ojos.

—Raymond ha hablado con la policía. No devolverán el cadáver hasta que se le haya hecho la autopsia. Puede que sea mañana mismo, pero no quisieron decir cuándo.

—¿Tiene más hermanos?

—Juan y Ricardo. Estuvieron aquí ayer.

—¿Y sus padres?

—Al padre lo encerraron por corrupción de menores. Cuando se supo lo que le había hecho a Raymond, lo liquidaron en la cárcel.

—¿Qué le hizo?

Alzó los ojos para mirarme.

—Nunca habla de aquello y yo no hago preguntas. —Volvió a concentrarse en la sartén, que crepitaba de un modo hipnótico—. La madre se fue de casa cuando Raymond tenía siete u ocho años.

—¿Es el mayor?

—De los varones. Tiene además tres hermanas que le odian a muerte. Culpan a Raymond de lo que le pasó a sus padres.

—Otra infancia feliz —dije—. ¿Cuánto hace que le conoces?

—Seis, ocho meses. Contacté con él por mediación de un captador suyo que se llamaba Jesús. Bibianna apareció en la puerta con una manta sobre los hombros, igual que una india.

—¿Ha vuelto Raymond?

Luis negó con la cabeza.

Desapareció del umbral y minutos después oí el agua de la ducha. Luis dejó la sartén a fuego lento y se preparó para sacar a pasear al perro. Al coger la correa advirtió el sector mordisqueado. Oí que murmuraba un «Mierda» de preocupación. Mantuve la boca cerrada, pensando que a lo mejor engendraba cierto sentido de la lealtad en el animal. Luis ató la correa como pudo al collar de *Perro* y los dos salieron a la calle.

En aquel punto reapareció Bibianna, ya totalmente vestida. Cogió una baraja manoseada, se sentó en el suelo junto a la mesa del café y empezó a hacer solitarios. Me pasó por la cabeza utilizar el teléfono, pero no quería llamar a Dolan con Bibianna en los alrededores. Cuanto menos supiera sobre mí, mejor. Puse la tele. El día tenía ya un carácter raro —ocioso, caótico, carente de interés o finalidad—, como unas vacaciones impuestas en un balneario barato.

Bibianna parecía preocupada. No me gustaba aprovecharme, pero casi nunca estábamos solas y necesitaba información.

—¿Se pone violento con frecuencia? —le pregunté.

Me miró con expresión sombría.

—Hay días que no. En según qué ocasiones —puntualizó—, sólo dos o tres veces por semana.

Respecto a la enfermedad, Chago me dijo que todo empezó cuando era muy pequeño. Hacía guiños con los ojos y a continuación le daban espasmos; las toses y gemidos le empezaron poco después. Su padre creía que lo hacía adrede, para llamar la atención, y le pegaba por eso. Hizo también otra cosa y lo metieron en la cárcel. Pobre Raymond. En la escuela no paraba, siempre se metía en líos. Seguramente por eso les dejó la madre...

—¿Y tiene estos ataques desde entonces? ¿No ha habido ningún cambio desde que le conoces?

—Recuerdo una temporada en que casi se recuperó, pero le reaparecieron al cabo del tiempo, y con más violencia que nunca.

—¿No pueden hacer nada los médicos?

—¿Qué médicos? No quiere ver a ningún médico. La sexualidad le tranquiliza a veces. El alcohol, dormir, las drogas. Una vez cogió la gripe y tuvo cuarenta de fiebre. Los ataques se le pasaron por completo, ni siquiera parpadeaba. Estuvo así dos días. En cuanto se le fue la gripe, le volvieron los tics, y encima haciendo cosas raras con las manos y humedeciéndose los labios continuamente. No quiero seguir hablando de esto. Me deprime.

Raymond regresó poco antes de comer con un periódico doblado y una caja de Donuts. Luis y el perro entraron a continuación. Si Raymond estaba pesaroso por la muerte del hermano, yo no se lo noté. Aquel día parecía tener menos tics que de costumbre, aunque no me atreví a jurarlo. Salía de la sala de estar de vez en cuando y empecé a recelar que se desahogaba en el dormitorio. O iba a eso o a pincharse. Echada de través en el sillón y aplaudiendo con los zapatos, empezaba ya a interesarme por el culebrón impresentable que daban en la tele cuando vi que Raymond y Luis tomaban asiento ante la mesa de la cocina y se ponían a hablar en español. Aproveché los anuncios para dirigirme a la cocina y servirme un vaso de agua. Me demoré para mirar por encima del hombro de Raymond y averiguar qué hacían. Fue un acto de espionaje puro, pero Raymond no pareció concederle ninguna importancia. Lo que había tomado antes por prensa diaria era en realidad un periodicucho de anuncios por palabras que se distribuía gratis. Luis buscó la sección de automóviles y dobló el periódico por allí. Miré la fecha en la parte superior. Jueves, 27 de octubre. Sin duda eran anuncios que estarían en vigor durante el fin de semana que estaba al caer. Luis pasó por alto los camiones, furgonetas y vehículos de importación, y se concentró en los coches de fabricación nacional que estaban en venta.

—Aquí hay uno —dijo Luis. Con un rotulador de tinta fosforescente trazó un círculo alrededor de un anuncio que ofrecía un Cadillac de 1979. Me incliné un poco más y leí: «Buen estado. 999\$. PN».

—¿Qué es PN? —pregunté. Lo sabía, pero quería que me vieran interesada y pensé que la apuesta más segura consistía en manifestar ignorancia.

—Precio negociable —dijo Raymond—. ¿Quieres un Cadillac?

—¿Quién? ¿Yo? No especialmente.

—A mí me gusta este Chrysler Córdoba —dijo Raymond a Luis, señalando el siguiente anuncio. Luis dibujó un huevo barrigudo alrededor de un «blanco 1977. Estado/aspecto perfectos. 895\$/PN». La referencia de ambos anuncios era un teléfono.

Raymond se levantó y salió de la cocina, volvió con el teléfono y lo conectó al enchufe de la pared. Cogí una silla y tomé asiento. Luis continuó señalando anuncios mientras Raymond hacía llamadas para preguntar por los coches que les interesaban y tomar nota de la dirección correspondiente. Al agotar los anuncios y terminar con las llamadas, Luis elaboró una lista en un

papel.

Raymond se volvió a mirarme.

—¿Tienes seguro automovilístico?

—Pues claro.

—¿En qué condiciones?

Me encogí de hombros.

—En las que exige la ley. Pero voy a rescindir la póliza. Tal como tengo el coche, no me sirve de nada.

—¿Cubre los daños que hagas a otros y todos los que sufras tú en un accidente?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No me la sé de memoria. Los papeles los tengo en Santa Teresa.

—¿Podría darte esa información la compañía directamente?

—Supongo. Si consultan los archivos...

—Si la póliza cubre todos los daños resultantes de un accidente, puede que valga la pena pagar la reparación de tu coche. —Raymond descolgó el teléfono y me alargó el auricular—. Llama.

—¿Ahora?

—¿Qué problema hay?

—Ninguno en absoluto —dije con una carcajada de nerviosismo. El corazón empezó a latirme a cien por hora. Las palpitations me retumbaban de tal modo que bajé la vista para ver si repercutían en la pechera de la camiseta. La mente se me quedó en blanco durante unos segundos. No recordaba el teléfono de La Fidelidad de California, tampoco me acordaba del número especial que me había dado Dolan, y en cualquier caso no sabía a cuál de los dos me convenía llamar. Cogí el auricular.

Marqué el prefijo 805 con la esperanza de no echarlo todo a perder. De manera automática, mis dedos pulsaron las teclas correspondientes al teléfono de La Fidelidad, produciendo una melodía electrónica que sonó más o menos como una canción infantil. ¿Se habría puesto Dolan en contacto con Mac Voorhies? ¿Y si se descubría todo por culpa de aquella llamada?

Oí dos timbrazos. Darcy se puso al habla. Rogué al cielo que no me reconociera cuando dije:

—Por favor, ¿podría hablar con el señor Voorhies?

—Un momento, por favor. Voy a ver si está en su despacho.

Interrumpió la comunicación y la música ambiental inundó el limbo telefónico con los compases de *How High the Moon*. A pesar de mi resistencia, la letra se me quedó grabada en el cerebro. Me acordé de Dawna y me pregunté durante cuánto tiempo la retendría la policía. Herida o no, era una individuo peligrosa.

Mac se puso al habla.

—Voorhies.

—Señor Voorhies, me llamo Hannah Moore. He contratado con ustedes un seguro de automóvil y quisiera comprobar la cobertura de la póliza.

Se produjo un silencio absoluto. Sabía que había reconocido mi voz. Raymond pegó la cabeza a la mía y movió lateralmente el auricular para oír la charla.

Mac titubeó. Le oí improvisar una contestación mientras se esforzaba por adivinar lo que ocurría y lo que podría decir sin ponerme en peligro. Me conocía lo suficiente para saber que no le habría llamado para hablarle de aquel modo si no hubiera tenido poderosas razones.

—¿Ha sufrido usted algún accidente? —preguntó con tiento.

—No, no. Verá... es que le he dicho a un amigo que me preste su coche y la única condición que me ha puesto es que mi póliza cubra todos los riesgos. —La cara de Raymond estaba a diez centímetros de la mía. Distinguía el olor de su loción para después del afeitado y su aliento, cálido y linfático.

—Entiendo —dijo Mac—. ¿Está su amigo con usted?

—En efecto.

—¿Tiene a mano el número de póliza?

—No. El agente que la preparó se llama Con Dolan.

Raymond se apartó, cogió un papel y garabateó una frase: «Pregunta si cubre los accidentes de tráfico». Me revienta que me den instrucciones cuando hablo por teléfono. Me señaló la nota golpeándola con el índice y le hice un aspaviento.

—Verá —añadí—, lo que me interesa es saber si cubre todos los daños resultantes de un accidente de tráfico.

Se produjo otra pausa forzada. Sonreí a Raymond mientras Mac emitía un carraspeo.

—Mire, señorita...

—Moore.

—Eso es, Moore. Mire, voy a tener que localizar al señor Dolan. Sucede que ya no trabaja en la compañía, aunque creo que sigue en la ciudad. Consultaré los archivos y me pondré en contacto con usted. ¿Puedo llamarla a algún sitio esta tarde?

Raymond apartó la cabeza y se llevó el dedo a los labios.

—Me temo que no —dije—. Estoy de paso en Los Angeles, en casa de mi amigo, pero no sé cuánto tiempo me quedará. Si me dice a qué hora le viene bien, puedo volver a llamarle.

—A eso de las cinco. Supongo que a esa hora ya habré conseguido la información que solicita.

—Muchísimas gracias. —Entregué el auricular a Raymond y lo depositó en la horquilla.

—¿Qué ha dicho?

—Que tiene que mirarlo. He de llamarle esta tarde a las cinco.

—Pero el seguro sigue vigente, ¿no?

—Ya te dije que sí.

Raymond y Luis cambiaron una mirada. El primero volvió la cabeza para observar a Bibianna, que seguía haciendo solitarios.

—Ponte algo encima —le dijo—. Nos vamos. —Y a mí—: Si necesitas un jersey o una cazadora, pídeselo a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nos vamos de batida.

—Ya me explicaréis qué es eso —dije.

Tomamos Sepulveda Boulevard en dirección norte, hacia Culver City, con Luis al volante. Bibianna parecía de mal humor y guardaba silencio en el asiento trasero; Raymond, cuando no hablaba por teléfono, se dedicaba a acariciarla, a toquetearla, a molestarla en términos generales, alardeando del dinero que pensaba ganar, de todo lo que había hecho y de los grandes planes que tenía para los dos. Aquel tipo se merecía que le dijeran cuatro cosas. Estaba claro que todo le iba a salir mal. Aparte de que Bibianna era ya (sin que él lo supiese) la «señora Tate», nunca daría la cara por él. A las mujeres no les gusta que los hombres hablen de sí mismos. A las mujeres les gusta hablar de cosas reales, por ejemplo de sentimientos, sin ir más lejos, de los suyos. Raymond, por lo visto, pensaba que ella aún no estaba convencida de lo mucho que la quería. Y yo tenía ganas de gritarle: «¡Está convencida, so zopenco! Lo que pasa es que tus sentimientos le importan una comino».

Nos detuvimos en la primera dirección.

El Cadillac de 1979, un Seville negro, estaba estacionado junto a la acera. Al lado había un negro musculoso con un gorro de baño de color rosa, una lágrima tatuada en la mejilla y un pendiente de oro en el lóbulo izquierdo. Os juro que no me lo estoy inventando. Llevaba una camiseta estampada, unos tejanos raídos y una cartera sujeta al cinturón. Entre el bigote, las barbas de chivo, la sonrisita de pícaro y el hueco que se le veía entre los incisivos, estaba realmente precioso. Bibianna se quedó en el coche, pero yo bajé y me puse a mirar y a escuchar mientras los hombres se enzarzaban en una larga y aburrida transacción. Raymond sufrió en el ínterin varias crisis espasmódicas que al negro parecieron traerle sin cuidado, ya que se limitó a apartar la mirada. Me pasó por la cabeza que en determinados círculos habrían tratado a Raymond igual que a esos troncos andantes que lo tienen todo amputado. Me entraron ganas de defenderle y decir: «Por favor, no te burles de él, que es de nacimiento».

El «precio negociable» se quedó en 100 dólares menos de los 999 que figuraban en el anuncio. Raymond se apartó un poco y sacó un grueso cilindro de billetes sujetos con una goma. Se puso la goma en la muñeca y contó los billetes hasta completar la cantidad. Firmaron el documento de venta, que cambió de manos, aunque estaba claro que Raymond no lo iba a llevar a la Dirección de Tráfico. Los delincuentes habituales no se preocupan nunca por estas cosas. Hacen lo que les viene en gana, mientras los demás nos sentimos obligados a obedecer las reglas del juego.

El negro se alejó en cuanto terminó la transacción. Raymond y Luis inspeccionaron el vehículo, que parecía en buen estado. El baño cromado del parachoques se había desconchado en algunos puntos y el intermitente trasero de la derecha estaba roto. Los neumáticos estaban totalmente gastados, pero la carrocería no presentaba ninguna abolladura digna de mención. El tapizado interior era de color gris y en el asiento del copiloto había un siete cosido con hilo negro. El suelo, tanto de la parte delantera como de la trasera, estaba alfombrado de envases de comida instantánea, latas de refrescos, paquetes de tabaco estrujados y periódicos. Luis tardó varios minutos en tirarlo todo junto al bordillo de la acera y con el contenido de los ceniceros formó una montañita de colillas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Raymond.

No alcanzaba a comprender por qué le interesaba mi opinión.

—Mejor que todas las cafeteras que he conducido hasta hoy.

Introdujo un dedo en el llavero y se golpeó la palma con las llaves.

—Pues todos adentro. Bibianna irá con él.

Me volví a mirar el Ford verde oscuro en que estaba Bibianna. Se había enderezado en el asiento trasero y se arreglaba el pelo negro y brillante con ayuda del espejo retrovisor. Subí al Cadillac. Raymond se puso ante el volante y se ajustó el cinturón de seguridad.

—Abróchate —dijo—. Vamos a tener un accidente.

—¿Con un coche sin asegurar? —exclamé con sorpresa—. Pero si acabamos de comprarlo...

—Tú tranquila. Llamaré a mi agente después. Siempre hace lo que le digo.

Me abroché el cinturón e imaginé que tenía el cuello enyesado.

En aquel vehículo, todo —las cerraduras, los frenos y las ventanillas— funcionaba a base de botones. Raymond puso en marcha el motor, que resucitó entre rugidos. Ajustó el retrovisor y esperó a que un Toyota plateado pasara a toda velocidad para salir de la zona de estacionamiento.

Apreté un botón y las ventanillas subieron con un zumbido apenas perceptible.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —pregunté.

—Ya lo verás.

Al parecer, no nos dirigíamos a ningún sitio concreto. Cruzamos Palms por Venice Boulevard, doblamos a la derecha para entrar en Sepulveda y llegamos a una zona que se llama Mar Vista. Eran barrios de casas unifamiliares pintadas de blanco y con un pequeño jardín, y de árboles medio muertos cuyas hojas suspiraban por el oxígeno que la contaminación no podía darles. Raymond inspeccionaba las calles como un patrullero en busca de los detalles reveladores del delito en ciernes.

—¿Qué es una batida?

—Pues está claro: ir de un sitio a otro en busca de un accidente. A los coches les llamamos «cubos». Tengo toda una flota de cubos, un ejército de conductores haciendo exactamente lo mismo que nosotros. Tú eres un «fantasma».

Sonreí.

—¿Y eso por qué?

—Porque no cobras y por tanto es como si no existieras.

—¿Y por qué no cobro?

—Porque eres una aprendiz. Tú sólo estás aquí para hacer bulto.

—Vaya, gracias —dije. Me volví para mirar por la ventanilla que tenía a la derecha—. ¿Qué



buscamos entonces?

Me dirigió una mirada penetrante con la suspicacia pintada en las facciones.

—Quiero aprender —añadí.

—Una víctima. Las llamamos «victis» —dijo al cabo de un rato—. Gente que se salta una señal de stop, que sale del garaje marcha atrás bloqueando la calzada, que abandona bruscamente la acera...

—¿Y qué se hace entonces?

Sonrió para sí.

—Darle un trompazo. Conviene que sea por detrás, porque así se nota el estropicio y no se hace daño a nadie.

Dimos vueltas durante una hora aproximadamente y no vimos ni un solo infractor del código. Raymond ardía de impaciencia, pero por extraño que parezca no sufrió ninguna crisis espasmódica durante la batida. Puede que el trabajo le calmara el vapuleado sistema nervioso.

—Ponme a prueba —dije.

—¿Hablas en serio?

—Si sale bien, quiero el dinero. ¿Cuánto se cobra?

—Cien dólares al día.

—No me engañes. Tienes montañas de dinero y quiero un trato justo.

—Si serás bruja... —murmuró.

Cambiamos de sitio. Tardé un minuto en acercar un poco más el asiento delantero al freno y al acelerador. Puse en marcha el Cadillac. Ya habíamos recorrido Lincoln Boulevard y nos encontrábamos en las afueras de Santa Monica. Doblé a la izquierda al llegar a Pico y accedí a Ocean Avenue por San Vicente. Raymond no había prestado atención, pero cuando vio la dirección que seguíamos, me miró con sorpresa.

—¿No te gusta Venice?

—Me gusta más Beverly Hills —dije. La idea pareció intranquilizarle al principio, pero es indudable que comenzó a resultarle atractiva. Fuimos hasta Sunset Boulevard y nos dirigimos al este, bordeando la zona norte del inmenso campus de la Universidad de California-Los Angeles. Nada más dejar atrás el Beverly Hills Hotel, doblé a la derecha y entré en Rexford. Era relajante ir de batida por aquellas calles anchas y flanqueadas de árboles. Allí estaban las «terrazas» de Beverly Hills. Los pisos eran enormes e iban de una punta a otra de la manzana. El césped de todos los jardines era de un verde intenso, los setos estaban bien podados y los jardineros barrían las hojas caídas que cubrían los senderos. Los sicómoros y los robles sombreaban la zona verde que se extendía entre la acera y la calzada. Las vallas impedían ver las canchas de tenis privadas. A cada tanto entreveía una piscina y la correspondiente caseta de vestuario. El semáforo del cruce con Santa Monica Boulevard estaba verde. Me introduje en el centro del barrio comercial de Beverly Hills.

Sabía que, técnicamente, con aquello de las batidas estaba jugando con fuego. Lo único que recordaba de la época de la academia de policía en relación con las misiones secretas era que iba contra el «bien público» que un agente de la ley participara en la comisión de un delito o incitase a alguien a cometerlo. Por suerte, yo no era agente de la ley y, si en última instancia se ponía fea la cosa, sería la palabra de Raymond contra la mía. Ayudar a Raymond a simular unos cuantos accidentes fraudulentos me parecía la forma más rápida de convencerle de que mi interés no era

fingido.

Raymond miraba por la ventana con actitud intranquila.

—Aquí no hay nada que hacer.

—¿Qué te apuestas? —Acababa de ver un Mercedes último modelo que en ese momento salía, con el intermitente izquierdo parpadeando, de un aparcamiento situado en mitad de la manzana. Era un cuatro puertas de color negro con una matrícula privada que decía BULLMKT. Lo conducía una mujer de unos cuarenta años, pelo rubio y gafas de sol grandes y redondas que le habían resbalado hasta la punta de la nariz. Reduje la velocidad y me disculpé mentalmente por los pecados que iba a cometer. Pisé el freno a fondo e hice una seña a la otra conductora para que terminase la maniobra. La conductora me dio las gracias con la mano y con una sonrisa que puso al descubierto una dentadura perfecta.

—Pero ¿qué haces?

—Cederle el paso —dije con inocencia.

En cuanto el Mercedes se me puso delante, apreté el acelerador y le di un golpe por detrás. Fue igual que en los autos de choque, y con la misma mezcla morbosa de culpabilidad y emoción placentera. Le había hecho la abolladura en el sitio perfecto. La mujer lanzó un chillido, giró la cabeza y se me quedó mirando con la boca abierta por el asombro.

Raymond había salido ya del Cadillac.

—Pero ¿dónde le han dado a usted el carnet de conducir? ¡Se nos ha echado encima, señora!

Bajé, fui a la parte delantera del vehículo y vi un faro roto y más desconchados en el parachoques. Nada serio. Los daños sufridos por el otro coche ascendían por lo menos a 6.000 dólares. La conductora se había repuesto de la estupefacción inicial, bajó del Mercedes y cerró dando un portazo. Iba vestida para jugar a tenis, falda corta y blanca, polo a rayas blancas y verdes, piernas largas y bronceadas, calcetines cortos y zapatillas inmaculadamente blancas y adornadas con sendas borlas de un verde llamativo. El guardabarros izquierdo del Mercedes, hasta hacía muy poco de un negro más brillante que el charol, ostentaba ahora una abolladura de dimensiones considerables, y el extremo del parachoques se había doblado hacia adentro. La portezuela del portaequipajes tendría que abrirse con palanqueta. Vi que la cara de la mujer se ponía más roja que un tomate mientras revisaba los daños. Se volvió hecha una furia y me señaló con el dedo.

—¡Cretina, más que cretina! Usted me cedió el paso.

—¡Mentira! —dijo Raymond.

—¡Verdad!

—Mentira —intervine para dejar claro de qué parte estaba.

—¡Fíjese en mi coche! —dijo Raymond—. Acabamos de comprarlo y mire cómo ha quedado.

—¿Su coche? ¿Y el mío?

Me llevé la mano al cuello y Raymond me miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Creo que sí —dije sin convicción.

Giré el cuello con una mueca.

Raymond abandonó la actitud iracunda y adoptó un aire de calma estudiada, que surtió un efecto mucho mayor.

—Señora, espero que tenga usted un buen seguro, porque si no...

La tarde estuvo jalonada por la intermitente competición atropelladora de Raymond, surrealista por la puesta en escena, deprimente por los efectos. Volvimos sobre nuestros pasos y de Beverly Hills nos dirigimos a Brentwood, pasando por Westwood, y luego, en dirección sur, otra vez a Santa Monica. Buscábamos las zonas colapsadas con el ojo puesto en las infracciones menores, los descuidos y los errores de cálculo. Raymond llevaba un minucioso registro de los accidentes que simulábamos; aquella tarde fueron cuatro en total y tomó nota del lugar y la hora, del nombre del otro conductor y de su compañía de seguros.

El Cadillac se comportó como un ariete de primera y, en comparación con los daños que infligimos a los otros conductores, los suyos fueron insignificantes. Las víctimas parecían en cierto modo dispuestas a dejarse engañar y se sentían afligidas, culpables, a veces enfadadas, pero por lo general se mostraban preocupadas por la posibilidad de afrontar un juicio económicamente desastroso. Yo interpreté mi papel de ciudadana honrada que se veía envuelta en un desaguado injusto y fingía dolores repentinos en el cuello o la espalda, aunque evitaba mirar cara a cara a las víctimas. No se me daban bien los engaños de aquella clase, y si podía perpetrarlos era porque recurría al mismo desapego emocional que adopto cuando entro en el depósito de cadáveres. A Raymond, por supuesto, sólo le interesaban las indemnizaciones que pudieran obtenerse por los daños sufridos por el vehículo y por las lesiones que a consecuencia de los mismos pudiéramos fingir. La larga práctica había perfeccionado sus malas artes.

Se me quitó un gran peso de encima cuando, a las cuatro, dio la orden de retirada. Yo había estado al volante durante los dos primeros accidentes. Luego había conducido Raymond. Buscó un acceso para salir a la 405 y nos dirigimos al sur, a casa. Me sentía como una viajante de comercio que va con su jefe. Las preguntas que le hacía eran tan elementales como las que le habría formulado una periodista novata.

—¿Qué experiencia tienes en el oficio? —dije, como si quisiera averiguar si estaba capacitado para colaborar en la *Enciclopedia Británica*.

—Me lo enseñó un tipo cuando yo empezaba a buscarme la vida. Como ahora está en la cárcel, la empresa la llevo yo.

—Algo así como un ascenso.

—Exacto. Ni más ni menos. Tengo una escudería de médicos y abogados que se encargan de poner todos los papeles en orden. Yo me limito a supervisar y punto. Si la temporada es floja, también yo me echo a la calle para hacer algún trabajito. Así no pierdo la práctica.

—¿Y en qué consiste tu trabajo, en aportar reclamantes?

—Pues claro. ¿Qué crees que hemos hecho esta tarde? En la actualidad tengo diez en nómina, pero siempre hay altibajos. No es fácil encontrar personal competente.

Me eché a reír.

—Te creo.

—Voy a contarte un secretito, la clave para administrar eficazmente una empresa. No te fíes nunca del que tengas inmediatamente debajo en la pirámide del poder. Nunca le cuentes nada comprometedor.

—¿Porque podría ambicionar tu puesto?

—Exactamente. El segundón siempre está dispuesto a apuñalarte por la espalda. Fíjate en Luis. Lo quiero como a un hermano, pero hay cosas que no le cuento, gente a la que no ve. De ese modo no tengo que temer nada, ¿comprendes?

—Seguro que ganas mucho dinero.

Negó con la cabeza.

—Mucho, no. Más que un ministro. Suelo embolsarme alrededor de mil dólares por caso, según la gravedad de la «lesión». El médico o el quiromasajista se quedan con mil quinientos aproximadamente.

—Jesús. Es increíble. ¿Qué hacen, hinchar las facturas?

—A veces. También cobran por servicios que no han prestado. La compañía de seguros no se da cuenta y, en cualquier caso, el médico sabe lo que se hace. No olvides que además hay un abogado —dijo. Sonrió con ironía—. Yo me llevo el mejor pellizco, por supuesto.

—¿Porque arriesgas más?

—Porque lo preparo todo. Compró los coches, pago a los captadores. Tener en circulación un solo equipo me cuesta entre cinco y seis de los grandes. Multiplícalo por diez, por veinte equipos que trabajan siete días a la semana. Es un montón de dinero.

—Eso parece —dijo y abandoné el tema.

Estuvimos callados un buen rato. Aunque no me entretuve haciendo cálculos exactos, era evidente que las cantidades en juego eran elevadas. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento. No costaba verle el lado atractivo. Para un sujeto como Raymond, el dinero era preferible al trabajo honrado de todos los días. También yo podría ganar más dinero chocando contra coches que haciendo de detective. Aunque, como es lógico, tenía su aspecto negativo. Con tantos choques y golpetazos, la cabeza me dolía y tenía el cuello en tensión. Me di un masaje en los músculos del hombro para tonificarlos.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo el cuello entumecido.

—Toma, y yo —dijo en un arranque autoparódico. Me miró con atención—. ¿Lo dices en serio?

—Raymond, hemos tenido cuatro accidentes de tráfico. Casi me caigo del asiento en el último. Y todo por no avisarme.

—¿Quieres que te vea un médico? Yo me encargo de todo. Termoterapia, ultrasonidos, lo que quieras. La empresa corre con los gastos.

—Según cómo me encuentre cuando volvamos. ¿Dónde está Bibianna ahora? Espero no ser yo la única que anda arriesgando el cuello por las calles.

—Está con Luis, de batida, igual que nosotros.

—Menos mal.

Me miró como si quisiera averiguar mi estado de ánimo.

—¿Te gusta el oficio?

—Bueno, es mucho mejor que ganarse la vida trabajando.

Esbozó una sonrisa y volvió a posar los ojos en la carretera.

—Desde luego que sí.

Nos detuvimos unos momentos en Autorreparaciones Buddy, frente a la casa donde vivía Raymond. El garaje propiamente dicho estaba en la esquina de un amplio recinto que abarcaba toda la manzana. En la otra esquina había una caseta de metal ondulado, rodeada de chasis, guardabarros, parachoques, motores, neumáticos. Una valla de tela metálica rota por mil sitios rodeaba un terreno que tendría aproximadamente una hectárea y que estaba lleno de coches

estropeados y piezas sueltas de todas clases. Un rótulo decía: AUTORRESCATE BUDDY ABIERTO 6 DÍAS A LA SEMANA. SE COMPRAN COCHES Y CAMIONES A PRECIOS INMEJORABLES. EL MEJOR SURTIDO DE RECAMBIOS USADOS DE TODA CALIFORNIA SUR. Un perro, un robusto rottweiler negro, con más arrugas en la cabeza que un tronco de árbol, dormía en el suelo junto a una camioneta.

—¿También Buddy trabaja para ti? —dije.

—*Yo soy Buddy.* El negocio lo dirige un tipo que se llama Chopper. Vuelvo enseguida —murmuró mientras bajaba del coche. Raymond, por lo visto, llevaba el taller de reparaciones en colaboración con un servicio de autogrúas y rescate de vehículos, y seguramente desguazaba los coches cuando había explotado al máximo sus posibilidades.

Esperé hasta que hubo entrado en el garaje, bajé del coche y me dirigí muy despacio hacia la máquina de Pepsi que había al cruzar la puerta. Invertí el tiempo que me pareció oportuno en introducir las monedas en la ranura y coger la lata de Pepsi-Light. La abrí y tomé un sorbo mientras observaba con aire indiferente todo lo que había a mi alrededor. No había nadie más a la vista ni evidencia alguna de que nadie estuviese trabajando. El sol del atardecer dibujaba franjas amarillas en el resquebrajado suelo de hormigón. El aire olía a aceite, a neumáticos viejos, a metal caliente. Una pirámide de barriles metálicos colocados en sentido horizontal servía para almacenar toda clase de piezas oxidadas. Ví a Raymond por la puerta abierta de una construcción que utilizaban como oficina. El edificio, de tejado plano, parecía haber sido una pequeña casa particular en su vida anterior. Entre el edificio y la valla había un remolque de pequeñas dimensiones que prolongaba el espacio oficinesco. Para que entrase el aire, las láminas rectangulares de vidrio de un par de ventanas ajustables estaban ligeramente abiertas. Había una cama de madera apoyada contra el remolque y, a un costado de este, un pequeño rótulo advertía que el lugar estaba protegido con alarma antirrobo, pero no me lo tomé en serio. Cualquier parecido entre aquel taller y un banco o una joyería era pura coincidencia.

Raymond terminó lo que estuviese haciendo y salió del garaje con un individuo al que llamó Chopper al presentármelo. Era un cuarentón de ascendencia anglosajona, achaparrado y de pelo raleante. Respiraba con dificultad y tenía la cara perlada de sudor.

—Un perro estupendo —dije, con la esperanza de congraciarme con el dueño.

—Se llama *Bruto*. —Chopper lanzó un silbido penetrante, *Bruto* despertó servilmente y se incorporó con esfuerzo. El pobre chucho era más viejo que Matusalén y su anquilosamiento le hacía avanzar por etapas y con un movimiento oscilatorio. Cuando estuvo cerca, advertí que tenía el pelo negro espolvoreado de blanco. Se detuvo junto a mí con humildad. Le acerqué la mano al hocico y me la lamió. Me puse más blanda que un flan por culpa del animalejo.

Raymond y Chopper dieron por terminado lo que se llevaran entre manos, dejamos el coche donde estaba y volvimos a casa andando.

Bibianna había vuelto ya y estaba sentada a la mesa de la cocina, pintándose las uñas de un rojo brillante. Llevaba unos pantalones cortos de color rojo y una blusa muy escotada por detrás y con estampados tropicales rojos, negros, blancos y verde oliva. Se había recogido el pelo y lo llevaba anudado en espiral en lo alto de la cabeza. Luis había sacado al perro de paseo. Me asombró que Bibianna no hubiese aprovechado la ocasión para escapar. Raymond se había olvidado de esconder el teléfono. Al parecer no se dio cuenta, pero seguro que Bibianna se había fijado. Hacía caso omiso del aparato de una manera tan estudiada que no tuve más remedio que pensar que ya lo había utilizado. La miré a los ojos y la interrogué visualmente, pero siguió tan inexpresiva como antes. ¿A quién habría llamado? ¿A su madre? ¿A Jimmy Tate? ¿Habría salido ya este de la cárcel?

Raymond consultó la hora.

—Eh, son casi las cinco. Tienes que llamar a tu agente de seguros.

La conversación con Mac no duró mucho. Raymond me dejó resolver el contencioso sin acercar la oreja a la mía. Me identifiqué como Hannah Moore y Darcy me puso al habla con Mac, que me detalló la cobertura de mi póliza de modo que no despertara las sospechas de quienquiera que estuviese escuchando.

—El señor Dolan me ha confirmado que la póliza cubre toda clase de accidentes. ¿Conserva su teléfono?

—Sí, lo tengo. Gracias por la información.

—De nada —dijo—. Y tenga cuidado.

—No se preocupe.

Cuando hube colgado, terminé lo que había empezado a apuntar: número de la póliza, porcentaje que tenía que pagar yo en caso de siniestro, constancia de que la póliza cubría todas las responsabilidades derivadas de daños a terceros, constancia de que cubría igualmente toda clase de accidentes de tráfico, alcance de la cobertura médica e indemnización en caso de fallecimiento. Daba por hecho que Mac había preparado una póliza especial, a nombre de «Hannah Moore», que en el ordenador llevaría una indicación de alerta para estar sobre aviso en caso de que se presentase una reclamación. Di a Raymond el número de la póliza y los datos que me había comunicado Mac.

Poco después oí que *Perro* se removía en el rellano de la escalera, que resollaba y jadeaba mientras tiraba de la correa. Luis abrió la puerta y el chucho entró dando saltos. En algún oscuro rincón de su cerebro, que no abultaría más que un perdigón, el animal había hecho las paces consigo mismo y llegó a la conclusión de que me recordaba. Se lanzó sobre mí lleno de alegría,

golpeando a Bibianna al saltar por encima de sus piernas. Al llegar a mi altura se puso derecho y apoyó las zarpas en mis hombros para que pudiésemos mirarnos a los ojos. Me apoyé de lado en la mesa de la cocina y me pasó la lengua por la boca. Bibianna se había alejado del animal con un chillido y con las manos en alto para que el perro no le echara a perder el esmalte de las uñas. Raymond chasqueó los dedos, pero el animal estaba demasiado enfrascado en los matices del amor verdadero para hacerle caso. Raymond lanzó un grito que trató de disimular tosiendo. Le entreví la cara en el momento en que los ojos se le disparaban hacia la parte superior de las órbitas. Los tics se apoderaron de su boca, el labio inferior se le encogió de un modo grotesco. Sacudió dos veces la cabeza hacia la izquierda mientras se le abría la boca. El mal genio se apoderó de él y se lanzó sobre el perro, pero no consiguió darle más que un puñetazo de refilón en el lomo. El animal dio un gruñido y contraatacó. Raymond le asestó un puñetazo en el hocico. *Perro* lanzó un gemido y se alejó atemorizado. Me interpose en la trayectoria del puño de Raymond para impedir el siguiente golpe y Bibianna se lanzó sobre él. Raymond apartó a Bibianna con el antebrazo y me arrolló al pasar. Y habría golpeado otra vez al perro, pero Luis cogió a este por el collar y lo arrastró hacia la puerta. Raymond se detuvo jadeando y parpadeando a un ritmo frenético. La rabia y la ferocidad que había en su cara daban realmente miedo, sobre todo porque su violencia se había dirigido contra el pobre animal. Mastín o no, *Perro* era más manso que un buey y había que defenderlo.

Bibianna dio un empujón a Raymond, que se desplomó en una silla.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Raymond se frotó el puño mientras recuperaba poco a poco el autodomínio. Luis y el animal desaparecieron. El corazón se me aceleró con retraso. Raymond jadeaba. Ví que sacudía la cabeza. Sacudió el brazo a la altura del hombro y giró el cuello para relajar los músculos. La tensión del ambiente empezó a desaparecer.

La mirada de Raymond se centró en Bibianna, que lo sujetaba por los hombros para impedir que se levantara de la silla. Se sentó a horcajadas sobre los muslos del hombre, que quedó inmobilizado por las piernas largas y perfectas de Bibianna. Dos noches antes le había visto hacer el mismo movimiento con Tate. Costaba creer que hubiese estado con Jimmy hacía menos de cuarenta y ocho horas.

Raymond la miró con fijeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Todo está perfectamente —dijo Bibianna con brusquedad—. Luis se ha ido con el perro a dar un paseo.

La crisis había pasado. Empezaba a percibir los cambios que sufría el estado de ánimo de Raymond. La furia le estimulaba sexualmente. Antes de que pudiera recorrer con las manos los muslos de Bibianna, esta se despegó de él como si descabalgara un caballo. Se alisó los pantalones cortos, se dirigió al televisor y cogió la baraja que había encima.

—Vamos a jugar al *gin rummy* —dijo—. A cinco centavos el punto.

Raymond sonrió con tolerancia y sin duda con la intención de echarle el guante después.

Cuando Luis volvió con el perro, Bibianna me prestó unos tejanos, una camiseta y unas zapatillas de deporte para salir a cenar. Nos fuimos los cuatro a pie y nos adentramos en la tenebrosa zona comercial que había junto al complejo de viviendas. Cruzamos un aparcamiento vacío y entramos por la puerta trasera de una casa de comidas que se llamaba El Pollo Norteño.

Era un local ruidoso con suelo de baldosas de material sintético y paredes revestidas de láminas de plástico. Parecía pequeño, casi claustrofóbico, a causa de las parrillas llameantes de la parte trasera. En un espetón que daba vueltas sin parar se habían ensartado no sé cuántos pollos de pellejo tostado, crujiente y brillante a causa de la grasa. El ruido era ensordecedor; los golpes irregulares y continuos de los cuchillos que partían los pollos en mitades y cuartos contrapunteaban la música de los mariachis. El menú estaba descrito en un tablón, detrás de la caja registradora. Hicimos el pedido en el mostrador, cogimos cuatro cervezas y deambulamos en busca de un reservado. La casa de comidas estaba hasta los topes de gente y los parroquianos desfilaban hacia una terraza provisional de madera que, en realidad, constituía un progreso. Hacía menos ruido fuera y era un alivio sentir el fresco de la noche californiana. Momentos más tarde aparecía una camarera con lo que habíamos pedido, platos de cartón y cubiertos de plástico. Desmenuzamos el pollo con las manos, pusimos los trozos de carne asada en tortas blandas de maíz y encima echamos judías pintas y salsa recién hecha. Fue como un *gag* de manos grasientas y barbillas chorreantes. Al terminar nos fuimos a un bar que había al lado mismo, el Aztlán. Eran ya las nueve de la noche.

El Aztlán era enorme, estaba lleno de humo, mal iluminado y ocupado casi en exclusiva por hispanos de ojos que a aquella hora ya se habían vuelto vidriosos a causa del alcohol consumido. Las risas se sucedían en estallidos reiterados y broncos que me parecían malintencionados y agresivos y me resultaban muy molestos. Todo parecía bajo control en la superficie, pero por debajo palpataba la imprevisible y bullente violencia de la juventud. La música sudamericana sonaba a todo volumen y obligaba a hablar en voz alta, con una furia que ni siquiera el jolgorio podía disimular. Me puse a imitar a Bibianna, que parecía estar alerta, con la sexualidad bajo siete llaves. El intercambio de bromas e insinuaciones que había visto en El Matadero brillaba allí por su ausencia. Raymond se irritaba con mucha facilidad y las intenciones de Bibianna se habrían malinterpretado. Luis parecía encontrarse en su ambiente y avanzó contoneándose hacia la barra con su gallardía habitual. Con la camiseta blanca como la nieve, sus brazos desnudos eran un tebeo móvil, el Pato Lucas y el Pato Donald en negro y amarillo furiosos.

Mientras Luis se hacía con cuatro cervezas, nos abrimos paso entre la multitud, camino del fondo. En otra sala, que era la mitad de grande que la anterior, había tres mesas de billar, dos ocupadas. Los tapetes de fieltro eran tan verdes como islas cubiertas de vegetación bajo las lámparas. El parpadeo de las bombillitas navideñas de colores, que probablemente estaban allí todo el año, rasgaba la oscuridad del techo. Raymond encontró un reservado vacío y Bibianna se sentó en la parte de la pared. Yo iba detrás de ellos, a cierta distancia a causa del gentío que no dejaba de moverse. Una mano me cogió por el brazo y detuvo mi avance.

—Eh, muñeca. ¿Juegas al billar?

Yo conocía aquella voz.

Me volví. Era Tate.

Sentí que el corazón se me disparaba, temerosa de la reacción de Raymond. Me volví a mirar a Bibianna de manera automática. Estaba encogida en el reservado, con la cara vuelta hacia mí. Debí de reconocer a Tate más o menos al mismo tiempo que yo, porque estaba muy pálida.

—Vayamos tranquilamente hacia la mesa de billar —dijo Tate en voz baja—. ¿Sabe Raymond que fui yo quien mató a Chago?

—Serías hombre muerto si lo supiera —murmuré—. Cogieron a Dawna antes de que pudiese



contárselo todo. ¿Por qué no desapareces mientras estás en situación de hacerlo?

Me cogió del brazo y me condujo hacia la mesa de billar.

—¿No estás contenta de verme?

Cerré los ojos durante unos instantes.

—¡Dios mío, Tate! Aléjate de mí. ¿Qué haces en este sitio?

Me cogió la mano. Le seguí hasta el bastidor donde estaban los tacos de billar y vi que elegía uno.

—Quería ver a Bibianna. ¿Te ha contado lo nuestro?

—Pues claro. Podrías habérmelo dicho tú, si hubieras confiado en mí.

—No tuve tiempo. Estaba ocupado disparando a los malos. —Alzó el taco y se lo llevó al hombro como si fuera un fusil—. Pum.

—¿Cómo supiste dónde estábamos?

—Coge un taco —dijo.

Demasiado distraída para fijarme en detalles, cogí uno al azar, aunque la verdad es que no sé distinguir un taco del palo de una escoba.

—Ese no, mujer. —Me dio otro taco y siguió hablando como si se tratara de una conversación normal y corriente—. Es el lugar favorito de Raymond. No hace falta ser Sherlock Holmes para adivinar dónde estaría. Por cierto, si Raymond se acerca y quiere saber qué pasa, dile la verdad, que fuimos juntos a la escuela.

—¿Cómo saliste de la cárcel? Creí que estabas arruinado. ¿A cuánto asciende la fianza por una acusación de asesinato, a doscientos mil dólares?

—Doscientos cincuenta. Un amigo que vive en Montebello puso su casa como garantía. Mi abogado consiguió que me la rebajaran a cien billetes. Estoy en libertad bajo fianza y avalado por terceros.

—¿Y puedes salir del condado?

—Deja de preocuparte. Es legal. Convencí al juez de que me diera un permiso de ocho horas. Le dije que echaba de menos a mi mujer. Tengo que estar en Santa Teresa a las seis de la madrugada o volverán a encerrarme. —Ordenó las bolas con el triángulo de madera y comenzó la partida. Las bolas se dispersaron por todas partes produciendo agradables chasquidos.

—Pero ¿a qué jugamos? Hace años que no me acerco a una mesa de billar.

—El primero que mete bola, elige las lisas o las rayadas. Gana quien mete todas las suyas. Te toca a ti.

—Eres un encanto —dije sin mucha convicción—. Dime a cuál he de darle y sigamos hablando.

—¿Crees que podré estar a solas con ella?

—No.

—¿Le dirás algo de mi parte? ¿Que haré todo lo posible por llevármela de aquí?

—Pues claro.

Continuamos la partida. Jimmy Tate fingía enseñarme y yo fingía seguir sus instrucciones, pero todo el interés se concentraba en la tensa conversación que sosteníamos mientras sonreíamos como benditos. Esperaba que, de lejos, pareciéramos amantes en potencia al individuo que no dudaría en matarnos si averiguaba lo que sucedía realmente. Tate disfrutaba de lo lindo. Aquello era lo que le gustaba, estar en primera línea, en medio del fuego antiaéreo, arriesgándose en

nombre de nadie sabía qué. Yo sentía la misma angustia que si me fueran a poner una inyección antitetánica. Algo malo estaba a punto de pasar y no sabía por qué puerta salir corriendo.

—¿Cuidarás de ella?

—Soy la defensora de los débiles —dije—. Pero estoy harta. No vuelvo a hacerlo en mi vida. Nunca más.

Sonrió.

—Eso te pasa por ser una entrometida.

—Sí señor, has acertado.

Tate despejó la mesa y fuimos a reunimos con los otros tres, que permanecían apiñados en el reservado. Luis se levantó y me senté junto a Tate, que estuvo muy caballeroso conmigo. Luis cogió una silla libre y la acercó a la mesa. Creo que era la primera vez que yo hacía de tapadera en una amistad peligrosa. Aunque suelo mentir en circunstancias normales, fingir un ligue es un asunto peliagudo. Me sentía torpe y falsa, reacciones que no pasaban desapercibidas a Raymond, cuyo radar le informaba de la presencia de un avión enemigo en los alrededores. Sentía sus ojos sondeándome con una pregunta a medio formular. A lo mejor me despedía por boba. La verdad es que me comportaba con Jimmy como una mojigata y se notaba a un kilómetro.

Tate empezó a burlarse de mí bajo la penetrante mirada de Bibianna. Esta fingía desinterés, pero estaba claro que no perdía ripio. Al margen de que la situación me daba pánico, me alegraba de la reaparición de Tate. Antes de verle no me había dado cuenta de lo sola que estaba. Aún me sentía inerte, desde luego —y más con él allí—, pero por lo menos tenía un amigo y sabía por experiencia que, si llegaba el caso, arriesgaría la vida por mí.

Bibianna, otra vez en la esfera visual de Jimmy Tate, dio comienzo a la danza ritual. No había nada manifiesto en lo que hacía, pero aprovechaba los movimientos con que por otra parte quería complacer a Raymond: pegaba su brazo al de él o se apoyaba para frotarle el brazo con el pecho. Bibianna y Tate evitaban mirarse a los ojos; aparentaban tanta indiferencia que, si no hubiera sabido cuál era la verdadera relación que les unía, habría pensado que se tenían antipatía. La partida que jugaban era en consecuencia mucho más peligrosa. Las mejillas de Bibianna enrojecieron de manera inevitable. Vi aflorar la sexualidad, la reacción ancestral e inefable que se experimenta en presencia del otro. Me parecía increíble que Raymond no se diera cuenta de lo que pasaba. El único indicio visible de sus emociones internas era la reaparición de los tics, que le daban una vez por minuto.

Saltaba a la vista que se había sensibilizado su sentido del derecho territorial. Respondiera esto o no a lo que realmente ocurría, Tate seguía siendo un macho que no sólo estaba en su terreno, sino además muy cerca de su hembra. Raymond pareció crecerse y trató de arrastrar a Tate a una irresistible competición de fanfarronadas, a un certamen de chulería verbal. Era la versión masculina del exhibicionismo grosero y agresivo con que coquetean muchas mujeres. Preferí no oír lo que decían, ya que sólo se trataba de bravatas en plan peleas de gallo, alimentadas por el alcohol y la testosterona. Me sentía incapaz incluso de calcular la posible reacción de Tate cuando se enterase de que Bibianna dormía con Raymond. La situación habría podido ser divertida si mis neuronas no hubieran estado tan en tensión.

Luis era todo ojos. Durante unos instantes se desprendió de la máscara de neutralidad que llevaba habitualmente y tuve ocasión de ver el primer indicio de la astuta inteligencia que se ocultaba tras ella. Detrás de sus ojos impassibles acechaba un animal lleno de viveza, tanto más

peligroso por el hecho de saber camuflarse cuando le convenía. El animal volvió a esconderse. Luis se retrepó en la silla y apoyó un brazo en el respaldo. Cogió la cerveza por el gollete de la botella y engulló un largo trago. Cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar, advertí que había recuperado la arrogancia, la superioridad de que hace gala el macho cuando trata con seres inferiores.

La noche no parecía tener fin. La música sudamericana me sacaba de quicio; o era estrepitosa y frenética, o de un sentimentalismo agobiante. La atmósfera estaba saturada de humo y olor de cerveza. Lo único que realmente me importaba era estar cerca de Tate, cuya cara curtida por el sol era el único refugio a mi alcance. Le invité a bailar, entre otras cosas para alejarle de Raymond, que no tenía un pelo de tonto. Instigados por la situación, todos bebimos demasiado. Al día siguiente me encontraría fatal, pero en aquellos momentos no me importaba. Seguro que encontraría sitio en el cuarto de baño y me dejarían pasar el día tranquila con la cabeza metida en la taza del retrete.

Nos fuimos a las dos de la madrugada. Al salir del bar nos despedimos de Tate. Di gracias al cielo por haber salido ilesa de la situación, sin puñetazos, enfrentamientos ni lágrimas. Cuando llegamos a casa, Luis se fue con el Cadillac. Subí las escaleras delante de Raymond y Bibianna, y me hice a un lado para que el primero abriese la puerta. El perro seguía en el vestíbulo igual que un centinela y levantó la maciza cabeza para mirarme cuando pasé junto a él. Por lo menos tuvo la delicadeza de no gruñir.

Fui a mi habitación, me puse el pijama y me dirigí al cuarto de baño. La puerta del lavabo principal estaba cerrada. Por el modo en que Raymond había estado mirando a Bibianna, supe que el deseo masculino volvía a estar a flor de piel. Para evitar altercados, la mujer no iba a tener más remedio que someterse. Lo sentí por ella. ¿Hay algo peor que acostarse con una persona a la que no se desea, encontrarse en una situación en la que la intimidad se impone por la fuerza? Me lavé la cara, me cepillé los dientes, apagué la luz del lavabo y entré descalza en el dormitorio. Abrí una ventana y observé la calle, distraída, primero en una dirección, luego en la otra. No se veía un alma. En aquella hora de quietud, incluso la pobreza, bañada por el claro de luna, podía resultar atractiva. La suciedad y el desorden desaparecen y lo defectuoso se nos presenta dotado de una integridad armónica. La acera de hormigón parecía de plata a la luz de la luna y la calle poseía un matiz algo más oscuro. Pasó un coche muy despacio. ¿Sería Jimmy Tate? ¿Le obsesionaría la idea de que Bibianna pudiese estar en la cama con otro? Me acordé de Daniel, mi segundo exmarido, cuya traición sexual me había hecho sufrir tanto en otra época. Cuando el amor ha muerto, nos cuesta recordar por qué nos importaba hasta tal extremo.

Oí los golpes ahogados y rítmicos que daba la cama en la pared del otro dormitorio. Alcé la cabeza y recuperé la sobriedad de repente: me di cuenta de que, si actuaba deprisa, era la ocasión ideal para hacer algo útil y provechoso. Me quité el pijama y me puse los tejanos. Metí la cabeza en la camiseta, me calcé las zapatillas deportivas de Bibianna y me las até a toda velocidad. Quitó el pestillo de la ventana de corredera y la abrí; el marco de aluminio produjo un roce muy ligero al deslizarse por la guía.

Hacía frío y la brisa me acarició el rostro. El callejón que se abría entre nuestro edificio y el contiguo estaba vacío y a oscuras. El olor de la contaminación y el aroma salobre del mar se mezclaban de un modo embriagador. Me senté en el alféizar y alcancé el rellano de las escaleras de metal. El alcohol ingerido mitigaba los efectos del nerviosismo que me habría devorado en

otras circunstancias. El corazón me latía con fuerza y me producía un efecto estimulante. Después de un período de pasividad forzada, estar otra vez en movimiento, la posibilidad misma de entrar en acción, me resultaba muy excitante.

Las zapatillas apenas hicieron ruido cuando pasé ante la ventana del dormitorio de Raymond. Contuve la respiración, aunque las cortinas del dormitorio, que estaban corridas, seguían agitándose al ritmo del golpeteo de la cabecera de la cama. Inicié el descenso sin producir más que un roce seco y ligero allí donde las suelas de goma tocaban el metal. Al llegar abajo me detuve para orientarme. Las densas sombras que proyectaba el edificio me protegían. Eran casi las tres, la calle estaba vacía y el barrio en silencio. El tráfico de la gran avenida que discurría a media manzana de distancia era fragmentario y discontinuo. Había luna llena y brillaba en lo alto de la cúpula celeste. El alumbrado municipal de Los Angeles proyectaba un resplandor ceniciento sobre el firmamento nocturno que impedía ver las estrellas. Cuando me acostumbré a la oscuridad, empecé a distinguir la luz pálida y transparente de la luna. Salí del callejón que se abría entre los dos edificios. Giré a la derecha, crucé la calle buscando las sombras en todo momento y fui al taller de reparaciones. Llegué a la valla de tela metálica y avancé pegada a ella, cruzando ocasionalmente los círculos de luz que proyectaban las farolas. A mitad de manzana había una puerta flanqueada de arbustos. Era la puerta que utilizaba la grúa para introducir en el recinto los vehículos estropeados. Por la noche, cuando el taller estaba cerrado, la entrada se bloqueaba con una reja que se aseguraba con cadena y candado. Empujé la reja para que cediese todo lo que la cadena diera de sí. Conseguí que retrocediera unos veinticinco centímetros. Me agaché, me sujeté al poste metálico que hacía las veces de jamba e introduje la pierna derecha por el hueco. Empujando con las caderas conseguí que el poste cediera otros cinco centímetros. Giré los hombros, introduje la cabeza y me colé por el hueco.

El claro de luna cubría de blanco las montañas de chatarra oxidada. Aquello parecía más bien un cementerio de coches. Unos parecían haberse caído por un precipicio, ya que tenían aplastada toda la parte superior. Otros se habían partido por la mitad al estrellarse contra un árbol, el pretil de un puente o un poste telefónico. La variedad de los destrozos evocaba imágenes espeluznantes en relación con las consecuencias que habían tenido que sufrir los humanos que habían estado dentro: embellecedores triturados, parabrisas resquebrajados, guardabarros aplastados, neumáticos reventados, radiadores que sobresalían por los boquetes abiertos en la tapa del motor, ejes de volante clavados en asientos delanteros. Cada vehículo representaba un capítulo de la vida de una persona —el último en algunos casos—, sirenas y luces giratorias que se traducían en heridas y muerte, en la pérdida de un ser querido, en el prólogo de una larga pesadilla de intervenciones quirúrgicas, convalecencias y gastos médicos.

Esperé a que el corazón dejara de retumbarme en los oídos y tomé el camino de tierra que

conducía a las oficinas de Autorreparaciones Buddy. La camioneta que había visto antes no estaba ya junto al remolque, pero *Bruto* seguía en su sitio, guardando el taller. Distinguía su volumen, negro y abultado, junto al pequeño remolque, y advertí que se había percatado de mi presencia. Me puse en cuclillas y lo llamé con vibrantes besos prolongados que resonaron en el silencio. Encogió las patas traseras, se apoyó en ellas para incorporarse y avanzó hacia mí con cautela. Parecía andar de puntillas, como si le dolieran todos los huesos y se moviera estimulado por el recuerdo de la ágil y vigorosa juventud.

Alargué la mano, la olisqueó y emití un gruñido de alegría al reconocerme. Estuve unos minutos con él para convencerle de que mis intenciones eran buenas. Cuando me incorporé, me siguió hasta el remolque y me observó con educada neutralidad mientras yo desmontaba los vidrios rectangulares de la ventana. Metí la mano por el hueco y toqué una superficie sólida de madera, que tomé por una mesa pegada a la pared. Dejé las láminas de vidrio encima de la mesa.

Me alcé hasta la ventana sin dejar de piroppear a *Bruto*, que agitaba con tanta fuerza la cola que en más de una ocasión estuvo a punto de caerse de lado. «Vuelvo enseguida», le murmuré. Metí una pierna por la ventana y me introduje en las tinieblas de la oficina. Quedé sentada encima de la mesa, en cuya superficie vi que había una calculadora, un teléfono y los habituales objetos de escritorio. Volví a colocar las láminas de vidrio en las guías metálicas de la ventana.

Bajé de la mesa. Permanecí inmóvil unos minutos, mientras me acostumbraba a la oscuridad. No suelo forzar la entrada de ningún lugar si no llevo conmigo la pequeña caja de herramientas donde tengo de todo: una linterna, ganzúas, cinta adhesiva y una buena palanqueta. Allí no contaba más que con la agilidad de mis dedos y me sentía en inferioridad de condiciones. Lo único que me interesaba era registrar los archivadores para ver si Raymond guardaba allí sus papeles. En cuanto localizara el paradero de los documentos, me esfumaría. No iba a tener más remedio que encender la luz y arriesgarme a lo que fuera. Recordaba el pequeño rótulo que advertía de la presencia de una alarma antirrobo. ¿Habría instalado Raymond una alarma o era de los que pensaban que simulando un sistema de seguridad iba a ahuyentar a todos los vándalos y chorizos? Era un hombre impredecible y el primer defensor de la ley cuando le convenía.

Anduve a tientas, pegada a la pared, hasta que di con el conmutador. Vacilé durante unos instantes y encendí la luz. La bombilla de 40 vatios iluminó una oficina que tendría tres metros por doce y cuyas paredes estaban revestidas hasta media altura por chapa que imitaba la madera de pino. Vi un banco de carpintero con un montón de parabrisas encima y en la parte superior, clavados en la pared con chinchetas, calendarios de mujeres desnudas que databan de los últimos seis años. Tres alargues enchufados a un ladrón se extendían hasta el otro lado de la puerta que comunicaba con el antedespacho. La oficina estaba llena de cajas de cartón y de recambios automovilísticos llenos de grasa. En el rincón más alejado había dos archivadores metálicos de color gris. Al cruzar la puerta que comunicaba con el antedespacho, vi por el rabillo del ojo una lucecita que brillaba. La pasiva célula fotoeléctrica de rayos infrarrojos captó el calor de mi cuerpo y disparó la alarma.

Una sirena, tan potente como para anunciar el fin del mundo, se puso a dar berridos que alternaban las notas graves y las agudas con una especie de campanilleo entre ambas. La naturaleza nos ha programado para reaccionar ante los ruidos fuertes e imprevistos. Como es lógico, di un salto y el corazón se me puso a ciento treinta por hora. Al mismo tiempo, y como suele sucederme en determinadas emergencias, se me desconectó la caja de los fusibles

emocionales. A modo de efecto retardado, me pregunté si la alarma de Raymond estaría preparada para enviar señales a la policía. Más me valía pensar que sí. Miré el reloj. Eran las tres y cuarto. Transcurrirían cinco minutos a lo sumo antes de que se presentara el primer coche Z. Puede que mi cálculo pecara de tremendista. Puede que la Jefatura Superior de Los Angeles ni siquiera prestara atención a las alarmas. Puede que reaccionara con su parsimonia habitual. ¿Qué sabía yo de los usos y costumbres de la policía de una gran metrópoli? Mientras la sirena se desgañitaba y alertaba al mundo con su dedo acusador, me dirigí a un archivador y abrí el cajón de arriba. Facturas, recambios de automóvil. Lo cerré y abrí el siguiente. Más facturas, libros de contabilidad, correspondencia, impresos sin rellenar. El cajón de abajo era pura repetición. Pasé al otro archivador y repetí las operaciones. Los tres cajones de abajo estaban llenos de carpetas con impresos de reclamaciones. Miré las fechas a toda velocidad y vi que abarcaban los tres últimos años. *Bruto* lanzaba ladridos ocasionales; mi suerte, por lo visto, le volvía loco de alegría. Cerré los cajones, fui a ver si la ventana ajustable estaba cerrada, puse en orden los papeles del escritorio y quité la tierra que había caído sobre el calendario de mesa. Salí al antedespacho y entreabrí la puerta exterior, volví a la oficina, apagué la luz y avancé a oscuras hacia la puerta que había abierto. Salí y cerré a mis espaldas dando un fuerte tirón a la puerta. Los alaridos de la alarma no parecían haber despertado el menor interés entre los vecinos. ¿Los habría oído Raymond desde el otro lado de la calle?

Eché a correr por el camino de tierra que conducía a la calle y *Bruto* me siguió. Lo oía jadear de alegría y al trotar parecía haberse olvidado casi por completo de lo que era la coordinación del movimiento. Volví la cabeza. A pesar de ser un vejestorio, el perro tenía empuje y parecía resuelto a seguirme hasta el final de aquella correría nocturna. Llegué a la reja, la empujé y me introduje en el hueco del mismo modo que había hecho al entrar, sólo que al revés. Oí un chirrido de neumáticos en la esquina y al volverme vi un coche de la policía. Me así con fuerza al poste de la valla y salí por la estrecha abertura.

Oí lo que sin duda era un reproche en versión canina. Me giré y vi que *Bruto* tenía la cabeza en el hueco abierto entre la reja y el poste de la valla. El cuello se le había quedado enganchado en la tela metálica y tiraba hacia atrás con fuerza. Oí cerrarse las portezuelas del coche patrulla, un agente se dirigió a la puerta principal y el otro avanzó hacia donde yo estaba.

—No, ¡no! —murmuré. Di una sacudida a la verja y empujé la cabeza del perro para desengancharlo. Acto seguido me encogí entre los arbustos. Me protegían unos matorrales, pero por poco tiempo, porque el agente escrutaba cada centímetro que tenía al alcance de la vista con la linterna reglamentaria. *Bruto*, mientras tanto, había descubierto mi escondite desde el otro lado de la valla. Pegó el hocico a la tela metálica y emitió un gruñido que en parte era de preocupación y en parte venía a refrendar la amistad recién adquirida.

El agente que estaba más lejos dio un silbido, y el que tenía más cerca se giró y volvió sobre sus pasos. Me incorporé, salí de los arbustos y poco a poco me fui alejando del coche patrulla de la manera más discreta posible. *Bruto* se puso a ladrar, reacio a que le abandonara precisamente cuando el juego se ponía interesante. Había una hilera de coches aparcados junto a la acera. Llegué al primero, me agaché detrás de él y avancé protegida por los restantes hasta que alcancé la esquina. Crucé la calle en sentido oblicuo y giré hacia el domicilio de Raymond, adentrándome en la oscuridad que reinaba entre los dos edificios. Había luz en la ventana del dormitorio grande. Subí de tres en tres los peldaños de la escalera metálica, sujetándome a la barandilla para

impulsarme. Pasé ante el dormitorio ya sin aliento, llegué a mi ventana y me colé en la habitación. Me quité las zapatillas y los tejanos y me asomé por el hueco de la puerta, entornando los ojos al ver que se encendía la luz del pasillo. Bibianna, enfundada en una bata de seda, salía en aquel instante del dormitorio. Oí que Raymond hablaba por teléfono en la sala de estar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Bibianna lanzó un suspiro.

—El taller. La alarma se dispara sola a veces. Chopper ha ido a ver qué ocurre, pero la policía dice que no es nada. Vuelve a la cama.

Cerré la puerta. Tardé mucho en dormirme.

Desperté oliendo a café a eso de las nueve y media. Me duché y me vestí. La puerta del dormitorio principal estaba abierta; ya habían hecho la cama, pero no vi ni rastro de la parejita. Entré en la sala de estar y descubrí que en la casa sólo estaban Luis y el perro. Luis casi no me prestó atención. Puso una taza limpia en el mármol de la cocina y me sirvió café.

—Gracias —dije. Me senté a la mesa de la cocina, no sin inspeccionarla antes para cerciorarme de que estaba limpia—. ¿Y Bibianna?

—Se han ido los dos no sé adónde.

—Y tú te has quedado de canguro.

No contestó. Encima del mármol había una caja de huevos. En el curso de las veinticuatro horas que habían transcurrido desde que limpiara la cocina, el desorden había vuelto a apoderarse de ella. Las portezuelas de los armarios inferiores estaban bloqueadas a causa de las bolsas de basura rebosantes de envases de cerveza y platos de cartón. El fregadero estaba hasta el borde de cacerolas, de sartenes sucias, y de ceniceros llenos de colillas. ¿Quién fumaba allí? Hasta el momento no había visto encender un cigarrillo a nadie. Luis había cogido la única sartén limpia que quedaba. La puso sobre un quemador de la cocina. Empezó a sacar artículos del frigorífico: pimientos, cebollas, chorizo.

—¿Quieres desayunar?

—Desde luego. ¿Te ayudo?

Negó con la cabeza.

Me pareció que era la ocasión perfecta para sonsacarle información, pero no quería abordar de entrada el tema de las estafas para no levantar sospechas.

—No quisiera pecar de indiscreta —dije—, pero creía que Raymond iba a sentirse más afectado por la muerte de Chago. No ha dicho ni una palabra sobre el asunto. ¿No se llevaban bien acaso?

Luis cortó los pimientos en aros y luego se puso a picar cebollas sin hacer el menor caso de las lágrimas químicamente provocadas que le corrieron por las mejillas. Alzó los ojos y su mirada se encontró con la mía.

—Chago era la persona que más quería en este mundo. Las hermanas echaron a Raymond de casa cuando tenía catorce años, a causa de su mal genio. Desde entonces tuvo que apañárselas solo. Si tenemos en cuenta las circunstancias, no le ha ido mal. Los chicos le tomaban el pelo en la escuela, se burlaban de su enfermedad.

—¿Le conociste entonces?



—No, esto me lo contó Juan. Me gustaría que fuera al médico, que se sometiera a algún tratamiento, pero no quiere. Está convencido de que Bibianna es su único remedio.

Me quedé mirándole con la esperanza de que prosiguiera, pero al parecer creía que bastaba con lo dicho. Amontonó los trocitos de cebolla con un cuchillo y procedió a desmenuzarlos. Luego removió la sartén para facilitar la licuación de un pedazo de manteca de cerdo. Echó en ella las cebollas y los pimientos.

—¿De qué conoces a Jimmy Tate? —preguntó—. Vi su foto en los periódicos. Es policía —dijo, pronunciando con asco la última palabra.

—Ya no es policía. Le conozco desde que era pequeña. Fuimos juntos a la escuela en Santa Teresa.

—Es un espía.

—No es verdad. Lo expulsaron de la Comisaría del *Sheriff* del Condado de Los Angeles, él le dio la vuelta a la tortilla y presentó una demanda. Si la poli quisiera un espía, buscaría a otro.

Luis se giró y me apuntó con el cuchillo.

—Escúchame bien. Tate no va a conseguir nada de nosotros. En cuanto le vi supe que era un espía. Y no digas que no es verdad. Sé lo que me digo.

La verdad es que yo ya no sabía qué pensar. También a mí me había pasado por la cabeza la posibilidad de que Tate fuera un infiltrado. Durante la entrevista con Dolan y Santos, les había preguntado dos veces si tenían algún espía en la organización y en ninguna de las dos ocasiones había obtenido respuesta. El juicio contra la policía y la detención de Tate el martes por la noche podían ser parte de la tapadera. Si Luis sospechaba, era evidente que Raymond también, y todos los movimientos de Tate se analizarían con lupa.

—¿Qué dice Raymond?

—Ha ido a consultar con alguien que podría saberlo.

—Menos mal —dije—. Así saldremos de dudas, ¿no? —El corazón me latía apresuradamente de miedo. La existencia de un delator en el Departamento de Policía era ya motivo de preocupación. Si llegaba a saberse algo sobre mí, no viviría para contarlo.

Luis volvió a sumirse en el silencio. Hizo un corte en el pellejo de un chorizo, lo aplastó e hizo salir el contenido con un gesto extrañamente amenazador. No tardé en percibir el olor del chorizo que se freía con las cebollas y los pimientos. Cascó ocho huevos con una sola mano, los echó en un plato hondo y los batió con un tenedor.

No quería poner demasiado empeño en defender a Jimmy; el tiro podía salirme por la culata. Podrían empezar a preguntarse por qué me comportaba como si fuera una autoridad en la materia. Cuando se manipula la verdad, más vale tener la boca cerrada. Además, convenía que la tapadera de Tate, si tal era el caso, fuese de lo más impenetrable. Dolan y Santos eran conscientes de que guardar el secreto era de capital importancia. No volví, pues, sobre el tema. Había pensado sonsacar a Luis cualquier información sobre la red de estafadores, pero había cambiado de idea. Sólo me faltaba que empezase a sospechar de mí.

Nos comimos el huevo revuelto en silencio. Tengo que confesar que fue de los mejores que he probado en mi vida. Lo poco que quedó en el plato, se lo di al perro. Este se lo zampó todo de un bocado que tragó con una sacudida de cabeza. Al terminar el desayuno, Luis se puso a limpiar la sartén. Yo me encargué de recoger los platos y de tirarlos a la basura.

—¿Qué plan hay para hoy?

—He de llevarte al quiromasajista en cuanto vuelva Raymond.

—¿Y por qué tenemos que esperarle? ¿No podemos ir por nuestra cuenta?

Luis no contestó y me dije que no era prudente insistir. Raymond no parecía confiar en él más de lo que confiaba en mí.

Raymond y Bibianna volvieron a mediodía. Esta última estaba ojerosa y, cuando me miró, me di cuenta de que lo hacía con expresión atemorizada. Quería decirme algo, pero yo no acababa de descifrar su mensaje. Raymond, por el contrario, estaba de buen humor, aunque advertí que parpadeaba con nerviosismo. Bibianna se quitó la cazadora y la tiró sobre el sofá. Llevaba una tirita en el pliegue del brazo derecho. Raymond la abrazó por detrás con una rara hostilidad disfrazada de ademán afectuoso. Aunque yo me había limitado a mirar la tirita de pasada, el detalle no le pasó desapercibido a Raymond.

—Se ha hecho un análisis de sangre. Nos vamos a casar en cuanto tengamos la licencia. Tres días como máximo.

—Enhorabuena —dije con voz estrangulada—. Es una noticia estupenda, de verdad.

Luis le tendió la mano y se enzarzó con Raymond en una complicada serie de palmadas y apretones que ponía de manifiesto la alegría de un miembro de la banda ante los esponsales de otro. Bibianna estaba tan radiante de felicidad que tuvo que abandonar la sala, reacción que Raymond el observador no dejó de percibir. Vi que le volvían los tics, que abría la boca de par en par y que se le disparaba la cabeza hacia atrás. Luis cogió un par de cervezas, en teoría para celebrar el inminente acontecimiento, aunque en mi fuero interno sospechaba que su objetivo era cortar por lo sano el ataque del jefe.

—Dile a Bibianna que venga. Luis comprará unas botellas de *champagne*. Vamos a brindar como es debido.

—Un minuto —murmuré, y entré en el dormitorio.

Bibianna estaba sentada en el borde de la cama con la cabeza entre las manos. Me senté junto a ella y la observé en silencio. ¿Qué podía decirle? Estaba casada con Jimmy Tate. No podía casarse también con Raymond.

—¿Qué piensas hacer? —le dije por fin.

Me miró con expresión desolada.

—Matarme o matarle. —Me cogió la mano y me la apretó.

—Yo no perdería la esperanza —dije.

—Ya lo sé —contestó.

Luis detuvo el Ford en un pequeño aparcamiento cubierto de hierba que había junto a un centro comercial construido probablemente a principios de los años cincuenta, a juzgar por el estilo arquitectónico, que era de los que abusaban de la piedra artificial y el vidrio. El consultorio del quiromasajista estaba en una planta baja, empotrado entre una peluquería de caballeros y una carnicería. Las polvorientas cortinas de color beige que cubrían el escaparate protegían el interior de la curiosidad de los transeúntes. No es que dentro hubiese mucho que ver. Las paredes eran de un azul mate y pegadas a ellas había sendas filas de sillas plegables de metal. En un rincón había un televisor por el que se pasaba una cinta de vídeo que exaltaba en lengua española las virtudes del quiromasaje y la reflexoterapia. En un cartel medio roto que había en la pared, y bajo el lema «Gráfico del Ojo», podían verse los círculos incompletos y seccionados radialmente que constituían la base de la iridodiagnos, ciencia que permitía diagnosticar con precisión la diabetes *mellitus*, el tifus, la angina de pecho y otras enfermedades peligrosas. El suelo era de baldosas sintéticas que imitaban el mármol y por las que hacía poco se había pasado una fregona húmeda que había dejado un laberinto de estelas en la suciedad de la víspera. Entre la sala de espera y los consultorios del fondo se alzaba un mostrador. Había dieciséis personas esperando ver al doctor Howard y ninguna revista. Me pareció reconocer entre los pacientes a uno de los colegas que había visto en casa de Raymond el día de mi llegada. Rellené un formulario elemental sobre antecedentes médicos en el que de manera automática estampé las tres primeras letras de «Millhone»; por suerte me di cuenta a tiempo y transformé la *i* y la *l* en las dos *oes* de mi apellido fingido, «Moore». Tardé dos minutos en rellenar la ficha y después nos quedamos mirándonos los unos a los otros mientras dos críos lloraban y once ciudadanos consumían un total de treinta y cuatro cigarrillos. La inhalación involuntaria del humo nicotínico y el aburrimiento bastaron para que me entraran unas ganas locas de irme. Miré el reloj. Llevábamos ya hora y media esperando. No me parecía prudente quejarme, puesto que estaba allí con la única finalidad de estafar a la compañía de seguros. Cerré los ojos y vi a todos los que estaban allí, negros, hispanos, ancianos, atletas de fin de semana, entrando en fila india en el consultorio del fondo para recibir una saludable tanda de puñetazos, mazazos, codazos y ceporrazos, mientras yo esperaba mi turno. Los que iban saliendo parecían sinceramente aliviados cuando abonaban el importe del tratamiento. Salían con la espalda más recta, con los hombros echados hacia atrás. Caminaban con más energía y todos llevaban en la mano unos frascos enormes de pastillas que supuse eran de vitaminas o de calcio y que probablemente costaban un riñón. Veía entregar muchos billetes arrugados a la bilingüe recepcionista, una cuarentona que sin lugar a dudas era la mujer del médico.

Cuando me tocó el turno, miré su marbete de identificación, pero allí sólo ponía Martha. Me condujo por un corto pasillo y dejamos atrás una puerta abierta que daba sin duda al despacho del doctor Howard. Entreví un escritorio de caoba cubierto de montones de fichas y pequeños portarretratos que seguramente contenían fotos de familia, con la indiscutible misión de interponer una barrera conyugal entre él y las pacientes intrigantes y calculadoras. Me introdujeron en el consultorio contiguo y observé que entre ambas habitaciones había una puerta entornada. Podía ver el pasillo a través del despacho del médico y vi pasar a una señora que se giró y me miró con curiosidad. Martha abrió un armario y sacó una bata que parecía haberse hecho cosiendo dos grandes retales de algodón rectangular y añadiendo un elástico en la parte del cuello.

—Quítese los zapatos y toda la ropa menos las bragas —dijo, tendiéndome la bata—. El doctor la atenderá dentro de diez minutos.

—Gracias. Ah, ¿podríamos cerrar esa puerta? —pregunté.

—Naturalmente. —Entró en el despacho del médico y al salir por allí cerró la puerta que daba al pasillo.

Empecé a sentir hormigueo en los dedos.

Caramba, caramba. Totalmente sola y a menos de tres metros de los ficheros de un quebrantahuesos que se burlaba de la ley y estafaba a las compañías de seguros. Comprobé la cerradura de la puerta del consultorio; en el pomo había un botón y lo apreté para atrancarla. Me desnudé a toda velocidad, me puse la bata y me colé descalza en el despacho del médico, cuya puerta aseguré igualmente. Las paredes eran tan delgadas y se habían construido con unos materiales tan malos que no costaba hacerse una imagen auditiva de cuanto sucedía en los alrededores. Oí que el médico entraba en la habitación que estaba al otro lado del pasillo, que saludaba por su nombre a la persona que aguardaba y que cerraba la puerta a continuación. También sus murmullos eran audibles, aunque los detalles del examen se me escaparon cuando el médico entró en materia. Mantuve un oído alerta y durante los ocho minutos de que disponía registré el despacho con toda la minuciosidad que pude, y encontré un puñado de reclamaciones que parecían idénticas a los formularios que había visto en casa de Raymond. Oí que se abría la puerta de enfrente y que la voz del médico adoptaba mayor frialdad al formular las acostumbradas recomendaciones de despedida. Cerré el cajón del escritorio, me dirigí a toda velocidad a la puerta, así el pomo y lo giré. El botón saltó hacia adelante. Me dirigía ya hacia el consultorio cuando me llamó la atención un portarretratos.

Me detuve y arrugué el entrecejo mientras escrutaba las facciones de una joven vestida de novia. Yo había visto antes a aquella mujer. Cogí el portarretratos doble y ordené los restantes para que no se notase que faltaba uno. Me colé en el consultorio y acababa de guardar el portarretratos en el bolso que me había prestado Bibianna cuando oí que el médico trataba de abrir la puerta.

—Un momento —exclamé. Quité el cierre y le abrí con sonrisa de humildad—. Perdón —dije—. No me había dado cuenta de que estaba cerrada. ¿Es usted el doctor Howard?

—Exactamente. —Entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

Contuve el impulso de estrecharle la mano. Puesto que acababa de robarle un objeto de la mesa, no habría estado bien. Era un sesentón de aspecto muy pulcro. Vestía chaqueta y pantalón blancos y una camisa del mismo color, con un cuello almidonado tan alto que le formaba una papada en el cuello. Tenía el pelo negro, algo aplastado en la coronilla y con entradas en una

frente sin arrugas que por ello mismo parecía más despejada de lo normal. Sus ojos eran fríos y de un castaño claro, llevaba gafas cuadradas de montura de concha, y la boca se le curvaba por las comisuras. Esbozaba una sonrisa protocolaria sin mover el resto de la cara. Su mirada, muy penetrante, parecía capaz de escrutar el corazón de cualquiera con su alma de delincuente. Había entrado en la habitación envuelto en aromas de especias en polvo, una suave mezcla oriental de sándalo y almizcle.

Miró la ficha que había rellenado en la sala de espera.

—Bien, señorita Moore, cuénteme qué le ocurre. Pero échese antes en la camilla.

—Es el cuello —dije mientras me encaramaba en la camilla—. Tuve un accidente sin importancia y Raymond Maldonado me sugirió que viniese a verle. —Se acercó a la pila del rincón y se lavó las manos con el jabón líquido de color rojo chillón que extrajo del recipiente adosado a la pared. Me dirigió una mirada rápida y penetrante.

—Debió decírselo antes a Martha. Vamos a hacerle unas radiografías —dijo—. Mi ayudante se encargará de eso. Vuelva cuando termine. —Se dirigió a la puerta y la abrió para que pasara. Recogí el bolso de manera instintiva y me lo puse bajo el brazo, gesto de desconfianza que no le pasó desapercibido.

—Si quiere, puede dejar aquí el bolso —dijo.

—No me molesta —murmuré sin el menor deseo de seguir su indicación. Me lo imaginé registrándolo en mi ausencia y descubriendo el portarretratos. Percibía con la radio de la memoria la proximidad de una emisora, pero no acababa de sintonizarla debidamente. Estaba convencida de haber visto antes a la mujer del retrato, pero no recordaba dónde.

Le seguí descalza por el pasillo hasta un improvisado laboratorio de rayos X, compartimentado por biombos móviles de contrachapado. El aparato era igual que otro que había visto de pequeña en el consultorio de un médico: voluminoso y negro y con un cono que parecía un teleobjetivo. Me imaginaba los rayos a la usanza de los años cincuenta, gruesos, metálicos y perforándome con descargas mal calculadas. El ayudante, un joven con una colilla bailoteándole en la boca, me sacó dos radiografías, una de toda la columna y un primer plano de las cervicales. Me dan mala espina las radiografías inútiles, pero como se trataba de una estafa, resultaba absurdo protestar. Volví al consultorio y esperé otro rato, esta vez sentada como Dios manda en la camilla forrada de papel. Seguro que el doctor Howard me espiaba por alguna mirilla oculta. Volvió tras un tiempo prudencial y colocó la radiografía en un visor adosado a la pared. Me explicó con detalle y en términos quiromasajísticos las malformaciones que tenía en la columna. Por suerte no me había roto el cuello, pero el resto de la columna necesitaba tratamiento. Me puso boca abajo en la camilla y me dio unos masajes divinos que despertaron en mis huesos unos crujidos idénticos a los que produce un cubito de hielo cuando se mastica. Me recetó una larga serie de remedios y escribió el diagnóstico con una estilográfica. Era zurdo y escribía doblando la muñeca encima de lo que anotaba. La pluma recorría el papel con sonido rasgante. Hasta su caligrafía parecía valer un dineral. La Fidelidad de California iba a pagar un precio muy alto por mis molestias.

—¿Qué relación tiene usted con Raymond? —me preguntó sin alzar la vista. En la despreocupación de su tono me pareció advertir una nota de cautela.

—Soy amiga de Bibianna, su prometida.

—¿La conoce desde hace mucho?

—Dos días —dije—. Pasamos una noche juntas en la Prevención del Condado de Santa Teresa.

La penetrante mirada sufrió un desplazamiento y me pareció percibir una ligera contracción en su boca. No le gustaban las golfas como Bibianna y como yo, y era probable que tampoco Raymond Maldonado le cayera bien.

—¿Hace mucho que tiene aquí el consultorio? —pregunté.

—Desde que me devolvieron la licencia —dijo con una sinceridad que no dejó de sorprenderme. Puede que le hubiera juzgado mal. Abrió un cajón y sacó un puñado de bolígrafos de tamaño y color diferentes. Me alargó una hoja de papel que ostentaba una serie de casillas en la columna de la izquierda—. Firme encima de cada línea sin repetir el bolígrafo y turnándolos al azar. Pondremos las fechas después, cuando enviemos la minuta. ¿Cuál es su compañía de seguros?

—La Fidelidad de California. Hablé ayer con ellos y me dijeron que me mandarían los impresos.

—Muy bien —dijo—. ¿En qué trabaja usted habitualmente?

—Soy camarera.

—Ni hablar. Nada de estar de pie ni de sostener bandejas pesadas. Pida la baja por incapacidad. Encantado de conocerla —dijo. Cerró la ficha de golpe, se puso en pie y salió de la habitación. Medio minuto después le oía entrar en la habitación contigua.

Eran las tres menos cinco cuando salí del consultorio. A pesar de que estábamos a finales de octubre, hacía mucho calor, y se notaba en el aire el alegre y cálido perfume que dejaban tras de sí los tubos de escape. El barrio en que estábamos no era mucho mejor que el de Raymond. Luis vio que me acercaba y me abrió la portezuela del Ford. Me senté junto a él. No sé qué me habría hecho el doctor Howard, pero al menos se me había pasado la resaca. Doblé el cuello en varios sentidos para comprobar el estado de todos los músculos. Fabuloso. Ni rigidez, ni punzadas, ni dolores.

El interior del vehículo olía a hamburguesas y a patatas fritas frías. En la consola de mandos había un envase vacío de batido de chocolate y en el asiento delantero una bolsa de papel blanco.

—¿Es para mí? Qué amable —dije. Miré con hambre repentina lo que había en el interior de la bolsa—. ¡Luis! Aquí sólo hay basura.

—Pensaba de que habías comido.

—¿Pensabas de que había comido? —le imité con intención.

Pareció avergonzarse.

—Pensabas que habías comido.

—Sí, bueno, comí al mismo tiempo que tú y ahora vuelvo a tener hambre. —Cambié de tono. No tenía sentido enfadarme por aquello—. Compraremos algo por el camino. ¿Te parece bien?

Arrancó y se puso a vigilar el tráfico por el retrovisor.

—Raymond dijo que volviéramos en cuanto terminases. Tenemos trabajo.

—¿Por qué tenemos que hacer todo lo que dice Raymond?

Luis me dirigió una mirada inexpresiva. Pensé en el mal genio de Raymond.

—Buen argumento —dije.

Cuando volvimos a casa, el perro estaba atado a la barandilla de la terraza y la puerta del inmueble se encontraba abierta. En el interior había seis u ocho hispanos jóvenes, casi todos

desconocidos para mí. Bibianna estaba sentada en el sofá y hacía solitarios inclinada sobre los naipes que colocaba en la mesa del café. Luis fue a la cocina y cogió una cerveza. Murmuré una disculpa, fui a mi habitación y saqué del bolso las fotos robadas. Me acerqué a la ventana y la abrí sin hacer ruido. Se trataba de un portarretratos de dos secciones unidas por un gozne en las que había sendas fotografías de una tonalidad oro mate. Saqué las fotos y tiré el portarretratos por la ventana tras comprobar que no iba a darle a nadie en la cabeza. Me puse a mirar las fotos con atención y las levanté para que les diese la luz. Eran dos fotografías de boda normales y corrientes. La primera era una de esas fotos de grupo que se hacen al pie del altar, inmediatamente después de la ceremonia, con algunos invitados dispuestos en semicírculo alrededor de los desposados: seis muchachas vestidas de azul a la izquierda y seis hombres con esmoquin gris y faja azul a la derecha. Saltaba a la vista que el padre de la novia era el doctor Howard, pero la madre no se parecía ni por asomo a la recepcionista. Una no tiene por qué ser perfecta. La otra foto era de la novia, de cuerpo entero. Era la mujer cuya cara me parecía conocer. Estaba de pie, un poco girada hacia un lado, con el ramo nupcial en la cintura y la mirada beatíficamente prendida de un ventanal que había por encima de su cabeza. El traje era ceñido y tenía la cola extendida alrededor de los pies como si el raso se hubiera derretido y formado un charco en el suelo. Llevaba el pelo rubio echado hacia atrás y sujeto por una redecilla en forma de cofia. Había expresión de anhelo en aquella cara, que no era hermosa bajo ningún concepto, aunque saltaba a la vista que había contratado a un ejército de maquilladoras para realzar cada uno de sus rasgos. Estaba segura de que la había visto hacía poco, pero con un aspecto mucho menos interesante. Fruncí el ceño confusa. Me sentía como quien descubre de pronto al cartero del barrio en una recepción diplomática. No tuve más remedio que resignarme y olvidar el asunto por el momento. Ya lo recordaría, y lo más probable es que me viniese a la cabeza en el instante más inesperado.

Fui al ropero, abrí la puerta de corredera, levanté una esquina de la estropajosa moqueta azul marino, metí las fotos debajo y alisé el paño con el pie.

Volví a la sala de estar. Bibianna seguía haciendo solitarios. Tomé asiento en el sofá con las piernas encogidas y me puse a mirar lo que hacía Bibianna sin perder de vista a los mafiosillos, que se habían puesto en cola frente a la cocina. Seguramente era día de pago. Raymond estaba sentado a la mesa, acumulando resguardos de papel y entregando dinero a cambio. Se le veía totalmente concentrado en lo que hacía y tramitaba las operaciones en español. Traté de memorizar las caras sin que se me notase y me pregunté si, llegado el caso, sería capaz de reconocerlas en los ficheros de la policía. Los únicos a quienes conocía eran Juan, el hermano de Raymond, y Tomás, el cariacontecido, el que tenía problemas para rellenar los impresos el día de mi llegada. Raymond alzó los ojos para mirarme, y yo aparté los míos y los fijé en los naipes de la mesa.

Había visto a Bibianna hacer ya tantos solitarios que casi tenía ganas de hacer uno por mi cuenta. El que ella practicaba reiteradamente no era de esos en que hay que emparejar reina negra con rey negro, sino que la distribución se hacía por palos, de modo que, cuando se ganaba, al final no quedaban más que cuatro montones, uno por palo, con las cartas en orden numérico, desde el as hasta el rey. Echó todas las cartas que le quedaban en la mano en busca de treses, pero no le salió ninguno. Tiró los naipes encima de la mesa y los juntó en un montón.

—¿Me haces la carta numérica? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Tengo el material en casa de mi madre y Raymond no me deja hablar con ella. Quise llamarla anoche, pero me cogió con el teléfono en la mano y estuvo a punto de pegarme. Qué cerdo es... —Eché un vistazo a Raymond, que había hecho un alto en las operaciones para mirar a su prometida. Bibianna se estremeció y volvió los ojos hacia mí—. Te puedo leer la mano, si quieres. Pon las dos en la mesa.

—¿Con las palmas hacia abajo?

—Sí, tú ponlas encima de la mesa.

Estiré las piernas para poder adelantarme y apoyar las palmas en la mesa, tal como me había indicado. Raymond debió de darse cuenta de que Bibianna se entretenía con sus aficiones quirománticas y volvió a lo suyo. Bibianna se concentró en el dorso de mis manos. Me las cogió y les dio la vuelta. Retuvo la derecha y la observó con atención sin decir nada. Se comportaba con la profesionalidad de un médico. Yo creo tanto en la quiromancia como en la numerología, la astrología, las herraduras de la suerte y los gatos negros, pero vi algo en su expresión que me picó la curiosidad.

—¿Qué ves? —dije.

Pasó el índice por la palma, me cogió la mano izquierda y la observó con la misma atención.

—Te gusta la acción —dijo—. ¿Sabes por qué lo sé? Cuando apoyaste las manos en la mesa, las pusiste muy separadas. Las personas inseguras las ponen juntas. Las uñas pequeñas indican que tienes mucha iniciativa. No hay estrías ni manchas, buena señal. Significa que estás sana. Tu piel es normal, no revela gran cosa, pero fíjate cuánto espacio hay entre el pulgar y los demás dedos de esta mano. Tienes ideas propias...

Su voz producía un efecto hipnótico y al final acabé escuchándola con mucha seriedad. Había esperado las típicas paparruchas sobre la línea de la vida y la línea del amor, pero no tuvo ocasión de llegar a ese capítulo. El conflicto estalló de forma tan inesperada que fui incapaz de averiguar la causa concreta. Oí un grito y el ruido de una silla que caía hacia atrás. Cuando alcé los ojos, Raymond tenía a Tomás acogotado en el suelo. Lo tenía cogido por el cuello y le había puesto la navaja automática en la mejilla. Raymond tenía la cara crispada de furia y las manos le temblaban mientras oprimía la tráquea del otro con los dedos. Tomás balbucía y, con los ojos totalmente dilatados, se esforzaba por soltarse. El sudor le perlaba la frente. Vi la hoja de la navaja hundirse en su mejilla, clavarse en la carne mientras manaba la sangre. Raymond parecía hechizado por lo que hacía. Los demás estaban petrificados. Parecía uno de esos momentos en que devolver la violencia sólo conseguiría empeorar las cosas.

—Dios mío... —murmuró Bibianna. Cruzó la habitación, se arrodilló junto a Raymond y le habló en voz baja al oído. Vi que Raymond se esforzaba por recuperar el dominio de sí. Emitió un ruido gutural, una especie de sollozo contenido. Bibianna le rozó la mano—. No lo hagas, Raymond, te lo suplico. Deja que se vaya. No lo hizo queriendo. Le haces daño. Por favor...

Raymond levantó la navaja. Bibianna se la quitó de la mano y la víctima se apartó dando vueltas en el suelo con la cara chorreando sangre. Raymond emitió una tos y su furia se trasladó de Tomás a Bibianna. La cogió por el brazo, la alzó y la arrojó con tanta fuerza contra la pared que la cabeza de Bibianna hizo saltar una esquirla de yeso. Con las facciones arrasadas por una tormenta de tics y contracciones, Raymond acercó su cara a la de ella. Los ojos se le perdieron hasta tal punto bajo los párpados superiores que parecía mirarla con la parte blanca.



—Si vuelves a entrometerte, te mataré —murmuró—, ¿lo oyes?

Bibianna asentía llena de miedo.

—No volveré a hacerlo. Perdóname. Yo no quería...

Raymond se apartó. Le comenzaron las toses y ladridos, y vi que echaba atrás la cabeza y sacudía la articulación del hombro. Luis había cogido un paño de cocina y se lo había puesto a Tomás en la cara mientras daba órdenes en español. La sangre empapó el paño en el acto. Dos jóvenes ayudaron a Tomás a salir por la puerta. La casa se vació en un abrir y cerrar de ojos. El corazón me latía a doscientos por hora. Bibianna se derrumbó en el sofá con la cara blanca como la cera. Puso la cabeza entre las rodillas como si fuera a desmayarse. Me senté a su lado, le di unas palmadas de consuelo y le murmuré frases que querían animarla a ella tanto como a mí. Luis volvió poco después. Me pareció entender que había llevado a Tomás a Urgencias. Entretanto, Raymond había recuperado el autodomínio. Bibianna se tranquilizó y volvió a coger la baraja con manos temblorosas. Luis limpió la sangre del suelo de la cocina. Todos sabíamos que lo importante era aligerar la tensión. Para evitar más altercados, nos conducíamos como si nada hubiera ocurrido, lo cual nos convertía a todos en cómplices de una especie de conspiración. No se mencionaba a Tomás para nada ni se aludía a lo que había hecho para provocar la reacción de Raymond.

Este se paseaba por la habitación chasqueando los dedos sin parar. De pronto se volvió hacia Bibianna.

—Ponte algo encima. Nos vamos. Hannah, tú también vienes.

Cogí la cazadora. ¿Iba a discutir yo con aquel tipo? Ni en broma.

Raymond y yo cogimos el Ford mientras Luis nos seguía en el Cadillac, con Bibianna en el asiento del copiloto. Me volví a mirar el Cadillac por la ventanilla trasera, pero Luis y Bibianna no eran más que figuras desprovistas de rasgos.

—¿Por qué Bibianna va siempre con él en las batidas?

—Porque siempre acabamos discutiendo —dijo.

Le observé con interés. Parecía relajado, simpático y desenvuelto. Empezaba a darme cuenta de que después de sufrir un ataque, al menos durante unas horas, se volvía amable, como si aquellos estallidos le tranquilizaran. Durante un breve período de tiempo se volvía accesible, incluso encantador. No era mal parecido. De no estar obsesionado por Bibianna, no le habría costado mucho encontrar una mujer que cuidara de él. Se dio cuenta de que le observaba.

—¿Qué miras? —Lo dijo con espíritu pendenciero, pero con simpatía.

—Me gustaría comprender por qué te obsesiona tanto Bibianna. Por qué insistes en casarte con ella cuando salta a la vista que a ella no le entusiasma la idea. —Contuve la respiración, pero no pareció darse por ofendido.

—No voy a dejar que juegue conmigo. No se lo permitiré. Los que quieren tocarme las narices han de aprender que es imposible. Ella aún no se ha enterado.

—¿De qué? La has recuperado, ¿no? ¿Qué más quieres?

—Asegurarme de que se queda.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Ya lo he hecho —dijo—. Pero ella aún no lo sabe.

La Autoescuela de la Estafa Californiana me dio aquella tarde unas cuantas clases prácticas de «Intercepción y Atropello», técnica que los tenientes Santos y Dolan me habían resumido durante la charla que habíamos sostenido en la cárcel. Fuimos al sector occidental de Los Angeles, hasta los límites de Bel Air, y recorrimos Sunset Boulevard desde Sepulveda hasta Beverly Glen. El tráfico vespertino estaba a tope y los conductores que conocían la zona parecían conducir con los ojos cerrados, cambiaban de carril sin avisar e iban a 50 o 60 kilómetros por hora más de lo permitido.

Cuando encontrábamos una víctima, Raymond y yo, que éramos el coche del «atropello», nos colocábamos delante, mientras que Luis y Bibiana se nos ponían al lado. Luis nos «interceptaba» cambiando bruscamente de carril. Raymond pisaba el freno a fondo y la víctima que teníamos detrás, cogida por sorpresa, nos dejaba el tubo de escape hecho un acordeón. Luis se daba a la fuga. Nosotros y la víctima aparcábamos junto a la acera y nos deshacíamos en exclamaciones de disgusto y consternación por la mala suerte que habíamos tenido. No había peligro de que la víctima nos devolviese la pelota y avisara a la policía, porque todos sabíamos que la policía de Los Angeles no quería saber nada de accidentes si no había sangre por medio. Así pues, no quedaba más alternativa que intercambiar nombres, direcciones, teléfonos y seguros, tras lo cual despejábamos el campo, nos reuníamos con Luis y Bibiana y buscábamos la siguiente «vícti». Lo pusimos en práctica cuatro veces y Raymond me dijo que por lo menos habíamos movido 13.000 dólares en nuestro mercado de valores.

Al margen de que acabé con el cuello hecho cisco, advertí un ligero y preocupante cambio en mi actitud. Todos los conductores son unos catetos, me decía a mí misma. Se merecen todo lo que les pasa. Empezaba a creer que la culpa la tenía la víctima por crédula y por imbécil, por no darse cuenta de que el juego estaba amañado, por creer a pies juntillas en nuestra buena voluntad. Y experimentaba esa íntima sensación de superioridad que todo artista del delito ha de sentir cuando la víctima muerde el anzuelo. Y tenía que zarandearme mentalmente para salir de mi éxtasis. Aunque tampoco está de más recordar que nadie está tan lejos del delito como piensa. En realidad, la gente que más me preocupa es la que más ruido arma con su puritanismo y sus buenas costumbres.

Clausuramos la jornada a las cinco, tras una rápida conferencia en un pequeño parque público donde nos reunimos para cotejar apuntes. Las niñas de uniforme cotilleaban mientras los niños a su cargo saltaban y correteaban por las instalaciones de juego. Nos sentamos en la hierba, Bibiana se quitó los zapatos y Luis y Raymond se tumbaron bajo el moribundo sol de la tarde

para revivir los momentos más emocionantes. Era como cuando los hombres comentan un partido de fútbol o una cacería; y escenificaban las experiencias con un detallismo pasmoso. Hubo una breve polémica sobre si convenía prolongar o no la jornada laboral, pero en el fondo no nos apetecía a ninguno. A mí, lo único que me apetecía era una aspirina y volver por el consultorio del doctor Howard para que me aporrease la espalda y me quitara el dolor del cuello.

Raymond dijo que tenía que hacer un recado y volvimos al coche. Luis se fue en el Cadillac con Bibianna. Raymond accedió a Beverly Drive y entramos en el centro del barrio comercial de Beverly Hills. Dos manzanas después girábamos a la derecha y tomábamos Little Santa Monica, que discurre en sentido paralelo a Santa Monica Boulevard. Cuando estuvimos cerca de Wilshire Boulevard, redujo la marcha y buscó sitio para aparcar. Todas las zonas azules estaban ocupadas. Puso cara de impaciencia y giró hacia la entrada de un aparcamiento subterráneo que se abría bajo un edificio de veinte plantas llenas de oficinas. Nos detuvimos ante la puerta electrónica, esta zumbó, emitió un chasquido metálico y expendió un resguardo. Se alzó la barrera y Raymond estacionó el coche en la primera plaza que vio, que era para minusválidos. Dejó las llaves puestas y abrió la portezuela.

—Espérame aquí. Si te llaman la atención, mueve el coche. Vuelvo enseguida.

Una flecha vertical dibujada en la pared indicaba que los ascensores estaban al otro lado de unas puertas dobles de vidrio. Se dirigió con rapidez hacia allí, dando taconazos en el suelo de hormigón, que resonaron en las rampas que ascendían por la izquierda. ¿Qué tenía que hacer en aquel sitio?

En cuanto lo perdí de vista, cogí las llaves del coche, fui a la parte trasera y abrí el portaequipajes. No vi más que el habitual neumático de repuesto y el gato para instalarlo. Maldita sea. Volví al asiento delantero y puse otra vez las llaves. Me incliné sobre el asiento y metí la mano en la parte interior de la portezuela del conductor, pero no encontré más que un plano de Los Angeles medio roto y unos vales de descuento de una pizzería local. El bolsillo de mi portezuela estaba vacío, cosa que ya sabía porque había metido la mano con disimulo mientras batíamos las calles. Abrí la guantera, que estaba a rebosar: recibos viejos de gasolinera, bolígrafos estropeados, la documentación del coche de los últimos años, el manual de instrucciones, recibos de conformidad del mecánico encargado del mantenimiento. Raymond era muy escrupuloso en este último punto. Tenía que admitirlo. Cada medio minuto miraba la puerta por donde le había visto salir. Yo suponía que había cogido el ascensor para ir a una de las oficinas de los pisos superiores. Seguí mirando los objetos de la guantera. Más papeles, un abrebotellas, una chocolatina deformada por el calor, un sobrecito de papel metálico con un preservativo. ¿Habría alguien que utilice la guantera de un coche para guardar los guantes? Lo digo porque estos espacios parecen hacer la competencia a los frigoríficos en tanto que depósitos para almacenar materia orgánica e inorgánica, y son la prueba más irrefutable que pueda encontrarse acerca de nuestra falta de higiene. Volví a meter los cachivaches en la guantera, procurando hacerlo con desorden para evitar sospechas. Qué contrariedad. Había pensado que podía encontrar algo interesante. Pero no siempre se gana cuando se fisga rutinariamente en la propiedad ajena. De cada diez registros ilegales, sólo cuatro son positivos si se tiene suerte. Lo único que conseguimos con los otros seis es satisfacer nuestra curiosidad natural.

Cuando volví a oír el taconeo de Raymond en el suelo de hormigón, todo estaba otra vez en su sitio y yo me dedicaba a arreglarme el pelo, mirándome en el espejo retrovisor, que había movido

expresamente para este fin. «Hannah Moore» tenía una personalidad definida. Mi nuevo peinado consistía en rizarme unos cuantos mechones en lo alto de la cabeza. Parecía una punky, pero en el fondo me hacía gracia. Antes de que me diera cuenta me perforaría los lóbulos y masticaría chicle en público, aberraciones sociales sobre las que mi tía me había hecho serias advertencias, al igual que sobre el esmalte rojo de uñas y que se vieran sucios los tirantes del sostén.

Raymond abrió la portezuela, tiró el ticket del aparcamiento encima de la consola de mandos, se quitó la chaqueta y la dejó en el asiento trasero. Cogí el ticket y lo sostuve como si fuera a devolvérselo; aproveché aquel gesto de servilismo femenino para echarle un vistazo con disimulo. En el dorso, en vez del sello que daba constancia del pago, vi el cuño de una empresa que se llamaba «Gotlieb, Naples, Hurley and Flushing». ¿Un bufete de abogados? ¿Una gestoría? Raymond me lo quitó de un manotazo y se lo puso entre los dientes mientras ponía en marcha el motor y arrancaba. ¿Qué le pasaba? Por lo visto ya no confiaba en mí. Mientras girábamos a la izquierda para salir del aparcamiento, repetí mentalmente el nombre de la empresa, como si fuese un conjuro, hasta que me lo aprendí de memoria. En cuanto pudiese hablar con Dolan, le diría que hiciese las averiguaciones pertinentes.

Volvimos a casa en plena hora punta, con los seis carriles de la Indy 500 abarrotados de coches conducidos por ejecutivos y otras curiosidades con poder. Yo estaba en tensión, pero a Raymond no parecía afectarle. Las presiones de índole material no le atribulaban tanto como las relativas a las emociones. Encendió la radio, sintonizó una emisora de música clásica y la puso a todo volumen para agasajar a los vehículos que nos flanqueaban con una sonata para piano que el intérprete parecía ejecutar equivocándose siempre de tecla. Aquel tramo era totalmente llano, una franja de asfalto bordeada de fábricas, salpicada de torres petrolíferas, cables de alta tensión y estructuras industriales construidas con fines desconocidos. A lo lejos, una barrera irregular de chimeneas se alzaba sobre el horizonte, ahora ya oscuro y de un tono verdoso y anaranjado, propio de un crepúsculo de fantasía.

Eran más de las siete y había oscurecido por completo cuando nos detuvimos delante de la casa de Raymond. Mientras subía al primer piso, me dieron la bienvenida los ruidos típicos de la vida doméstica. Según era costumbre allí, había muchas puertas abiertas y los televisores estaban a todo volumen. Los niños correteaban por los balcones, enfrascados en juegos de invención propia. Una madre estaba inclinada sobre la barandilla y llamaba a gritos a un niño llamado Eduardo, que tenía unos tres años de edad. El niño replicaba en español, sin duda para quejarse de la injusticia de acostarse temprano.

Luis cogió el perro y se fue a su casa poco después de que llegáramos nosotros. Había estado cuidando de Bibianna y vigilando que no tomara las de Villadiego en ausencia de Raymond. La televisión estaba puesta en un canal por cable donde reponían *Leave it to Beaver*, que Bibianna veía a ratos mientras continuaba con sus solitarios. Nadie se sentía con ánimos de hacer la cena, ya que habíamos estado toda la santa tarde chocando con vehículos y tomando el pelo a los automovilistas. La depresión de Bibianna se hizo más aguda cuando le entraron calambres y se fue a la cama con una botella de agua caliente. Raymond desenterró el teléfono del último escondrijo y encargó comida china. Volvía a tener espasmos, pero ya no me molestaban. Sus problemas abarcaban un espectro mayor que el del síndrome de Tourette, cuyas manifestaciones aprenden a controlar con facilidad otras personas, según tengo entendido. Su sociopatología era de índole muy diferente.

Mientras estábamos sentados a la mesa de la cocina, esperando al recadero que tenía que traernos la comida, Raymond lio y se fumó un porro. Cogí dos de los formularios a medio rellenar que seguían encima de la mesa. «Ya va siendo hora de hacer algo útil», me dije. Miré primero uno y luego el otro.

—¿Qué es esto? —dije, a punto de soltar la carcajada otra vez. No puedo evitarlo; hay faltas de ortografía que me dan risa—. «Bision doble y dolores despalda». —Cuando iba a coger otro impreso, Raymond me lo quitó de la mano—. Vamos, Raymond. ¿Qué te pasa? No puedes mandar esto a una compañía de seguros. Las dos reclamaciones dicen exactamente lo mismo. —Cogí otro impreso del montón—. Fíjate en esta. La misma fecha, la misma hora. ¿Crees acaso que no comprueban los datos? Es imposible que no se den cuenta. Si quieres que sean los muchachos quienes rellenen los impresos, que por lo menos le echen un poco de imaginación al asunto. Que inventen detalles distintos...

—Ya lo había pensado —dijo con irritación.

—Déjame probar a mí. Será divertido —dije.

No creí que fuera a dejarme, pero se puso a mirarme con atención y vi que le picaba la curiosidad. Me entregó a regañadientes el impreso por el que habíamos forcejeado antes. Me hice con un lápiz y me dispuse a contar la historia de un accidente de tráfico.

—Que parezca natural —dijo Raymond.

—Confía en mí.

Yo sola, sin ayuda de nadie, procedí a desarrollar variantes basadas en los accidentes en que había participado aquella misma tarde. Me salió estupendamente y tuve que felicitarme. Seguro que me hacía de oro si alguna vez me daba por escribir historias policíacas en serio. Parece que Raymond pensó lo mismo.

—Oye, tú de esto sabes un montón.

—Ah, tengo muchas habilidades —dije, humedeciendo la punta del lápiz con la lengua—. No me mires, que me pones nerviosa.

Cogió un par de cervezas y nos pusimos a charlar mientras yo detallaba por escrito la torcedura de un parachoques y otros estropicios de menor cuantía. Raymond no había terminado el bachillerato, mientras que yo había asistido año y medio a la universidad.

—¿Y por qué lo dejaste? Se nota que eres inteligente.

—Porque no me gustaba —dije—. Mientras hacía el bachillerato, fumaba demasiada hierba para que las cosas me salieran bien. Y en la universidad no había nada que me gustase. Yo era muy rebelde en aquella época. Y mi objetivo no era precisamente estudiar una carrera. Me parecía absurdo aprender cosas que no quería saber. Física, química, biología. ¿Para qué quiero yo eso? Si te soy sincera, la floema y la xilema me importan un rábano.

—A mí también. Sobre todo la flema.

—Sobre todo —dije, echándome a reír.

Me sonrió con dulzura.

—Ojalá Bibianna fuera un poco como tú —dijo.

—Olvidalo. Mi vida es un lío. Me he divorciado dos veces. Para las historias de pareja no soy mejor que ella.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Sabes? Por las experiencias que he tenido, las mujeres son peor que el demonio. Se

aprovechan, te lo quitan todo, te dan la patada y desaparecen. No lo comprendo. Ya no sé cómo comportarme.

—Y yo no sé qué decirte, Raymond. También a mí me dejan los hombres, pero eso no los convierte en demonios. La vida es así.

—¿Te han dejado plantada?

—Un par de veces.

—Ya. Bueno... eso es lo malo. Que cuando te parten el corazón, como me ha ocurrido a mí, cuesta volver a confiar, ¿no crees? —Se quedó mirando la botella de cerveza y se puso a arrancar la etiqueta con la uña del pulgar.

Noté que la cabeza se me iba y elegí las palabras con sumo cuidado.

—Voy a decirte algo que me dijeron en cierta ocasión. Ni puedes obligar a nadie a que te ame, ni impedir que se muera.

Se me quedó mirando con ojos casi radiantes. Se produjo un silencio mientras digería lo que acababa de decirle. Negó con la cabeza.

—Yo tengo otra teoría. Quien no me ama, muere.

A las nueve menos cuarto llegó la cena en seis cajas blancas de cartón y una serie de sobrecitos de plástico que contenían salsa de soja y una mostaza china tan picante que podía provocar hemorragias nasales. Engullí mi parte con voracidad intensificada por el humo de la marihuana que flotaba en la cocina y que tuvo algo de providencial, dadas las circunstancias, porque todos los platos parecían iguales. Consistían en una mezcla indiferenciable de cerdo agridulce con setas y bambú, aliñada con una salsa que sabía a Trinaranjus con Maizena. Resollábamos un poco mientras comíamos y dimos cuenta de todo, menos de una bola de arroz blanco del tamaño de una pelota de golf. La tira de papel de mi galleta de la suerte decía: «Tu alegría embellece todo lo que te rodea». Y la de Raymond: «Nunca hay dos caminos iguales», refrán que me pareció más simple que un tubo. Raymond pareció encontrarlo muy significativo, pero para entonces el blanco de los ojos se le había puesto ya de color de rosa y empezó a comer unos canapés que acababa de inventar inspirado por la hierba y que consistían en cortezas rancias de maíz bañadas con mermelada de uva. Me fui a dormir, pero antes de apagar la luz saqué las fotos nupciales robadas y les eché otro vistazo. ¿Quién sería aquella mujer? Sabía que acabaría acordándome. Tal vez al final no tuviese nada que ver con la investigación, pero lo dudaba.

Me acosté en el sofá. Echaba de menos mi casa y la comodidad de mi propio lecho. Notaba las fluctuaciones del nerviosismo en la base del espinazo. Y una sensación física, primordial, conocida, que al principio fui incapaz de identificar, un fragmento de la infancia estimulado por la situación que estaba viviendo. Sentí un nudo en el estómago, no de dolor, sino de un proceso muy parecido al pesar. Cerré los ojos con deseos de dormir, con deseos de otra cosa, aunque no adivinaba de qué. Abrí los ojos de golpe y di con la palabra. Era nostalgia.

Cuando tenía ocho años, mi tía me había enviado a un campamento de verano, alegando que me vendría bien estar fuera de casa. Pienso ahora que quizás era ella la que necesitaba estar sola una temporada. Me dijo que pasaría unas vacaciones estupendas y que conocería a muchas niñas de mi edad. Que nadaríamos, montaríamos a caballo, haríamos excursiones en plena naturaleza y cantaríamos alrededor de las hogueras nocturnas.

Las imágenes desfilaron por mi pantalla interior con un detallismo vertiginoso. Lo de las actividades y las niñas era verdad. También fue verdad que al cabo de doce horas ya no quería

seguir allí. Los caballos eran enormes, estaban cubiertos de moscas y por detrás expulsaban pelotas de paja caliente cada dos por tres. Tenían el hocico suave y sedoso como la gamuza, y con púas empuñadas, pero en el momento menos pensado levantaban la cabeza con ímpetu y me querían morder con unos dientes que parecían las teclas de un piano. La naturaleza, según pude comprobar, eran cuevas muy empinadas y llenas de polvo, y hacía calor y picaba mucho. Lo que no era seco y fatigoso resultaba peor aún. Nos habían dicho que nadaríamos en un lago de nombre indio, pero no que el fondo estaría lleno de barro y suciedad. Casi siempre estaba preocupada por la posibilidad de encontrar cascotes de botella enterrados en el cieno. Un paso en falso y el vidrio se me clavaría hasta el hueso. Cuando no me preocupaba por el barro y las piedras puntiagudas, me asustaban los bichos que se deslizaban por las cenagosas profundidades, alargando blandamente los tentáculos hacia mis piernas pálidas y esqueléticas. La primera noche que encendimos una fogata, cantamos *Kumbayah* seis veces, y luego me contaron la historia de la pobre excursionista que se había ahogado hacía dos años, y la de la niña a la que le picó una abeja y sufrió una reacción alérgica que casi la mata, y la de otra niña que se cayó de un árbol y se rompió una extremidad. Además, ocurrió que una de las maestras y su novio estaban metiéndose mano en el coche cuando dijeron por la radio que se había escapado un loco furioso, y cuando subieron la ventanilla y se alejaron a toda velocidad, llevaban el *garfio* del loco enganchado en la ventanilla. Aquella noche me dormí llorando a lágrima viva, pero en silencio, para que no me castigaran. Por la mañana descubrí que mis pantalones cortos eran diferentes de los de las demás y tuve que soportar muchas expresiones y miradas de compasión porque los míos tenían elástico en la cintura. Al ir a desayunar, los huevos revueltos estaban medio crudos y tenían cosas blancas que según las niñas de mi cabaña eran pajaritos que no habían querido nacer. Me puse enferma y me enviaron a la enfermería, donde vi a una niña de doce años que sangraba, pero me dijeron que no le dolía. Que era como si le saliera un niño muerto por abajo todos los meses. Para comer había ensalada de zanahoria con manchas negras. Al día siguiente volví a casa, justamente donde quería estar en aquellos momentos.

Esa noche dormí fatal.

A primera hora de la mañana llamó la policía de Santa Teresa para notificar que ya le habían hecho la autopsia a Chago. Raymond fue a la funeraria para arreglar los papeles y recuperar el cadáver. Al parecer, el director de la funeraria le había garantizado por teléfono que aquella misma tarde se podría velar a Chago. El domingo, a última hora de la tarde, se rezaría el rosario en la capilla. El lunes, a las diez de la mañana, se celebraría una misa en la iglesia del Santísimo Cristo de la Expiación, y a continuación tendría lugar el entierro en el Roosevelt Memorial Park de Gardena.

Cuando volvió Raymond, conversó un rato con Luis, y este salió poco después con el perro. La noticia se había difundido en poco tiempo por el barrio. Las dos chicas que había visto el día de mi llegada se presentaron en la casa, se sentaron a la mesa de la cocina y se pusieron a confeccionar recordatorios con una grapadora y varios rotuladores. En la cubierta escribían «CHAGO R. I. P.» con letras góticas llenas de adornos. Tenían junto a sí un montón de fotografías xerocopiadas que compaginaban con el material escrito. Al cabo de una hora empezaron a llegar los antiguos compañeros de Chago en grupos de dos y de tres, algunos con la mujer o la novia. Casi todos eran demasiado mayores para tener actualmente un papel activo en la banda. Las drogas, el tabaco y el alcohol les habían pasado factura, y los que no tenían mal color de cara, tenían el vientre hinchado. Eran los supervivientes de Dios sabe qué guerras territoriales, individuos a punto de cumplir los treinta que probablemente se consideraban afortunados por seguir vivos. El silencio y la tensión fueron las notas dominantes de aquella congregación de compañeros que se habían reunido para llorar y honrar al caído. Lo único que yo sabía de Chago se reducía al reptante trayecto que había recorrido bajo la lluvia y con el cuerpo lleno de plomo en un cruce de Santa Teresa. No vi el menor rastro de Juan ni de Ricardo, los otros dos hermanos de Raymond, pero Bibianna me dijo que acudirían después a la funeraria. Deduje que las visitas se prolongarían hasta la noche y las dos tendríamos que estar allí. Me sentía incómoda. No había conocido al hermano de Raymond ni conocía a los que llegaban para rendirle el último homenaje. Necesitaba una excusa para desaparecer discretamente y encerrarme en mi habitación. Se produjo un leve revuelo en la puerta y apareció el sacerdote, indumentado con sotana negra y con un alzacuello blanco.

—Es el padre Luévanos —me murmuró Bibianna—, el cura de la parroquia.

El padre Luévanos tendría sesenta y tantos años, era de complexión magra, cara curtida y tenía el pelo blanco y rizado. Era bajo y de aspecto limpio, estrecho de hombros y de manos largas y finas. Daba la sensación de que no quería que le tocasen y avanzaba con las palmas antepuestas,



como un san Francisco de Asís pero sin pájaros, hablando con todos sus fieles en voz baja. Los presentes lo trataban como si fuera un rey y se hacían a un lado para dejarle pasar. Raymond se acercó a él. El cura le cogió las manos y cambiaron unas palabras en inglés y español. Vi que el dolor se dibujaba en la cara de Raymond al oír las palabras de condolencia del sacerdote. No se echó a llorar, pero vi que las facciones se le contraían en una serie de tics y, vistas de lejos, era como la imagen de un hombre llorando a cámara acelerada. Chago había sido sin duda un importante asidero para Raymond, quizás el único miembro de la familia que le había querido de verdad. Raymond se dio cuenta de que yo le miraba. Hizo que me acercara y me presentó al sacerdote.

—Es de Santa Teresa.

El padre Luévanos me cogió las manos.

—Encantado de conocerte. Los teresianos formáis una comunidad encantadora. ¿Hace mucho que conocías a Valenzuela?

—¿Perdón?

—Chago —me dijo Raymond al oído.

—Ah. —Noté que se me subían los colores—. La verdad es que soy amiga de Bibianna.

—Entiendo.

Como si hubiese recibido una señal, Bibianna se puso en movimiento y se acercó para saludar al sacerdote. Se había puesto una falda negra, una camisa blanca y unos zapatos negros de tacón alto. Llevaba en el pelo una rosa roja artificial. Estaba muy pálida y el maquillaje que se había puesto le resaltaba de un modo enfermizo.

—Padre... —murmuró.

Estaba a punto de romper a llorar y la boca empezó a temblarle cuando el cura le cogió las manos. Acercó la cabeza a la de Bibianna y le murmuró unas palabras en español. Bibianna parecía sentir un intenso deseo de desahogarse.

La tensión pareció aligerarse cuando se marchó el padre Luévanos. Se habría dicho que, a pesar de la coyuntura, la tarde era propicia a la pereza. La puerta de la calle estaba abierta y el gentío llenaba el balcón. Los muchachos habían comprado varias cajas de cervezas, bolsas de patatas fritas y salsa. El silbido de las latas al abrirse contrapunteaba las conversaciones. El humo del tabaco envolvía las carcajadas emitidas con discreción. Uno llegó con una guitarra de cuerdas metálicas y se puso a ensayar melodías muy complicadas. Un niño de nueve meses, que respondía al nombre de Ignacio, dio unos pasos y se desplomó sobre las posaderas envueltas en pañales, totalmente complacido por los aplausos con que los presentes acogieron la hazaña.

A las cinco y media la gente empezó a marcharse. Nosotros teníamos que ir pronto a la funeraria porque Raymond quería inspeccionar el cadáver antes de que llegaran los demás. A las seis nos dirigimos hacia allí. Bibianna y yo nos sentamos en el asiento trasero. Luis conducía y Raymond iba a su lado, silencioso, abstraído, con un bulto que había cogido del dormitorio, un envoltorio hecho con una bufanda blanca de raso. La tensión emocional se le había traducido en una constelación de tics y contracciones que no hicieron sino acentuar la infelicidad de su expresión. En el curso de una hora, el perverso delincuente se había transmutado en un niño asustado, abrumado por la dura prueba que le aguardaba.

La funeraria se alojaba en una extravagante mansión victoriana, uno de los pocos edificios que quedaban del glorioso pasado de Los Angeles. Antaño había sido una residencia unifamiliar, tenía

dos plantas y el tejado estaba coronado de torres y chimeneas. La fachada combinaba la madera rojiza con la piedra oscurecida por la contaminación. El jardín estaba abarrotado de cedros y palmeras hechas jirones, y flanqueado por dos edificios de hormigón que contenían oficinas comerciales. La vista de la fachada alteró mi sentido de la realidad y durante una ráfaga de segundo me hizo confundir pasado y presente y me trasladó a 1887.

El interior era una inacabable sucesión de salas silenciosas de techo muy alto, ebanistería cubierta de barniz ennegrecido, papel decorador que imitaba la tela e iluminación indirecta. Los apagados acordes de órgano que se oían al fondo creaban un espíritu subliminal de tristeza y solemnidad. Los muebles eran Victorianos, damasco y madera tallada; la única excepción la constituían las sillas metálicas plegables que había en el salón donde se encontraba Chago. El ataúd, de color gris perla, se encontraba al fondo de la estancia; se había abierto el extremo superior de la tapa y eran visibles el forro de raso blanco y la cabeza del difunto. El féretro estaba rodeado de grandes ramos de gladiolos, coronas de claveles blancos y rosas blancas. Raymond, al parecer, no había escatimado nada en detalles.

Luis, Bibianna y yo nos quedamos discretamente junto a la entrada mientras Raymond se acercaba al ataúd, con el envoltorio en las manos como si se tratara de una ofrenda. Recordé que hasta entonces no había visto muerto a su hermano. Agachó la cabeza y se quedó mirando el ataúd, aunque desde donde yo estaba no le veía las facciones. Al cabo de un rato se santiguó. Vi que desanudaba la bufanda blanca de raso y que se inclinaba sobre el difunto, pero no supe con exactitud lo que hacía. Segundos más tarde se apartó del ataúd y volvió a santiguarse. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Se secó los ojos y guardó el pañuelo, se dio la vuelta y echó a andar en nuestra dirección. Al llegar junto a nosotros, Luis alargó la mano, se la puso en el hombro y le dio una palmada de consuelo.

—Animo, hombre —le dijo con voz apenas perceptible.

Bibianna echó a andar hacia el ataúd a regañadientes, con visible aprensión. Miró el cadáver, se santiguó y al volver tomó asiento y metió la mano en el bolso en busca de un pañuelo de papel.

—¿Quieres verle? —me preguntó Raymond con una expresión tan suplicante como imposible de resistir. Contemplar al difunto me parecía un gesto cargado de intimidad y, como yo no le había conocido en vida, se me antojaba impropio integrarme en el grupo de los deudos y los amigos. Negarme, por otro lado, habría sido como hacerle un desprecio. Raymond se dio cuenta de mi indecisión y me sonrió con dulzura—. Vamos, mujer —dijo—. No tiene mal aspecto.

Era cuestión de opiniones, naturalmente. A decir verdad, había visto a Chago dos veces: la primera en las oficinas de La Fidelidad, cuando me había dado un empujón en el pasillo, y la segunda aquel mismo martes por la noche, en el bar Bourbon Street, de donde se había llevado a Bibianna a punta de pistola. Entonces me había dado la sensación de que era un hombre corpulento, pero la muerte le había encogido. Parecía un muñeco del Museo de Cera al que exhibiesen en una caja demasiado grande. Era tan apuesto como Raymond y probablemente cuatro o cinco años más joven. Tenía el rostro liso, sin arrugas, y era de pómulos altos y barbilla pronunciada. Le habían echado el pelo hacia atrás, hinchándose en la parte superior de tal modo que la cabeza parecía demasiado grande en comparación con la anchura de los hombros. El envoltorio de Raymond, por lo visto, contenía objetos religiosos. Una Biblia de gran tamaño y encuadernada en tela blanca estaba apoyada con torpeza en las manos unidas y blanquecinas del difunto. Le habían puesto además un rosario entre los dedos y en el cojín en que apoyaba la cabeza

había una foto suya de cuando era pequeño. El cojín era de raso y parecía de los que utilizan las mujeres cuando no quieren echar a perder un peinado que les ha costado un dineral. Luis y yo miramos a Chago con la misma atención con que se contempla a un niño acompañado de los padres que se sienten orgullosos de él.

A las siete empezaron a llegar los individuos que ya había visto en la casa. No estaban acostumbrados a ver a Raymond con traje y corbata, y parecían incómodos en su presencia. Los compañeros de Chago iban con una camiseta estampada negra, de confección especial, que por detrás decía «En recuerdo de Chago / R. I. P.» y por delante ostentaba el nombre del usuario.

Me senté junto a Bibianna y permanecimos en silencio. Alguno de los presentes me miraba de vez en cuando, pero nadie me dirigía la palabra. En cualquier caso, como casi todos hablaban en español, ni siquiera me enteraba de lo que decían.

La multitud era cada vez más numerosa. No vi el menor rastro de los hermanos de Raymond, pero vi a tres mujeres que tomé por sus hermanas mayores. Las tres tenían un parecido notable: ojos grandes y negros, boca carnosa y cutis perfecto. Se habían sentado las tres juntas, cuarentonas de buen ver, macizas, morenas y semejantes a monjas a causa de la mantilla negra y el rosario. Cuchicheaban, pero sin dirigirse para nada a Raymond, que a su vez se esforzaba por aparentar la más absoluta indiferencia. En un momento de descuido vi que las miraba de reojo. Comprendí entonces que Bibianna era un fiel trasunto de aquellas mujeres, una nueva versión de las tres hermanas, y tan exquisita y desdeñosa como sin duda había sido la madre de Raymond. Pobre hombre. Por muchas versiones del pasado que reprodujera, nunca obtendría el amor de Bibianna ni conseguiría que la historia tuviese un final feliz.

Tres jóvenes, chicanas de veintitantos años, y una con un niño apoyado en la cadera, se acercaron a Bibianna. Me levanté y me dirigí a la salida, dispuesta a encontrar un teléfono como fuera. Antes de llegar a la puerta apareció Luis y me cogió el brazo.

—¿Crees que arriba habrá algún lavabo?

—Tú no vas a ninguna parte.

—Bueno. En ese caso, importa poco si hay lavabo o no.

Volví a mi asiento y consulté la hora. Eran las ocho y diez. Tenía hambre. Me vencía el aburrimiento. Me sentía inquieta. Estaba asustada. Llevaba ya varios días sometida a una tensión extrema y tenía retortijones en el estómago y la cabeza a punto de estallar. Luis se me pegaba como un moscardón. En el curso de los cincuenta minutos que siguieron no hice más que removerme en la silla plegable, cruzar y descruzar las piernas y toquetearme el pelo. Para distraerme, me puse a memorizar caras por si más tarde tenía que identificar a alguien en el estrado de los testigos. Por fin, a las nueve y veinte, el empleado de la funeraria que supervisaba el velatorio apareció, totalmente vestido de negro, y miró su reloj de modo ostensible. Raymond comprendió el mensaje y recorrió la sala para despedir a los últimos visitantes.

Al volver dejamos a Luis en su casa. En cuanto llegamos al domicilio de Raymond, este desapareció en el dormitorio mientras Bibianna y yo nos encargábamos de la limpieza. No es que nos importase, pero más valía hacer aquello que estarse de manos cruzadas. Al fondo, sin darnos plena cuenta de ello, oímos el tintineo de las monedas que caían encima de la cómoda; seguramente, Raymond se vaciaba los bolsillos. Metimos las latas de cerveza en una bolsa de plástico y vaciamos los ceniceros. Raymond salió del dormitorio y entró en el cuarto de baño que últimamente utilizaba yo en exclusiva. Momentos después oía el gemido de los grifos. Las

cañerías traquetearon y el agua salpicó las baldosas de la ducha como si se tratara de una tormenta de principios de otoño.

Me quedé mirando a Bibianna.

—¿Por qué se ducha en mi lavabo?

—Así puede... —se señaló la sangría del brazo izquierdo.

—¿Se pincha?

Ahora comprendía el significado del tintineo metálico del dormitorio. Mi cabeza se puso a trabajar. Luis no estaba en casa. No había perros en la entrada. Bibianna me oyó tragar una profunda bocanada de aire y se volvió.

—¿Qué hemos hecho para merecer esto? —dije, y me dirigí a toda velocidad al dormitorio y cogí las llaves del coche que Raymond había dejado encima de la cómoda. Vacilé un segundo y abrí el cajón en que había visto las pistolas. La caja seguía en el mismo sitio, encima de las documentaciones falsas. Levanté la tapa. Todo estaba igual que antes, la SIG-Sauer, la Mauser y los cartuchos. Me introduje la SIG-Sauer entre los pantalones y la carne. Al diablo con los temores. Estaba harta de ir desarmada. Y yo estaba dispuesta a cualquier cosa, incluso a pasearme desnuda por la terminal de un aeropuerto. Volví al cabo de unos segundos con las llaves y se las di a Bibianna. La ducha había dejado de oírse. Metí la pistola en el bolso. Oímos abrirse la puerta del cuarto de baño.

—¿Bibianna?

La aludida forcejeaba por soltar las llaves del Cadillac, que estaban enganchadas al llavero con un aro metálico. Las manos le temblaban de un modo alarmante y las llaves le tintineaban entre los dedos como si estuviese tocando las castañuelas.

—¿Es igual, nos las llevamos todas! —le susurré—. ¡Andando!

En aquel punto sonó el teléfono y dimos un brinco. El aparato estaba en el suelo, bajo la mesa de la cocina, conectado al enchufe de la pared. Empujé a Bibianna hacia la puerta y descolgué.

—¿Diga?

—Bibianna —murmuró al otro extremo del hilo una mujer de voz temblorosa—, gracias a Dios. Lupe me dijo que habías vuelto. Me han ingresado en el hospital... estoy... —se le quebró la voz.

—Disculpe, pero soy Hannah, una amiga de Bibianna. Espere un momento. Ahora se pone. — En la forma de hablar de aquella mujer palpitaba una angustia indescriptible.

Bibianna se había detenido en medio de la sala y me observaba con atención. Le tendí el auricular. Se acercó como una sonámbula. No supe qué hacer para meterle prisa, pues me preocupaba la posibilidad de que Raymond hubiese oído el teléfono. Cogió el auricular.

—¿Sí? —Me miró como si estuviese hipnotizada—. ¿Mamá? Sí...

Raymond apareció en la puerta con el pelo húmedo y revuelto.

—Bibianna. —Acababa de ponerse un pantalón ancho e informal y todavía se estaba ajustando el cinturón. Iba con el torso desnudo y le miré los brazos, en busca del punto donde se había clavado la aguja hipodérmica—. ¿Qué pasa? ¿Quién está al teléfono?

Bibianna le dio la espalda y se puso la mano en la oreja para que las preguntas de Raymond no le estorbaran la audición.

—¿Cómo? —dijo Bibianna con incredulidad, con el ceño fruncido.

Pude ver en los movimientos de su cara el contenido del mensaje materno. Desvió los ojos

hacia las baldosas rotas de la pared, que habían dejado al descubierto el yeso de detrás. Entreabrió los labios y dejó escapar un gemido. Se llevó la mano a la mejilla. Había tal expresión en su cara que el estómago se me encogió de miedo.

No habían transcurrido aún quince segundos cuando Raymond cruzó la sala con decisión, le arrebató el auricular y colgó con violencia. Desenchufó el aparato de un tirón y lo arrojó contra la pared. La caja de plástico emitió un crujido y se abrió, dejando al descubierto los mecanismos interiores. La mirada aterrada de Bibianna corrió del teléfono a la cara de Raymond.

—Acabo de enterarme de lo que le has hecho...

—¿A quién?

—Mi madre está en el hospital.

Ví que Raymond titubeaba. Sabía, por la voz quebrada de Bibianna, que estaba perdiendo el dominio de la situación.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Ví moverse los labios de Bibianna. Repetía una frase, un murmullo que acabó por hacerse audible a medida que alzaba la voz.

—Le rajaste la cara, hijo de puta. ¡Le rajaste la cara! *¡Le rajaste la cara a mi madre en esta misma casa!* Se la rajaste, hijo de puta, hijo de la grandísima puta...

Se arrojó sobre Raymond con las manos por delante y le clavó las uñas en la cara. El peso de Bibianna hizo trastabillar a Raymond, que cayó de espaldas sobre la mesa de la cocina. Una de las sillas cayó al suelo. Bibianna corrió a los cajones de la cocina y abrió uno de un tirón. Raymond se lanzó sobre ella, la cogió por detrás, la levantó en el aire y tiró de ella. Como Bibianna no soltaba el asa del cajón, este se salió totalmente de las guías y el suelo se cubrió de objetos metálicos. Raymond cayó al suelo con la mujer encima. Bibianna forcejeó revolviéndose, agitando las piernas, tratando de golpear a Raymond con el tacón puntiagudo de los zapatos. Raymond intentó darle un puñetazo y falló. Bibianna le alcanzó con el pie en el pecho y oí el gemido del hombre al vaciar el aire de los pulmones. Bibianna se puso a gatas y cogió un cuchillo de carnicero que había resbalado por el suelo de la cocina. Lo empuñó y dio una cuchillada en el aire. Raymond alargó la mano, la cogió por la muñeca y apretó con tanta fuerza que pensé que iba a romperle el hueso. Bibianna lanzó un grito. El cuchillo cayó al suelo. Durante unos instantes permanecieron juntos donde estaban, él encima de ella y los dos jadeando con gran esfuerzo. La cara de Bibianna se contrajo y las lágrimas le anegaron los ojos.

—Suéltame, hijo de puta.

Raymond, según parece, creyó que lo peor había pasado ya. Se incorporó y le alargó la mano para ayudarla a ponerse en pie. Nada más incorporarse, Bibianna le asestó un puntapié en la entrepierna que, aunque apenas le rozó el punto central con el extremo del zapato, fue suficiente para que el hombre se llevara la mano al lugar y se encogiera para protegérselo. De la garganta de Raymond brotó un gemido de dolor, sorpresa y furia.

Yo ya no sabía dónde estaban las llaves del coche, que se le habían escapado a Bibianna durante la lucha. Inspeccioné el suelo a toda velocidad, las vi junto a la pared y las recogí. Se las lancé a Bibianna de costado, un pase perfecto. Cogió las llaves al vuelo y corrió. La puerta del piso se cerró de golpe y la oí bajar por las escaleras hasta que el taconeo se desvaneció.

Iba a correr también yo hacia la puerta cuando Raymond cargó sobre mí por detrás. Trastabillé, manoteé en el aire y caí al suelo. Forcejamos entre gruñidos. Se puso a darme

puñetazos con furia y yo me protegía con los brazos cruzados sobre la cara. Me cogió por el pelo y me puso en pie de un tirón. Me dobló el brazo derecho por la espalda, tiró hacia arriba y me empujó hacia la puerta. Sólo llevaba puestos los pantalones. Tenía el pecho cubierto de manchas rojas a causa de los golpes que había recibido. Tenía ganas de aplastarle los dedos del pie de un pisotón, pero sabía que se vengaría rompiéndome el brazo.

Oí que Bibianna maniobraba con el Cadillac y luego se alejó entre chirridos de neumáticos. Raymond me condujo hasta el Ford. Abrió el maletero con una mano, cogió una palanqueta y me llevó a rastras hasta la portezuela del conductor. Golpeó la ventanilla hasta romper el vidrio y quitó el seguro. Abrió la portezuela de un tirón y me empujó al interior del vehículo. De debajo del asiento delantero sacó un juego de llaves y una pistola. Montó el arma, me apuntó con ella, metió la mano bajo el volante y encendió el motor.

Nos pusimos en marcha. Bibianna nos llevaba apenas una ventaja de dos minutos. Raymond se puso la pistola entre las piernas. A ochenta por hora no tenía que preocuparse de que yo saltara del coche. Pisó el acelerador a fondo y el velocímetro del bamboleante Ford se disparó. Las farolas municipales pasaban por mi lado como una exhalación. Yo me sujetaba donde podía, con los ojos clavados en la calzada, con el miedo y la fascinación que experimentamos en la montaña rusa. A juzgar por la estupefacción de los conductores con que nos cruzábamos, Bibianna había tenido que saltarse en rojo todos los semáforos que teníamos delante.

A Raymond no parecían preocuparle ni los demás vehículos ni los peatones, ni la inviolabilidad de los semáforos ni la santidad de los pasos cebra. Todos se apartaban de su trayectoria como podían y el Ford avanzaba dejando tras de sí una estela de maldiciones, insultos y bocinazos. Cogió el teléfono, lo apoyó en el volante y marcó un número con el pulgar. Esperó lo que dura un timbrado, dos timbrados. Descolgaron al otro lado del hilo.

—¡Chopper! —exclamó—. Bibianna acaba de largarse con el Caddy y necesito ayuda... Exacto. Llegará a la 405 por Avalon, dirección norte. Si no nos ves en el puerto, prueba en Crenshaw o en Hawthorne.

El interlocutor le formuló una pregunta.

—Eso lo dejo en tus manos, amigo —dijo Raymond. Colgó. Dejó el teléfono y sacó la pistola de la carnosa funda de las piernas, empuñándola con la derecha mientras conducía con la otra mano.

Estábamos todavía en Avalon Boulevard y nos dirigíamos a la autopista a la velocidad del rayo. Pasamos sin problemas por el cruce con Carson, cuyo semáforo estaba en verde. Raymond conducía ahora un poco más despacio, abriendo un carril propio entre los coches aparcados y la columna de coches que avanzaba hacia el acceso de la autopista. Yo había cruzado los brazos y con una mano me sujetaba a la consola de mandos y con la otra al respaldo del asiento. Los conductores que teníamos inmediatamente delante nos miraban por el retrovisor, primero con indiferencia y acto seguido con alarma, calculando nuestra velocidad y advirtiéndolo que no tardaríamos en encaramarnos en su maletero. Unos coches aceleraban y se hacían a la izquierda para dejarnos pasar. Otros doblaban por lo primero que se les ponía a tiro, una travesía, la entrada de un garaje particular e incluso la acera: lo que fuese con tal de evitar nuestra embestida. Los dientes me crujían de tanto apretarlos y tenía que ahogar un grito de miedo y angustia cada vez que alcanzábamos un coche y lo rebasábamos sin saber muy bien cómo.

Raymond conducía totalmente concentrado y con una expresión de serenidad envidiable.

Advertí que las pupilas se le habían encogido, pero no manifestaba ningún otro síntoma de intoxicación heroínómana. Puede que midiera concienzudamente las dosis para poder funcionar normalmente aun con las venas cargadas de caballo. Golpeó de refilón un coche estacionado, di un grito y la cabeza se me dobló hacia atrás cuando el impacto nos lanzó de rebote hacia el tráfico. Corrigió la trayectoria del vehículo. No sé si Raymond se percataba o no de mis exclamaciones y alaridos. Lo irónico es que, en aquella situación de máxima ansiedad, era yo y no él quien hacía gala de todos sus tics y contracciones. Puede que, en el fondo de su constitución neurológica, una parte de él viviera continuamente entre persecuciones vertiginosas y choques imaginarios, desastres evitados por los pelos de los que se salvaba reaccionando con rapidez y lanzando gritos incontenibles de horror, consternación y sorpresa.

Nos hicimos a la derecha para entrar en el acceso que conducía a la 405, en dirección norte. Ignoraba cómo sabía él que Bibianna estaría allí, pero el caso es que descubrí el Cadillac negro en cuanto nos integramos en el tráfico rodado de la autopista. Como era sábado por la noche, no había peligro de sufrir los atascos y embotellamientos de las horas punta. Yo no quitaba los ojos del asfalto y rezaba para que Bibianna saliese bien librada de la aventura. Sin duda se creía a salvo, sin advertir que Raymond le pisaba los talones y que entre el Cadillac y el Ford sólo mediaban ocho vehículos. Raymond volvió a ponerse la pistola entre los muslos, cogió otra vez el teléfono y marcó el número con el pulgar. Se puso en comunicación con Chopper y le dio nuestras coordenadas. Les oí calcular el punto idóneo de intercepción. El corazón me seguía latiendo con fuerza y mientras observaba el Cadillac con temor, escrutaba la autopista por si veía algún vehículo de la policía de tráfico.

Acabábamos de dejar atrás el acceso de Rosecrans cuando oí pitar un claxon junto a nosotros. Miré hacia el carril contiguo y vi un Chevrolet azul oscuro. Chopper iba al volante. Raymond le señaló el Cadillac y a continuación se trazó en el cuello una horizontal invisible con la punta del dedo. Chopper esbozó una sonrisa y enseñó a Raymond un pulgar levantado. Raymond quitó el pie del acelerador y el vehículo recuperó la velocidad normal, mientras el conductor del Chevy se nos ponía delante y aceleraba. La última vez que vi a Bibianna fue cuando el Chevrolet estaba a punto de darle alcance. Porque entonces bajé la vista y me fijé en la matrícula. Se me puso la piel de gallina y un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los riñones, donde se me aposentó como si fuera una bolsa de agua helada. La matrícula decía PARNELL. Saltaba a la vista que Raymond había estado en posesión del vehículo desde la muerte de Parnell Perkins, y sin duda había estado utilizándolo para los accidentes simulados y las reclamaciones por daños y perjuicios.

Raymond divisó un coche patrulla entre el tráfico que se dirigía al sur. Cabía la posibilidad de que se hubiera dado parte de la anómala conducta del Ford, porque el agente se volvió y enarcó las cejas cuando nos cruzamos con él. Raymond se hizo a la derecha, cambió dos veces de carril y se internó por la primera salida que vimos. Aunque el agente hubiera girado en redondo, no nos habría dado alcance. Raymond buscó una travesía a oscuras, se acercó a la acera y detuvo el vehículo. Se echó atrás y expulsó el aire de los pulmones.

Yo me había puesto a temblar, de miedo, de alivio, por las visiones que me asaltaban sobre el destino de Bibianna y las imágenes ensangrentadas de la madre de Bibianna, a la que no había visto en mi vida. Me acordé de Parnell tendido boca abajo en el aparcamiento, con un balazo en la cabeza. Puse las manos entre las rodillas y apreté con fuerza. Me castañeteaban los dientes y jadeaba. Raymond me observaba con desconcierto.



—¿Qué te pasa?

—Cállate. No quiero hablar contigo.

—Pero si no he hecho nada. ¿Por qué te pones así?

—¿Que no has hecho nada? No te creo.

—Esa estúpida me ha robado el coche y he salido tras ella. ¿Qué esperabas que hiciese?

—¡Estás loco!

—¿Loco *yo*? ¿Por qué? ¿Por no consentir que esa puta juegue conmigo? Más te vale creerme.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé. A mí, que me registren.

Me enderecé, irritada por su actitud.

—No te hagas el tonto, Raymond. ¿Qué va a hacerle Chopper?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No sé leer el futuro. Y deja de preocuparte. No tiene nada que ver contigo.

—¿Y su madre?

—¿Y a ti qué te importa? Deja ya de comportarte como si todo fuera culpa mía.

Le miré con asombro.

—¿De quién es la culpa entonces?

—De Bibianna —contestó, como si estuviera más claro que el agua.

—¿Por qué es culpa suya? Has sido tú quien ha rajado a esa mujer.

—¿A Gina? Bueno, pero está viva, ¿no? No se puede decir lo mismo de Chago. Mataron a mi hermano, ¿y quién te crees que lo hizo?

—Ella no —repliqué.

—Ahí quería llegar yo justamente —dijo sin perder la paciencia—. Ella no ha hecho nada. Es inocente, ¿verdad? Ni más ni menos que Chago. Ojo por ojo. Lo dice la Biblia y punto. Escucha, pude haber matado a esa puta, pero no lo hice, ¿verdad? ¿Y sabes por qué? Porque soy bueno. Nadie me cree. Ya te dije que Bibianna tiene que aprender que conmigo no se juega. ¿Crees que me gusta esto? Si me hubiera hecho caso desde el principio, ahora no estaríamos aquí.

—¿En qué tenía que hacerte caso?

—Tenía que haberse casado conmigo cuando se lo pedí. No soy tonto, ¿te enteras? No sé qué hay en la cabeza de esa mujer, pero creo haberme comportado con toda la paciencia del mundo. Y esto lo digo también por ti. ¿Entendido?

Le miré sin saber qué decir. Veía las cosas de un modo tan distorsionado que era imposible razonar con él. En el fondo se consideraba inocente, víctima de circunstancias en las que todos, salvo él, eran responsables de su comportamiento. Al igual que todas las «víctimas» que he conocido, se aferraba a sus desventajas para justificar la violencia que ejercía sobre los demás.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Luis? Aquí Raymond. Vístete, vamos a recogerte. —Miró el reloj—. Dentro de diez minutos estamos ahí. Y baja al perro.

Puso en marcha el motor, arrancó, giró a la izquierda y accedimos a una ancha avenida, rumbo al sur otra vez. Me puse a mirar por la ventanilla. Raymond conducía con tranquilidad, a sesenta por hora. Estábamos en Sepulveda, cerca del aeropuerto. No me fascinaba el barrio, pero me dije que había que ponerse a salvo hasta que consiguiera entrar en contacto con la policía. Abrí la portezuela y Raymond pisó el acelerador.

—Para, por favor. Quiero bajar —dije.

Cogió la pistola y me apuntó con ella.

—Cierra la puerta.

Hice lo que me decía. Volvió a concentrarse en la calzada. Le observé a la luz mortecina de las farolas, el pelo húmedo todavía, la maraña de rizos, los ojos oscuros, las pestañas largas, el hoyuelo de la barbilla. Iba con el torso desnudo, descalzo, tenía la piel muy clara. Advertí los ligeros rasguños que le surcaban los pliegues de ambos brazos. Pensé que, después de la fiebre de la persecución y del bombeo adrenalínico, ya le debían de estar desapareciendo los efectos euforizantes del pinchazo. Le habían vuelto los tics y las contracciones. Las conexiones misteriosas que hubiese en su circuito neurológico disparaban una serie de reacciones, y se convulsionaba como si sufriera pequeñas descargas eléctricas. Abría la boca y giraba el cuello a la derecha. Todo él saltaba con el mismo impulso irresistible que suelo experimentar yo cuando el médico me golpea la base de la rótula con un martillito de goma para comprobar mis reflejos. Cuando siento el golpecito, estiro la pierna de manera involuntaria. Raymond parecía vivir rodeado de invisibles martillos de goma que le golpearan al azar y sin descanso para comprobar todos sus reflejos... elfos y hadas diminutos que se divertieran azuzándole. Lo malo es que, si la mano con que empuñaba el arma se contraía más de lo debido, me iba a llenar el cutis de agujeros. También a mí se me había acabado ya la adrenalina y me sentía agotada.

—Raymond, por favor. Quiero irme a mi casa —le dije con desánimo.

—No, aquí no. Esto es muy peligroso. No durarías ni un par de calles.

Tuve ganas de reírme de lo absurdo de aquella preocupación. El tipo me retenía a punta de pistola, me mataría si llegara el caso, pero no quería dejarme bajar porque estábamos en un barrio peligroso. Cogió el teléfono y marcó otro número. Parecía un alto ejecutivo lleno de responsabilidades. Respondieron al otro lado del hilo.

—¿Oiga? —dijo—. Mire, tengo un problema. Me han robado el coche...

Me retrepé en el asiento y apoyé las rodillas en la consola de mandos mientras escuchaba atónita las explicaciones que Raymond daba a la policía en relación con el Cadillac desaparecido. Por el final de la conversación deduje que iba a tener que dirigirse a la División 77 para informar por escrito sobre el vehículo robado, pero Raymond era cooperación pura, Don Ciudadano Perfecto concentrando las fuerzas de la ley y el orden para su causa. Colgó y continuamos en silencio hasta llegar a casa de Luis.

Paramos junto a la acera y Raymond tocó el claxon. Un instante después apareció Luis con el perro. Raymond puso el freno de mano y bajó del coche.

—Conduce tú —dijo a Luis.

Luis subió al coche con el perro y se puso al volante.

—¿Adónde vamos?

—A comisaría.

Luis arrancó. El perro se apoyó en mí y me echó en la cara un aliento que olía a rayos. Seguro que habría preferido acomodarse junto a la ventanilla para sacar la cabeza y que la brisa le sacudiera las orejas. Luis observaba a Raymond por el retrovisor con un interés contenido por la prudencia.

—¿Qué ha pasado?

—Bibianna me ha robado el Caddy. Vamos a presentar una denuncia.

—¿Bibianna ha robado el Cadillac?

—Sí, ¿puedes creértelo? ¿Después de todo lo que he hecho por ella? Llamé a Chopper y le dije que la siguiese. Yo no tengo tiempo para dedicarme a estas tonterías. Me comprendes, ¿verdad?

Luis no hizo ningún comentario. Vi que me miraba de reojo, pero ¿qué iba a decirle yo?

Llegamos a la comisaría de la División 77. Luis bajó del coche y se quedó mirando el asiento trasero mientras Raymond le daba instrucciones.

—¿Y la documentación del coche? —preguntó Luis.

—Pues en el coche, ¿dónde va a estar? —dijo Raymond con irritación.

—¿Les puedo dar tu teléfono?

—¿Cómo quieres que me notifiquen que han encontrado el vehículo si no das mi teléfono?

—Ah.

—Exacto: ah —dijo Raymond.

Luis desapareció.

—Este tío tiene serrín en los sesos —murmuró Raymond para sí. Dio una patada al respaldo de mi asiento—. Sigo apuntándote —dijo—. No he olvidado que ayudaste a Bibianna a escapar.

Esperé en el coche con Raymond, inmovilizada en el asiento por el peso del perro y deseando que apareciera un agente para pedir socorro. Pasaron varios coches patrulla a toda velocidad, pero nadie parecía percatarse de nuestra presencia.

Me quedé mirando la comisaría, que se alzaba a quince metros de distancia.

Luis volvió y subió al vehículo sin decir nada. Echó un vistazo por el espejo retrovisor. Me volví para mirar yo también y entonces me di cuenta de que Raymond se había quedado dormido.

Cuando llegamos a casa, Luis tuvo que ayudarle a subir las escaleras. Yo iba delante y el perro cerraba la retaguardia. Raymond estaba despierto, pero parecía aturdido y en otra dimensión. Al llegar al piso, Luis abrió la puerta. Las luces exteriores bañaron momentáneamente la espalda desnuda de Raymond y vi que tenía la piel cubierta de cicatrices cuadrículadas, como si se la hubieran marcado con un somier al rojo vivo. Eran heridas antiguas y se habían curado hacía tiempo, pero las cicatrices no se habían borrado del todo. La simetría de las marcas indicaba que se habían hecho a conciencia.

Ya dentro del piso, busqué mi bolso en la sala de estar. Lo descubrí en el suelo, metido a medias debajo del sillón tapizado. Seguramente había recibido un puntapié durante el forcejeo con Raymond y estaba totalmente abierto. Luis sostenía la pistola de Raymond y me indicó con un gesto que me dirigiera al sofá. Me senté. Desde aquella altura se veía con claridad meridiana la culata de la SIG-Sauer sobresaliendo del bolso. Hice un esfuerzo por desviar la mirada. No me atreví a hacer ningún movimiento en aquella dirección, temía que Luis se diese cuenta. Raymond se fue a dormir dando traspiés.

Aquella noche no tuve más remedio que dormir en el sofá. *Perro* vigilaba la puerta y Luis, con la pistola de Raymond en la mano, dormitaba en el sillón sin dejar de vigilarme. Con la luz que daba la bombilla de la cocina, el piso parecía un bar de alterne. De tarde en tarde, la mirada de Luis se cruzaba con la mía en las sombras de la sala de estar. No parecía latir ninguna emoción en aquellos ojos negros que me miraban como suelen mirarnos los amantes que ya están en relaciones con otra persona. Todos los momentos felices que se han compartido quedan sepultados por la hostilidad y la indiferencia.

Desperté sobresaltada a las ocho al oír un golpe en la puerta. *Perro* se puso a ladrar con furia. Me puse en pie y me dirigí mecánicamente hacia la puerta. Luis llegó antes que yo. Cogió al perro por el collar, abrió la puerta y vi a Dawna en el umbral con un elegante traje de chaqueta negro. Madre mía, qué gracioso. Ya me lo habían dicho Dolan y Santos: «No te preocupes por Dawna. La tendremos fuera de circulación». Raymond salió del dormitorio poniéndose la camisa. Aún estaba descalzo y llevaba los pantalones de la noche anterior, que se le habían arrugado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Dawna —dijo Luis.

Mientras Raymond avanzaba hacia la puerta, me agaché junto al sillón tapizado, saqué el bolso y lo cerré para que no se viera la culata de la pistola. Luis se había vuelto.

—Siéntate.

—Iba a sentarme —dije con irritación. Lo hice en el sillón, con aburrimiento fingido, mientras Raymond y Dawna intercambiaban frases de saludo. La cara de la mujer se había contraído al verle. Raymond la abrazó y la meció con suavidad. A saber lo que haría cuando se fijara en mí. No me quedaba más consuelo que el bolso, que estaba ahora a la derecha del sillón, fuera del alcance de mis dedos. Luis había ido a la cocina, se había apoyado en el mármol y liaba un porro totalmente concentrado. A colocarse el domingo por la mañana. Lo que nos faltaba a todos. Dawna se sentó en el sofá, llorando todavía y limpiándose con el pañuelo de Raymond.

Estaba más pálida que una máscara de teatro Kabuki y tenía la boca apretada, haciendo un puchero de color rojizo. Había vuelto a teñirse el pelo del color de las escobas de antaño y lo llevaba literalmente de punta, como si se lo hubiese lavado con engrudo y se lo hubiera secado boca abajo. Era un *look* de gallo albino. Por entre las aberturas de la chaqueta entreví una venda sujeta con esparadrapo. Se le habían bajado mucho los humos y supongo que la herida había contribuido a ello. Vi que *Perro* se echaba en el suelo, cerca del sofá, y que se quedaba mirando con fijeza la parte carnosa de la pierna de Dawna. Observé a la mujer con miedo y nerviosismo. Cuando se recuperase repararía en mí. Y era más que probable que recordara que me había visto en las oficinas de La Fidelidad de California, pero ¿qué podía hacer yo?

Lo más difícil de una mentira es adivinar lo que haríamos si fuéramos inocentes. Yo no podía fingir que no conocía a Dawna Maldonado. Las dos habíamos estado en el mismo lugar el martes por la noche, cuando Chago había muerto. ¿Tenía que tratarla como a una amiga o como a una enemiga? Dadas las circunstancias, me parecía más prudente tener la boca cerrada y dejar que el guión se desarrollara solo, como en el teatro improvisado. Como no había manera de escapar, me puse el bolso bajo el brazo y me dirigí a la mesa de la cocina. Tomé asiento y dejé el bolso junto a la pata de la silla, como con indiferencia. Cogí las cartas de Bibianna. Barajé los naipes y me esforcé por recordar cómo hacía ella los solitarios.

Para entonces, la conversación entre Dawna y Raymond se había centrado en el tiroteo. Fue precisamente en aquellos instantes cuando Dawna se dio cuenta de mi presencia.

—¿Qué hace esta aquí?

Bueno, había llegado la hora.

Raymond pareció sorprendido por el comentario de la mujer, cuya entonación fue claramente hostil.

—Perdona. Te presento a Hannah. Es una amiga de Bibianna.

Los ojos de Dawna eran azules y fríos, bordeados de negro, y miraban de un modo calculador.

—¿Y por qué no le preguntas a ella sobre el tiroteo? Estaba con ellos aquella noche.

—¿Ella?

—En el bar, sentada a la mesa con ellos cuando salí del teléfono.

Raymond parecía confuso.

—¿Te refieres a Hannah?

—Maldita sea, Raymond, ¿es que hablo en chino?

Raymond se volvió hacia mí.

—Creí que habías conocido a Bibianna en la cárcel, que fuisteis compañeras de celda.

Yo miraba los naipes como si lo demás careciese de importancia. Siete cartas para hacer siete montones, la primera boca arriba, las otras seis boca abajo.

—Yo no dije nada de eso. Nos metieron juntas en el talego, pero la había conocido antes, en un bar. Imaginé que te lo contaría ella, de lo contrario yo misma te lo habría comentado.

Siguiente vuelta, había que saltarse el primer montón. Una carta boca arriba para el segundo montón, las otras cinco boca abajo. Seguí haciendo el solitario con toda la sangre fría que hay que echarle a las estratagemas. Luis escuchaba con disimulo, guardándose de llamar la atención para que Raymond no la tomara con él.

—¿Y quieres decirme qué demonios hacías tú allí con Bibianna y con Jimmy Tate?

Vaya, había adivinado que se trataba de Tate; puede que le hubiera ayudado la descripción que le había hecho Dawna.

—Nada en especial. Acabábamos de entrar en el bar de al lado para comer cuando aparecieron aquellos dos.

—¿Estaba Bibianna con Jimmy Tate?

Dawna soltó un bufido.

—Joder, Raymond. ¿Qué te pasa? Pareces un loro. —Vi por el rabillo del ojo que Dawna estaba disfrutando de lo lindo. Seguro que de pequeña se chivaba y acusaba a todos sus hermanos para hacerse la importante.

Raymond no le hizo caso y se concentró en mí.

—¿Por qué no me has dicho en ningún momento que Bibianna estaba con él aquella noche?

—Jimmy Tate estaba conmigo. Conocimos a Bibianna en el primer bar y le dijimos que se viniera a picar algo. ¿Tanta importancia tiene?

—No te creo.

Dejé de echar cartas.

—¿No me crees?

—Creo que mientes.

—Un momento, Raymond, un momento. Hace cinco días que nos conocemos. Quisiera saber por qué de pronto he de darte cuenta de mis actos.

Los ojos de Raymond brillaban como luceros y su tono de voz había adquirido una suavidad que no me convencía.

—Dice Dawna que fue Tate quien mató a mi hermano. ¿Lo sabías?

Pues claro. Y tanto que lo sabía. Pero no dije nada, mientras me preguntaba por qué de pronto se me había quedado la boca tan seca. No se me ocurría nada que viniera al caso y por una vez el repertorio de las mentiras no reaccionó con la prontitud deseada.

—Responde —dijo Raymond—. ¿Mató Tate a mi hermano?

Sopesé distintas posibilidades, ya que no quería comprometerme aún en una dirección definida.

—No lo sé —dije—. Cuando empezó el tiroteo, me eché a tierra.

—¿No viste a Tate con una pistola en la mano?

—Bueno, yo sabía que Tate tenía pistola, pero no sé qué hizo con ella porque yo no miraba en aquel momento.

—¿Y Chago? Supiste que le habían dado, ¿no? ¿Quién crees que lo hizo?

—No tengo ni la menor idea. En serio. No me enteré de lo que pasaba. Lo único que sé es que Tate y yo conocimos a Bibianna por casualidad, fuimos al bar de al lado para comer y, antes de que me diera cuenta, aparecieron dos matones y se llevaron a Bibianna a punta de pistola. Se organiza una ensalada de tiros, llega la poli. A Bibianna y a mí nos meten entre rejas...

Pisaba ahora un terreno más seguro porque sabía que Dawna había desaparecido más o menos cuando habían alcanzado a Chago. Partía de la base de que ella ignoraba lo sucedido a continuación. En realidad, me preocupaba menos aquel asunto que la posibilidad de que recordara que me había visto en las oficinas de La Fidelidad de California. Y el caso es que me escrutaba la cara con el ceño fruncido y con una de esas miradas de desconcierto que señala la presencia de un

bloqueo en los mecanismos de la memoria. Bloqueo que podía desaparecer en cualquier momento.

—Está mintiendo, Raymond.

—Tú no te metas —dijo Raymond con irritabilidad. Encendió un cigarrillo y me observó mientras inhalaba la primera bocanada de humo.

Sonó el teléfono. Los cuatro nos volvimos y nos quedamos mirando el aparato. Luis fue el primero en moverse y cogió el auricular.

—¿Diga? —Escuchó durante unos segundos y cubrió el auricular con la mano derecha—. Es la poli, dicen que han encontrado el coche.

Raymond cogió el auricular.

—Diga... Sí, soy yo... ¿Algún herido? ¿De veras? Vaya, sí que es lamentable. ¿Dónde está eso? Ya... ¿Y el coche? Entiendo. Sí, conozco el sitio... ¿De verdad hizo eso? Qué mala suerte.

Raymond colgó el auricular mientras miraba a Luis de reojo.

—Bibianna ha tenido un accidente en Topanga Canyon. Según ha dicho el tío ese, Chopper atropello el Cadillac y lo tiró por un precipicio.

—Hostia —dijo Luis.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—¿Y Bibianna? ¿Está bien?

Raymond espantó una mosca invisible con despreocupación.

—No te preocupes. Está en el St. John's. Ponte algo encima, muñeca. Tenemos trabajo. —Miró sonriente a Luis—. Genial. El Caddy ha quedado para el arrastre. De esta sacamos veinticinco mil. —Advirtió la cara que yo acababa de poner—. ¿Qué miras? Esto da para una reclamación auténtica —dijo totalmente convencido de sus derechos.

—¿Y yo? —dijo Dawna en son de queja.

—Puedes venir si quieres. O quédate, si prefieres dormir. Pareces cansada. Volveremos dentro de una hora y luego iremos a la funeraria.

Dudó durante unos instantes y al final se decidió.

—Está bien, marchaos. Descansaré un rato.

Para lo denso que estaba el tráfico, Raymond conducía con demasiada agresividad. Yo iba encajonada entre él y Luis en el asiento delantero, sujeta con una mano a la consola de mandos, y musitando exclamaciones cada vez que Raymond cambiaba de carril sin avisar o se ponía a unos centímetros del parachoques trasero de un vehículo, giraba el volante con brusquedad y lo adelantaba volviendo la cabeza con el ceño sombríamente fruncido. Apretaba los dientes, la cara se le contraía a cada momento y la culpa de todo lo que había bajo el sol era de los demás. Hasta Luis empezaba a alarmarse y murmuraba «Hostia» cada vez que nos salvábamos por los pelos de un accidente.

Hablaban traspasándome con las palabras, como si yo estuviera hueca, y tardé un rato en comprender lo que decían.

—La muy idiota debió de abandonar la 101 en Topanga. ¿Se puede ser más imbécil? Allí no hay absolutamente nada. ¿Conoces la carretera?

—Es muy irregular —dijo Luis.

—Lo peor que hay. Cuestas más verticales que una casa y precipicios a ambos lados. Si hubiera tenido cerebro, se habría quedado en las zonas pobladas y habría avisado a la poli. Pero ¿quién iba a ayudarla allí? Chopper sólo tuvo que esperar a que el Cadillac llegara a una de esas

curvas más cerradas que una horquilla, y ¡bum! —Raymond hizo un ademán de desprecio—. Dice la poli que atropello el Caddy por detrás y que se quedó enganchado sin posibilidad de soltarse. —Hizo con la mano un gesto como para indicar que alguien se ha lanzado al agua desde un trampolín.

Me volví a mirar a Raymond.

—¿También él se ha despeñado?

Raymond me miró como si de pronto me hubiese puesto a hablar en latín.

—¿De qué te crees que hablamos? Chopper está muerto y a ella le ha faltado muy poco. Se lo merecía. ¿Es que no te habías dado cuenta aún? Está en cuidados intensivos.

—Oh, no —murmuré.

—Pero ¿qué te pasa? No irás a decir ahora que ha sido culpa mía, ¿verdad? Me roba el coche, me lo deja hecho polvo, ¿y soy yo el culpable?

—Por el amor de Dios, Raymond, acepta la responsabilidad que te corresponde. Todo esto lo has fraguado tú y lo sabes muy bien.

—No juegues con la suerte, tía. ¡Yo no he hecho nada! —La cara de Raymond se ensombreció y siguió conduciendo sin decir palabra. Noté que la ansiedad se me filtraba por el pecho y me comprimía el aparato digestivo.

Dejamos la 405 al llegar a la Santa Monica Freeway y nos dirigimos hacia el oeste hasta la salida de Cloverfield. La tomamos y giramos a la derecha. Había estado en el St. John's hacía unos años y por lo que recordaba no tenía que estar muy lejos, en la Calle 21 o la 22, entre Santa Monica Boulevard y Wilshire. Eran ya las diez y media. Los hospitales son muy estrictos en lo que se refiere a las visitas a la UCI, aunque estaba segura de que Raymond entraría por las bravas.

Dejamos el coche en el aparcamiento de las visitas, nos dirigimos a la entrada principal y pasamos bajo un arco. Una fuente de baldosas verdes y azules salpicaba ruidosamente en el centro de un patio de ladrillo. Al otro lado de la fuente había un busto de bronce de Irene Dunne, la benefactora del St. John's. El lugar era enorme, una serie de bloques de color crema que antaño habían tenido que ser prismas de hormigón puro. De la parte delantera sobresalía un pórtico, a los lados se extendían sendas alas y de la parte posterior se elevaba un anexo de múltiples plantas. Parecía como si el núcleo central hubiera ido devorando el terreno disponible con construcciones que engullían a su vez las parcelas adyacentes a medida que crecían las necesidades espaciales del hospital. En los alrededores no había más que una modesta cantidad de viviendas unifamiliares construidas según el estilo de los años cincuenta. Una ambulancia pasó junto a nosotros emitiendo aullidos muy breves y ocasionales. Se dirigía a Urgencias e iba con las luces amarillas dando vueltas.

A ambos lados de la entrada principal, flanqueando la escalera del centro, había rampas para sillas de ruedas. Subimos por los peldaños centrales y accedimos al vestíbulo, enmoquetado de marrón y perfumado con claveles. A la izquierda, había una pared entera dedicada a consignar el nombre de las personas que habían dado dinero al hospital, y que iban desde los benefactores, los patrocinadores, los socios y los amigos, hasta donantes demasiado tacaños para formar parte de una categoría concreta. En el extremo más alejado de aquella misma pared, encima del mostrador de Admisión, había un óleo enorme en que se veía a un sujeto de pelo rubio y rizado que miraba hacia las alturas con cara de sufrimiento.

Raymond preguntó en Información por el paradero de la Unidad de Cuidados Intensivos. Me



consolé pensando que Bibianna había tenido que estar consciente al ingresar en el centro, de lo contrario la policía no habría podido identificarla. Que yo supiera, se había fugado con el Cadillac sin llevar encima ningún documento.

Oí a mis espaldas una conversación a medias.

—Entonces —decía una mujer— le dije a la tonta esa de la Comisaría del *Sheriff*: «¿Por qué se mete usted donde no le llaman? Si no le han acusado de nada, ¿a santo de qué tiene usted que consultar con el juzgado?». Es que esto ya es violar los derechos constitucionales de la gente, oiga.

En el cerebro se me conectaron dos cables y se cerró un circuito. Se me escapó el mismo «ah» que emitimos cuando nos echamos agua helada por el pecho. Ya sabía quién era la hija del doctor Howard, la novia de la foto. Era la funcionaria que tanto me había hecho rabiar en la Comisaría del *Sheriff* del Condado de Santa Teresa, cuando le había preguntado por Bibianna Díaz. Diantre, ahora tenía que encontrar un teléfono. No me extraña que Dolan creyera que había filtraciones.

Raymond nos condujo al ascensor y subimos a la primera planta. Cuando se abrieron las puertas, doblamos a la derecha y pasamos ante el pabellón de Maternidad, donde una madre que había dado a luz hacía poco se paseaba a cámara lenta en bata y zapatillas, rozando la pared mientras andaba. Raymond se comportaba del modo más formal que sabía, se movía con rapidez y andaba con la vista al frente. Ví que Luis miraba de reojo alguna que otra habitación vacía. Incapaz de resistirme, yo hacía exactamente lo mismo, aunque no había mucho que ver. El aire olía ya a comida.

El ala denominada 2-Sur, tras una puerta doble y cerrada, albergaba las unidades de Cuidados Intensivos, Vigilancia Coronaria, Cirugía Cardíaca y Vigilancia Intermedia. Un rótulo decía «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» y no muy lejos de allí había un teléfono de pared. Según parece, para entrar en la sección había que llamar antes por teléfono y pedir permiso. En la sala de espera adjunta había cuatro mujeres charlando y leyendo revistas. Vi un teléfono público, un expositor de revistas y un televisor en color. En el pasillo había una fuentecita para beber agua y en una hornacina un santo varón que sostenía al Niño Jesús por el trasero desnudo. El suelo consistía en cuadrados rellenos de teselas marmóreas y separados por costuras metálicas.

Luis se sentó en un banco tapizado de cuero gris y no paraba de mover rítmicamente una pierna. Pasó un técnico del laboratorio con un frasco de sangre en las manos. Luis se levantó, se acercó a la pared y leyó el cartelito con el horario de las visitas. Era la primera vez que veía a Raymond y a Luis en una situación en que la fanfarronería y la violencia no habrían servido de nada.

Raymond, al igual que Luis, parecía de esas personas que se sienten incómodas en presencia de las enfermedades. El primero se conducía con humildad y respeto. Tenía otra vez tics y espasmos, y los movimientos que hacía con la cabeza me recordaron los sobresaltos que yo misma sufro a veces poco antes de dormirme. El personal del centro, al verle, parecía emitir un diagnóstico de un solo vistazo sin dedicarle más atención de la que le dedicaba yo a aquellas alturas. A juzgar por la actitud de Raymond, no tuve más remedio que pensar que de niño lo habían hospitalizado y sometido a tratamientos que habían dejado en él una huella tan profunda como amarga. Se fue calmando de modo casi imperceptible y metió las manos en los bolsillos mientras

pensaba en lo que haría a continuación.

Iba a llamar por teléfono cuando se abrió la puerta doble y apareció una enfermera. Era pelirroja, tendría treinta y tantos años, y llevaba pantalón y bata blancos, zapatos blancos de suela gruesa y la insignia de donde había estudiado, pero no cofia.

—Ustedes dirán.

—Pues verá... trajeron anoche a mi prometida. Sufrió un accidente de automóvil. La policía me dijo que estaba aquí. Se llama Díaz de apellido... ¿podría verla?

La enfermera sonrió con amabilidad.

—Aguarde un momento. Voy a ver. —Se dirigió a la sala de espera y asomó la cabeza para dirigirse a una de las mujeres. La interpelada dejó la revista a un lado y siguió a la enfermera por la puerta doble. Me tomé la libertad de espiar por la ventanita, pero no vi más que una prolongación del pasillo y, al fondo, una sala rodeada de paneles de vidrio y llena de aparatos de control. No se veía al paciente y por tanto no había manera de saber si se trataba de Bibianna o no.

Luis se apoyaba ora en una pierna, ora en la otra, mientras chasqueaba los dedos con suavidad.

—Tío, no aguanto esto, me voy al vestíbulo. Recogedme cuando salgáis. A ver si encuentro la cafetería y como algo.

—De acuerdo —dijo Raymond.

Luis cruzó los brazos y se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Te traigo café o lo que sea?

—No quiero nada, Luis, puedes irte.

—A lo mejor vuelvo dentro de un rato —dijo. Me miró y anduvo de espaldas unos cuantos pasos, por si Raymond le hacía alguna objeción. Raymond parecía luchar con sus propios deseos de marcharse. Luis se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores.

En cuanto lo perdimos de vista, rocé el brazo de Raymond.

—Quiero ir al lavabo.

En esto volvió la enfermera.

—Tendrá que esperar unos minutos. El neurólogo acaba de irse, pero creo que sigue en el hospital. ¿Quiere que le avise?

—Bueno. ¿Podría hacerlo?

—Desde luego. Mientras tanto, si quiere sentarse —dijo la mujer, señalándole la sala de espera.

—¿Ella está bien?

—No sabría decirle —dijo la enfermera—. El doctor Cherbak se lo explicará con detalle en cuanto llegue. ¿Cómo se llama usted?

—Raymond. Esperaré. No quisiera molestar a nadie.

—Hay una máquina de café, por si le apetece tomar uno.

—¿Podría indicarme dónde están los lavabos? —pregunté. Dios mío, ¿por qué no se me ocurría una manera más sutil e imaginativa de alejarme de aquella gente?

—La primera puerta —dijo la enfermera, señalándome el pasillo.

Entré en la sala de espera con Raymond.

—Enseguida vuelvo —dije en cuanto vi que se sentaba en el sofá.

Estaba ya demasiado inquieto para prestarme atención. Me alejé haciendo un esfuerzo por no perder la calma, por no echar a correr. Pasé ante los lavabos y seguí andando en busca de un lugar recogido donde hubiera teléfono.

El ala 2-Sur continuaba en la 2-Principal sin que se percibiera solución de continuidad ni en el suelo ni en las paredes, que eran de color azul celeste y beige claro y estaban decoradas con dibujos esquemáticos que representaban copas de árbol y haces de eneas. Advertí que de las proximidades de la muerte me había trasladado a los orígenes de la vida, ya que los rótulos de la pared indicaban Maternidad, Sala de Partos, Guardería y Sala de Espera de los Padres. Buscaba un teléfono público mientras revolvía el bolso y apartaba la pistola para coger las monedas sueltas que tenía. Cada segundo que pasaba sentía más miedo. En cuanto informara a Dolan, me largaba de allí pitando.

Pasé ante la sala de control de la 2-Principal. A la izquierda vi un mostrador con monitores empotrados en la pared en los que se veían unas líneas verdes que supuse eran constantes vitales.

Una enfermera negra que salía de una estancia en cuya puerta ponía «SALADE PERSONAL» casi se me echó encima. Llevaba una bata blanca hasta los tobillos y atada a la espalda, y una mascarilla subida hasta la frente que más bien parecía un forúnculo verduoso. Tendría cuarenta y tantos años, era delgada, de ojos negros y tenía la cara despejada y sin arrugas.

—¿Puedo ayudarla?

—Eso espero —dije—. Voy a explicarle la situación en que me encuentro, pero tiene usted que confiar en mí. Soy investigadora privada, de Santa Teresa. He adoptado otra personalidad para trabajar en un caso relacionado con una estafa a una compañía de seguros y estoy en este hospital en compañía de un delincuente que no tardará en buscarme. Tengo que llamar urgentemente al teniente Dolan de la policía de Santa Teresa. ¿Podría indicarme dónde hay un teléfono? Le prometo que seré breve. Está en juego mi vida.

Me miraba con la expresión impasible de quien asimila y juzga información. Debió de ser por algo que había en mi tono de voz, por la «seriedad» con que trataba de explicar la desesperación pura que me invadía. Evidentemente no se debía a mi aspecto. Por una vez decía la verdad y me servía de todas las células de mi ser para que mi sinceridad fuese convincente. Me escuchó con los ojos castaños fijos en mi cara. Puede que la historia que le había contado le pareciese tan extraña que no me creyera capaz de inventármela. Sin decir palabra, me señaló el teléfono que había en la mesa, detrás del mostrador.

Llamé a la centralita del hospital y pedí que me pusieran con el número que me había dado Dolan. Mientras esperaba la comunicación me puse a leer lo que había en el tablón de anuncios, que parecía dedicado por igual a las caricaturas, a las clases que se vecinaban y al menú de los restaurantes de comida instantánea que servían a domicilio sin recargo. Me moría de hambre.

Cuando oí la voz de Dolan, cerré los ojos, me llevé la mano al pecho y me di unos golpecitos para tranquilizarme.

—Teniente Dolan, soy Kinsey Millhone. Llamo desde el St. John's Hospital y no tengo mucho tiempo.

—¿Qué ocurre?

Empecé a hablar mientras el cerebro tomaba cierta delantera con objeto de ordenar la información.

—En primer lugar, Bibianna Díaz está aquí, en la UCI. Se salió anoche de la carretera...

—Me lo han dicho —dijo Dolan.

—¿Lo sabe ya?

—Uno de los hombres de Santos me avisó en cuanto se dio parte. El hospital ya ha recibido instrucciones. El personal ha de tratar a Raymond con educación, pero sin dejar que se acerque a ella. Ya saben todos lo que tienen que hacer.

—Uf, menos mal. —Le informé apresuradamente sobre lo sucedido hasta la fecha, sin olvidarme de la documentación que había visto en Autorreparaciones Buddy—. Creo que sé quién es la persona responsable de las filtraciones.

Le hablé del doctor Howard, el quiromasajista, y de la foto de su hija. Ignoraba su apellido de casada, pero le hice una descripción precisa (aunque desfavorable) de la mujer. En tanto que funcionaria civil que trabajaba para la Comisaría del *Sheriff* del Condado, estaba en una situación ideal para transmitir información a su padre y, por mediación de este, a Raymond. En cuanto detuvieron a Bibianna en Santa Teresa, Raymond tuvo que saber dónde se encontraba. De pronto se me ocurrió algo.

—Teniente, ¿sabe usted algo de la pistola con que mataron a Parnell? Raymond tiene una Mauser del calibre 30. La he visto en un cajón de su cómoda.

—Olvídate de Parnell —me interrumpió Dolan— y hazme un favor. Cuelga y sal corriendo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Tate tiene que estar ya en el hospital. El hospital le comunicó lo sucedido a última hora de la noche y se puso en camino inmediatamente. Si Raymond se entera de que está ahí, se va a armar

la gorda.

—Mierda.

Una médico entró en la sala de enfermeras con la bata verde de cirugía. Se quitó el gorro y se sacudió el pelo con cansancio. Se detuvo a observarme sin dejar de manosearse la cabeza; el agotamiento le surcaba la cara de arrugas. No sé si quería telefonar o sentarse.

—Tengo ahí un hombre que podría ayudarte. Espera. Me llaman por otro teléfono...

Vi que Raymond pasaba ante la sala de enfermeras, camino de los ascensores, seguramente en mi busca. No podía esperar a que Dolan volviera.

—He de irme —dije al micrófono del auricular y colgué. Todas las células cerebrales me decían a gritos que me fuera corriendo, pero no podía dejar a Jimmy Tate sin apoyo. Salí de la sala de enfermeras y correteé por el pasillo detrás de Raymond hasta que lo alcancé. Le di un golpecito en el hombro.

—Eh, ¿adónde vas?

Se volvió y me miró con cara de enfado.

—¿Dónde estabas? Iba a buscarte.

—Me acerqué a la guardería para ver a los recién nacidos —dije.

—¿Para qué?

—Me gustan los niños. A lo mejor me encapricho y quiero tener uno más adelante. Son monísimos, tan pequeñitos y tan arrugados. Parecen animalitos.

—No estamos aquí para eso —refunfuñó, aunque la explicación pareció ablandarle. Me cogió del brazo, me hizo dar media vuelta y nos dirigimos otra vez a Cuidados Intensivos.

—Vamos a tomar un café, anda —dije.

—Olvídalo. Con lo nervioso que estoy, no me hace ninguna falta.

Llegamos a la sala de espera de la UCI y Raymond tomó asiento. Cogió una revista y la hojeó con aire distraído. Las páginas producían un rumor deslizante en el silencio de la sala. Dos mujeres que estaban sentadas en el otro extremo le miraban con atención y curiosidad a causa de sus tics y contracciones.

Raymond alzó los ojos, advirtió que le observaban y se quedó mirando con fijeza a las dos mujeres hasta que estas apartaron la mirada.

—No soporto que me miren. ¿Acaso creen que me gusta hacer esto? —Exageró un tirón de cuello para que yo le viera y siguió mirando con hostilidad a las dos mujeres, que se removían ya con nerviosismo.

—¿Cómo está Bibianna? ¿Has hablado ya con alguien?

—El médico tiene que estar al caer. A ver qué nos dice.

Tenía que llevármelo de allí. En el rincón había una tele en color, con el sonido al mínimo, y por cuya pantalla pasaban uno de esos documentales sobre la naturaleza en que la mitad de una especie devora a la otra mitad.

Raymond apoyó los codos en los muslos.

—¿Por qué tardarán tanto, joder?

—¿Te apetece comer algo? Vamos a la cafetería, a ver si encontramos a Luis. Yo me muero de hambre.

Bajó la cabeza y la movió en sentido negativo. Acto seguido la volvió y se me quedó mirando con expresión lúgubre.

—¿Y si se muere?

Contuve la réplica espontánea que me vino a los labios. Todos los comentarios que se me ocurrían podían despertar su agresividad. Reflexioné. Pensándolo bien, era muy lógico, dadas las características de su perturbación, que ahora se sintiera angustiado por la mujer a la que había dado orden de matar hacía menos de veinticuatro horas. Raymond no dejaría títere con cabeza si se enteraba de que Jimmy Tate estaba en el hospital.

—Si seguimos aquí nos volveremos locos —dije—. Vamos abajo, compramos lo que sea y volvemos corriendo. De todos modos, el médico puede que tarde todavía una hora.

—¿Tú crees?

—Anda, vamos. Tómame un café por lo menos.

Raymond dejó la revista y se puso en pie. Salimos al pasillo y aflojó el paso.

—Voy a decirle a la enfermera dónde estamos. Por si llega el médico.

—Deja, ya lo hago yo. Adelántate y llama al ascensor.

Dos enfermeras hispanas se acercaban por el pasillo. Había cierta actividad al fondo y nos quedamos mirando el movimiento de gente. Un médico salió del ala de Rehabilitación y se dirigió a la UCI. Se había puesto una bata blanca hasta las pantorrillas encima del traje gris. Llevaba el nombre completo bordado en azul a la altura del bolsillo, del que le sobresalía un estetoscopio que parecía una manguera de juguete. Tendría cincuenta y tantos años, llevaba el pelo gris casi cortado al rape, gafas sin montura, y andaba cojeando. Le habían enyesado el pie derecho, pero parecía que llevase una bota de esquiar. Advirtió mi mirada y sonrió como si se disculpase, aunque no dio ninguna explicación. Imaginé un accidente deportivo, que sin duda era lo que él deseaba, aunque lo más probable era que hubiese pisado un rastrillo mientras podaba las rosas de su jardín.

—¿Me buscaban a mí?

—Hemos venido a ver a Bibianna Díaz. ¿Es usted el médico?

—Para todo lo que haga falta. Encantado de conocerle, señor Tate. Soy el doctor Cherbak. —Estrechó la mano de Raymond—. Ya me dijo la enfermera que estaban aquí. Lamento haberme retrasado...

La sonrisa de Raymond se encogió un poco.

—Me llamo Raymond Maldonado. ¿Qué tiene que ver Tate con esto?

Cherbak parpadeó confuso y consultó la ficha de Bibianna.

—Perdón. Ella dijo que avisáramos a su marido y, como es lógico, pensé que...

Advertí que en la cubierta de la ficha había una etiqueta de color rosa con las siglas VP, Vigilancia y Protección. Raymond pareció verla al mismo tiempo que yo.

—¿Su marido? —repitió. Se quedó mirando al médico, que ya tenía que haberse dado cuenta de que había cometido un error garrafal.

Tiré de la manga de Raymond.

—Es un malentendido —le murmuré—. Seguro que ella ha sufrido una conmoción cerebral y se ha puesto a decir barbaridades.

Raymond apartó el brazo de un tirón.

—¡Cierra el pico! —exclamó. Y encarándose con el médico—: ¿Eso le ha dicho? ¿Que Jimmy Tate es su *marido*? Pues es mentira. Y le voy a romper la cara por decir una cosa así.

Las dos enfermeras que charlaban enmudecieron y se giraron para contemplar el altercado

como si estuviéramos en un culebrón. El miedo me saltó a la superficie igual que una calentura.

—Vámonos. Ya volveremos después.

—¿Cómo está Bibianna? —preguntó Raymond. Había adoptado una actitud belicosa y apretaba las mandíbulas con fuerza.

—No estoy autorizado a...

—Le he preguntado cómo está. ¿Quiere responderme, majadero?

El doctor Cherbak se puso tieso como una escoba.

—Ha sido una confusión —dijo—. Si usted no está emparentado con la paciente, no tiene derecho a preguntar.

Raymond le dio un empujón.

—¡Pues a la mierda con las confusiones! Voy a casarme con esa mujer, ¿entendido? Yo. Raymond Maldonado. ¿Lo ha oído bien?

Cherbak dio media vuelta y avanzó cojeando hacia la puerta doble de la UCI. Nada más cruzarla, oí que decía: «Avisé a Seguridad...».

Raymond se lanzó tras él, cruzó la puerta de un empujón y agarró al médico por el cuello.

—¿Dónde está Bibianna? —vociferó—. ¿Dónde está?

El médico trastabilló y una enfermera de guardia echó a correr. Otra cogió el teléfono para llamar a Seguridad. Raymond sacó la pistola y la encañonó con el brazo estirado e intenciones homicidas. La enfermera dejó el teléfono. Raymond movió el brazo armado a derecha e izquierda mientras avanzaba por el pasillo. Saqué la SIG-Sauer, pero el médico se interponía entre Raymond y yo. Por todas partes parecía haber personal sanitario.

—¡Jimmy! —grité. Eché a correr.

Bibianna se encontraba en la segunda habitación. Tate estaba de pie, con la pistola en la mano. Raymond apretó el gatillo. Vi que Tate caía al suelo.

Raymond se volvió y avanzó derecho hacia mí.

Sostuve el arma con ambas manos.

—¡Detente! —exclamé, aunque sabía que no podía disparar, dadas las circunstancias. Había demasiada gente cerca y era muy arriesgado hacer fuego. Me apartó de un empujón y echó a correr, abrió la puerta doble con el hombro y escapó por el pasillo. Raymond no había guardado el arma, pero iba demasiado deprisa para apuntar o disparar con precisión. Me lancé sobre la puerta doble y corrí por el pasillo en su persecución. La gente se asomaba a la puerta, atraída por el alboroto, pero volvía a esconderse nada más ver las pistolas. Raymond llegó bajo un rótulo que decía SALIDA, asió el tirador, abrió la puerta y corrió escaleras abajo. Llegué a la puerta en el momento en que se cerraba y la estrellé contra el tope al abrirla. Oí que los pasos de Raymond resonaban en la escalera trazando una espiral descendente. Yo bajaba por ella, saltando los peldaños de tres en tres para reducir la ventaja que me llevaba, cuando oí que llegaba a una puerta exterior. Al salir debió de activar alguna alarma, porque todo se llenó de pitidos estridentes.

Apreté el paso, abrí la puerta con una mano, con la otra empuñaba la SIG-Sauer, y estuve a punto de caer de espaldas cuando el súbito flogonazo de la luz solar me dio en los ojos. Vi que Raymond corría por el césped que se extendía delante de mí. Habíamos salido por la parte trasera, muy cerca de Arizona Avenue, a una zona poblada por pequeñas casas encaladas y algún que otro edificio médico de dos pisos. Raymond se dirigía a la calzada a toda velocidad, impulsándose con los brazos y sin tocar apenas el suelo con los pies. Me dio la sensación de que

alguien corría a mis espaldas, pero no podía perder tiempo mirando. La distancia que nos separaba era cada vez menor y yo había recurrido ya a las últimas fuerzas que me quedaban. Estaba en mejor forma que Raymond, pero los bronquios me ardían y los pulmones se me habían convertido en una fragua. Seis días sin hacer ejercicio me habían anquilosado los músculos, aunque todavía me quedaba combustible.

Raymond se volvió para mirar y la distancia que nos separaba se redujo un poco más. Disparó y el proyectil fue a estrellarse en una palmera que había a mi izquierda. Quiso acelerar, pero las fuerzas le fallaron. Estaba ya tan cerca de él que sus jadeos parecían ir al mismo ritmo que los míos y sus tacones casi me rozaban las rodillas cuando las levantaba. Mis dedos se cerraban como tenazas alrededor de la culata de la pistola. Estiré el brazo y le di un empujón. Perdió el pie y manoteó en el aire para recuperar el equilibrio. Cayó de bruces, con los brazos en cruz, y yo aterricé con las rodillas sobre su espalda. Exhaló un ruidoso suspiro y el arma se le escapó de la mano. Me puse en pie jadeando como un ciclista. Se dio la vuelta, alcé la pistola y le apunté entre los ojos. Levantó las manos mientras se arrastraba para alejarse. Le habría volado los sesos a aquel cabrón por diez centavos. La rabia me cegaba y estaba fuera de mí.

—¡Voy a matarte, voy a matarte, hijo de puta! —le grité.

—¡Alto! —oí a mis espaldas.

Me di la vuelta.

Era Luis.

Empuñaba una pistola con la diestra y apuntaba a Raymond. Con la izquierda mostraba una insignia. Del Departamento de Policía de Los Angeles.



## Epílogo

Cuando volví arriba, el personal de Urgencias ya se había hecho cargo de Jimmy Tate, que ingresó en el quirófano en menos de una hora. El proyectil le había alcanzado el abdomen y al parecer le había destrozado el bazo. Bibianna no estaba mejor que él, pero se salvaron los dos. Si al final fueron felices para siempre, eso es algo que no puedo decir, porque todo esto ocurrió hace sólo tres semanas. Volví a Santa Teresa y pude asistir a la boda de Vera, que se celebró el lunes por la noche, en plena fiesta de Halloween. Como es lógico y natural, no tuve tiempo de ir de compras y me vi obligada a ponerme mi fiel vestido multiuso, que en mi opinión casaba perfectamente con el acontecimiento, y nunca mejor dicho. Vera me instó a ir acompañada, de modo que fui con Luis, y él se presentó con el Pato Lucas y el Pato Donald, uno en cada brazo.

Raymond Maldonado ha contratado a un abogado de primera categoría. Tal como están las cosas actualmente, se le acusa de varios delitos, desde homicidio —por el asunto de Parnell Perkins— hasta robo, pasando por estafa, empleo delictivo del servicio de Correos y toda la gama contemplada por el Código Penal, incluido el hurto. Tengo entendido que los casos en que se acusa a personas que padecen el síndrome de Tourette representan un serio problema para el Ministerio de Justicia. Y sospecho que Raymond puede salir bien librado si a cambio declara contra otros individuos clave de la red de estafadores, por ejemplo contra los abogados del bufete «Gotlieb, Naples, Hurley and Flushing».

La policía no dio al final con mi cazadora negra de cuero. Seguramente la cogió algún cliente del bar en cuanto me di la vuelta. El mundo está lleno de maleantes. Y no lo digo sólo por todo el trabajo que hice. Envié la factura a la policía de Santa Teresa. Dolan me ha dicho que la remitió a la Jefatura Superior de Los Angeles, donde probablemente se desentiendan de ella y traten de endosársela a la Cámara de Seguros. Les daré noventa días de plazo. Si para entonces no he recibido el dinero, avisaré a mi abogado.

Ya sólo queda por aclarar lo sucedido en relación con Gordon Titus. Fue todo muy sencillo. El muy imbécil me despidió.

Atentamente,  
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creó el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de alter ego, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.

## **Notas**

[1] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<